

Cómo puede cambiar tu vida cuando descubres
lo que nadie debe saber

AMANDA EDEVANE

SOMBRAS

de **NÉMETA**

Sombras de Németa

Amanda Edevane

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Capítulo 1. El milímetro de la victoria](#)

[Capítulo 2. La mercenaria de ojos grises](#)

[Capítulo 3. Como reactivar una maldición milenaria por teléfono](#)

[Capítulo 4. Resucitando a un muerto](#)

[Capítulo 5. El nombre del sonido de la lluvia](#)

[Capítulo 6. El Druida](#)

[Capítulo 7. Turbulencias](#)

[Capítulo 8. A ciegas con Ángela](#)

[Capítulo 9. La catedral negra](#)

[Capítulo 10. Tempestad en faro del fin del mundo](#)

[Capítulo 11. Nada es lo que parece](#)

[Capítulo 12. La celebración de los cuchillos largos](#)

[Capítulo 13. Solos en en infierno](#)

[Capítulo 14. Castillo](#)

[Capítulo 15. La tercera bala](#)

[Capítulo 16. La despedida](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1. El milímetro de la victoria

1

–Menos mal que soy inmune al vértigo –murmura Santos Luna mientras lucha por evitar caerse al vacío desde la cornisa del 7º piso de un edificio de oficinas. Aunque sus pies helados, manos entumecidas y el castaño de sus dientes le recuerdan su otro problema: hace 5 grados bajo cero.

Santos ha vencido a rivales más fuertes que él. Pero El Segador es un asunto serio: es un asesino perfecto, el mejor de Las Sombras.

Y oír hablar de él es muy distinto a notar su aliento en la nuca, escuchar cómo se mueve y sentir la muerte a tu espalda.

Los latigazos del viento en su cara le congelan y duelen. Sabe que necesita refugiarse en los siguientes minutos, caerá al vacío. Las piernas le tiemblan y apenas le sostienen. Y su respiración es ya casi un jadeo.

Cuando su cazador mira por una ventana, Santos camina por la cornisa alejándose de él hasta doblar la esquina, donde no puede verle. Y cuando mira por otra ventana en la otra pared, recorre el camino inverso.

Es principio de enero, el cielo está despejado y ya pasan de las 3 de la madrugada. La calle, 20 metros más abajo, está desierta, sin nadie allí a quién pedir ayuda. Además, la voz le tiembla demasiado como para gritar.

Tampoco hay personas en el edificio de oficinas, vacías a partir de las 22:00. ¿Y su móvil? En el coche.

Está acorralado. Y sus ideas para huir de la cornisa parecen tan heladas como él. Y sin ellas, está a unos minutos de su muerte.

–Santitos –murmura para sí–, esto tiene mala pinta.

2

Unas horas antes, Santos camina despacio de vuelta al hotel desde su despacho. Suele volver en coche, pero hoy prefiere andar, por si acaso...

Tiene alquilada una oficina en la ciudad de Németa desde hace 2 semanas, aunque hasta hoy no la había pisado. Solo usa estos despachos temporales para tener un cara a cara con la parte interesada, cuando toca negociar las condiciones de un nuevo contrato especial.

Le gusta hacerlo así, en un lugar elegante, discreto y bajo su control.

En cuanto recibe una propuesta, se traslada con su equipo de profesionales, formado por Mauro y Adrián, a la ciudad en cuestión. Pero la primera entrevista, antes de aceptar un nuevo caso, la hace solo.

Santos había quedado hoy con una mujer que no ha querido decirle su nombre. Pero tras 2 horas de espera no se ha presentado nadie.

Él sabe que es una mala señal: o se han echado atrás o es una trampa.

Cuando llegó a su oficina unas horas antes, lo hizo con su habitual andar confiado. Su caminar ahora, al salir de ella, recuerda al de un felino en estado de alerta. Sus ojos verdes, como los de un gato, escudriñan de arriba abajo a cada persona con la que se cruza. Algunos lo notan, se sobresaltan y cambian de acera.

Escucha sus pasos con eco. Y se detiene. Aunque el sonido de pisadas continúa a su espalda hasta

un segundo después de pararse. Se gira, pero la calle está desierta y sigue andando.

Tras un minuto vuelve a frenar en seco. Se oyen un par de pasos a su espalda. Luego silencio. Mira atrás de nuevo. Y de nuevo sigue sin ver nada.

Entonces, aprieta el paso. Empieza a sentir peligro. Y una vez más se detiene. Y ahora sí escucha con claridad a alguien caminando a su espalda. Al girarse ve una pareja de mediana edad con sus dos hijos, caminando 25 metros detrás de él.

–Santos, estás paranoico –se dice a sí mismo.

Sin embargo al fijarse bien percibe algo: detrás de esta familia, en las zonas oscuras de la calle, alguien más se oculta. Aunque Santos duda. ¿Le siguen o se lo está imaginando?

A Santos ya le han seguido otras veces y sabe cómo actuar. Decide esperar a la pareja con sus hijos, y en cuanto pasen a su lado, sincronizará sus pasos con los de ellos: nadie le atacará con 4 testigos cerca.

En ese momento repara en que así pondrá en peligro a estos 4 inocentes y cambia de plan: aprieta el paso, adelanta a la familia y la deja atrás cuanto antes, para protegerla.

Va pensando en esto cuando al girar una esquina se topa, más bien tropieza, con una mole musculosa de casi 2 metros.

Santos mide sobre 1,80 pero se siente enclenque al lado de este armario humano. Lleva pasamontañas negro, como el resto de su ropa, botas militares y coraza antibalas. Parece un profesional.

Al sentir el peligro, Santos se echa hacia atrás por instinto. Y entonces ve el distintivo escarlata en su brazo: es una sombra. El pelo de la espalda se le eriza: ahora tiene que decidir con cuidado su siguiente paso, que podría ser el último de su vida...

Son de sobra conocidas las leyendas urbanas sobre estos asesinos, aunque Santos nunca se las creyó. Pero con una sombra justo enfrente es difícil mantener esa opinión. Existen. Y eso en este momento es un problema de vida o muerte para él.

–Me han hablado mucho de ti –le dice la sombra–. Te imaginaba más fuerte.

–¿Te conozco? –responde Santos.

–No lo sé. Me llaman El Segador. ¿Te suena?

La cara de Santos se queda pálida como la de un cadáver. Tiene enfrente a la sombra más letal, al asesino más mortífero. Llamarle psicópata es quedarse corto.

Luego, por instinto, Santos se da la vuelta para escapar. Aunque a su espalda se topa con otras 2 sombras, más bajas y menos corpulentas. Pero con idéntico símbolo escarlata en el brazo.

–Yo me encargo. Retiraos –les dice El Segador a las otras 2 sombras.

–Sí señor –contesta una de ellas.

–Señor, acuérdesese de la familia que viene hacia aquí: son 4 testigos –le recuerda la otra sombra. Luego, ambas obedecen la orden y se van.

Santos da dos pasos atrás y se sitúa en un lugar donde pueda ver a la familia, con intención de avisarles.

–Ni te molestes en advertirles –dice El Segador–. Lo mismo me da ejecutar a uno que a cinco.

Esta familia está en peligro solo por pasar por allí. Ya casi están llegando a su altura. Santos piensa rápido...

Si lo que ha oído sobre Las Sombras es verdad en un 25%, no es rival para El Segador en un cuerpo a cuerpo. Y eso incluye escapar corriendo.

Entonces decide usar la astucia. Solo necesita que El Segador baje la guardia durante medio segundo...

–Vale, me rindo. Pero deja ir a esta gente –le dice Santos.

El Segador asiente y le indica con la mano que se acerque, pero Santos señala la cara de El Segador tapada por el pasamontañas.

–Oye, se van a asustar al verte con eso –dice Santos justo en el instante en que la familia pasa por la calle y ya pueden verles a ambos.

Y como han oído a Santos, los 4 miran hacia “eso” que les va a asustar. Ven a El Segador con el pasamontañas y uno de los hijos hace ademán de grabarle con el móvil.

En milisegundos, El Segador debe decidir si dispararles, darse la vuelta para que no le vean, salir corriendo de allí o descubrirse la cara. Al final, levanta la vista de Santos, mira a la familia, y se toca el pasamontañas.

Santos ya tiene su medio segundo de distracción y le da una patada en la entepierna a El Segador con tal fuerza, que el dolor en su pie le hace pensar en si se ha roto algún hueso. Luego sale corriendo sin mirar atrás. No necesita hacerlo para saber el estado de El Segador: se retuerce de dolor.

Primero cojea aunque en unos segundos la molestia en el pie cede y acelera. Recorre en menos de 4 segundos la distancia entre El Segador y la siguiente esquina de la calle.

No ha oído disparos pero sí os gritos y carreras de la familia escapando de allí. Y al no haber sido testigos de su asesinato, los 4 están a salvo.

Entonces, Santos corre de vuelta al sitio seguro más cercano que se le ocurre: su oficina. Jadea por la carrera. El esfuerzo le clava agujas de dolor en las piernas y le llena de fuego los pulmones.

En cuánto llega a la puerta de su oficina, entra a toda prisa y busca su móvil para llamar a Mauro y Adrián, sus ayudantes. Rebusca y desordena su oficina pero no lo encuentra: lo ha dejado en el coche.

–Bien hecho, Santos –se reprocha a sí mismo a la vez que aplaude su despiste.

Y además, ha contratado una oficina sin teléfono fijo...

Entonces intuye algo. Y al mirar por la ventana allí está: El Segador saliendo de un todoterreno negro y entrando en el edificio con su propia llave.

A Santos le asusta ese detalle: si El Segador tiene llaves y ha llegado hasta allí sin seguirle, es porque ya le vigilaba desde días antes. Y ahora irá directo a su oficina. Piensa en huir por el ascensor o las escaleras, pero le parece peligroso y, por instinto, sale a la cornisa.

3

Unos 20 minutos después, Santos sigue andando por la cornisa del 7º piso mientras El Segador le acecha desde dentro de la oficina. Entonces una de las ventanas se abre: El Segador va a salir a la cornisa para cazarle.

–A ver, Santos –se dice a sí mismo–, tranquilo. Piensa...

Y ahí es cuando recuerda a la secretaria de la gestoría un piso más arriba, en el 8º, la señora de las sonrisas y los sofocos. Le viene una y otra vez a su mente. Y debajo, en el 6º, las oficinas están vacías. Su instinto de supervivencia le da 2 opciones. Debe decidir: subir o bajar. Se lo piensa, a la vez que resopla, tiritita y sus dientes siguen chocando entre ellos.

Tras unos segundos de duda decide ir hacia arriba y, aunque está en forma, le cuesta trepar por el frío que entumece sus músculos.

Una vez en la cornisa del 8º piso, Santos la recorre, buscando su salvación hasta encontrarla: una ventana abierta. Segundos después, El Segador observa como Santos entra en la oficina por la

ventana y decide seguirle hasta allí por las escaleras...

...Esa misma tarde, cuando Santos subió a comprobar si alguien había preguntado por él, a la secretaria, ya se le habían acabado los pañuelos de papel de tanto secarse el sudor. En esa oficina suelen tener la calefacción al máximo, y él vio como la secretaria acalorada abría la ventana.

Santos echa un vistazo rápido a la oficina. Está a oscuras. Sus piernas apenas le sostienen en pie. Jadeando y medio helado, se acerca al teléfono fijo de la oficina. Descuelga, marca y dice en voz alta: –Oiga, ¿es la policía? Sí, están intentando asesinarme...estoy en Németa... Vía Norte, 25, 8º... Sí, me llamo Santos Luna.

En ese momento intuye al El Segador tras la puerta de la oficina, a menos de 3 metros de él. El pomo empieza a girar. Al verlo, Santos empieza a sudar a pesar del frío.

–Hay una cámara de seguridad apuntando hacia mí. Sí, sí... una cámara de seguridad, eso es... – prosigue Santos a buen volumen, para que El Segador le escuche con claridad–. Si me matan, les queda la grabación como prueba.

La cámara de seguridad está apagada. Y Santos no ha marcado el número de la policía: el router está apagado y el fijo esta sin línea. Su vida está en juego y solo puede ir de farol.

Poco conoce Santos de Las Sombras, excepto su principal mandamiento: que nunca les descubran, pues les expulsan con deshonor. O los ejecutan. De ahí lo de la cámara y la falsa llamada a la policía.

No obstante, El Segador puede matarle a distancia. Y sin dejar pruebas, porque los cadáveres de las víctimas de Las Sombras jamás aparecen.

El pomo de la puerta sigue girando. Santos se prepara: en cuanto El Segador entre y vea la cámara apagada, estará muerto.

Santos tiembla a la vez que su mano estruja el auricular. Se aferra a él como un náufrago al único salvavidas tras un naufragio en alta mar. Porque su farol está fallando.

Entonces Santos lo entiende: su farol es demasiado obvio y decide cambiar de táctica.

–Sí, estoy armado. Y acompañado –dice Santos. Luego baja la voz como queriéndole ocultar el contenido de su charla a El Segador.

Y funciona: el pomo de la puerta deja de girar y vuelve a su posición inicial. Santos sigue con su charla en voz baja con su interlocutor imaginario. Tras un minuto siente como El Segador se retira.

Pasados 5 minutos Santos mira por la ventana: el todoterreno de El Segador ha desaparecido. Santos aplaude, suspira y se deja caer en una silla.

–Bien –murmura–, te lo tragaste.

Aunque al momento piensa: ¿Y si El Segador también va de farol y sigue por allí?

Ahora le urge pedir ayuda de verdad y llamar a sus ayudantes: a Adrián, y en especial, a Mauro, su guardaespaldas. Pero como no se sabe los números de memoria, necesita llamar desde su móvil, que está en su coche, abajo, en el garaje.

Duda en cómo ir hasta allí ¿por la escalera de incendios o por la normal? Decide esperar por si algún sonido le indica por dónde ir. Aguza el oído: silencio total. Pasan 5, 10, 15 minutos. Después se acerca despacio a la ventana: nadie a la vista.

Ahora sí, baja al garaje de su oficina. Se para delante de la puerta. Cierra los ojos y no siente a nadie en su interior. Entra. Va hasta su coche. Recupera su móvil y llama a Adrián: “Teléfono apagado o fuera de cobertura”. Luego, marca otro número.

–¿Mauro? Acabo de tener un encuentro hostil con una sombra –dice Santos.

–¿Qué? ¿Cómo? ¿En serio? ¿Y has sobrevivido? ¿A una sombra? Imposible –responde Mauro alterado.

–Le vi el distintivo escarlata en el brazo –le interrumpe Santos–. Y este se hace llamar El Segador.

–No era una leyenda urbana, Las Sombras existen –exclama Mauro, aunque el susto pronto deja paso a la preocupación por su jefe–. ¿Estás herido?

–Estoy Bien. Pero el teléfono de Adrián me da “apagado o fuera de cobertura” –responde Santos.

–A mí también. Desde hace 2 horas –dice Mauro revisando si su pistola está cargada, ojea a su alrededor y se pone en alerta máxima.

–Me temo lo peor –dice Santos con el ceño fruncido, los puños apretados y mordiéndose el labio inferior hasta casi sangrar.

–Cierto. Adrián se lleva el móvil hasta para ir a mear.

–El Segador tenía llave del portal.

–Entonces te vigilaba desde hace días –deduce Mauro.

–Y a lo mejor también a ti y a Adrián.

–Si una sombra ha seguido a Adrián ya está muerto –responde Mauro con la crudeza del soldado curtido en mil batallas.

–Que realistas sois los ex militares –contesta Santos.

Mauro ha dejado el ejército hace años. Pero su actitud militar sigue ahí, intacta. Eso a Santos le da seguridad. Y en contadas ocasiones, como ahora, le molesta.

4

Mauro tarda un cuarto de hora en llegar al garaje. Encuentra a Santos en el interior de su coche, con la calefacción al máximo.

Mauro apenas reconoce a su jefe, encogido y con expresión seria. Sin embargo, al golpear en el cristal de la ventanilla del coche, la mirada habitual de Santos, rebelde, astuta y directa, regresa.

Santos está pensando el siguiente paso y Mauro vigila alrededor, alerta, con la mano sobre su pistola.

–Mauro, cálmate –le dice Santos.

–Es fácil decirlo... –responde Mauro–. Y por cierto, tienes mala cara.

El pelo castaño claro y algo largo de Santos está más revuelto de lo habitual. Suele olvidarse del afeitado diario, con lo que una barba de 3 días es lo normal en él.

Sus ojos grandes y verdes aumentan la profundidad de su mirada. Esta es a veces pilla, otras astuta y la mayoría de las veces hipnótica, como la de un gato, como si leyera a las personas con ella. Y en parte así es...

Entrena 2 horas al día Necesita estar en forma, ser ágil y veloz: su vida puede depender de ello.

Es humilde, algo inesperado en alguien de 31 años con su físico y su abultada cuenta corriente. Según él, este rasgo lo heredó de su abuelo.

–Estás temblando –dice Mauro al abrir la puerta del coche.

–Aún sigo helado –contesta Santos.

–¿De frío o de miedo? – pregunta Mauro.

–De ambos –contesta Santos levantando dos dedos.

–Vamos a hacer cambios. A partir de ahora te voy a acompañar en la negociación inicial. Me pagas un dineral para protegerte y ya ves. Hoy casi te matan –le regaña Mauro.

Santos tose y asiente dándole la razón.

–¿La mujer con la que ibas a quedar ha dado señales de vida? –pregunta Mauro.

–No –responde Santos.

–¿La conocías?

Santos hace un gesto con la mano de “Más o menos”. Aún tiembla y le cuesta hablar.

–Solo he hablado con ella por teléfono, se hace llamar Antígona –dice Santos.

–Algo se me ocurrirá para dar con ella –comenta Mauro con expresión pensativa.

–Ya habrá tiempo para hablar, ahora vamos a buscar a Adrián –dice Santos.

Luego ambos vuelven al todoterreno y Santos arranca. Salen del garaje hacia el chalet donde debería estar Adrián, fuera de la ciudad.

–¿Avisamos a la policía? –propone Mauro.

–No. Sería como condenar a muerte a los agentes que se acerquen aquí. Además...

Pero Santos deja la frase a medias.

–¿Qué?

–La policía puede estar infiltrada por Las Sombras –dice Santos.

–No creo –contesta Mauro–. Tu siempre tan desconfiado.

5

Unos minutos después, Santos detiene su coche al lado del chalet en donde debería estar Adrián, y justo en ese momento percibe un destello por el espejo retrovisor.

–¿Has visto eso? –exclama Santos.

El fogonazo era un disparo y una bala ha roto la luna trasera de su coche; Santos ve el agujero por el retrovisor.

–Eso ha pasado cerca –dice Santos.

Pero al mirar hacia su derecha, ve un charco de sangre en el suelo, a los pies de Mauro.

–MIERDA –dice Santos arrancando el coche con rabia–, nos estaban esperando.

Luego, a modo de despedida dice: –Lo siento amigo.

La culpa por haber metido en este jaleo a Mauro y a Adrián crece como una hiedra venenosa en su interior.

Mauro está inmóvil, reclinado hacia adelante, con el cinturón de seguridad aun puesto. Y la herida en su cabeza es mortal.

Santos reacciona al percibir los fogonazos de otros 3 disparos y ver como 2 de ellos perforan la luna trasera de su todoterreno, oyendo después pasar las balas a una cuarta de su cabeza. Entonces frena en seco y sale del coche.

A su derecha hay un bosque de robles y castaños. Se interna en él, casi en total oscuridad, con el frío doliéndole en la cara.

Luego echará de menos su móvil: con el shock de la muerte de Mauro y de los disparos, se lo ha vuelto a olvidar en el coche.

Su ropa es poco adecuada para una noche como esta: vaqueros, deportivas, camiseta y cazadora de cuero. Y los duros golpes de viento se lo recuerdan al correr por el bosque sin rumbo. Escucha sus pasos y jadeos mientras tiembla por el frío. Entonces lo siente: El Segador está cerca.

Es casi luna nueva y los árboles con tan poca luz le parecen fantasmas. A oscuras, tropieza y cae varias veces. Corre sin rumbo y le aterra el riesgo de acabar en algún lugar sin salida, acorralado, como en la cornisa.

Le empieza a faltar el oxígeno. El corazón le golpea el pecho, los músculos le queman y el frío vuelve a tomar posesión de sus pies y manos.

El Segador aguza el oído pero el bosque está en silencio, excepto por el sonido de la brisa y el murmullo de un riachuelo.

Santos está quieto, detrás de un árbol centenario de 2 metros de ancho, con una oquedad donde refugiarse.

Cuenta con escuchar los pasos de El Segador sobre las ramas y follaje caídos para, según los oiga, moverse y girar alrededor del grueso árbol. Y así, al mantener al árbol siempre entre él y El Segador, podrá seguir oculto.

Aunque para su desgracia, El Segador camina en silencio total, a pesar de hacerlo sobre un manto de hojas secas.

El Segador lleva un dispositivo de visión nocturna. Sabe que es imbatible en un bosque a oscuras. Es su punto fuerte, su forma de cazar preferida. Y por eso ha entrenado a fondo la técnica de caminar sin hacer ruido sobre cualquier superficie.

Él es invisible por la falta de luz y, como tampoco hace ruido, solo necesita ir dando vueltas y rastrear a su presa con sus dispositivos de visión nocturna, hasta verle y cazarle.

Durante media hora camina en círculos amplios por la zona, en silencio, con extrema paciencia y calma.

Pero por más vueltas que da, Santos se ha esfumado, aunque sabe que, por fuerza, debe de andar cerca.

–Mierda –murmura El Segador frunciendo el ceño.

Decide volver a empezar. Da otras 3 vueltas amplias, despacio. Sin embargo lo único que se encuentra son árboles y algún que otro conejo.

–¿Pero cómo lo haces? –murmura El Segador.

Después comienza a buscar en las copas de los árboles. Enciende su linterna militar y le busca allí durante el siguiente cuarto de hora, con idéntico resultado.

Una sensación casi desconocida para él, el sabor amargo del fracaso, le invade. Y odia esa sensación.

En una noche sin luna en un bosque espeso, sin iluminación ni el sonido de las pisadas que le digan por dónde anda El Segador, Santos solo puede saber en dónde está por su otra visión. Sus ojos solo ven oscuridad pero él puede verle con su intuición.

Más de una hora antes, al llegar a este punto del bosque, Santos se concentró y comenzó a sentirlo: podía saber cuál iba a ser su siguiente acción.

Según El Segador se movía, Santos le veía e iba girando alrededor del árbol, con el grueso tronco siempre entre ellos. Y cuando él frenaba, Santos también se detenía.

Y así, bailaron una extraña danza nocturna con los árboles de testigos. Y su perfecta sincronización salvó la vida de Santos.

En vista del fracaso, El Segador cambia de táctica: va a tener aún más paciencia. Ha visto que la ropa de Santos es demasiado liviana como para protegerle del frío, pero la suya es ropa térmica. Se sienta y apoya su espalda contra otro grueso árbol centenario, cercano al de Santos, a la vez que se pone guantes y su pasamontañas.

Luego espera en silencio durante 2 horas... para nada: su presa se resiste a dejarse ver.

Entonces, El Segador se retira haciendo ruido, con fuertes pisadas. Estas se van alejando hasta dejar de oírse. Después, Santos escucha el sonido de un coche a lo lejos, arrancando y yéndose, seguido de media hora de silencio.

–¿Se ha ido? –se pregunta Santos tiritando de frío.

Pero cuando va a moverse vuelve a sentir a El Segador en la zona del río poco profundo.

Santos se pone a salvo en la parte contraria del árbol lo más rápido y en silencio que puede y luego se mantiene quieto, como un cadáver.

El Segador ha fingido su retirada. Y Santos casi se lo cree y se descubre. Aunque ese “casi” ha hecho la diferencia. En una carrera de caballos la distancia entre el ganador y el segundo puede ser menos de un centímetro. Santos sigue vivo gracias a esos milímetros.

Ahora El Segador se pregunta si Santos seguirá allí o ya se habrá ido. Por si acaso, decide esperar otra hora.

Camina hasta apoyarse en el mismo árbol tras el que está oculto Santos, pero por el lado contrario.

A un par de metros de él, Santos está encogido por el frío. Su pensamiento es borroso y le cuesta moverse: si El Segador en este momento diese una vuelta alrededor de su árbol, Santos puede darse por muerto.

Tras un par de minutos de tensa espera, El Segador saca su móvil y llama a alguien. Santos puede oírle con claridad.

–Ha escapado –dice El Segador por el teléfono móvil–. Ya debe estar a muchos kilómetros de aquí. Es muy bueno...sí, sí, ya sé que me lo dijiste Antígona, lo sé, era fundamental eliminarle, pero es lo que hay.... Ha sido mi primer fallo en una cacería... Sí, sus dos ayudantes están muertos. Y tranquila, los cuerpos nunca aparecerán... ¿Qué?... ¿Por qué lo dices?...por supuesto que seguimos adelante con el plan... Y no, no me parece casualidad que le hayan encargado la búsqueda a Santos Luna. Hablas de él sin parar. Estás obsesionada. Y por eso la muerte de hambre de tu secretaria sabía a quién recurrir cuando nos traicionó... ¿Cómo qué no?... Hablas de Santos Luna sin parar... Aunque da igual: Santos Luna ya está muerto, solo que él aún no lo sabe... No, yo no puedo hacerlo, tengo que mover el estandarte. Voy a enviar a alguien a eliminarle... Antígona, me retiro. Cuelgo. Hablamos.

En ese momento, a 2 metros de El Segador, al otro lado del árbol donde se apoya, Santos reza para que El Segador se vaya hacia el lado contrario de donde él está oculto...

Ahora sí, El Segador se va del bosque. Al menos, por su charla con esa tal Antígona, así lo parece. Por si acaso, Santos espera otra hora más.

En cuanto empieza a amanecer, Santos se pone en marcha. Apenas siente ya las manos ni los pies. Solo piensa en llegar rápido a un hospital, resoplando y cojeando en dirección a su coche.

Por un lado, está feliz y agradece haber sobrevivido, pero por otro se hunde en una ciénaga de culpa por haber sido incapaz de salvar a sus amigos Mauro y Adrián, los únicos que tenía.

Aunque Santos ha reconocido un nombre: Antígona. Y un objeto: el estandarte. Y ahora ya sabe por qué Las Sombras le han condenado a muerte.

Capítulo 2. La mercenaria de ojos grises

Unos días después del ataque preventivo de El Segador contra Santos Luna y su equipo, Xián Raposo camina con calma. Llega una hora tarde a su trabajo pero le da igual: es el mejor comercial de su empresa. Y por eso hace lo que le da la gana, sin temor a ser despedido.

En su tiempo libre, dirige una pequeña compañía de teatro amateur. Eso le aporta alegría. Su puesto de comercial, dinero. Y así es más o menos feliz.

Xián entra en la cafetería donde desayuna a diario. Son las 9 de la mañana.

o—le saluda la camarera desde la barra a la vez que ordena los servilleteros.

—No me quejo —responde Xián.

—Ha venido una chica preguntando por ti. Y no era Rosmary.

—Tú no me has visto ¿eh? Que cansina es, por favor —responde Xián negando con la cabeza.

—Que no era esa. Esta es otra. Y cansino sí que eres tú. Que ya estoy harta de que me pregunten por ti, que no soy tu secretaria —responde la camarera amenazando con tirarle a Xián un servilletero a la cabeza.

—¿Otra? ¿Y cómo es? —pregunta Xián sonriendo con pillería.

—Siempre pensando en lo mismo... pues espero que sea lista y con buen gusto, no como yo. Y hablando de eso, ¿por qué no me llamaste después de *lo de la otra noche*? —le pregunta la camarera.

—Que no, que lo del otro día fue un error. Si se entera Rosmary me asesina —responde Xián en voz baja antes de cambiar de tema—. Y esa chica misteriosa, ¿qué te preguntó sobre mí?

—Como localizarte. Tu aspecto y eso —responde la camarera.

—¿Y qué le dijiste? —pregunta Xián. Y luego se contesta a sí mismo—. Ya sé: Xián es moreno, alto, musculoso, súper atractivo, irresistible, vende de maravilla, actúa mejor, tiene una novia espectacular, las chicas están locas por él, la gente se pelea por ser su amiga, es el puto amo. Ah, y es muy humilde.

—Más o menos —responde la camarera—. Le dije: Xián antes tenía el pelo negro. No obstante, ahora está calvo como una bombilla. Se cree irresistible, aunque en realidad es un salido. Cree que esos pendientes de aro que lleva, tatuajes y musculitos de gimnasio le hacen interesante, pero parece un pirata cutre. Y tiene barriga.

—¿Barriga yo? —dice Xián metiéndola para adentro.

—Va de comercial serio y respetable, sin embargo lo que le gusta es colocarse con esos colegas *chungos* que tiene. Se cree chistoso y simpático, pero es un pesado: no se calla ni debajo del agua.

—¿Le has dicho eso de mí? —responde Xián. Pero la camarera le hace el gesto con la mano de *espera que aún hay más*.

—Se cree el mejor actor del mundo —prosigue la camarera—, porque la gente se emociona al verle actuar. Aunque en realidad lloran de lo mal que lo hace. Su punto fuerte, su astucia de zorro y que se busca la vida muy bien... *demasiado bien*, de hecho. Por cierto, si quieres algo con él, sale con una chica llamada Rosmary, aunque a veces se le olvida y...

—Tres cosillas —le interrumpe y puntualiza Xián con sonrisa de pillo—, no me olvido de Rosmary casi nunca, aún me queda mucho pelo y *sí* se actuar. Y ¿un pirata cutre?

—Casi nunca dice... cómo te falla la memoria cuando te interesa —le dice la camarera mirándole a los ojos con los brazos cruzados.

—Sabes que quiero a Rosmary —responde Xián.

La camarera resopla y niega con la cabeza. Luego le señala con el dedo índice, a modo de pistola: —lo que te pasa a ti es que “vas de guay y no llegas a chachi”.

–Eh, que esa frase es mía –responde Xián. Después, al ver el gesto serio de la camarera intenta arreglarlo–, pero da igual, te la presto. Ponme lo de siempre. Y apúntalo en mi cuenta.

–Tu cuenta ha sido cancelada. Me pagas o no te sirvo –exclama la camarera agarrando una escoba.

–Joder, como está el patio –le contesta Xián sacando un billete de 20 € y tirándolo encima de la barra. Luego murmura para sí: –Lo que tú necesitabas era...

–Como acabes esa frase –le amenaza la camarera–, te parto esta escoba en la puta cabeza.

–Iba a decir que necesitabas que te pagase. Nada más –miente Xián, riéndose de medio lado.

–Ibas a decirle que lo que necesitaba era un buen polvo –responde una voz femenina a su espalda, con seguridad.

Xián se gira y se encuentra con la mirada dura de una chica de grandes ojos grises con maquillaje negro ahumado, pelo castaño claro, corto, piel blanca como el cuarzo y labios rojos como la sangre. Está en forma y viste ropa ajustada negra.

–No soporto a los machistas y sus chistecitos. Solo te ha faltado preguntarle si estaba en *esos días del mes* –dice la chica de ojos grises.

–No soy machista, soy bromista. ¿Y desde cuándo estabas ahí fisgoneando? – intenta defenderse Xián.

–Esta es la chica que te buscaba –le dice la camarera a Xián.

La chica le agarra de la ropa y se lo lleva fuera de la cafetería.

–Si vas a pegarle, dale un par de mi parte –le dice la camarera a modo de despedida.

Al llegar a la calle está lloviznando.

–Odio el clima de Németa –dice Xián.

–¿Y entonces porque vives aquí?

–Porque si me voy a otra ciudad no podré quejarme del clima –responde Xián.

Xián observa que la chica lleva la cremallera de la cazadora algo baja. Puede ver la culata de una pistola guardada en el bolsillo interior derecho de la misma. La chica se percata y la oculta.

Xián siente como su corazón se le quiere salir del pecho del susto. Las pulsaciones se le disparan. Se queda blanco. Tiembla. Se marea y casi cae al suelo. Sin embargo la chica es más fuerte de lo que parece, y le sostiene.

–Oye, si te manda Rosmary, dile que lo hice sin querer, que no es para tanto y... ¿me estás escuchando?

La chica no le contesta y señala hacia un pequeño coche blanco.

–Entra. Conduces tú –dice la chica.

Una vez dentro, la chica de los ojos grises le da las llaves a Xián: es un coche alquilado.

–Arranca.

El recuerdo de la pistola mantiene a Xián callado y obediente. La chica le dirige y, tras unos minutos, aparcan en una calle desierta.

–Apaga el coche. Y dame las llaves –le ordena la chica.

Xián se asusta por como esta chica armada se lo ha llevado del bar. Pero durante el camino recuerda como varias personas les han visto irse juntos y ahora está más calmado... y se imagina la película de cómo se lo va a contar a sus colegas...

...Primero les diré:

–Es una chica atractiva.

–Xián, es que a ti todas te parecen atractivas –me contestarán.

–Es alta, con ese poquito más de curvas que le faltan a las modelos para estar perfectas.

–Cuestión de gustos, Xián –me protestarán.

–Está entrenada, se nota que es fuerte, aunque es delgada y no está musculada. Mide como 1.70 o así. Botas, pantalón ajustado y cazadora de cuero. Las tres de color negro.

–¿No te lo estarás inventando? –me dirá alguno.

–Que nooo... –le responderé yo–. Tiene el pelo color nuez con algunas mechas más claras, con un corte de pelo redondeado, un poco por encima de los hombros. Con la piel muy blanca, los labios muy rojos, y el maquillaje de los ojos muy, pero que muy marcado de negro.

–Eso me gusta –me dirá ya alguno.

–Y hablando de los ojos, eran grises, grandes y expresivos. Aunque lo mejor es la forma de caminar, ese contoneo que tienen las chicas del tipo “tú te vas a quedar conmigo cuando pase a tu lado sí o sí y yo ni me voy a enterar de que existes”.

–Vale, ahí te has pasado –me dirá alguno–, estás exagerando.

–Achanta que te conviene –le soltaré. Serán unas risas y seguiré contando.

–Olía de maravilla. Y no tuve más remedio que rendirme, pues tenía una pistola y...

Entonces la chica de los ojos grises le da una colleja y Xián vuelve a la realidad.

–Despierta –le dice la chica.

–Si me haces daño hay testigos: nos han visto juntos –dice Xián.

La chica va a contestar, cuando suena el móvil de Xián: es su jefe.

–No contestes –le ordena la chica.

–Es mi jefe, déjame coger la llamada –responde Xián.

La chica le arrebató el móvil de la mano con un gesto rápido y corta la llamada. Xián pone cara de sorpresa y se lleva las manos a la cabeza.

–Necesito conocer a alguien. Ponme en contacto con él y yo te devuelvo el móvil y te dejo ir –le propone la chica.

–Depende de quién sea ese alguien –contesta Xián.

–Santos Luna: ha llegado a Némata hace un par de días.

–No... no sé de quién me hablas –miente Xián.

–Mientes: Santos Luna te contrató en una ocasión.

–¿Eres una asesina a sueldo? –le espeta Xián.

–Aquí las preguntas las hago yo –dice la chica señalando a Xián con el dedo índice.

–¿Vas a matarme? –responde Xián por instinto.

–A ver, qué te he dicho de no preguntar –contesta la chica.

Pero Xián es observador: le parece que desde hace unos minutos la chica está siendo más amable. Y decide cambiar de táctica.

–Venga, dispara. Yo prefiero no mirar. Adiós mundo cruel – dice Xián con actitud melodramática, poniéndose la mano delante de los ojos.

La chica le mira e intenta contener la risa, sin ser capaz.

–No voy a hacerte daño, Xián –dice la chica–. Solo quiero conocer a Santos Luna.

–Es que soy muy malo para los nombres –se excusa Xián.

–Te entiendo. Yo soy como tú en eso, aunque jamás olvido una cara –le contesta la chica.

–Yo tampoco –le dice Xián guiñándole el ojo con pillería.

–Pues mira qué he traído por si pasaba esto –le contesta la chica sacando una foto del bolsillo de su cazadora.

–Mierda –murmura Xián.

La chica le enseña la foto. Xián reconoce a Santos y ahora ya no ve peligro en ser sincero.

–Es un tipo legal. Y paga muy bien –responde Xián señalando la foto.

–Preséntamelo –insiste la chica a la vez que desenfunda su pistola. Entonces Xián se asusta y vuelve a mentir: –No tengo ni idea de dónde encontrarle.

–Aquí –le dice la chica ofreciéndole la tarjeta de un hotel y derribando su excusa.

–Mierda... otra vez –murmura Xián mientras la chica de ojos grises sonrío y muestra a Xián el cargador de su pistola: está descargada.

–¿Lo ves? no soy peligrosa –le dice la chica–. Casi nunca le pongo balas. Es vieja y tiende a dispararse sola. Debería conseguir otra, pero le tengo cariño a esta.

–¿Se le puede coger cariño a un arma? –dice Xián negando con la cabeza.

–Ni te lo imaginas. Hay hasta quién les pone un nombre.

–¿Y esta se llama?

–No, esta no tiene apodo aunque es de la familia: es lo único que me dejó mi padre en herencia. Bueno, eso y mi afición a luchar por causas perdidas.

A pesar de que a la chica se le humedecen los ojos al decir esto, Xián se mantiene en guardia: cree que la chica está intentando camelarlo.

–Al menos dime tu nombre –dice Xián.

–Lía Cruz –contesta la chica apretando su pistola

–¿Por qué haces eso? –se asusta Xián.

–Santos está en peligro –dice Lía cambiando de tema–. Solo quiero ayudarlo. Él y yo tenemos enemigos comunes.

–Pues vete tú a hablar con él –dice Xián.

–No me conoce, jamás confiaría en mí. Pero en ti sí –responde Lía.

–A ver, sabías dónde encontrarme y a qué hora. También sabes a que se dedica Santos, que está en peligro... Y vas armada...

–Vale, vale –le interrumpe Lía–. Mira, ya sabes mi nombre y te doy mi número. Y esta es la tarjeta del hotel donde se aloja Santos Luna. Si vas a verle, dile que necesita protección: le están vigilando para matarlo.

–Ahora que lo pienso Santos tiene pasta, es atractivo, ¿para qué quieres verle en realidad? –bromea Xián.

Lía deja escapar una sonrisa pillada durante un segundo. Luego la borra de su cara y contesta.

–Tenía razón la camarera: siempre pensando en lo mismo.

Después le devuelve el móvil a Xián, le indica que baje del coche y se va sin despedirse.

–Sigo sin creerte –murmura Xián para sí.

En ese momento suena el móvil de Xián: es su jefe.

–Hombre ¿que tal? –responde Xián–, ¿qué? ¿Cómo que estoy despedido?

Capítulo 3. Como reactivar una maldición milenaria por teléfono

1

–Sr. Luna, me han condenado a muerte y quiero contarle porqué.

–¿Necesita protección? –contesta Santos.

–No. Solo necesito que me escuche: a ambos nos va la vida en ello. Y no pierda el tiempo en preguntar cómo me llamo. Eso no lo voy a compartir con usted.

Unas 2 semanas antes de la muerte de Mauro y Adrián, Santos está sentado en la terraza de una cafetería al aire libre, en medio de un parque, acompañado por una señora que pretende ocultarse del mundo bajo un sombrero y unas gafas de sol, aunque el día está nublado.

Son las 12 de la mañana de sábado y el sitio está lleno de charcos, voces de familias y movimiento de personas paseando a sus perros.

La señora y Santos parecen dos estatuas en medio de una fiesta. Dos manchas grises inmóviles perdidas en un mar de color y ajeteo. Ella lo ha querido así para estar protegida por la cantidad de testigos que hay.

Esta señora es la ex secretaria de Antígona en Corporatio.

Siempre viste de gris para pasar desapercibida, como buscando confundirse con el mobiliario y difuminarse sobre las paredes.

Esta pequeña mujer le cuenta a Santos cómo en los últimos meses y, aún más, en las últimas semanas, Antígona hablaba mucho por teléfono con dos individuos.

–A uno le llama El Segador –le relata la ex secretaria de Antígona–. Hablan de un río y de un estandarte romano maldito. El otro con el que habla es su jefe, le llama El Jugador, aunque con este habla menos.

Santos ha trabajado en el pasado para alguien llamado Antígona y es posible que sean la misma persona.

–Su plan es hacer creer que han robado un estandarte romano –prosigue la ex secretaria–, llevarlo al norte, reactivar una maldición y dejarlo allí oculto.

–Insisto –dice Santos–, usted necesita protección...

–Ya le dije que no, Sr. Luna, no insista –le interrumpe la ex secretaria–. Ahora que ya le he dado esta información nadie volverá a saber de mí. Lo tengo planeado desde hace tiempo.

–¿El qué? –pregunta Santos extrañado.

–Desaparecer –dice la exsecretaria mirando a su alrededor con inquietud–, y no me pregunte cómo, por favor.

–¿Y qué es lo que sí puede contarme?

–Hablaban sobre personas a las que atraer a Corporatio. Y salió su nombre.

–¿El mío? –pregunta Santos.

–Ella decía que usted sería un gran fichaje para ellos, aunque jamás les ayudaría.

–La única Antígona que conozco es una mujer para quien hice una misión hace ya unos años –recuerda Santos.

–Ella habla de usted, dice que es mejor eliminarle, por si acaso... –le confiesa la ex secretaria.

–¿A mí? –se extraña Santos.

–Sí.

–¿Y por qué razón?

–Antígona está obsesionada con usted. Quiere matarle. Ella le explicó a El Segador como Santos Luna se ganaba la vida ayudando a gente con problemas *especiales*. Hablaron de un ataque preventivo contra usted y su equipo.

–Y usted, ¿por qué me cuenta esto? –pregunta Santos.

–Mi problema fue que El Segador me pilló escuchando una conversación privada entre ellos –dice la secretaria mirando alrededor con nerviosismo.

–Comprendo...

–Al día siguiente Antígona me llamó y me dijo que me fuera de vacaciones indefinidas. A una conocida, que también era secretaria en Corporatio, también le dieron vacaciones sin fecha de vuelta. Y nadie la ha vuelto a ver. Me asusté mucho.

–Es comprensible.

–Estoy aterrorizada, Sr. Luna. Me estoy poniendo en peligro al contarle esto. Y por encima, los que tenían que venir a buscarme se retrasan.

–¿Ha quedado con alguien más? ¿Aquí? –se extraña Santos mirando alrededor.

Pero la mujer está a lo suyo: ha recibido un mensaje en el móvil y su cara se ilumina.

–Por fin. Ya vienen. Esto es lo que tenía que decirle, Sr. Luna, ahora me voy –dice la señora a la vez que se levanta y empieza a alejarse.

–Espere, al menos dígame cómo encontrar ese estandarte o a esa tal Antígona.

La ex secretaria se detiene para contestarle.

–El estandarte es la clave de la maldición –dice la ex secretaria–. Y recuerde: yo he venido a buscarle a usted y no a otro por las conversaciones de Antígona. Así averigüé que usted se dedica a casos *especiales*, como este, y que usted corre un gravísimo peligro. Adiós, Sr. Luna.

Una vez a solas, Santos llama por teléfono: –¿Mauro? Avisa a Adrián y veniros los 2 para Németa... sí nos vamos a quedar un tiempo aquí.

2

Un mes después de este encuentro, en otra parte de Németa, Julio César Fierro murmura para sí: –He fallado.

Julio César está en su despacho de la planta 20, sentado ante su mesa de cristal y acero, a juego con las sillas y demás mobiliario caro y de diseño, todo ello elegido con sumo cuidado para impresionar a los pocos elegidos que son invitados a subir hasta allí.

Su oficina hace esquina y las dos paredes que dan al exterior son de cristal, del suelo hasta al techo.

Julio César descubre entonces una mancha en el exterior de uno de los cristales. Agarra el teléfono fijo inalámbrico, marca una extensión y se acerca para verla mejor. También contempla entre la niebla la ciudad de Németa. A sus pies. Como a él le gusta.

–Necesito que vengan a limpiar las ventanas de mi despacho –le dice Julio César a su secretaria por teléfono–... no, por fuera... sí, otra vez...no, no, para mañana tiene que estar sí o sí... O me lo solucionas o te buscas otro trabajo.

Como su nueva secretaria se ha atrevido a ponerle excusas, Julio César decide colgar el teléfono para intimidarla en persona.

Para estar cómodo se ha quitado los zapatos, camisa y corbata. Y ahora se los tiene que volver a

poner para salir a amenazar a su secretaria. Algo fácil, pues ella es pequeña y miedosa, y él corpulento.

Aunque lo que más asusta en Julio César es su mirada, oblicua como la de un lobo. Te la clava y te empuja con ella hasta hacerte retroceder. Con los ojos negros entrecerrados, como esperando a saltar sobre ti para despedazarte.

Su pelo y barba, ambos muy cortos, arreglados y de color negro azabache, enmarcan una cara de rasgos afilados: nariz, pómulos y barbilla. Sus orejas son algo puntiagudas y su cara recuerda a la de un lobo.

Tiene dos profundas marcas por llevar siempre el cejo fruncido y una cicatriz de 8 centímetros en la cara, bajo el pómulo derecho. Algo extraño en un ejecutivo de 27 años, aunque Julio César está orgulloso de ella: son sus “cicatrices de guerra”.

Se pone la americana y en cuanto se ajusta el nudo Windsor de la corbata, su disfraz de alto cargo de la multinacional Corporatio ya está completo. Sale del despacho. Pasa por delante de la mesa de la secretaria, le echa una mirada asesina y se le acerca por detrás.

Se queda en silencio, acechando. Solo oye su respiración. Inspira y expira de tal forma que la pobre chica nota su enfado por la forma de hacerlo. La tensión aumenta. La secretaria suda y sus manos le tiemblan. Julio César se acerca más y...entonces el teléfono suena.

La secretaria descuelga y se aferra al mismo como si su vida dependiera de ello.

–Es Antígona –le dice a Julio César. Este vuelve a su despacho y contesta.

–Hace dos horas que espero tu llamada. ¿Qué ha pasado? –responde Julio César.

–He activado la maldición de Letheo. Ahora viene tu parte. No cometas más errores y demuestra por qué eres El Segador.

Cuando una sombra obtiene logros casi imposibles y demuestra ser el mejor durante años, se le reconoce. Entonces pasa a llamarse *El Segador*.

Las Sombras vienen a ser los soldados de Las Piezas Negras, y estas son una oscura sociedad secreta. Para ser aceptado en esta maligna hermandad, también has de ser un alto directivo de la poderosa multinacional Corporatio.

Por esta razón, todas Las Piezas Negras tienen una doble vida y son directivos de Corporatio, pero no Las Sombras. Excepto El Segador: él es la única sombra que también es Pieza Negra en secreto y directivo de Corporatio a la vista del mundo.

–Por fin –responde El Segador–. Si funciona es un día histórico. Y te agradecería un poco de confianza Antígona. Santos Luna se me ha escapado una vez y no volverá a ocurrir. Mañana mismo...

–No –le interrumpe Antígona–, en este momento te necesito centrado en llevar el estandarte al norte del río y comenzar la maldición. Encárgale lo de matarlo a otros. Y sobre Santos, ya te lo dije: es un rival difícil, por su intuición.

–Nunca he creído en esas tonterías.

–Ya. ¿Y por qué crees que te ha vencido? –murmura Antígona–. Pero ahora olvídate de eso, te necesito centrado para reactivar la maldición.

–Es difícil que se lo crean –responde El Segador–, y más en pleno siglo XXI.

–Será lo que nosotros le hagamos creer a la gente. Tu idea de usar un estandarte romano auténtico ayudará y la tecnología hará el resto... siempre y cuando Santos Luna se mantenga al margen.

–Espero que valga la pena el tiempo y esfuerzo invertido en eliminarle –responde El Segador.

–Santos es altruista. Es el tipo de persona que arriesgará su vida sin pensarlo para detener nuestro plan, que por cierto, ya conoce. Tiene inteligencia, recursos e intuición. Aunque no es rival para nosotros –expone Antígona con su habitual soberbia.

–Enviaré a un equipo de sombras a acabar el trabajo –dice El Segador mostrando los colmillos al reír–. Varios de mis hombres nunca han entrado en acción y necesito probarlos.

–Sin fallos esta vez. O habrá que enfocar este problema desde otro punto de vista – contesta Antígona, dejando claro en su tono de voz su frustración por el reciente fracaso.

–Te recuerdo que YO soy El Segador. Solo YO me he ganado ese título. Solo YO puedo estar en dos sitios a la vez. Y se me ha encargado A MI eliminarlo –responde El Segador levantando la voz.

–Y yo soy Antígona –responde esta con calma–, creadora de maldiciones y futura Reina de Las Piezas Negras. Te recuerdo que estamos en el mismo equipo y tenemos una misión. Y que tanto yo, como El Jugador y los demás, tenemos fe ciega en ti...

A El Segador le gusta oír esto. Pero a Antígona le gusta morder con sus colmillos de víbora y decir la última palabra.

–...aunque eso puede cambiar si vuelves a fallarnos –le dice justo antes de colgar la llamada.

El Segador se queda resoplando a oscuras en su despacho. Esta anocheciendo en Némata y ya está harto del disfraz de Julio César

Se acerca a un armario y abre un cajón. Allí están su pistola y un pasamontañas. Sonríe. Se alegra de verlos.

Mientras su mente se llena de sangrientos recuerdos, revisa su agenda: tiene un par de misiones programadas para la siguiente semana, pero decide adelantarlas.

Esta noche El Segador saldrá de caza entre la niebla de Némata.

Capítulo 4. Resucitando a un muerto

1

Santos Luna apenas ha dormido más de 3 horas seguidas en los últimos días. Se ha cambiado de hotel, por seguridad, tras denunciar a la policía la desaparición de Mauro y Adrián, sus dos ayudantes.

Le da vueltas a cómo podría haber salvado a sus amigos. Sin descanso ni compasión hacia sí mismo. Cuando su mente decae por el cansancio producido por la cantidad y toxicidad de sus pensamientos, intenta dormir, sin éxito. Y esto ocurre cada hora, más o menos.

Entonces, Santos se pone en alerta: alguien llama a la puerta de su habitación.

–¿Santos? ¿Estás ahí?

Reconoce la voz y a su dueño. Es un conocido suyo que le suele visitar para pedirle trabajo: elegante en su forma de vestir, con educación exquisita, al que jamás oyó decir tacos, un caballero con las mujeres, con don de gentes.

Es la imagen del éxito hecha persona, el nieto que toda abuelita quisiera tener y el novio que toda madre quisiera para su hija... o para ella.

Pero al abrir la puerta se encuentra con Xián Raposo, aunque sin el disfraz de comercial.

–Vaya cambio –le dice Santos con la vista fija en su camiseta arrugada y pantalón vaquero con agujeros.

–Lo mismo digo –responde Xián observando la barba de 2 semanas de Santos.

–Me visto así porque está de moda, voy en plan *vintage* –se explica Xián en respuesta a las miradas de Santos.

–Vintage, claro... –contesta Santos sonriendo.

–Y estos agujeros en mi camiseta son de ventilación –dice Xián conteniendo la risa.

Santos mira a ambos lados del pasillo, le indica a Xián que entre en la habitación con la mano y cierra la puerta.

–¿Vives aquí? Qué lujazo, chaval. Qué bien te lo montas –dice Xián.

–Solo es temporal –responde Santos–. ¿Qué era eso tan urgente por lo que querías verme?

–Estás montado en el dólar.

–¿Pero de dónde sacas esas expresiones? –pregunta Santos sonriente.

–¿Qué le pasa a mi forma de hablar? –le responde Xián cruzando los brazos–. Porque si nos vamos a poner faltones, yo también puedo hablar de tu ropa.

–¿Te gustaría poder viajar atrás en el tiempo? –cambia Santos de tema–. A mí, sí. Y ahora llevaría otra ropa distinta a la de hace 2 semanas y estaría afeitado. Mírame, con estas ojeras, demacrado y sintiéndome como una mierda.

–Eh, eh, tranquilo –le dice Xián poniéndole una mano en el hombro–. Y por cierto, ¿tienes algún trabajo para mí? Porque el cabrón de mi ex jefe me ha despedido y estoy a dos velas.

–Solo te acuerdas de mi cuando te despiden –dice Santos con decepción.

–Es que cuando tengo trabajo me falta tiempo –responde Xián. Luego se queda en silencio y se deja caer en una silla, serio, desanimado y negando con la cabeza.

–En su momento buscaré ayudantes, pero con un perfil diferente al tuyo –le responde Santos.

–“No tienes el perfil” es la forma políticamente correcta de decir “no me gustas una mierda” –responde Xián con el ceño fruncido.

–Es por tu bien: mis dos últimos ayudantes han muerto –responde Santos.

–Vaya, lo siento...

Ahora es Santos quién se deja caer en un sillón, se coge la cabeza entre las manos y murmura: –Yo era el mejor perro pastor. Me pagaban una fortuna para proteger a las ovejas de otros. A veces de los ladrones, otras de perderse o de los lobos. Siempre cumplía y me creí intocable.

»Pero un día me confié y un gran lobo negro con pasamontañas me sorprendió y cazó a los míos. Desde entonces, me echo la culpa por mi falta de visión y me siento incapaz de proteger a nadie.

–Ves, por eso yo soy más de gatos –responde Xián.

–Necesito estar solo, Xián. Hablamos otro día –le interrumpe Santos.

–Vine hasta aquí para que me ayudases dándome trabajo– le dice Xián–. Aunque eres tú quién necesita ayuda de verdad.

–Xián, te agradezco que me hayas resucitado. Pero mi conciencia ya está completa. No cabe ni un solo gramo más de culpa en ella. Si te doy trabajo podrían herirte o matarte.

Xián le mira sin hablar, serio y con los brazos cruzados.

–¿Por qué me miras así? Lo hago por tú bien –pregunta Santos.

–Gracias, pero esa decisión me hubiese gustado tomarla a mí.

–Y hablando de estar en peligro –dice Santos poniéndose en estado de alerta– si tú me has encontrado, cualquiera puede hacerlo.

–Hombre, muchas gracias por lo de cualquiera –le contesta Xián–. Aunque, espera, ya lo pilló: un tipo vestido de negro con pasamontañas mató a tus ayudantes... ¡Mierda!

Entonces Xián se pone en pie de un salto, corre hacia la ventana y mira afuera. Luego vuela hacia la puerta, la abre, mira hacia ambos lados y la vuelve a cerrar. Agarra a Santos por la ropa y le arrastra hacia la ventana.

–Al llegar vi a 2 tipos vestidos de negro saliendo de una furgoneta –dice Xián señalando por la ventana–. Estaba justo ahí.

A Xián le tiemblan la voz y las piernas. Recorre la habitación devorándose las uñas.

–Bien hecho –dice Santos con seguridad, acercándose a Xián y poniéndole una mano en el hombro: –Les has visto primero y eso nos da cierta ventaja.

Luego descuelga el teléfono de la habitación: –¿Oiga? ¿Servicio de habitaciones?...

En ese momento, en la habitación 203, la contigua a la de Santos y Xián, entran 3 sombras.

Santos cuelga el teléfono, siente el peligro y señala la pared de la habitación. Después le dice a Xián al oído: –Están ahí. Aunque esta vez falta El Segador.

–¿Cómo lo sabes?

–Espera, uno ha salido y está delante de nuestra puerta. Y a lo mejor hay más en recepción o el ascensor.

–Vámonos por la cornisa –dice Xián señalando la ventana.

–Olvídalo. Esa es la peor opción –dice Santos con el ceño fruncido y negando con el dedo y la cabeza.

–¿Y si entran aquí?

–A esta hora están limpiando las habitaciones –dice Santos negando con la cabeza–, demasiada gente por los pasillos. Si ese fuese su plan, ya habrían entrado.

Xián asiente y Santos aprovecha la espera para resumirle en voz baja su encuentro con El Segador.

También como una ex secretaria de Antígona habló con él para explicarle lo importante que era encontrar cierto estandarte romano maldito y, como a partir de ese momento, intentan matarle.

Además, le explica como al principio dudó en aceptar el encargo, pero su abuelo le dijo que Las Piezas Negras irían a por él de todas formas, y le puso en contacto con un amigo suyo.

–¿Tú abuelo? –dice Xián con cara de sorpresa.

–Sé que suena raro, pero sí. Mi abuelo Honorio ya está muy mayor, aunque tiene un pasado, digamos... interesante. Y aún conserva algunos contactos *especiales*. Cuándo supo de la Muerte de Mauro y Adrián, me dijo que un tal *druida* contactaría conmigo para ayudarme.

–Druida...ya... –dice Xián con expresión escéptica.

–Pues ya ha contactado conmigo por mensaje a través del móvil.

–Espera. ¿Honorio? ¿De qué me suena? ¿Puede ser Honorio Garza? El que salió por la televisión hace un montón de años, por una huelga o algo así.

Santos asiente.

–Mis padres me hablaron de él. Y hace 2 años filmaron un documental sobre aquello.

–Ese es.

–Pues envidia me das: mi abuelo solo vive para sus partidas de dominó con los amigos.

Santos asiente, suspira y sigue hablando.

–Ahora mismo, sin él estaría solo. Mis padres y hermanos llevan tiempo fuera del país. Mi ex mujer murió hace años en un accidente. Y Mauro y Adrián... ya sabes...

–¿Solo? Hombre, pues gracias –protesta Xián señalándose a sí mismo.

2

Unos 5 minutos después, un camarero del servicio de habitaciones llama y entra en la 201.

Y tras otros 2 minutos Xián sale de la habitación acompañado del camarero del servicio de habitaciones. Ambos entran en el ascensor, pero justo cuando va a cerrarse la puerta, alguien más sube: es un hombre vestido de negro. Xián traga saliva al verle.

El camarero está de espaldas a la entrada del ascensor, y Xián la tiene justo enfrente. La puerta del ascensor se cierra y el hombre de negro se queda junto a la puerta.

Este clava la mirada en Xián, en silencio, con los puños cerrados y apretando los dientes. Llevan juntos en el ascensor unos segundos, que a Xián le parecen años. Siente su pulso más fuerte de lo normal y como el sudor frío se forma en su espalda.

La sombra ha reconocido la ropa de Santos. Xián la lleva puesta y por eso le ha seguido. Aunque ahora, cara a cara, se da cuenta de su error.

En cuanto Xián y el camarero llegan a la planta baja y salen del ascensor, la sombra vuelve a subir en él.

–Soy Santos Luna, dejo mi habitación –dice Xián en voz alta al llegar a recepción. Después paga la cuenta y se sienta en el bar del hotel a mirar sus mensajes de Whatsapp.

En cuanto la sombra llega a la puerta de la habitación 203 informa a las demás. Luego, por señas, el cabecilla les indica el siguiente paso: entrar en la habitación 201.

Uno de ellos saca una tarjeta de apertura de puerta y la abre. Una sombra se queda en el pasillo y las otras 2 entran. Allí se topan con el camarero del servicio de habitaciones, pero con otra ropa. Este se lleva el susto de su vida al verles entrar.

Ante esto Las Sombras se miran. El cabecilla con un gesto aborta la misión y se van en silencio.

En ese momento, 2 plantas más abajo, Santos se acerca al bar del hotel aún vestido con el uniforme de camarero del servicio de habitaciones y se sienta junto a Xián.

–Tenías razón –dice Xián al verle–, creían que estabas solo en la habitación. Y al verme salir, dudaron y ni se fijaron en el camarero.

–Ese era el plan.

–¿Se habrán ido?

Santos asiente.

–¿Cómo lo sabes?

–Estas 2 últimas semanas me he informado a fondo sobre Las Sombras y sus tácticas. Si son descubiertas en un sitio público como este, abortan la misión hayan logrado o no su objetivo.

Entonces Xián saca su móvil y hace una búsqueda en internet.

–¿De verdad crees que vas a encontrar algo sobre Las Sombras en la Wikipedia? –pregunta Santos.

–Por probar...

–Olvídalo Xián –dice Santos riéndose–, me lo han contado 2 cazarrecompensas mexicanos. Tengo buena onda con ellos desde un trabajito que hicimos juntos el año pasado en México D.F.

–Te sales, Santos, pero mucho. Sabes cómo luchar contra Las Sombras, te conocen incluso en América y hasta ves a través de las paredes. ¿Cómo lo haces? –le adula Xián.

–Deja de hacerme la pelota –dice Santos. Después se lleva el dedo a la boca en señal de silencio, pone gesto serio y dice–: Otro día te explico cómo lo hago, porque hay otro asunto.

–¿Cuál?

Santos suspira antes de contestar. Luego mira a los ojos a Xián y le informa:

–Ahora te conocen y tú también eres un objetivo de Las Sombras –dice Santos mirando a Xián, negando con la cabeza y mordiendo el labio.

–Mierda –exclama Xián.

3

Tres horas después Santos y Xián salen del hotel tras mirar hacia ambos lados de la calle.

Xián va con traje y corbata y Santos viste vaqueros, americana, jersey de cuello alto y zapatillas, y ambos llevan gafas de sol.

Santos se ha afeitado y casi tiene buen aspecto, excepto por sus ojeras: siguen igual de oscuras y profundas, como los zarpazos de la culpa en su alma.

–Necesito un guardaespaldas –murmura Santos sintiendo como le invade el temor tras casi 2 semanas de autoencierro.

–Pues yo conozco a una chica. Al principio desconfiaba de ella –dice Xián–, pero ahora somos coleguitas. Hasta se ha metido en mi grupo de teatro, aunque actúa fatal...

Sin embargo Santos está en tensión y apenas escucha a Xián: vuelve a sentir peligro.

–Tenía que haber pedido que me enviaran un taxi al hotel –se lamenta Santos–. Nos estamos exponiendo sin necesidad.

Entonces escucha una voz a sus espaldas.

–Hola Santos. Cuanto tiempo.

Santos se asusta, se gira y... falsa alarma.

–Eh, Ángela –responde Santos a una sonriente chica morena. Después le echa un vistazo rápido y le dice–. Qué bien te veo.

Ángela es morena, de ojos marrones muy claros, con el pelo largo negro azabache, piel bronceada y casi tan alta como Santos.

Es del tipo de chica que hasta los ciegos se girarían a admirar al verla pasar si se la cruzasen por la calle. Y ella lo sabe.

Un vaquero y camiseta ajustadas remarcan y realzan su figura. Desprende confianza en sí misma y seguridad en cada gesto y palabra. Se acerca a Santos y le saluda con calma, con dos besos.

–Me cuido, Santitos. ¿Y a ti cómo te va? –dice Ángela tocándose el pelo y examinando a Santos.

–Pues tirando... –intenta contestar Santos hasta que Xián le interrumpe dándole codazos: quiere conocerla. Ángela lo percibe, sonrío y se adelanta.

–Soy Ángela, una antigua... amiga de Santos –le dice a Xián mientras le da dos besos y este huele su perfume.

–¿Qué colonia usas? –le pregunta Xián con pillería.

Ángela se ríe mientras clava su mirada en Xián, se acerca a él. Y este se queda sin aliento.

–Se llama Xián –dice Santos.

–¿Te... te gusta el teatro? –le pregunta Xián–, porque yo doy clases y...

–La verdad es que no mucho –le interrumpe Ángela. Ahora sonrío y mira a Santos–. Soy una actriz pésima, lo siento.

–Eso tiene arreglo –contesta Xián.

–Oye Santos, dame tú número. Así quedamos y nos ponemos al día.

–Vale –responde Santos dándole una tarjeta suya.

Con disimulo, Xián da un par de pasos atrás para tener una visión más completa de Ángela.

Labios pintados de rojo. Lleva el pelo ondulado y largo hasta una cuarta por debajo del hombro. Y perfecto, como recién salida de la peluquería. Pantalón vaquero azul ajustado, cazadora de color plateado mate...

Aunque lo que vuelve loco a Xián es su camiseta roja con “I’m the best” escrito en ella: es corta y, al lado del ombligo, puede ver el principio de un tatuaje que desciende hasta desaparecer bajo el pantalón.

–Me ha gustado verte, Santos –dice Ángela.

–Cuídate –contesta Santos. Después toman caminos opuestos.

–Me acabo de enamorar –dice Xián resoplando.

–¿Ves esa señal de tráfico? –pregunta Santos–: si le pongo ropa interior femenina también te enamorarías de ella.

–¿De qué color? ¿Negra, roja...?

Santos se ríe como respuesta.

–Es tu ex pareja, ¿verdad? –dice Xián.

–Más o menos.

En ese momento, Xián ve la ocasión de preguntar lo que quería saber desde un principio.

–Y el tatuaje de Ángela, ¿dónde acaba? –pregunta Xián señalando con el dedo índice hacia abajo.

–Un caballero jamás habla de esos detalles –contesta Santos.

–Por eso soy un pirata.

–Oye, ¿a qué guardaespaldas conoces tú? –dice Santos de repente enseñándole un mensaje en su móvil: “Xián Raposo conoce al guardaespaldas que necesitas. El Druida”.

–Pues hay una chica muy atractiva que...

–¿Te estás quedando conmigo? –le interrumpe Santos–. ¿Podrías dejar de pensar en lo de siempre un solo minuto?

–¿Te he dicho que va armada? –dice Xián haciéndose el interesante.

–¿De quién se trata?

–Un mes de prueba.

–¿Cómo?

–Me contratas 30 días y yo te la presento.

–Uf, eres cansino... –dice Santos resoplando y negando con la cabeza.

Ante las dudas de Santos, Xián le da un poquito más de información: –Ella también quiere conocerte.

–Pues haberlo dicho antes.

–Lo intenté. Pero nos cruzamos con esa ex tuya y casi muero de la impresión.

Santos se ríe y asiente.

–De hecho –prosigue Xián–, esa es la otra razón por la que fui a verte hoy aunque, al ver tu estado lamentable, se me pasó decírtelo. Es muy difícil hablar contigo porque, ¿sabes una cosa?, no me escuchas, Santos, no me escuchas y...

–Te contrato –le interrumpe Santos sonriendo–, pero por favor, cállate.

Xián asiente, cierra los puños en señal de victoria y se ponen en marcha.

4

A pesar de que son las 7 de la tarde, ya es casi noche cerrada. Santos disfruta de la niebla de Németa. Observa cómo se esparce por la calle, hace invisible a quién está a más de 5 metros y filtra la luz de las farolas.

En cuanto llegan al gimnasio de artes marciales y boxeo en las afueras de Németa, Xián va guiando a Santos por el interior. Se cruzan con varios tipos cuadrados y fuertes como gorilas. Unos hacen pesas, otros luchan agarrados, otros hacen kung fu...

–¿Cuáles van ser mi sueldo y funciones? –pregunta Xián.

–Solo dos –dice Santos sonriendo–: comportarte y hablar poco. Pero como no lo harás, te pagaré por nada.

–Hombre, gracias por la confianza... –responde Xián algo molesto.

–¿Te apuestas algo?

–No. El tahúr eres tú no yo –responde Xián.

Al rato llegan a una sala de boxeo, con sacos de arena colgando, suelo acolchado y techo muy alto. El ruido de los golpes y el olor a sudor impregnan el aire.

–Es cierto, durante un tiempo fui jugador profesional de cartas y gané una pequeña fortuna –se explica Santos–, pero me aburrí y lo dejé.

–¿Y cómo lo hacías?

–Digamos que... casi siempre sabía cuándo los demás iban de farol.

–Y también sabías que había 3 sombras al otro lado de la pared en el hotel ¿cómo lo haces?

–Te lo explico en otro momento –dice Santos con la mirada fija en una chica con guantes de boxeo.

–Y de paso explícame cómo se puede aburrir uno de ganar dinero a manos llenas.

–Porque descubrí mi auténtica vocación. Ahora el póker me parece cansino comparado con la adrenalina de las misiones.

–Bien hecho, porque eres muy bueno en tu trabajo –le adula Xián–, un fuera de serie, el mejor y...

Aunque Santos ha desconectado. Mira a una chica, la única de la sala. Golpea un saco de boxeo con dureza. Xián se percata.

–Ahí la tienes –le dice a Santos.

Es Lía Cruz: piel pálida, ojos grises. Fuerte pero esbelta. Y bañada en sudor. Santos es incapaz de dejar de mirarla, por más que lo intenta.

–Me encantan las estatuas griegas: bellas, perfectas, proporcionadas. Hechas con el mejor mármol –dice Santos.

–Ya estás otra vez con tus acertijos –protesta Xián.

–Y si brillan por la lluvia o están empapadas en sudor, aún me gustan más.

En ese momento Lía repara en ellos y deja de golpear. Adopta una postura más erguida y comienza a caminar hacia los dos hombres, tal como lo hacen las panteras.

–Lía, nunca te había visto caminar así –dice Xián extrañado.

–¿Así cómo? –responde Lía.

–Así tan femenina, tan *señorita*.

Santos está absorto y piensa en voz alta sin darse cuenta: –Los griegos esculpían como nadie.

La chica sonríe con pillería al oírle.

–Por cierto, os voy a presentar... –interviene Xián.

–Hola Santos, por fin te conozco –le interrumpe Lía–. En nuestro negocio eres una leyenda.

–Y tú eres Lía, supongo –dice Santos.

–Es una fuera de serie. Sin exagerar, es la mejor del mundo... por lo menos. Tenías que haberla visto el otro día, cuándo defendió a...

Lía calla a Xián con una mirada cortante. Luego, Santos la pone al día sobre la misión y hace su oferta.

–Prefiero ser sincero desde el principio, Lía: si aceptas puedes acabar muerta.

–Me van las causas perdidas. Como a los griegos, esos que “esculpían como nadie” –responde Lía guiñándole un ojo.

–¿De qué va esto? –protesta Xián.

–En la antigüedad los griegos lucharon por su libertad contra los persas –dice Santos–. Era una causa perdida, aunque preferían morir a ser esclavos. Era imposible que ganaran, pero vencieron.

–Pues ya que hablas de Grecia, allí hubo una criatura, Hydra –dice Lía–. Mataba a inocentes y también decían que era invencible. Tenía varias cabezas y cada vez que cortaban una, le salían otras.
2. Matarla era imposible para un solo guerrero. Sin embargo, cuando atacaron en equipo vencieron.

Santos asiente y después pregunta: –¿Cuento contigo?

–Claro. Pero yo solo quiero matar al monstruo.

Lía tiene la mirada clavada en Santos y la aparta de vez en cuando, mientras que a Xián le mira fijo, sin pausas. Santos percibe la contradicción: es una luchadora experta aunque también es tímida.

–Pues si ya estoy en el equipo –dice Lía–, Xián, has perdido la apuesta.

–Pero si Xián nunca las acepta –dice Santos.

–Será contigo, porque conmigo sí –responde Lía–. Le aposté que me contratarías a la primera.

–Con ella sí apuestas, vaya, vaya... Estás hecho todo un bien queda– dice Santos.

–Le has calado rápido –le apoya Lía.

A Xián le disgusta hacia dónde va la conversación y cambia de tema: –¿Y si luchas con ella y así ves lo buena que es?

–¿Porque soy el peor luchador del mundo? –responde Santos.

–Busca a otro, ponme a prueba –le reta Lía.

Santos asiente, se va de la sala y vuelve al poco rato.

–Les he dicho que avisasen al mejor luchador del gimnasio –explica Santos–. Eran un poco reacios y he tenido que incentivarles.

–¿Les vas a pagar? –pregunta Xián.

–Mejor. Les he dicho que yo apostaba por Lía, y que cubriría la apuesta de cualquiera que quisiese

apostar en contra de ella. Unos cuantos se han ido a sacar dinero al cajero, incluido su rival. Xián, tú encárgate de anotar las apuestas, por favor.

Xián asiente y comenta: –Qué falta de respeto. Eres la mejor luchadora de la ciudad y aun así...

–Xián, menos jabón –le interrumpe Lía.

–¿Te da igual saber quién es tú rival? –pregunta Santos.

Lía niega con la cabeza con aire de suficiencia, estirándose como una gata.

Y entonces empiezan a llegar: el luchador, los apostadores y un grupo de unos 15 curiosos.

El luchador que ha aceptado pelear se acerca a Santos y Lía se aproxima también.

–Soy el campeón local de *Kick boxing* –le dice a Lía–. Aún puedes retirarte.

Lía niega con la cabeza y se prepara.

–El primero que golpee al otro, excepto manos y piernas, gana. Al mejor de tres –dice uno de los apostadores.

Asienten y comienza la pelea.

Lía esquivo los golpes del campeón como lo haría una gata. Él intenta acabar la pelea por la vía rápida, pero es incapaz de tocarla. Unas veces Lía salta, otras rueda por el suelo. Otras se aparta y se dedica a observar, aprender y esperar.

Tras unos minutos, Lía parece cansada. Cada vez esquivo un poco más lento, cada vez para los golpes con más dificultad. Entonces, en un aparente descuido, Lía baja la guardia. Su rival lo percibe y va a por todas: lanza una patada con todas sus fuerzas.

Y un instante antes de que impacte contra Lía, esta se aparta. El campeón se pasa de largo y, después de su movimiento, dibuja una mueca de dolor en su cara y se queda encogido en el suelo, agarrándose la rodilla.

Tras unos segundos Lía le ofrece la mano y el campeón se la acepta.

–Eres muy buena. La victoria es tuya –dice el campeón. Luego se retira cojeando.

–¿Qué ha pasado? –dice uno de los apostadores.

–¿Recordáis lo que os he explicado varias veces de la estrategia? Pues esta chica es una experta –les dice al salir de la sala–. Ha fingido estar cansada, al verlo me lancé y, como yo no calenté antes de la pelea, como ella, me he lesionado.

Ahora Xián se encuentra con las manos llenas de billetes por las apuestas ganadas por Santos y este aplaude.

–Bien hecho –le dice a Lía dándole la mano. Pero en cuanto nota el contacto de la piel de ella, a Santos se le erizan los pelos del brazo.

Lía siente como un escalofrío le recorre la espalda. Y se quedan así, un rato en silencio, excepto por el runrún de las cuentas de Xián de fondo.

–4.300 euros, 4.350, 4.470... Esto... chicos, si queréis os dejo solos... –dice Xián.

Al oírle, se sueltan la mano.

–No, ya me voy a la ducha –responde Lía bajando la mirada.

–Pero antes explícame cómo le has vencido –pregunta Xián.

–La lucha no era entre él y yo, sino entre el campeón contra su soberbia y su impaciencia: yo no estaba en el combate, no podía perder.

–¿Qué haces después? –pregunta Santos.

–Me voy a la ducha. ¿Te vienes? –le dice a Santos mientras se aleja caminando como una pantera.

–Vaya –dice Xián abanicándose con los billetes–. Esta chica es una caja de sorpresas...

–¿Tú crees que...?

–Que inocente eres –le interrumpe Xián–. Nunca te hubiesen dejado entrar en la ducha de chicas.

Te lo ha dicho para que te fijases en ella.

–Mi pregunta iba por otro lado, aunque te agradezco la aclaración.

–Pues tú dirás.

–Da igual. Mándame el contacto de Lía al móvil, por favor. Y dile que en un par de horas la llamo –dice Santos yéndose de la sala.

Pero justo al llegar a la puerta, Santos recuerda algo: –Por cierto, el dinero de las apuestas de hoy, es tu paga de este mes. Y no te acostumbres, no siempre podré pagarte tanto.

Xián se emociona y se le ponen los ojos vidriosos, incapaz de hablar por la emoción.

5

Quince minutos después, Lía se encuentra con Xián. Tiene el pelo mojado y viste de negro de pies a cabeza.

–Santos se ha ido, dice que luego te llama –comenta Xián.

–No, dame su teléfono, ya le llamo yo –responde Lía con sonrisa pilla.

–¿A qué te referías con lo de que Santos es famoso en nuestro negocio?

–Lo es entre cazarecompensas, investigadores especiales, escoltas personales, e incluso mercenarios.

–Vale, así que ahora me dedico a eso. Pues como voy a fardar en el barrio.

–Xián, la regla fundamental de este trabajo es la discreción.

–¿Estás de broma? ¿Estoy con los mejores especialistas o lo que seáis del mundo, y me lo tengo que guardar?

–Tienes que dejar de hacer eso. Adular un poco está bien, pero demasiado jabón cansa –comenta Lía.

–Soy amable y...

–No, eres pelota y un bien queda –le interrumpe Lía–, y si vamos a trabajar juntos...

Xián frunce el ceño y le interrumpe: –Y una mierda. Soy educado.

–Cuando adulas eres un coñazo.

–Vale, tranquila –le interrumpe Xián–, jamás volveré a ser amable contigo y asunto arreglado.

–Mientes, Xián. Eres incapaz –le dice Lía sonriendo.

–¿Qué te apuestas?

–Xián, que no, que no eres capaz –le sigue pinchando Lía.

–¿Que te apuestas a que sí? –insiste Xián, molesto.

–Lo que quieras.

Entonces, Lía y Xián se dan la mano.

–Trato hecho. Ya pensaré en que quiero que me regales cuando gane LA APUESTA –dice Xián.

–Eso, eso. No es la apuesta sino LA APUESTA –contesta Lía asintiendo.

–Por cierto, ¿por qué tienes esa urgencia de trabajar con Santos?

La sonrisa de Lía se congela. Su ceño se frunce y su puño se cierra. Después, suspira y contesta.

–Porque necesito matar a alguien.

Capítulo 5. El nombre del sonido de la lluvia

1

La noche se ha adentrado en Németa. Sus aceras de piedra brillan mojadas por la llovizna e iluminadas por la luz de las farolas. Santos las observa como hipnotizado.

Han pasado casi 2 semanas del incidente en el hotel y Santos habla con Lía por teléfono desde su piso recién alquilado. Sigue con el dedo las gotas de lluvia empujadas por el viento sobre su ventana. Corren de derecha a izquierda, casi en horizontal.

–Alguien debería inventar una palabra para el sonido de la lluvia –dice Santos.

Lía se mantiene en silencio, sonriendo al oírle hablar así.

–Te recojo mañana –prosigue Santos–. Necesito comprobar una pista.

–Vale, pero antes me gustaría hablar contigo de ciertos detalles de la misión –responde Lía.

–Dime.

Entonces Santos escucha el timbre de la puerta de su casa.

–Espera, alguien está timbrando. Ahora te llamo.

Santos cuelga el teléfono. Intuye que puede abrir la puerta con confianza, y al hacerlo se encuentra con Lía.

Por una parte es una sorpresa: nadie conoce su dirección actual, ni siquiera ella. Y por otra le encanta, por lo arreglada que va.

Está apoyada en el marco de la puerta. Lleva unas botas altas de cuero granate, sus preferidas, una cortísima minifalda de algún material negro brillante, un top que deja a la vista su ombligo y su definida musculatura abdominal. Y cazadora de cuero marrón.

Y como siempre, la línea del contorno de ojos muy marcada en negro y los labios pintados de rojo intenso.

No obstante, lo que más le llama la atención a Santos es que ahora es pelirroja. Con el largo del pelo por debajo de la oreja, pero sin llegar al hombro. Peinada con raya al lado y corte desbastado, lo que le da a su cabeza una forma redondeada.

–Rebelde y elegante –dice Santos asintiendo–. Y yo con estas pintas.

–¿Me dejas pasar? –dice Lía poniéndole morritos y ojitos.

–Me va a gustar trabajar contigo.

Lía camina lenta, segura y sensual hacia el interior del piso de Santos.

Después, ella se quita la cazadora de cuero para descubrir su espalda. La lleva al descubierto excepto por la tira negra del top que la cruza y algunas cicatrices. A Santos esto le genera curiosidad, que poco a poco irá cristalizando en preguntas...

Él viste una camiseta vieja y vaqueros desgastados. Está despeinado, sin afeitarse y se siente en desventaja.

–Podías haber avisado de que venías –dice Santos.

–¿Y el elemento sorpresa? –responde Lía mirándole–. Además, así vestido es como más me gustas.

–Son mis vaqueros preferidos, por eso solo me los pongo en casa –miente Santos.

A Lía le encanta que se sienta mal por ir menos arreglado que ella.

–Te habría quedado mejor decir que hoy tenías un día *vintage*. Además, a mí me da igual como vayas vestido siempre que vayas sin gafas de sol y pueda verte los ojos.

Luego, Lía se señala sus ojos con los dedos índice y corazón. Después señala los ojos verdes de

Santos y sonrío de medio lado.

–Pues ya que esto parece una cita, déjame pedir algo de cena –dice Santos.

–Vale. Pide tu comida preferida y así la pruebo.

–Mejor pide tú, a mí con que me deje saciado me basta.

–Pero algo habrá que te entusiasme.

–Los buenos cafés. Son como las personas, cada uno con su propio carácter.

–¿Y qué tipo de café te gusta?

–Pues digamos que lo prefiero recolectado a mano, con cariño, grano a grano, sin prisa...

»Soy muy exquisito, raro incluso. Muy pocos me gustan. Aunque si lo hacen, me pierdo sin remedio.

»Me encanta levantarme por la mañana con el olor del café recién hecho. Con ese aroma denso, que al olerlo te hace despertar, revivir y querer salir ahí fuera a comer el mundo.

»Me gusta recordarlo varias horas después de haberlo tomado, no solo por la euforia suave de la cafeína, también por el recuerdo de su tacto, olor y sabor. Y quedarme con ganas de más...

»Lo quiero solo, fuerte, denso, oscuro, sin quemar. Soy más de café intenso, amargo, que te hace sentir vivo. Y nada de azúcar: le mata el sabor.

–Vaya, vaya, menuda sorpresa.

–¿Y tú?

–Pues yo soy más de comida picante, pero de calidad, que te siente bien –dice Lía–. Con fuerza, sabor y personalidad, como la comida mexicana, que me hace sudar, sonreír y sentir viva. Lo llevo en los genes, mi padre era de México.

»Y de postre nada de dulce, a mí también me cansa. Un buen mezcal es perfecto. Me gusta puro, tal cual, sin rebajar.

»Primero disfruto de su olor. A poder ser lo acompaño con sal de gusano y unas rodajas de naranja. Y nada de beberlo de un trago, sino poco a poco. Hay que disfrutarlo a sorbitos o “besitos”, como decimos los que adoramos el mezcal.

»Y después de los tragos, nada de toser: hay que respetarlo y ponerle buena cara, aceptar su fuerza tal cual, sin inmutarse.

–Mezcal, claro... con el gusano de la culpa en su interior...

–¿Cómo dices? –pregunta Lía.

–Para mí también es la primera vez –dice Santos cambiando de tema.

–¿A qué te refieres?

–Hasta hace unos días, para mí lo personal y lo profesional estaban separados por un cortafuegos de seguridad.

–Ya. Pero hay incendios e INCENDIOS –responde Lía sonriendo.

Santos asiente y coloca su mano sobre la espalda de ella. Se le pone la piel de gallina al contacto con la mano de él. Entonces nota el tacto de una de sus cicatrices.

Esto le hace recordar sus preguntas. Aunque lo último que quiere hacer ahora es hablar. Su nariz quiere seguir cerca de la piel de ella y de su perfume.

–Intuyo paz –dice Santos acariciando la suave piel de Lía–. Y peligro –dice deslizando el dedo por una cicatriz en su espalda–. Es adictivo...

Lía ignora ese comentario de Santos y se levanta a curiosear por la casa, con calma. Cuando vuelve al salón, Santos se ha quedado dormido.

–Una cosa es vigilarte a 20 metros de distancia y otra así –murmura Lía acariciando el pelo de Santos–. Ganas mucho de cerca.

Luego se acurruca a su lado en el sillón, apoyada en él y el sonido de la lluvia cayendo sobre Németa le hace compañía hasta quedarse dormida.

2

La borrasca cesa a las 7 de la mañana. A las 8 y media alguien se acerca a la casa de Santos. Vigila media hora sentado en un banco, y hace como que lee el periódico. Al rato se le unen otras tres sombras más. Hoy van vestidos con ropa de calle y sin pasamontañas.

–Son las 9:21. Acaba de entrar alguien –informa uno de los que está frente al portal.

–Es Xián Raposo.

–¿Es uno de los objetivos?

–Afirmativo.

Media hora después Lía baja a comprobar si es seguro salir. Observa un coche aparcado al otro lado de la calle y a 2 hombres parados en la acera de enfrente. Uno está mirando su móvil, otro leyendo el periódico. Cerca de ellos hay una furgoneta negra.

Luego se oculta en el portal, para vigilar sin que la vean. Se fija bien en el tipo del periódico y le reconoce.

En ese momento reacciona. Comprueba que su pistola está en el sitio y espera hasta tener el elemento sorpresa a su favor.

Unos 2 minutos más tarde, cuando el falso lector bosteza y mira hacia otro lado, Lía cruza la calle hacia él, con paso decidido, sin dejar de mirarle.

–Un objetivo va hacia tu posición –le dicen al lector del periódico por el pequeño intercomunicador que lleva en la oreja–. Necesito confirmación para intervenir.

Pero el falso lector se ha visto sorprendido por el audaz movimiento de Lía: con la mano sobre su pistola, ha cruzado la calle y se ha situado a menos de 2 metros de él.

Los ojos del hombre se abren. Primero por la sorpresa, segundo, por haberla reconocido y, después, por miedo.

–Repito, necesaria confirmación positiva para intervención.

Lía le dice “no” con la cabeza, como si supiese lo que este hombre está oyendo en este momento. Con la mano sobre su pistola, se sienta al lado del falso lector. Entonces, empieza a llover fuerte y el periódico se empieza a mojar y deshacer. Se miran en silencio a la vez que la lluvia les va mojando el pelo y calando el cuerpo.

–Sois cuatro contra uno. Da la orden –le dice Lía.

–Estoy solo –miente la sombra.

–Llegasteis a las 8 y media y erais 3 más el conductor del vehículo b.

El falso lector duda. Por el intercomunicador le insisten, se impacientan. Lía desenfunda su pistola y se la apoya en la espalda. Revisa al falso lector y le quita su arma: ahora tiene una pistola cargada en cada mano.

–Tienes a un objetivo sentado a tu lado apuntándote con un arma ¿Qué está pasando? –se impacientan por el intercomunicador.

–Adelante, da la orden. Pero tú te vienes conmigo al infierno –dice Lía clavándole sus ojos grises como el plomo entrecerrados al falso lector, con tal ira que este se echa hacia atrás.

–Vamos a intervenir, repito, vamos a intervenir.

De la furgoneta negra salen dos hombres. Y estos sí van con su uniforme negro de sombras y pasamontañas. Se acercan a paso ligero hacia el banco. Lía reacciona apuntando con un arma a cada

uno.

–Venga, disparad –les reta Lía.

Tras estas palabras, se quedan en silencio tenso. Lía apuntando a Las Sombras bajo la lluvia y estas a ella. En ese momento, un par de personas aparecen por la calle, caminando a lo lejos.

–Felicidades –les dice Lía–. Estáis a punto de ser las primeras sombras que salen en YouTube.

–Abortamos misión. La discreción se ha visto comprometida. Regresamos a la base –dice por fin el falso lector–, repito, regresamos a la base.

–Volved cuando queráis –les grita Lía–. Y después, dirigiéndose al falso lector, le dice en voz baja: –Y diles a tus jefes que la próxima vez envíen a sus mejores sombras.

Tras este comentario, la sombra se para dos segundos para echarle una mirada asesina a Lía como respuesta.

Esta sigue apuntando, vigilando como los 3 se meten en la furgoneta y se van. Un cuarto hombre les sigue en un coche aparcado unos metros detrás de la furgoneta.

–El vehículo B –murmura Lía–, por si la furgoneta falla. Que previsibles sois–. Luego vuelve a subir al piso.

Santos y Xián han observado la escena desde la ventana: es un primero y lo han visto todo con claridad.

Lía entra y se quita la cazadora negra, dejando a la vista una mancha de sudor en la espalda de su camiseta.

–Bien hecho –le dice Santos dándole un abrazo.

–¿Cómo que bien? –interviene Xián–, debes de ser la única persona en el mundo que se enfrenta sin miedo a un grupo de sombras. Eso ha sido... –pero se detiene: la sonrisa de medio lado de Lía le recuerda a Xián su apuesta con ella y frena en seco su instinto de hacerle la pelota. Eso sería su derrota automática.

–Aunque te arriesgas de más –prosigue Santos al ver que Xián se ha atascado con lo que iba a decir.

–Para eso me pagas –responde Lía.

–Ahora mismo valoro más que estés a salvo a que me protejas –le insiste Santos.

–Haberlo pensado antes de contratarme –contesta Lía muy sonriente.

–Pues a lo mejor...

–Eh, ni de broma –le interrumpe Lía con expresión seca–. Es mi trabajo y me encanta. Luego vuelve a calmarse y dice: –Necesito intensidad para sentirme viva. Como ahora...

Santos le coge la mano: –Te has arriesgado demasiado. Por favor, ten más cuidado la próxima vez, ya he perdido a 2 ayudantes.

–El que está en peligro eres tú, Santitos –le dice Lía apretándole la mano.

Xián se sigue conteniendo, pero interviene, midiéndose mucho al alabar a Lía: –Lo has hecho... de maravilla.

–Venga, sigue, que quiero ganar la apuesta ya –le dice Lía soltando la mano de Santos y sonriendo.

Xián se muerde las uñas. Callarse para él es ir contra natura, como un gato obligado a estarse quieto con pájaros y ratones moviéndose a su alrededor.

–Te venceré –dice Xián señalándola con el dedo.

–Jamás.

En ese momento, en otra zona de Németa, un hombre y una mujer hablan por teléfono.

–¿Qué tal?

–Bien, ¿y tú?

–Fenomenal, la verdad. Hace un día precioso. Me encanta Németa en esta época del año. La lluvia y todo eso.

–Aunque hace un poco de frío.

–¿Cuándo te pasas por aquí?

–Ya casi estoy.

–¿Y cuándo va a morir Santos Luna? –pregunta Antígona.

–Hoy teníamos un operativo montado para eso –responde El Segador–. A estas horas, ya debe ser un cadáver. Un momento... tengo una llamada en espera, cuelgo.

El Segador contesta a la segunda llamada.

–Tenías que haberte comunicado conmigo hace 20 minutos. ¿Qué ha pasado?... ¿Cómo que os habéis retirado en espera de instrucciones? ¿4 contra 1 y sigue vivo?... Me da igual que haya contratado a un guardaespaldas... ¿Cómo?... ¿Estás seguro?... ¿Al 100%?... Lo comprobaré. Volved a la base. Corto.

Tras colgar, El Segador se queda pensativo. Apaga la luz y permanece sentado a oscuras durante cinco minutos.

Después llama a Antígona: –Ha surgido una complicación: Santos Luna está protegido. Va a ser difícil eliminarle con discreción. Se necesitaría un dispositivo mucho mayor, y eso llamaría la atención.

–Correcto, nuestro jefe nos exige discreción. No nos conviene hacer ruido. Aunque, ¿me estás diciendo que cuatro de los tuyos no han podido con ese hombre?

–Ahora le protege una guardaespaldas de élite. Insisto, es poco recomendable un enfrentamiento directo. Mis hombres han vuelto a la base. Y yo mismo investigaré a esa mujer.

–Pues yo no voy a quedarme quieta esperando a que lo compruebes –interrumpe Antígona–. Toca cambio de táctica. No conviene llamar la atención cuando estamos a punto de mover el estandarte hacia el norte.

–Y activar tu maldición.

–Siempre sabes que decirle a una chica como yo –dice Antígona con soberbia.

–¿Estás segura de esto? Porque solo tú serás la responsable. Hay otros caminos...

–NO –exclama Antígona–. Para que nos teman y obedezcan hay que darles duro. Que entren en pánico. Que dejen de pensar y se comporten como un rebaño.

–Es la doctrina del shock, la conozco –dice El Segador observando la lluvia de Németa por la ventana.

–Para que funcione necesitamos víctimas inocentes –dice Antígona.

–Para eso siempre podrás contar conmigo –dice El Segador enseñando su dentadura con expresión de lobo a punto de atacar.

Capítulo 6. El Druida

1

Lía empuja a Santos con suavidad. Unos segundos después lo intenta de nuevo. Entonces él abre un poco los ojos y distingue la silueta borrosa de Lía, recortada contra la luz que entra por la ventana.

Está sentada en el borde de la cama y recoge su ropa interior de la mesilla de noche. Santos la admira en silencio.

La piel de Lía le recuerda a la arena fina y blanca de las playas de su niñez, cuando la vida era una fiesta y los días estaban llenos de juegos y sonrisas, de paseos y aventuras con su abuelo.

Y la tira negra del sujetador sobre su espalda le recuerda a los rollos de negativos de la cámara de fotos, donde se acumulan los recuerdos de aquellos días.

Lía mira a Santos a los ojos: hoy le parecen verdes como el mar junto al que nació. Y vuelve a sentirse la niña pecosa, flaca y criada casi como un chico por su querido papá, en un pueblecito lejano bañado por el océano.

Con Santos cerca casi es capaz de oler el mar y sentir el salitre en la lengua, de revivir días felices, fáciles, misteriosos...

Santos observa la silueta de los hombros de Lía, su cuello y su pelo alborotado con forma redondeada. Ella le mira de reojo, con intención, sonriendo y, tras unos segundos, le da de nuevo la espalda.

Ella se pone de pie despacio. Sin prisa. Hoy el mundo parece haberse detenido para ellos.

El contraste de su piel de arena con sus cabellos pelirrojos revueltos, recuerdos que van y vienen como las olas del mar.

La manera en que se abrocha el sujetador, de espaldas a él, le mantiene en un estado cercano a la hipnosis.

Ella interpreta su función preferida ante el único público que le interesa tener. Santos lo sabe. Y contiene la respiración.

Lía se sienta despacio, en la cama. Se calza una bota... después la otra. Y de nuevo, con calma, se incorpora. La falda corta es lo siguiente. Se la pone y se queda de pie, de espaldas a Santos.

Él se acerca y ella le recuerda con un gesto de la mano, sin mirarle, que no puede tocarla. Aún no...

Luego, se pone su camiseta azul cobalto, su cazadora de cuero rojo, guarda su pistola en la cartuchera y le echa una mirada, que en su lenguaje significa "es tú turno". Y se queda inmóvil.

Entonces, Santos pone la palma de la mano abierta en la espalda de ella, y empieza a quitarle la cazadora de nuevo, despacio. Este es uno de los juegos preferidos de ambos.

A Lía le excita ponerse la ropa, y que después Santos, la devuelva al suelo y a la mesilla.

A Santos le encanta quitársela, jugar y sentir la excitación de ella.

Ahora está de pie, detrás de Lía. Sus cuerpos se tocan y él empieza a quitarle la camiseta. Pero en cuanto lo hace, llaman al timbre de la puerta como si se fuese a acabar el mundo.

—¿Qué te apuestas a que es Xián? —protesta Lía mientras siente como cada timbrado es un cubo de agua que va apagando el fuego.

—Espero que no. Aunque esa insistencia... —dice Santos—. Sí, es Xián. Y por como llama debe ser algo importante.

—Para Xián TODO es importante.

Santos se pone lo más rápido que puede unos vaqueros y un jersey y va hacia la puerta.

–Oye, vas a medio vestir –le dice Santos a Lía.

–A ver si Xián pillla la indirecta –responde Lía: tan solo viste su ropa interior, botas granates y minifalda vaquera.

Santos comprueba quien es por la mirilla, resopla resignado y abre un poco la puerta, pero Xián la empuja y entra corriendo y jadeando.

–No... os lo vais a... creer –exclama Xián con dificultad por la respiración entrecortada.

–Llegó la tormenta de verano, adiós a la paz y tranquilidad –dice Santos.

–Oye –dice Xián con los ojos muy abiertos y señalando a Lía–, de un tiempo a esta parte vas de un provocativo... madre mía. Un día de estos saldrás a la calle solo con botas y ropa interior.

Lía se queda pensativa y empieza a asentir a la vez que dibuja una sonrisa pillla en su cara.

–No le des ideas –interviene Santos.

Santos y Lía se miran y se ríen.

–¿Me he perdido algo? –protesta Xián. Y entonces se da cuenta... –ah, que estabais...vale... lo siento. Pero solo un poco, ¿eh?, que os pasáis todo el día ahí, dale que te pego.

Y luego mirando a Lía le dice: –Oye, y vístete un poco, que me estás poniendo malo.

–¿Ahora se dice así? –responde Lía acercándose con su típico andar felino y pasando de largo hacia el baño, dándole un ligero toque con el hombro al pasar.

Xián resopla y se quita sudor imaginario de la frente.

–Estoy de acuerdo –responde Santos a su gesto.

–Por cierto, gracias una vez más por dejarme tú coche ayer –le dice Xián a Santos a la vez que le devuelve la llave–. Eres el mejor jefe del mundo. Un fuera de serie, lo nunca visto...

Santos le hace el gesto de “no” con el dedo y le dice en voz baja: –Vas a perder la apuesta con Lía.

–Desde allí es imposible que nos escuche –murmura Xián señalando hacía el baño.

–¿Qué decís? –pregunta Lía–, hablad más alto.

–¿Lo ves? –susurra Santos–. Lía lo escucha todo, es como una gata.

Xián asiente convencido y Santos cambia de tema, subiendo el tono para que Lía escuche con claridad.

–¿Y qué era eso tan importante que...?

–Te buscan unos tipos muy raros –le interrumpe Xián–. Saben que estás aquí y te esperan frente al portal.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque me han preguntado por ti. Hay que esconderse, o escapar o algo...

Lía sale del baño ya vestida y pregunta: –¿Los conoces?

Xián niega con la cabeza: –Al verme llegar me preguntaron por ti, Santos. Saben que te conozco.

–¿Cuántos son? –pregunta Lía revisando su pistola.

Santos se mueve hacia la puerta del balcón y se queda allí, quieto. Después, al no intuir ninguna amenaza, abre la puerta.

–Santos –dice Lía–, aléjate de la ventana. ¿Santos? ¿A dónde vas?

Pero Santos ya ha salido al balcón y mira hacia alguien de pie en la calle.

Un hombre delgado se quita su sombrero azul oscuro al ver a Santos, a modo de saludo, y se lo queda en la mano. Al ser un primer piso, ambos pueden verse con claridad.

Su estilo le recuerda al de una estrella de Hollywood de los años 50, aunque con un toque de elegancia europeo: zapatos brillantes, pantalón y americana azul oscuro, corbata azul, y camisa blanca.

Tiene el pelo blanco peinado con raya al lado, y Santos le echa unos 70 años. Con la piel algo bronceada, tiene pocas arrugas para la edad que aparenta.

Está de pie al lado de un coche eléctrico gris. Santos, junto con Lía y Xián, que también han salido al balcón, le observan. Entonces, el hombre vuelve a saludarle, esta vez con la mano.

—¿Le conoces? —pregunta Lía.

Santos devuelve el saludo al desconocido y luego responde a Lía que “no” con la cabeza y la mirada.

—Vamos dentro, te estás exponiendo sin motivo —le dice Lía. Santos le hace caso y entran los tres.

Una vez dentro, Santos coge sus llaves y se pone la cazadora.

—¿No pensarás ir? —pregunta Lía.

—No sabes quién es ese tipo —dice Xián apoyando a Lía.

—Tranquilos, creo que sé quién es —les intenta calmar Santos, sin éxito.

—Pues déjame acompañarte —dice Lía.

Santos niega con la cabeza.

—¿Entonces para qué contratas un guardaespaldas? —le recuerda Xián.

Lía agarra a Santos por la ropa y le dice: —O voy yo o tú no vas—, con más preocupación que ira.

Santos le pone la mano derecha en la mejilla y con la izquierda le da la llave de su todoterreno. Lía asiente, lo suelta y comienza a darle instrucciones a Xián: —Tú conduces. Y expresión severa, ni una sonrisa, así nos tomarán en serio.

—Eso es mucho pedir —responde Xián.

—Nadie teme a los graciosillos.

—¿Eso es lo que soy para ti? —se queja Xián.

Ya en la calle, Santos se acerca al coche, hace una foto de la matrícula y se la envía a Lía. Después, se acerca al hombre que espera al lado del coche gris.

Más de cerca, a Santos le sigue pareciendo elegante, aunque también misterioso, como una noche sin luna y con mirada de haber visto demasiado y jamás haberlo contado.

—Hola Santos —le dice el hombre sonriendo.

—¿Y usted es? —pregunta Santos.

—Un amigo.

—Pues me va a perdonar, pero yo no lo conozco a usted.

—El negociador me dijo que tú podrías ver que somos de los vuestros.

—¿Eres El Druida?

Este asiente, ambos suben al coche gris y este se pone en marcha.

2

Lía y Xián van en el coche de Santos. Lo siguen por las principales calles de Németa y, luego, por otras más estrechas.

Por entre la niebla espesa lo siguen de cerca. Santos va despacio por calles casi vacías de tráfico. Se detienen en una avenida desde la que se oye el mar. Por la ventanilla abierta se cuele un olor a salitre y pescado mezclados: están en el puerto.

En ese momento, Lía y Xián hablan en el coche de atrás.

—¿Qué tal con Santos? —pregunta Xián.

Una sonrisa pilla es la respuesta de Lía, lo que provoca más risas de ambos.

—Ahora me encantan los lunes y los días se han vuelto muy cortos —dice Lía con una sonrisa

relajada y colocándose el pelo.

–Salta a la vista.

–Ya, pero me paso el día sonriendo como una tonta.

–Te queda bien ser pelirroja y la ropa de color, sin tanto color negro. Y como caminas.

–Me gusta andar como una señorita. Es nuevo para mí. Mirar de reajo, sonreír incluso cuando nadie me ve y sentir cosquilleos donde antes solo había hambre. La otra forma de caminar es más física, fuerte, sudorosa, militar incluso.

–Pues yo prefiero la manera física –dice Xián–. Te ven llegar con esa actitud y ya saben a qué atenerse, sin malos rollos: estás a lo que estás. Y cuando te vas a otra parte, te evitas reproches y malas caras.

–Pero te pierdes la magia.

–O te comes un *marronazo* si acaba en desastre. Y más si es tu jefe.

Lía le mira con la duda en sus ojos grises como la niebla y el ceño un poco fruncido.

–Ni lo habías pensado –dice Xián.

–Se me pasará: volveré a caminar como antes en unas pocas semanas. Es mi naturaleza.

–¿Y cómo lo sabes si es tu primera vez?

–Lo sé. Y punto.

Xián asiente y deja pasar 1 minuto en silencio. Después pregunta: –¿Cómo es Santos?

–Es demasiado altruista –responde Lía encogiendo los hombros–, de los que se ponen en peligro por ayudar a otros. Y daría su vida por la libertad. Eso me impactó. Y es inteligente pero humilde. Con liderazgo. Y fuerte, un superviviente, como yo. Ahí si nos parecemos y...

–¿Lo ves? –le interrumpe Xián–, serás incapaz de caminar como antes, por más que quieras.

Tras este comentario, Lía se queda seria, mira hacia el suelo y suspira, aunque en un instante recupera su sonrisa habitual.

–¿Por qué trajiste a Santos al gimnasio –pregunta Lía cambiando de tema–, cuando al principio te resistías a presentármelo?

–Fue idea de él. Me dijo que alguien le habló de una amiga mía que era guardaespaldas.

–Nadie debería saber quién soy ni por qué estoy aquí –dice Lía negando con la cabeza.

–¿Me lo vas a contar? –pregunta Xián.

Lía se queda pensativa unos segundos antes de contestar.

–Para mí, el valor de una persona sin palabra es igual a cero. Cuando te comprometes y fracasas, también te fallas a ti misma. Si incumples tus promesas, para mí dejas de existir. Es una cuestión de honor. Por eso estoy aquí.

–Luchas por la libertad, como Santos.

–¿La libertad?... bueno, más o menos. Pero el deber, el honor y cumplir con mi equipo, eso sí son asuntos serios para mí. Y hacer justicia.

–Quieres vengarte de alguien... –dice Xián.

Lía le mira de reajo con sus ojos grises y misteriosos como las brumas de Németa y asiente como respuesta.

–Debe de ser importante para ti.

–Ni te lo imaginas –responde Lía.

–Sin embargo, para mí lo más valioso son los míos.

–¿Tú familia?

–No, de ellos no quiero saber nada.

–Como yo de mi madre. Dejamos de hablarnos desde el día en que falleció mi padre.

–Rosmary y mis amigos son los míos. Necesito que estén bien. Y que me quieran y valoren. Por eso a veces...

–¿Eres un poco pelota? –dice Lía acabando su frase.

–Iba a decir que a veces soy débil y me dejo arrastrar. Cuando hay caos alrededor me pierdo. Y es lo que siento por los míos lo que me hace encontrar el camino de vuelta en medio de la oscuridad.

–Hace tiempo hubo alguien más a quién llamé familia –dice Lía–. Por eso estoy ahora aquí: el culpable debe pagar por ello.

–¿Podrías explicarte mejor?

Lía responde “no” con la cabeza, con el ceño fruncido, los brazos cruzados y los ojos entrecerrados.

Al verla así, a Xián le cuesta reconocer a Lía, su amiga, aunque diez segundos después recupera su alegría habitual cuando le llega un mensaje de Santos al móvil: la reunión con El Druida se desarrolla sin novedad.

3

En el coche de delante El Druida escucha a Santos: –Perdona que me haya puesto con el móvil, necesito mantener a los míos informados.

Luego, Santos señala hacia el coche que tienen parado 3 metros detrás y dice: –Esos de ahí son mi nuevo equipo.

El Druida asiente, se gira y los observa unos segundos: –A ella la conozco pero, ¿quién es él?

–Es Xián –responde Santos–. Está en el equipo de forma temporal.

–Me alegro de que hayas contratado a quién te recomendé.

Santos asiente.

–Es una apuesta arriesgada –dice El Druida–. Esa chica tiene secretos...

–¿Qué quieres decir?

–Eso debes preguntárselo a ella.

–Ironías de la vida –dice Santos negando con la cabeza–. Se me presenta el caso más difícil y me quedo sin Mauro y Adrián. Y, encima Xián ni siquiera tiene experiencia, mi intuición me está fallando y ahora me haces desconfiar de Lía.

–Es de fiar, por eso te la recomendé. Pero ve con cuidado –dice El Druida–. Tiene cicatrices profundas en su alma.

–Yo confío en ella –responde Santos.

–Y tenéis enemigos comunes: Corporatio, Las Piezas Negras y Las Sombras.

Tras unos segundos, Santos asiente y cambia de tema: –Te imaginaba distinto. El traje, la corbata, el coche gris... se me hace raro en alguien llamado El Druida.

–Es un disfraz como cualquier otro. Y solo tu abuelo me llama así.

–Tengo muchas preguntas para ti. ¿Quién eres? ¿Para quién trabajas? ¿Cuál es tu verdadero nombre? ¿Cómo sabías que Lía era amiga de Xián...?

Entonces El Druida niega con la cabeza, levanta la mano y Santos detiene su tormenta de preguntas.

–Jamás respondo a cuestiones sobre mí. Estoy aquí para echarte una mano en tu misión contra Corporatio. Y solo puedo ayudarte con eso dándote consejo, nada más.

–Me pones difícil confiar en ti.

–Es tu decisión.

Santos se queda unos segundos en silencio, escuchando el sonido del oleaje rompiendo contra la pared de piedra del puerto.

–Mi abuelo confía en ti. Yo también lo haré –contesta Santos.

4

Lía ha estado reconociendo el entorno y ha visto que hay dos cámaras de vigilancia del puerto enfocando a ambos coches desde dos ángulos distintos.

–Este lugar es seguro –dice Lía–. Y quién sea que esté con Santos ahí delante, es de fiar. Me voy a hacer algo más útil.

–¿Me abandonas? –le responde Xián en tono melodramático.

–Me voy al gimnasio.

–Como te gusta cansarte y sudar ¿eh?

–Hay otras formas de divertirme que me gustan más. Pero siempre hay algún pesado que interrumpe en el mejor momento –le dice Lía mirándole a los ojos.

–¿Eso es una indirecta?

La respuesta de Lía es reírse y negar con la cabeza

–Sabes que fue sin querer.

–¿De qué hablabais Santos y tú en voz baja en el piso? –le dice Lía cambiando de tema por sorpresa. Ahora sus ojos grises le recuerdan a Xián el color del acero por cómo le está mirando.

–De lo guapa que estabas –miente Xián.

–Vale, ya me enteraré. Y me voy a entrenar, que ya llego tarde –dice Lía sonriendo al salir del coche riéndose. A continuación se da la vuelta y camina seria hasta difuminarse entre la niebla de Németa.

5

Entretanto, en el otro coche la charla entre Santos y El Druida fluye.

–No es lo mismo mirar que intuir –se explica Santos.

–¿Cuál es la diferencia? –pregunta El Druida.

–Con mis ojos veo una pared. Sin embargo, si me concentro puedo intuir si hay alguien o algo detrás de ella. También puedo sentir el peligro. Y cuando era jugador profesional casi siempre podía saber quién iba de farol.

–Explicar tu intuición es como explicar los colores a un ciego –dice El Druida–, es difícil de entender. ¿Y desde cuándo la tienes?

–Desde los 5 años, tras el accidente. Me encontraron en parada cardiorrespiratoria, tumbado sobre la nieve.

–¿Tuviste una ECM, una experiencia cercana a la muerte?

–Eso es. Y en cuanto me recuperé mi abuelo me volvió a llevar de pesca con él. Yo no me acuerdo bien pero él me contó que yo le insistía dónde echar el anzuelo en el río y los peces nunca picaban.

–¿Y eso?

–Parece ser que, como yo sabía dónde estaban, le llevaba lo más lejos posible de ellos. Así me evitaba sufrir viéndolos morir. Aunque...

Santos se queda en silencio recordando durante unos segundos.

–...mi intuición cada vez va a menos.

–¿A qué te referías? –pregunta El Druida.

–Cuándo mi ex pareja Eva murió, me afectó mucho. Aunque estábamos separados cuando fue su accidente, los 2 queríamos arreglarlo. Tras su muerte empecé a sentir y a intuir con menos claridad.

–Entonces lo de tus ayudantes también te habrá afectado.

–Mauro y Adrián eran compañeros de batalla, mis aliados, mis amigos. Y fui incapaz de protegerlos.

–Tú no apretaste el gatillo.

–Pero la culpa me ha afectado, me ha dejado a menos del 50%. Antes podía sentir el peligro en la calle desde un tercer piso y ahora solo alquilo pisos en la primera planta.

–Es como si tuvieses una niebla de ideas negativas ocupando tu mente. Y eso interfiere con tu percepción.

–¿Cómo lo sabes?

–En otra ocasión te lo explico –contesta El Druida cambiando de tema otra vez–. ¿Qué sabes de Antígona?

–Trabajé para alguien con ese nombre hace tiempo. Aunque solo hable con ella por teléfono...

–¿Te encargó una misión?

Santos asiente.

–¿Me la puedes contar?

–Fue hace unos tres años. En una llamada telefónica una voz de mujer distorsionada, supongo que para ocultar su identidad, se presentó como Antígona.

»Me quería contratar para que ayudase a su jefa en un problema personal. Aunque la palabra que usó fue Reina.

»Cuándo le pregunté cómo me había encontrado, cambió de tema. Me dijo que sabía que yo era el mejor y que me pagaría como tal: seis cifras. Acepté el caso. Me dio las señas del punto de encuentro con su jefa, la Reina. Y colgó.

»Yo la llamo “El caso de la mansión del bosque oscuro”, en la que entraban a robar pero nunca quedaban registros en las cámaras. ¿Fantasmas? Bah, tonterías, aunque me gustan los retos.

»En esa época trabajaba solo. Y me iba muy bien hasta este caso, donde perdí la inocencia y casi la vida.

»Para empezar, se citaron conmigo a las 3:33 de la madrugada. A esa hora exacta. Ni un minuto antes ni uno después. ¿Dónde? ¿En una cafetería, en un pub, en algún callejón perdido? No. En una iglesia en ruinas en medio de la nada en una noche de luna llena.

»Me pasé a reconocer el terreno de día, y volví allí de noche, sobre las 2:00 de la madrugada. Esperando allí solo, sentado en mi coche a oscuras, me hacía preguntas.

»¿Ha sido un error aceptar este caso? ¿Por qué han quedado conmigo en un sitio tan extraño? ¿Y por qué a esa hora?

»A las 3:32 de la mañana llegaron dos coches grandes de color negro. De uno de ellos se bajó una mujer, de unos 50 años. Vestía traje y pantalón negros. Llevaba un collar de perlas, un par de pulseras de oro y pendientes de diamantes.

»No obstante algo estaba fuera de lugar. Vestía ropa cara y joyas, pero llevaba el cabello sucio y colocado por detrás de sus orejas. Iba mal maquillada y lucía ojeras marcadas y oscuras, como la mansión a donde me envió después.

»Cuando se acercó, comprobé que tenía la cara pálida y los labios rodeados de arrugas por la tensión.

»Saludé a la mujer y sus dos guardaespaldas me indicaron que me mantuviese a distancia. Su voz

apenas se oía, apagada por el viento que enfriaba la piel y silbaba en los oídos.

»¿Por qué hemos quedado aquí? –pregunté.

»Es un lugar sagrado –dijo ella–. Aquí quemaron brujas en otra época y los fantasmas no se atreverán a seguirnos.

»Intenté contener mi risa, aunque sin éxito.

»¿He dicho algo gracioso, Sr. Luna? –protestó la mujer.

»Le pido disculpas por mi falta de tacto hacia sus creencias –contesté yo.

»Tiene educación, es un buen comienzo –dijo la mujer–. Y no me pida perdón por no compartir mis creencias. Era algo que ya conocía. Jamás me entrevisto con alguien sin haberle investigado antes. Mi subordinada, la mujer con la que ha hablado...

»¿Antígona? –pregunté.

»Sí. Ella parece conocerle bien. Por esa razón le voy a encargár esta misión, pues los que sí compartían creencias conmigo, ya han fracasado.

»Asentí en silencio, tragando saliva.

»Ahora cumpla su parte: mi vida está en sus manos, Sr. Luna –dijo la mujer.

»No nos han presentado –le pregunté intentando sacarle más información.

»Ni falta que hace, Sr. Luna. Baste decirle que soy la vicepresidenta primera de Corporatio –me contestó levantando la barbilla con soberbia.

»Un escalofrío recorrió mi espalda al recordar los rumores sobre las turbias actividades de esta multinacional. Eran y son conocidos como los “beneficio a cualquier precio”.

»Si quería intimidarme al decírmelo, lo consiguió. Puedo pasear por una casa repleta de fantasmas como quien pasea por un parque, pero estas empresas y sus manejos me ponen los pelos de punta.

»Y no cuente con volver a verme –fue su frase despedida.

»Después se dio la vuelta, subió al coche con sus guardaespaldas y se marchó. Y así fue: jamás volví a verla.

»Del otro coche bajó un hombre en silencio total. Me entregó un dossier con la información de la misión y luego me dejó solo.

»Por lo que pude leer en dicho dossier, ya habían fallado en esta misión al menos 8 personas: investigadores, mercenarios, sacerdotes expertos en exorcismos, aventureros y buscavidas. También había allí un número de teléfono donde llamar en caso de éxito o fracaso.

»Esta mujer descendía de una familia de nobles, de las que siglos atrás tenían palacios y castillos y, hoy en día, mansiones. Y en una de ellas era mi misión.

»A causa de mi contrato de confidencialidad evitaré decir su nombre real. Como ya te he dicho, yo la llamo “la mansión del bosque oscuro”. Y esto era porque estaba cerca de un bosque negro, quemado por un incendio forestal.

»La mansión estaba vacía desde 20 años atrás. La hermana pequeña de la mujer que me había encargado esta bizarra misión, se mató cayéndose desde el piso más alto. En ese momento, la familia abandonó la casa para intentar enterrar en el olvido este accidente.

»Se decía que el fantasma de la niña muerta vivía allí. Se veía su silueta en la ventana, se oían los pasos y risas de una niña por pasillos vacíos y susurros a tu espalda si entrabas allí.

»Y la canción. Una melodía tatarada por la supuesta niña fantasma. El dossier decía que más de un hombre se había vuelto loco al oírla, de puro terror.

»La superstición y la estupidez humanas nunca dejarán de sorprenderme –pensaba yo.

»La última noche antes de empezar la misión, tuve un sueño inquietante. En él, una niña me decía que me esperaban en la casa, que ella se había encargado de que me reconociesen los que en ella

habitaban. Me desperté asustado, sudando y mis manos temblaban.

»Aunque después recordé que la casa hace décadas que está vacía y me calmé.

»El dossier decía que los ruidos solo se oían de noche, por lo que me acerqué a la casa según caía la tarde, tras conseguir una linterna y pilas.

»El sol del atardecer se veía de color rojo. En ese momento pude mirarlo de forma directa sin dañarme la vista.

»Me recordó a la vicepresidenta primera de Corporatio en nuestra entrevista: el sol me permitía mirarle, pero solo por unos minutos, por si me acostumbraba a tratarle de tú a tú.

»Conduje por una carretera serpenteante hasta la casa entre los cadáveres de los árboles abrasados por el incendio forestal.

»Aunque llevaba décadas vacía, la mansión se veía bien conservada. Según bajé del coche y anduve hacia ella, sentí como la temperatura bajaba de forma brusca

»El tejado, a pesar de tener agujeros, había resistido firme al paso de los años y a la insistencia por derribarlo de lluvias y vientos.

»La mansión tenía 4 pisos de altura. Era de color gris oscuro, con agujeros negros de forma rectangular donde antes hubo ventanas.

»Una vez dentro, la casa parecía salida de la mente de un loco: escaleras hacia ninguna parte, puertas que daban a un muro y otras que, al abrirlas, te caías al vacío.

»Se nota que a esta gente le sobraba el dinero –pensé en un primer momento. Pero después pensé en otra opción: construir algo así por el ego y la fama, para estar en boca de todos.

»Entonces un ruido me sobresaltó. Era como si arrastrasen un mueble pesado en el sótano. Bajé hasta allí, aunque lo encontré vacío y sin rastro de marcas o huellas sobre la espesa capa de polvo.

»Me concentré y pude *ver* con mi visión remota a tres personas en el piso de abajo. El problema: no había piso de abajo, o al menos, no había forma de llegar hasta él. A esta conclusión llegué tras una hora de buscar sin resultado.

»En ningún momento dejé de oír voces, carreras y ruidos. Entonces, les dije en voz alta que sabía que eran tres personas y no fantasmas.

Insistí en lo de tres personas, pues sé por experiencia que cuando aciertas en eso, se sorprenden y piensan “¿Cómo narices sabe este cuántos somos?”

»Y tal como yo esperaba, el ruido cesó: los autores del alboroto nocturno, con el que pretendían asustarme, pararon al comprobar que su táctica estaba fallando conmigo, y el sonido del viento volvió a ser el único ruido en la noche.

»Di el caso por resuelto: nada de fantasmas, eran personas, habitaciones o pasadizos ocultos por debajo del sótano. Decidí irme para informar a Antígona y cobrar lo mío.

»Empecé a caminar hacia la salida del sótano y justo entonces sentí que estaba en peligro, pero ya era tarde...

»Otros antes que yo tampoco habían picado con el truco de los espíritus ruidosos. Y para estos casos tenían un plan B: una trampilla en el suelo que se abría hacia abajo: por eso había sido incapaz de localizarla.

»Era una trampa de doble puerta de 2x2 metros. Se abrió el suelo bajo mis pies y caí durante unos segundos entre cinco y seis metros en oscuridad total, sin darme tiempo a reaccionar.

»Según contacté con el suelo, que yo esperaba fuese horizontal, mi pie derecho se torció hacia afuera de tal manera que el tobillo tocó en el suelo al doblarse, pues el suelo estaba inclinado en 45 grados.

»El dolor fue tan intenso que casi me desmayo. Grité tan alto como mis cuerdas vocales me lo

permitieron. Y así, encogido y a oscuras, en un pozo de 2 metros cuadrados, empecé a sentir como mi tobillo empezaba a hincharse: en dos horas se pondría como un globo.

»Saqué el móvil: sin cobertura. Lo normal si estás en un agujero de 6 metros de profundidad bajo una mansión en medio de ninguna parte. Y por encima, la linterna se había roto por la caída.

»Como el dolor iba a peor, me acurruqué en una esquina y, tras varias horas, me quedé dormido.

»Cuando desperté, mi tobillo tenía mala pinta: morado, incluso negro en algunas zonas. Ni siquiera intenté ponerme de pie. Ya era de día: la trampilla por la que había caído estaba abierta y podía ver la luz del sol.

»Entonces *sentí* que arriba había alguien.

»Al que está ahí arriba, ahora *sé* que eres solo uno. Sácame de aquí –exclamé.

»Repetí esta frase y otras por el estilo durante horas, sin respuesta. Cuando la persona que estaba arriba caminaba, yo le decía dónde estaba, para intentar llamar su atención y despertar su curiosidad. Pero no funcionó.

»Así pasó aquel día. Y llegó la noche. Y el día siguiente. Entonces, la sed empezó a apretar: a menos que me diesen de beber, me quedaban 2 o 3 días de vida como mucho.

»Entonces *sentí* a 3 personas en el piso de arriba e intenté colarles un farol. Les dije que había dejado aviso de a dónde iba y que, en breve, vendrían a buscarme. El silencio fue de nuevo su respuesta. Luego les pedí de beber, también sin éxito.

»Llegaron la noche y el día siguiente. Mi deshidratación avanzaba, mi tobillo era una pelota negra con una pinta horrible y mi forma de pensar ya rozaba el delirio. Empecé a hablar solo y recordé a la mujer que me había encargado la misión.

»Así tenías esa pinta de loca habiendo crecido en esta casa –me decía a mí mismo–. Qué idiota eres, Santos. Así que un trabajito fácil, ¿eh?

»Esta frase sí provocó un cambio en las 3 personas de arriba. Ahora podía escuchar como hablaban entre ellos, primero en voz baja y, después, en alto.

»Una voz de hombre intentaba convencer a otra voz masculina y otra femenina. Comenzaron una discusión y, según subían el volumen, pude entender algunas frases.

»Ella me dijo que alguien llamado Santos vendría aquí, por encargo de su hermana. Tiene que ser él –dijo una voz masculina.

»¿Pero cuándo te dijo eso? –preguntó la voz femenina.

»Luego cuchicheos y después silencio.

»Empecé a notar como se me iba la cabeza. Estaba seguro de que esas 3 personas me iban a dejar morir de sed allí, solo, en un agujero y en una mansión en ruinas perdida de la mano de Dios.

»Y sí, de Dios me acordé. Tras años sin hacerlo, me sorprendí a mí mismo rezando oraciones casi olvidadas. Y al rato, me desmayé...

»¿Te llamas Santos? –me dijo por fin una voz. Sonaba cerca, a menos de 1 metro de mí. Me desperté y abrí los ojos, pero no veía nada: me habían puesto una venda sobre ellos. Estaba acostado en horizontal sobre una superficie blanda. Intenté incorporarme, sin éxito.

»Estás atado a la cama, no te resistas –escuché decir a una voz femenina.

»Estaba claro que me habían sacado del agujero cuando yo estaba inconsciente, varias horas antes. Pude distinguir al fondo una respiración pesada.

»La voz de hombre repitió la pregunta: –¿Cómo te llamas?

»Tosí y respondí, tras despegar con dificultad mi lengua, seca como la mojama, de mi paladar, tras días sin beber.

»Santos...Luna. Agua...por favor.

»Y entonces, mis oraciones fueron oídas, se hizo la luz y, por fin, mi sed fue saciada.

»Al quitarme la venda mis ojos me dolieron tras días de oscuridad en el hoyo, cegados por la luz del sol. Escuché un grito de, ¿sorpresa? ¿admiración? Quién sabe.

»Lo veis, ella me dijo que sus ojos serían verdes claros como el estanque del jardín –escuché decir al hombre. Y, por fin, pude verle.

»Era fuerte y alto, con la piel y el alma curtidas por años de duro trabajo físico. Esto me lo dijeron sus manos: al quitarme la venda de los ojos y rozarme la cara con ellas, noté su piel áspera como la lija.

»Detrás de él, vi a una mujer y a un hombre mayores. Sus ropas, gestos y miradas eran las de personas humildes y trabajadoras, pero con el orgullo de haberse ganado el sustento con esfuerzo y honradez. Ambos tenían las espaldas curvadas hacia delante, como si llevaran sobre ellas un gran peso invisible.

»El hombre mayor era el dueño de la pesada respiración que había escuchado antes.

»A los 3, tanto a los 2 padres como a su hijo, se les veía maltratados por el tiempo y por una vida de trabajo de sol a sol y privaciones, tal como ellos me contaron más tarde.

»¿Por qué respiras así? –le pregunté al padre en cuanto tuvimos algo más de confianza.

»El humo destruyó mis pulmones –fue su respuesta.

»Mi padre era carpintero, mi madre sirvienta y yo soy jardinero –explicó el hijo, en lo que me pareció un cierto orgullo de clase–. Y el humo al que se refiere, fue por un incendio en el taller de carpintería, hace años.

»Y ahora os hacéis pasar por fantasmas –les dije.

»Esta acusación disgustó a los dos hombres: ambos hicieron el ademán de venir hacia mí, pero la mujer se situó entre ellos y yo. Después, con la mano, les indicó que se fueran. Ambos obedecieron, aunque protestando, maldiciéndome y refunfuñando en su camino de salida.

»La mujer, tras desatarme y reñirme con suavidad por mi comentario, tal como hacía mi abuelo conmigo cuando hacía alguna travesura de niño, me contó su historia.

»Aquella mujer había trabajado de niñera allí, cuando la casa aún estaba viva, con la savia de la alegría corriendo por sus pasillos en forma de risueñas niñas de rubios tirabuzones con sus inseparables ositos de peluche: las 2 hijas de los señores.

»Esta mujer siempre había tenido una conexión especial con los niños, una química desde el primer segundo en que se conocieron. Esto le pasó con la hija menor: se encariñó con ella desde el momento de verla. Y la niña de ella.

»La pequeña era amorosa, humilde y risueña. En palabras de esta mujer: –Es un ángel que Dios puso sobre la tierra para recordarnos al verla que los milagros existen.

» Sin embargo, la otra hermana, la mayor, era lo contrario.

»Pero eso fue en parte por mi culpa –me dijo la mujer–. Quería tanto a la pequeña que me olvidé de la hermana mayor. Y su carácter se ennegreció como la cara de mi padre cuando volvía de la mina de carbón.

»Tanto yo como sus padres solo teníamos ojos para la pequeña. Y los celos y envidia hicieron su trabajo, pudriendo su alma: en cuanto cumplió los 15 años, la hermana mayor ya solo pensaba en dinero, posición y herencias.

»Y aún sigue en eso hoy en día –dije yo–. Ella es quién me ha enviado a recuperar esta casa.

»NO, NO ES DE ELLA –me gritó la mujer estrujándome las manos por mis muñecas con tal fuerza que noté como crujían. Con una mueca de dolor, las separé de ella, mientras la mujer se tapaba la cara con las manos, sollozando...

»Tras unos minutos se recompuso y prosiguió: –Me encariñé con la pequeña. Si te digo que para mí era como una hija...no, para mí fue mucho más que eso...era mi angelito.

»Y entonces la dulce expresión de amor por su niña desapareció. La mujer apretó los dientes, frunció el ceño y comenzó a temblar por la ira: –Yo misma vi como esa bruja empujaba a su hermana pequeña desde la ventana del 4º piso.

»Tras contarme esto, la mujer se echó a llorar en silencio. Sentí pena por esa niña y esta mujer, y también como una oleada de ira recorría mi cuerpo al pensar en la mujer que me había contratado...

»Algo así nunca se olvida –dijo la mujer–. Los padres y demás familia sabían lo que había pasado, pero lo ocultaron. Más que por miedo a que la justicia se llevase a su otra hija, por el *qué dirán*: por eso mintieron y dijeron que había sido un accidente.

»El trauma de una hija muerta, se unió a la vergüenza de que la otra era una asesina. Y ese fue el fin de la familia: los padres maldijeron la casa, la cerraron y se fueron para nunca volver.

»La madre murió de pena a los pocos meses. Y el padre la siguió poco después: cayó en la depresión y empezó a beber de más, lo que derivó en un accidente de coche mortal. Repitió hasta su último día de su vida que Dios les había abandonado.

»La mujer se detuvo aquí, más bien las lágrimas lo hicieron. Solo sus suspiros rompían el silencio.

»Las guerras y desgracias como estas alteran el orden natural de la vida –me dijo la mujer–. Los padres jamás tendrían que enterrar a sus hijos.

»Al escuchar esto sentí como el recuerdo de Eva, mi ex pareja fallecida en un accidente unos años antes, me golpeaba en el medio del pecho, oprimiéndolo hasta casi dejarme sin respiración.

»La mujer lo notó y ambos nos quedamos en silencio, compartiendo el dolor de las pérdidas.

»Pasados unos minutos, la mujer me explicó que su objetivo era mantener lejos de la casa de su niña a las personas, en especial, a las enviadas por la hermana mayor.

»Nos hemos quedado –dijo la mujer– porque mi niña aún sigue aquí. La puedo escuchar llorar sola por las noches. Su espíritu me llama y yo acudo en su ayuda.

»Sé que vosotros lo habéis fingido –respondí yo.

»Lo hemos hecho para alejar a las malas personas de esta casa. La niña merece que la dejen tranquila. Su espíritu sigue aquí, eso nunca nos lo inventaríamos, NUNCA.

»Yo negué con la cabeza.

»Pues tú le debes la vida –me dijo la mujer.

»Eso sí captó mi atención.

»Explícate –le pregunté.

»Mi hijo, al que conociste antes, era su mejor amigo. Fue como el hermanito que siempre había querido tener y nunca tuvo. Tenían y tienen una conexión especial.

»¿Tienen? –pregunté.

»Sí –me contestó la mujer–, ella le habla en sueños. Le dijo que venía alguien enviado por su hermana, pero que le dejásemos ir, pues venía a ayudar. Y que le podríamos reconocer por sus ojos verdes y por su nombre: Santos.

»Sentí como estas palabras abrían una grieta en mi armadura de escepticismo y cambié de tema: –La mujer que me envió, la hermana mayor, está muy asustada y...

»Pues me alegro –me interrumpió la mujer–. ¡Ojalá muera y se pudra en el infierno!

»Calma, por favor –dije yo.

»Pero esto se acabó –dijo la mujer–, la niña le ha dicho en sueños a mi hijo que en cuando tú llegaras, ella se iría de esta casa.

»¿Y por qué ahora? –le pregunté.

»Supongo que habrá acabado lo que tenía que hacer –contestó la mujer encogiendo los hombros–. Bueno, ya puedes volver y decirle a esa bruja que ha vencido: la casa es suya.

»Y después, con la voz rota por el odio murmuró: –Y que le deseo para ella el mismo dolor y sufrimiento que ha causado.

»Eso suena a maldición –dije yo–. Y estas suelen volverse contra los que las dicen.

»Eso ya lo veremos. Buenas tardes –me respondió ella.

»Y esa fue la última vez que vi a aquellas 3 personas, maltratadas por la vida y cegadas por el rencor.

»Luego, me fui de allí sin saber que a esta historia aún le faltaban un par de capítulos.

»Por fin, volví a la civilización. En cuanto pude, llamé al número que venía en el dossier y, tal como este indicaba, saltó un contestador. Dejé el siguiente mensaje: –Misión cumplida. La casa está vacía y segura.

»Y tú a salvo –pensé–, pues tu crimen ya ha prescrito.

»En menos de 48 horas recibí mi suculenta transferencia. Y 15 días más tarde fiché a mis dos ayudantes, Mauro y Adrián.

»La idea era contratar a un guardaespaldas para tener en mi equipo el músculo del que yo carezco. Este caso me hizo ver y entender los peligros de trabajar solo.

»Y como aún tenía liquidez, contraté a un segundo ayudante para los trámites administrativos, la burocracia... como un secretario, aunque con dotes de relaciones públicas.

»Meses después, cuándo ya me había olvidado de este caso, leí en un periódico la noticia: estaban restaurando la mansión y durante las obras, la dueña, la mujer que me había encargado la misión, se había caído por la escalera, muriendo en el acto.

»Envíe a mis ayudantes a hablar con los testigos. Estos les contaron que una silueta oscura salió de una pared y había empujado a la mujer.

»Yo creo que alguien quiso ajustar cuentas con ella y la coartada del fantasma era perfecta.

»También me hablaron del pánico de los operarios durante las obras en la mansión: se oían risas, pasos y una respiración pesada detrás de ellos, que paraba en cuanto se giraban.

»Un par de días más tarde, recibí un mensaje en el móvil desde un número desconocido, aunque yo ahora creo que fue Antígona: “Me alegro de volver a saber de ti. Y de que los fantasmas hayan eliminado a la Reina”.

»Ese parecía su plan: contratarme para que la hermana asesina, la jefa de Antígona, a la que esta llamaba la Reina, volviese a la mansión, simular un accidente y así cargar a los fantasmas con las culpas.

»Intenté localizar a la antigua cuidadora de las niñas, la mujer que me había contado la historia de las dos hermanas, por si ella sabía algo.

»Para mi sorpresa, cuando me acerqué a la zona en persona y pregunté por el matrimonio y su hijo me enviaron al cementerio: allí reposaban los tres, muertos el mismo día en un incendio, poco después de haberles conocido yo.

»¿Venganza de la hermana asesina? Eso creían las personas del pueblo cercano con las que hablé: aseguraban que ella había encargado matarlos a los 3.

»Se demostró que el incendio había sido provocado. Sin embargo, nunca se halló al culpable. Ni tampoco lo buscaron mucho: alguien tenía prisa por cerrar el caso.

»Pero yo soy curioso. Así que avisé a mis 2 ayudantes y nos fuimos a la mansión, aunque entré yo solo. Allí encontré tapiados los túneles y pasadizos. »Tras varias horas investigando, se hizo de noche. El crujido de la madera del suelo bajo mis pies al caminar me recordó mi caída al pozo en mi

anterior visita.

»Estaba yo mirando la hora en el móvil cuando empecé a sentir frío, cuando por el rabillo del ojo me pareció ver como una silueta oscura se metía en la pared.

»Me puse en alerta y noté como se me erizaba el pelo de la espalda y la respiración se me aceleraba: con mi intuición sentía que allí había alguien más. Pero ¿dónde?

»Entonces oí aquello de lo que los testigos hablaban con terror: la respiración pesada a mi espalda, justo en una zona del pasillo por la que acababa de pasar.

»Situé el sonido a dos metros detrás de mí. Las inspiraciones eran profundas y se oían junto con un leve lamento, como si le doliese respirar. Como si sus pulmones estuviesen dañados por un incendio...

»Yo estaba inmóvil, clavado al suelo, con la respiración sonando cada vez más cerca: ya estaba a menos de un metro a mi espalda.

» Me quedé paralizado, porque lo más terrorífico era que la respiración se acercaba aunque sin oírse pasos, como si el ser que aspiraba y expulsaba aire con tanto esfuerzo, y que yo sentía justo detrás de mí, estuviese flotando en el aire

»¿Tal cómo hacen los fantasmas? –me pregunté.

»Entonces lo recordé una vez más: yo no creo en fantasmas. Me di la vuelta rápido y el sonido paró. Esperando encontrarme con alguien, detrás de mí tan sólo había aire. Y la sensación de estar acompañado desapareció.

»Me quedé en silencio, esperando oír la respiración, pero solo se escuchaba el sonido del viento.

»Tras este incidente salí de allí. En el camino de vuelta, en el coche, hablando con Mauro y Adrián llegamos a la conclusión de que había sido mi imaginación. Ellos siempre decían que yo era fácil de sugestionar.

»Aún ahora, al recordarlo a solas y escuchar el viento de la noche, las dudas vuelven, para desaparecer de nuevo con la luz del día. Y así acaba la historia. O casi...

»Unos meses después alguien fue allí a grabar psicofonías. Luego las colgaron en internet. En ellas se escuchaban con claridad las palabras “mi angelito” y una respiración pesada de fondo.

»A lo mejor algún conocido o familiar lejano – intente racionalizar– recordaba esa forma de referirse a la niña, se lo contó a los que grabaron las psicofonías, las trampearon, y ya está.

»Tras esto, comprobé como mi forma de pensar racional, científica y ordenada se empezaba a desmoronar.

»La vuelta a las rutinas del día a día y el tiempo me ayudaron a olvidar este caso, en donde encontré más preguntas que respuestas.

»Por supuesto sigo sin creer en fantasmas. Eso son tonterías y punto. Pero a veces, al quedarme a solas...

El Druida permanece en silencio unos segundos tras oír el relato.

–Empiezo a entender por qué ella lanzó su ataque preventivo contra ti –dice El Druida.

–Supongo que hablas de Antígona –pregunta Santos.

–Supones bien. Mató a esta mujer para hacerse con sus puestos: vicepresidenta de Corporatio y Reina de Las Piezas Negras y de su brazo armado, Las Sombras.

–Entonces Antígona es quién manda.

–No. El puesto de Reina lleva años vacante. Por eso está con lo de la maldición y el estandarte, para impresionar a Klaus Bergman.

–¿A quién?

–A Klaus Bergman, también conocido como El Jugador. Presidente de Corporatio y líder o Rey de

Las Piezas Negras.

–El nombre de El Jugador sí que me suena.

–Antígona es adicta al poder. Su obsesión es ascender. Y si para ello tiene que matar...

–Que se lo digan a Adrián y Mauro –interrumpe Santos.

–Ellos han muerto porque Antígona está obsesionada contigo. La secretaria te conocía porque ella hablaba de ti sin parar –dice El Druida–. Y por eso después te buscó y te informó de la maldición del estandarte. El azar no forma parte de esta partida. Y ahora tengo que irme.

–Espera –dice Santos–, ¿conoces algún punto débil de Las Sombras?

–El Segador puede estar en dos lugares a la vez, esa es la clave.

–Imposible.

–Bueno, ya conoces el dicho: “en Németa todo es posible”.

–Yo creo que Antígona es más peligrosa que El Segador. Y ni siquiera sé cómo localizarla.

–Eso debes averiguarlo tú. Pero ve con cuidado: ella sí sabe llegar hasta ti y nosotros no podemos intervenir de forma directa para ayudarte, aunque sí aconsejarte.

–¿Nosotros? ¿A quiénes te refieres?

El Druida asiente y dice: –Bueno, ahora sí que me tengo que ir.

Pero en la mente de Santos se acumulan cada vez más preguntas.

–Espera –dice Santos– ¿Cómo funciona la maldición de Letheo?

–¿Conoces el coma de los niños de Suecia?

Santos niega con la cabeza.

–Pues léelo tú mismo –contesta El Druida.

Santos saca su móvil y hace una búsqueda en internet. Allí lee varios artículos donde se explica que, sin que se sepa porqué, muchos niños entran en un estado parecido al coma: no reaccionan, no comen ni beben, no hablan, etc...

Lo curioso del caso es que solo les sucede a los hijos de refugiados yazidíes, de antiguos países soviéticos o de los que formaron parte de Yugoslavia que residen en Suecia. Y a los niños y adolescentes, no a los adultos.

A sus familias les informan de que van a ser deportados o de que no les han concedido asilo y enferman. Se le denomina síndrome de resignación.

–Corporatio y Las Piezas Negras no han provocado el síndrome de resignación de Suecia –explica El Druida–, aunque de ahí han sacado la idea para la maldición de Letheo. Al menos en parte.

–¿Y cuándo piensan activarla?

–Ya lo han hecho. En los próximos días te enviaré los nombres de los afectados.

–Si eso es cierto, me parece extraño que no la hayan usado contra mí.

–Lo han intentado, pero ya no les funciona. Y ni siquiera ellos saben por qué. Por eso en este momento están creando la maldición de Letheo 2.0, según nos han informado nuestros infiltrados en Corporatio. Y ahora sí que me voy.

El chófer abre la puerta de atrás del coche y Santos sale con su cabeza llena de preguntas que pelean por salir.

–¿Pertenece a alguna sociedad secreta? ¿Quién eres en realidad?

El Druida sonríe y se mantiene callado.

–¿Por qué me ayudas? –sigue preguntando Santos.

–Tengo mis razones. En el pasado cooperamos con Corporatio y ellos, a nuestras espaldas, crearon la maldición de Letheo. Somos en parte responsables.

–¿Algún consejo final? –le pregunta Santos ya desde el exterior del coche.

–Tú punto débil. Eres influenciable. Tenlo en cuenta y protégete.

Santos observa como el coche se aleja y murmura para sí mismo: –Si fuera tan fácil...

Capítulo 7. Turbulencias

1

Lía recibe un mensaje de Santos: hoy tampoco puede quedar. Necesita estar solo... por cuarta vez esta semana. Las anteriores veces lo dejó pasar. Sin embargo, esta vez es diferente.

La frustración de quedar con alguien que, una vez más, la ha dejado plantada, le golpea de nuevo. Se desespera. Necesita salir y desahogarse con alguien.

Llama a Xián, pero ya tiene plan con Rosmary. Arroja el teléfono contra el sofá con ira. Su vida social empieza y acaba en las personas con las que trabaja. Lo que en este momento es igual a cero.

Al abrir su armario la ropa le trae recuerdos de otra época más feliz, apenas unas semanas antes, cuando se arreglaba para quedar con Santos. Pero el reflejo de ella misma que le devuelve el espejo va de negro: pantalón, cazadora y camiseta.

La última vez que Santos y Lía se vieron fuera del trabajo, ella vestía vaqueros azules, chaqueta plateada, maquillaje, pelo suelto, tenis rojos, uñas azules... Ahora le parece imposible vestir así.

–Cuéntamelo, Santos, háblalo conmigo sea lo que sea –se dice a sí misma en voz alta.

Expulsada del edén donde habitaba, se refugia en su otro yo... una vez más. Vuelve la mercenaria desconfiada con mirada que te taladra. Que apenas habla. A la defensiva ante un mundo hostil. Tímida ante un entorno que la ignora. Pequeña como nunca. Invisible.

Su forma de andar vuelve a ser masculina. Ni rastro de contoneo. No se balancean ni sus caderas ni sus hombros. Sale de su casa hacia ningún sitio y en la puerta se tropieza con Xián a punto de llamar a su timbre.

–¿Y tú plan con Rosmary? –le pregunta Lía a modo de saludo.

–Te noté mal y decidí pasarme –contesta Xián.

Lía lo mira y tras unos segundos le invita a pasar.

–Ya... Rosmary se ha enfadado contigo –dice Lía– y por eso estás aquí. A saber que le habrás hecho...

–¿Qué te pasa?

–Nada de nada. Ese es el problema –dice Lía observando su mano. Y lo vuelve a hacer. Y otra vez más.

–¿Qué te pasa en la mano? –le pregunta Xián.

Lía mira su mano sin contestar, con sus lágrimas deslizándose en silencio por su cara.

–Que sepas –prosigue Xián– que Santos también está igual conmigo. Me ha dicho que tiene que afrontar su misión más difícil con un equipo, ¿cómo dijo? ah sí, “poco compenetrado”. Y que yo tengo poca experiencia. Creo que me va a dar la patada.

–Eso se le da bien –responde Lía secándose las lágrimas y mirando su mano derecha.

–¿Desde cuándo...? –intenta preguntar Xián, aunque Lía le interrumpe.

–Fue justo después de ir a visitar a su abuelo. Santos insistió en que yo le conociera. Me lo presentó y luego se quedaron a solas para hablar entre ellos. Desde entonces está muy cambiado conmigo.

Xián pone cara de sorpresa y arquea las cejas.

–A lo mejor su abuelo conoce a alguien que le ha hablado de mi pasado –dice Lía–. Pero que lo hable conmigo. Somos adultos.

–Se supone...

–Casi nunca responde a mis mensajes o a mis llamadas de teléfono. Y lo peor, queda conmigo y,

en el último momento, avisa de que prefiere dejarlo para otro día... si es que avisa. Y cuándo le pregunto, se distancia aún más.

Lía deja de hablar en cuanto le llega un mensaje. Es de Santos. Lo lee y se lo muestra a Xián:

“Necesito hablar contigo, ¿estás en tu casa?”

Lía responde molesta:

“Sí ¿es por trabajo?”.

Santos:

“Es personal. Me paso ahora mismo”.

–Parece que tiene prisa por arreglarlo –dice Xián.

–Más bien lo contrario –responde Lía apretando los labios con gesto serio.

–¿Crees que lo va a dejar contigo?

Lía asiente... y explota.

–Y una mierda –exclama Lía–, este me va a oír. ME VA A OÍR. Que se prepare.

Después se controla y regresa a su habitual silencio.

–Pues yo casi que me voy –responde Xián–. Luego me cuentas. Aunque si al final lo dejáis...uf... trabajar con un ex va a ser una locura.

Xián ya está abriendo la puerta para irse cuando Lía se acerca a él y le mira sin hablar.

–¿Qué pasa ahora? –pregunta Xián.

–Gracias –responde Lía. Y fuerza su sonrisa durante 2 segundos. Después le da un abrazo de 3 y le deja irse.

2

En cuánto Xián pisa la calle envía un Whatsapp. Una noche más, la niebla de Németa le envuelve. Camina sobre baldosas de piedra milenaria, brillantes por la luz de las farolas reflejada sobre el agua de lluvia que cae sobre ellas.

Un minuto más tarde suena su teléfono: es Sebastián, más conocido como *Leyenda*.

–Oye, vaya morro tienes, siempre tengo que llamarte yo – se queja Leyenda.

–Estoy sin saldo –responde Xián.

–Ya, como siempre. A ver, me dijiste que querías hablar conmigo. Tú dirás.

–¿Recuerdas cuando te dije que me daba igual que Rosmary y tú os llevaseis tan bien?

–Me acuerdo, sí.

–Pues sí me importa. Creo que sois más que amigos. ¿Y los 753 € que me debes? Pues necesito que me los pagues. Y los seis meses que estuviste en mi casa de gorra, nunca me los agradeciste.

–Xián, ¿qué te pasa? –le responde Leyenda.

–Se acabó el Xián que da jabón y hace la pelota. Ahora digo lo que pienso. Voy a ser sincero y asumo las consecuencias.

–¿Esto es por la apuesta esa que tienes con la pelirroja? –responde Leyenda.

–Es por mí. Y la pelirroja tiene nombre, se llama Lía.

–A ver, Xián, hay otras maneras de ser sincero y...

–Devuélveme mis 753 € y aléjate de Rosmary.

–Eso díselo a ella –le responde Leyenda–. Espera que te la paso.

–Hola ¿Xián? –se escucha a Rosmary por el móvil de Leyenda.

–¿Qué haces tú ahí? Me dijiste que estabas con una amiga.

–Eh, baja vueltas –le responde Rosmary–, ¿y tú para que le dices nada? –le dice a Leyenda.

–Esta llamada la estoy pagando yo, mejor discutirlo en persona –dice Leyenda.

–Estoy cansado de que me mientas –le dice Xián a Rosmary.

–Y yo harta de que te llame a casa la camarera con la que te liaste –responde Rosmary.

–Es distinto. Leyenda es mi amigo.

–Xián –le interrumpe Rosmary–, VETE A LA MIERDA.

–QUE LEYENDA ES MI AMIGO.

–¿Sientes algo por la camarera?

–Que va –responde Xián.

–Entonces podrías haberlo evitado –dice Rosmary–. Pues yo sí siento algo por Leyenda, con lo que era inevitable. Lo ves, yo tengo más excusa que tú.

–Que hija de... – empieza a responder Xián.

–Tú eres sincero, yo soy sincera –le interrumpe Rosmary.

–Me voy a vengar.

–¿Me amenazas? Pues el que tiene que andarse con cuidado eres tú, con esas sombras que te siguen y...

Al oír esto, Xián corta la llamada antes de que acabe la frase.

–Eso ha sido un golpe bajísimo, ruin y traicionero, Rosmary –se dice a sí mismo.

No obstante, el recuerdo de Las Sombras le pone en alerta. Empieza a mirar alrededor y se da cuenta de que está solo en una callejuela. Siente como su corazón se acelera y él hace lo propio, caminando más rápido entre la niebla hacia otra calle con más gente, mirando atrás a cada momento.

3

Entretanto, en las afueras de la ciudad y bajo tierra, en el cuartel general de Las Piezas Negras, Antígona habla por el manos libres de su teléfono móvil con El Segador.

–El estandarte ha pasado al norte del río hace 2 semanas. Ahí se activó la maldición de Letheo – dice El Segador–. Y a continuación ha dejado de funcionar.

–Vale –responde Antígona.

–No te sorprende. ¿Qué estás ocultando? ¿Y por qué no has usado la maldición de Letheo cuando todavía funcionaba contra Santos Luna y su equipo, por ejemplo? –responde El Segador sin ocultar su enfado.

–Porque con la primera versión de la maldición de Letheo había que marcar al objetivo para que funcionase. Con la 2.0 ya no será necesario ¿Algo más?

–Pues sí. De los 8 afectados por la maldición de Letheo, 6 son directivos de Corporatio. La has lanzado contra los nuestros.

–¿Y qué? –dice Antígona riéndose de forma despectiva.

–A él no le va a gustar que elimines así tu competencia para ascender.

–Que poco le conoces –dice Antígona con desprecio–. ¿O por qué crees que se llama a sí mismo El Jugador?

–No hables así de él.

–¿Cómo crees que consiguió el poder?

–BASTA. Es un gran hombre. Me sacó del agujero donde estaba. Me hizo, me construyó. La persona que soy se lo debo a él. Es como el padre fuerte que debí haber tenido. Su visión e ideas están creando un mundo nuevo y limpio. Y yo le ayudaré a hacer sitio arrasando el viejo.

Antígona se ríe antes de decir: –Los fanáticos sois aburridos e idiotas.

–Daría mi vida por él.

–Eso no va a ser necesario.

El Segador levanta la voz al contestar.

–Está destinado a ser la persona más grande de la historia. Y nos tiene a nosotros para seguirle allá donde él decida ir. Haría lo que fuese por él. Lo que sea. Es mi Dios y mi religión. ¡Y Dios nunca se equivoca!

–Yo soy mi único Dios y religión –responde Antígona–. Y cálmate. Cuando te pones así das miedo.

–Me has llamado idiota. He matado a otros por mucho menos –dice El Segador.

–El Jugador está de acuerdo con la forma de eliminar a mis rivales –dice Antígona ignorando la amenaza de El Segador–. Le gustan las personas con iniciativa y las jugadas arriesgadas.

–Lo voy a comprobar –dice El Segador. Después, corta la llamada. Y tras seis minutos vuelve a llamar.

–¿Qué te ha dicho? –pregunta Antígona.

El Segador no responde.

–¿Qué has hablado con El Jugador? –insiste Antígona.

–Para mí es el líder, no me gusta lo de jugador.

–A él le encanta que le llamemos así.

–Insisto. Para mí es el líder. Tú llámale como quieras.

–A ver, ¿me lo cuentas o no? –vuelve a preguntar Antígona ya medio enfadada.

–Tenemos carta blanca. Los dos. No se nos pedirá explicación de ningún tipo si los resultados son los correctos.

–¿Lo ves? –dice Antígona.

–Si él lo quiere así, por mí perfecto.

Antígona mira su móvil. Lee un mensaje que le ha llegado y asiente.

–Ha ocurrido algo. Y nos va a venir muy bien. Necesito que envíes a diez sombras a una vigilancia.

–¿Diez? Son demasiadas. Las detectarán.

–Esa es la idea...

4

–Buenas –dice Xián mirando alrededor al entrar en la nueva casa de Santos–. Me gustaba más tu piso anterior. De hecho, este es horrible, con estos muebles cutres.

Santos pone cara de sorpresa por la respuesta.

–Hice caso a tu consejo de decir lo que pienso. Siempre. Sin excepción. Y es un desastre: la gente se enfada cuando eres sincero –dice Xián extrañado.

–Se trata de ser sincero como un adulto y no como un niño.

–Ser sincero como un adulto suena a seguir mintiendo. Paso.

–Es tu decisión. Pero conmigo sé amable. A mí sí me gusta este piso.

–Lo que me encargaste, ya lo tengo –dice Xián cambiando de tema.

–No recuerdo haberte... ya... Lía. Quiere que hagas puntos para que yo te mantenga en el equipo.

–Ella me dijo que tú le habías dicho que querías que yo buscara indicios de la maldición.

Santos se estira, niega con la cabeza y pone cara de sorpresa.

–Esto es idea de ella –dice Santos–. Aunque ya que lo has hecho, vamos a verlo.

–Hay una página web sobre esto. Lo de la maldición del estandarte va camino de convertirse en *trending topic*. Te la he enviado a tú móvil.

Santos la mira un minuto en silencio.

–Esta información es demasiado perfecta –dice Santos–. Parece una filtración de los que lo crearon, para que se sepa. Y quieren hacerlo pasar por maldición, cuando es tecnología.

–Pues yo sí creo que es una maldición real.

–¿Qué más has averiguado? –pregunta Santos.

–A ver, resumiendo –contesta Xián–, resulta que hay un estandarte romano. Espera, mejor voy al principio. Hace 2.000 años un general romano llegó hasta el río Lethes, que está cerca de aquí.

–Lo sé, a unos pocos kilómetros hacia el sur.

–Eso es. Parece que había una maldición y, al cruzar el río, los soldados perdían la memoria.

–La conozco. Los legionarios se negaban a cruzarlo. El general pasó el primero y los fue llamando por sus nombres desde la otra orilla, para mostrarles que no había perdido la memoria y que no había maldición.

–Esa es la historia oficial, sí –dice Xián.

–¿Y el estandarte qué tiene que ver con esto? –pregunta Santos.

–Es la clave del asunto. La maldición existía. Ese río hacía que olvidaras quién eras al cruzarlo.

–La maldición era falsa.

–Pues en internet dicen lo contrario.

–Porque a alguien le conviene cambiar la historia, Xián. Esa información es interesada, y tengo una idea de quién está detrás.

–A ver, ¿me dejas seguir? –protesta Xián.

–Dale.

–El general quería quedar de héroe cruzando el primero y con su memoria intacta. Así que se fue a otra parte del río, donde sus legionarios no podían verle, y allí obligó a dos esclavos a cruzar. Y ambos perdieron la memoria.

Santos sonríe y niega con la cabeza al oír esto.

–A continuación, el general habló con una mujer, una hechicera...

–Una hechicera, justo lo que faltaba –dice Santos cruzando los brazos y resoplando.

–Pues sí. Unos años antes la habían expulsado de su poblado por bruja y buscaba venganza. La hechicera engañó a la maldición fijándola en el estandarte. Así, si este seguía al sur del río, los romanos podían cruzarlo con su memoria intacta. Por eso el general cambió el estandarte auténtico por otro.

»Primero envió a un esclavo al otro lado del río, a una zona apartada de la vista de sus hombres y no perdió la memoria.

»A continuación, el general romano cruzó el río ante sus hombres y les fue llamando por su nombre, demostrando que sus recuerdos estaban intactos.

»Y hacia el norte se fueron el general, el estandarte falso y sus legionarios conquistando a los pueblos que se encontraron, y el verdadero estandarte se quedó al sur del río, anulando la maldición.

–Menuda forma de retorcer la historia –dice Santos.

–Espera, que ahora viene lo mejor. Hace unas semanas alguien encontró el estandarte y cruzó el río con él, hacia el norte.

–Y al día siguiente varias personas se vieron afectadas por la maldición –dice Santos–. Más que perder la memoria, se han quedado como ausentes, sin hablar, comunicarse o reaccionar.

–¿Cómo lo sabes? –pregunta Xián.

–Me lo contó El Druida.

–Se cree que los afectados son los descendientes de los legionarios romanos. De la maldición del río Lethes, también conocida como la maldición de Letheo. Y si el estandarte volvía a cruzar el río, la maldición se reactivaría –dice Santos con gesto serio.

–¿Crees en maldiciones? –pregunta Xián.

–En esta no –contesta Santos tras unos segundos de duda–, sabemos quién está detrás. Yo creo que es algún tipo de tecnología.

–Pero, ¿tú crees en ellas?

Santos se queda en silencio, mordiéndose el labio inferior. Su rápido parpadeo y el que se esté comiendo las uñas, le indica a Xián que esa pregunta es incómoda para él.

–Buen trabajo, Xián –dice Santos esquivando la pregunta.

–¿Eso es que vas a seguir contando conmigo?

Santos mira a Xián y niega con la cabeza.

–Tengo dudas. Aún te falta experiencia en misiones de riesgo, como esta.

–Como quieras. Pero recuerda que yo aprendo rápido –dice Xián al salir por la puerta

En cuanto se queda solo, Santos marca un número en su móvil.

–Necesito consejo –dice Santos.

Nadie contesta.

–¿Abuelo? ¿Estás ahí?

–Estoy un poco cansado –responde Honorio Garza, el abuelo de Santos.

–Perdona. Te llamo en otro momento.

–Es igual, Santitos. A mi edad, ya sabes. Voy a estar así aunque llames a otra hora.

Santos le hace un resumen a su abuelo de lo que acaba de hablar con Xián.

–Quieres proteger a Xián y por eso has decidido no seguir trabajando con él. Yo haría lo mismo.

¿Y qué tal está Lía?

–¿Lía? Bien. Ella sí sabe cuidarse.

Sin embargo escuchar a su abuelo preguntar por Lía tiene el efecto de descorchar una botella de champán en la mente de Santos: las ideas y sentimientos se desbordan, mezcladas con funestos recuerdos de maldiciones.

Unas semanas atrás, Santos ha ido con Lía a visitarlo. A Honorio le encantó Lía y, más aún, ver a su nieto Santitos tan feliz y se lo dijo en cuanto se quedaron a solas.

–¿Cómo se llamaba la última chica con la que saliste, aquella tan guapa? –preguntó Honorio.

–Ángela, ¿por? –respondió Santos.

–Porque esta vez te ha dado más fuerte que con Eva y con ella.

En ese momento, la inocente frase de Honorio creó un tsunami emocional dentro de Santos. El oír de boca de su abuelo lo feliz que se le veía con Lía, despertó de su letargo un oscuro y casi olvidado recuerdo...

Santos fue consciente de cómo esta frase se le clavaba en su mente y le encogía de miedo el corazón.

Una maldición anunciada tiempo atrás, perdida en el trastero de su memoria y latente durante años, ahora volvía a ocupar su sitio en el centro de la mente y el corazón de Santos.

Hoy, semanas después del día en que Honorio conoció a Lía, este ha hablado de ella y el terremoto interno de Santos ha vuelto.

–Lo que más quieres... la tercera bala perdida –murmura Santos.

–¿Cómo dices? –dice Honorio.

–Te lo cuento la próxima vez que nos veamos.

–Mejor hazlo ahora. Te va a ayudar.

–¿Te acuerdas de cómo murió Eva?

–Sí.

–Lo que nunca te conté fue que los dos queríamos arreglarlo. Y justo en ese momento tuvo su accidente.

–Aquel fue un incidente extraño.

–¿Y si me hubiesen dicho que mi mujer iba a morir y yo no hice caso?

–¿De qué me hablas? –pregunta Honorio.

–En mi calle había una anciana que leía el futuro. Yo solía visitarla.

–Por desgracia... –dice Honorio mostrando disgusto.

–Bueno, cada cual tiene sus creencias, abuelo.

–Venga, sigue con la historia.

–Yo iba a ver a la anciana de vez en cuando a su consulta. Aunque ese día vino ella a verme a mi casa.

»Me dijo que había visto una maldición en mi futuro. Que había tres balas perdidas. “La primera bala perdida se llevará a tú mujer. La segunda bala aquello que más temes. Y la tercera lo que más quieres”.

»Después de eso la anciana desapareció. Sus vecinos me comentaron que se había mudado a otro lugar, aunque nadie supo decirme a donde.

–Y tú le creíste, claro.

–Más o menos. Ahora tengo miedo por Lía.

–No entiendo.

–La última bala se llevará “lo que más quieres”. Para ponerla a salvo necesito olvidar lo que siento por ella.

Pero Honorio conoce a su nieto hasta tal punto que puede leerlo como un libro abierto.

–Santitos, ¿qué le has hecho a esa pobre chica? –pregunta Honorio—. ¿La has dejado por esa tontería de la maldición?

–Algo así. Me he distanciado.

Honorio se toma unos segundos antes de decir lo siguiente.

–Me has llamado para pedirme consejo y te lo voy a dar: si la quieres vuelve con ella, no la dejes escapar.

–Es complicado...

–Me gustaría volver a verla. Díselo de mi parte.

–Pero...

–Santitos, déjate de maldiciones y tonterías –dice Honorio levantando un poco la voz. Luego suaviza el tono—. Por favor, hazlo por mí. Sabes que todo te lo digo por tu bien.

Cuando Honorio usa esta frase en las charlas con su nieto, las excusas y razonamientos de Santos se suelen venir abajo como un castillo de naipes.

–¿Santitos, sigues ahí?

Santos asiente y sonrío.

–Gracias. Ya sé lo que tengo que hacer.

–¿Explicárselo y pedirle perdón?

–Hasta pronto abuelo.

–Y Santitos, recuerda siempre quién eres y por qué estás aquí. Pase lo que pase.

–¿A qué te refieres?

–Un abrazo y buena suerte –se despide Honorio.

5

Media hora después, Santos le envía un mensaje a Lía:

“Necesito hablar contigo, ¿estás en tú casa?”

Lía responde:

“Sí ¿es por trabajo?”.

Santos:

“Es personal. Me paso ahora mismo”.

Quince minutos más tarde, Xián ya se ha ido y Lía está sola en su casa. Espera a Santos. Se acerca al baño. Se mira al espejo. Su pintalabios y demás pinturas de guerra están ante ella.

Y su ropa colorida en el armario. Va sin maquillar, con el pelo recogido, uniforme negro de faena y los brazos cruzados.

Luego estira la mano derecha y se la mira mientras el timbre de abajo suena: es Santos.

–Hola Lía –le dice Santos en cuanto ella le abre la puerta de arriba.

Lía se mantiene en silencio. Santos intenta darle un beso, pero ella se aleja. Se va hacia el salón, seria, con andar casi masculino, sin rastro del contoneo de semanas atrás...

Él la sigue y cierra la puerta. Ella se sienta en el sillón encogida, agarrándose las piernas con los brazos, y Santos se queda de pie.

–¿Qué quieres? –le pregunta Lía sin mirarle.

–Quiero explicarte algo y necesito que me entiendas.

Entonces, las emociones de Lía se desbordan, como una botella de 2 litros de Coca–cola a la que se le quita el tapón tras agitarla con fuerza.

–¿Y QUIÉN ME ENTIENDE A MI? –exclama Lía–. Sé a qué has venido: a cortar conmigo.

–Lía...

–¡Déjame seguir! –le corta Lía poniéndose de pie de un salto y señalándole con su dedo índice.

Santos se mantiene en silencio y Lía se calma un poco antes de hablar.

–Desde pequeña los barcos veleros me han recordado a la libertad –dice Lía–. Espero aquí día tras día a que llegue el mío. Aunque la vida se me pasa esperando por un barco que nunca aparece. Y cuando lo hace, resulta ser un barco de plomo, que me quiere arrastrar al fondo.

–Lía, eso no es así –se defiende Santos.

–Me insistes en quedar, me arreglo y me dejas tirada. Hace unas semanas decías que nunca habías querido a nadie así. Y hoy ni contestas a mis llamadas ni mensajes. Sé que has venido hasta aquí a cortar conmigo. Pues no. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Soy yo la que lo dejo. Se acabó.

–No, Lía, no...

–¡Que me dejes hablar! Sí, si has venido a eso. O puede que no, da igual. Ahora la que quiere dejarlo soy yo. Ya he tomado la decisión. Y no hay vuelta atrás.

–He venido a arreglarlo.

–Pues no te creo. Me dices eso para quedar de niño bueno, para que yo sea la bruja que corta contigo. No, Santos. Esto ya no tiene arreglo.

Santos niega con la cabeza, a la vez que siente crecer la angustia en su interior.

–Al principio me apasiono mucho, dice Lía–. Pero se me pasa pronto. Te voy a olvidar en poco tiempo.

Como si fuese un erizo, Lía saca sus púas por lo que ella considera ataques de Santos en forma de indiferencia. Y a él se le clavan en lo más profundo: ahora le cuesta respirar a causa del dolor emocional.

–Felicidades, has dado de lleno en mi punto débil: que me traten como si fuese invisible –dice Lía.

Santos se sienta sin decir nada. Lía vuelve a acurrucarse en el sillón. Se quedan así dos minutos, sin mirarse. Lía se calma un poco y prosigue.

–Voy a seguir trabajando contigo, porque esta misión es por lo que estoy aquí y nuestra vida depende de ello. Aunque lo nuestro ya es historia.

–Es lo peor para mí –dice Santos–, pero lo mejor para ti. Así estás a salvo.

–Sí, a salvo de ti.

–No, a salvo de... da igual.

–Venga, dilo.

–No, mejor me voy. Hablamos mañana –dice Santos caminando hacia la puerta.

Lía no puede ni mirar a Santos por la decepción que siente, aunque tampoco quiere que se vaya: ya lo está echando de menos antes de que salga por la puerta.

–Santos, espera...

Él se frena a escucharla: aún tiene esperanzas de que cambie de opinión. Es la única forma de solucionarlo, pues él ya ha tomado la decisión de no aclarar las cosas: si no están juntos, ella no está en peligro a causa de la maldición.

–¿Qué te dijo tu abuelo sobre mí? Seguro que ese druida te contó algo de mi pasado. Porque nuestros problemas empezaron justo después de que él me conociera.

–Eso no tiene sentido, Lía. A mi abuelo le encantas y quiere volver a verte.

–Vale, no me lo cuentes, da igual –responde Lía negando con la cabeza.

–Gracias por seguir en el equipo para esta misión –dice Santos volviendo a acercarse a Lía.

–De nada –responde Lía con aire ofendido–. Soy una profesional y jamás faltó a mi palabra. Y nunca dejo asuntos a medias, como otros...

Santos ignora la indirecta y responde a lo anterior: –Me tranquiliza oírlo y me alegro de que estemos en el mismo equipo.

–Pues yo no –miente Lía–, pero me aguanto. Para mí lo más importante es cumplir con mi deber y por eso voy a terminar esta misión.

–Mañana mismo nos reunimos los dos para organizarnos. Vamos a tomar la iniciativa.

–Por fin –dice Lía–, ¿y Xián?

Santos no contesta y se va.

En cuanto cierra la puerta, Lía envía un mensaje a Xián:

“Lo he dejado con él y ni siquiera me ha insistido en volver. Ahora estoy segura de que venía a cortar conmigo, diga lo que diga.”

Una lágrima cae encima de la pantalla del móvil a la vez que escribe y se limpia otra con la manga de la camiseta.

Santos se va pensando en que le prometió a su abuelo intentar arreglarlo, pero Lía no le ha dado opción. Cree que así, sin ser su pareja, ella está protegida de la maldición de las tres balas.

Por eso, una vez que Lía ha cortado, ha permanecido en silencio, sin explicarse: Santos no se perdonaría ni soportaría perder a más seres queridos.

–Bueno, aún no estás a salvo –murmura Santos–, no hasta que se me haya pasado lo que siento.

Lía y Santos quieren creer que el tiempo hará su trabajo y les hará olvidar su historia.

No obstante, ambos saben, aunque no lo reconozcan, que eso no va a ser así...

Fin de la primera parte.

Capítulo 8. A ciegas con Ángela

1

–Ponme otra copa...

–Va a ser que no. Ya llevas unas cuantas de más –responde el barman.

–Un día es un día –insiste Santos.

–Con esta ya son cinco noches seguidas.

–Y más que vendrán... –balbucea Santos.

–En serio, es por tu bien. Frena un poco –insiste el barman–. Y lo sé por experiencia, de cuando mi época de *hacker*. Nos poníamos hasta las trancas y...

–Venga, sírveme otra... –le interrumpe Santos.

–Pero si apenas te sostienes en pie. ¿Cómo te vas a ir a casa?

–Pues en taxi... como ayer.

Santos intenta levantarse y, aunque le cuesta, lo consigue. Y luego vuelve a sentarse. O más bien, a dejarse caer en la silla y en la barra.

–Tú mismo. Yo te lo advertí –dice el barman con resignación poniéndole otra copa.

–Tu conciencia puede estar tranquila... sin embargo la mía...

El pub está casi vacío esta noche, un martes a las 2 y cuarto de la madrugada, excepto por una mesa con cuatro chavales gritones.

Son 4 compañeros de trabajo, comerciales inmobiliarios, celebrando la venta de un edificio completo de oficinas, brindando a todo volumen. Sus palabras exhiben arrogancia y borrachera.

También hay una chica sola en otra mesa, unos cuatro metros detrás de Santos. Los cuatro jóvenes compiten por impresionarla, sin éxito.

–Lo colocados que van esos cuatro –dice el barman–. Y eso que apenas han bebido.

–Ya vendrían así de la calle –responde Santos.

–Que va, entraron sobrios. Justo después de la chica espectacular.

–¿Cuál?

–Está justo detrás de ti.

Santos ni se da la vuelta para mirarla.

–Y te está mirando –le dice el barman.

–¿Es pelirroja de ojos grises? –pregunta Santos.

–No.

–Pues entonces paso –dice Santos apurando la copa.

–¿Estás así por una chica?

Santos niega con la cabeza y se explica: –Mi abuelo falleció hace seis días y me ha sido imposible ir a su entierro. Y estoy ciego.

–Lo de tu abuelo, lo siento muchísimo –dice el barman poniéndole la mano sobre el hombro a Santos–. Y lo segundo, es evidente.

–Yo me refería a ciego de...bah, da igual. Venga, ponme otra.

–¿Pero ya te has bebido la que te acabo de servir?

La respuesta de Santos es mostrarle el vaso vacío.

–Hoy en vez de irte en taxi te vas a ir en ambulancia.

–Es mi problema...Sirve...

–Vale, mira. Hacemos un trato. Esperas diez minutos y te pongo otra.

–Demasiado tiempo sin hacer nada.

–¿Cinco minutos?

Santos resopla. Y asiente.

–Pues cuéntame algo mientras –dice Santos.

–Ok. Pues los 4 niños de ahí al lado están en modo cacería. Se levantan por turnos a la mesa de la chica espectacular a probar suerte. Y ella los ignora. Demasiada mujer para ellos. Estos 4 son de segunda división y ella es de Champions.

El barman está fascinado con la chica vestida de azul de la mesa de detrás de Santos. Y como necesita entretener a Santos para evitarle un coma etílico, empieza a describirla.

–Lleva un vestido corto ajustado azul oscuro – describe el barman–. Con botas marrones hasta la rodilla. Se nota que la ropa es cara.

Santos niega con la cabeza, con actitud de no me interesa.

–Figura per–fec–ta. Morena, piel bronceada, pelo largo. Un tatuaje en el antebrazo derecho. Calculo 1,70 de altura. Sonriente, superelegante en sus gestos...

–Que no me interesaaa –murmura Santos pasando de la descripción.

–Sin embargo, hay algo más. Tiene una belleza como...inquietante. Y viene hacia aquí.

La chica se acerca a la barra. Camina segura, despacio. Se sienta al lado de Santos y pone su mano en su antebrazo.

–Santos, ¿qué tal? Me parecías tú, pero no estaba segura.

Santos la mira, y la ve doble y borrosa. Entonces se tapa un ojo con la mano y la reconoce.

–Ángela. Te veo muy bien –dice Santos sorprendido. Luego repara en lo borracho que está y empieza a divagar–. Bueno no, no veo bien ahora mismo...o sí...he bebido un poco...no importa...

Después señala al barman y dice con dificultad.

–Este dice... ¿Cómo era? Ah sí...eres una belleza inquietante.

–No le hagas caso –le dice el barman a Ángela–, está bastante bebido.

–La culpa es tuya... que me pones copas y más copas –balbucea Santos.

–Señor, dame paciencia –murmura el barman yéndose a la otra parte de la barra para darles intimidad.

–Pues yo a ti te veo fatal –le dice Ángela.

–Muchas gracias...por cierto, ¿y de dónde sales tú? Nunca te había visto por aquí...

–¿No vas a contarme qué te pasa, Santitos?

–Es una historia muy triste.

–Prueba. Desahógate.

–Mi abuelo ha muerto y no he podido ir al entierro...Mi intuición se ha apagado. Y luego está lo de Lía...aunque eso tiene arreglo...espero...

–Siento lo de tu abuelo –dice Ángela dándole un abrazo a Santos–. Estabais muy unidos. Y lo de tu intuición, vaya. ¿Cómo ha sido?

–Solías decirme: “es lo mejor de ti” –dice Santos imitando el deje elegante de Ángela al hablar.

–Ahora lo veo de otra manera.

Entonces 2 de los jóvenes borrachos se acercan hasta ellos.

–Mira... es que...nosotros la vimos primero... –balbucea uno de ellos derramando el contenido de su copa.

–Eso, eso... mucho antes que tú...

–Vale, iros a vuestra mesa, chicos –dice Ángela–. Este es mi novio.

–Ángela... –intenta corregirle Santos, pero Ángela le pellizca el brazo–. Ahhh –se queja Santos–.

Esto sí... bueno no, no es mi... Lía es mi... bueno no, tampoco...

–Está borracho, no le hagáis caso –le interrumpe Ángela–. ¿Nos vamos cariño?

–Esto, Ángela... estoy incómodo con esto...

Entonces ella le susurra al oído: –Sígueme la corriente, sino estos no se nos despegan.

Tras pensarlo unos segundos, Santos asiente y Ángela dice en voz alta: –Vámonos a tú casa.

Ángela ayuda a levantarse a Santos y luego se acerca a la mesa en donde estaba sentada a recoger su abrigo.

El barman aprovecha para acercarse a Santos y decirle: –Ya veo, ya. Dios le da pan a quién no tiene dientes.

Santos niega con la cabeza, se encoge de hombros, paga y sale con Ángela del pub. Ella le ayuda a caminar sin caerse.

El barman se queda en el pub con los 4 chavales. En cuanto Santos y Ángela se han ido, se calman. De hecho, ni siquiera parecen bebidos. Cinco minutos después pagan la cuenta y se van muy serios y en silencio.

–Lo de ir a mi casa vale, pero solo a charlar, ¿eh? –dice Santos al llegar a la calle–. Me va a venir bien hablar con alguien de lo de mi intuición.

–Pues claro –responde Ángela–. Tienes mucho que contarme y yo quiero escucharlo.

–No te vas a aprovechar de mí, ¿verdad? –balbucea Santos–, como estoy borracho...

–Bueno, si te dejas –responde Ángela sonriendo con picardía.

–Por aquí al lado hay una parada de taxis... espera... no... por allí...

–Es por aquí –responde Ángela.

–Eso, eso, por ahí... Oye, solo me voy contigo porque necesito hablar y porque estoy muy borracho... pero no vamos a hacer nada...

–Eso ya lo dijiste hace dos minutos –dice Ángela–, te sigues repitiendo cuando bebes, Santitos.

A cierta distancia alguien va siguiendo sus pasos con sigilo: es Lía. Como en los anteriores cuatro días, vigila a Santos en su peregrinación nocturna por pubs y bares.

Después, Lía observa un taxi perderse entre la niebla de Németa con Ángela y Santos dentro. Y se mira la mano. La cierra y la abre. Y empieza a distinguir el brillo del suelo mojado por la lluvia a través de su piel, huesos y músculos.

–No puede ser –dice Lía en voz alta, aunque la calle está desierta y nadie puede oírle.

Si alguien pasara en este momento por allí, vería la mano de Lía con normalidad, opaca y sólida. Sin embargo, ella la percibe cada vez más transparente, casi invisible. Al percatarse de esto, su respiración y pulsaciones empiezan a desbocarse.

–No, NO. Soy invisible... otra vez. Justo ahora no. MIERDA.

Lía coge su pistola, la desenfunda y la agarra. Su mano tiembla de la fuerza con que aprieta. Se queda así, inmóvil en medio de la calzada, bajo la suave lluvia de Németa.

Ya en casa de Santos, este sirve una copa para Ángela y otra para él. Ella le observa sentada en el sillón a la vez que se quita despacio el abrigo, las botas y las medias.

Comprueba un mensaje en su móvil y lo guarda de nuevo en su bolso. Santos le da su copa a Ángela y ella la deja en el suelo, sin probarla. Luego se sienta al lado de ella y se traga de golpe la mitad de la suya.

Al contrario que el pub, la casa de Santos está bien iluminada. Esto hace su palidez más visible. Y

también su mal aspecto.

Sus ojeras, desaparecidas durante el breve lapsus de felicidad con Lía, han reclamado de nuevo su lugar. Son negras y profundas, como las cicatrices de su alma.

Y el color verde de sus ojos ahora se asemeje al del agua estancada.

–¿Recuerdas la maldición de las tres balas? –dice Santos.

–Una se llevó a Eva, tu mujer, otra se llevará lo que más temes y la última lo que más quieres.

–Menos mal, alguien con quién puedo hablarlo.

–Yo sí creo en maldiciones, Santos, ya lo sabes.

–Era tu tema favorito cuando tú y yo... en la época en que...

–¿Fuimos pareja?

Pero Santos evita ese tema. No contesta y se crea un silencio incómodo entre ellos.

–¿Cómo ha sido lo de tu abuelo? –cambia entonces de tema Ángela y sentándose más cerca de él.

–A ver... yo ya me había hecho a la idea... pasaba de los cien años... pero aun así...

–¿Muerte natural?

–Al parecer no sufrió.

–¿Y por qué no has ido al entierro?

–Si hubiese ido ahora estaría muerto.

–¿Y eso?

Es peligroso seguir con esta conversación. Y Santos lo sabe: es información sensible, relativa a una misión. Aunque las copas de más y la confianza con Ángela, le hacen olvidar su discreción natural: si estuviese sereno, jamás hablaría de eso con nadie fuera de su equipo. Además, ella parece muy interesada en sus historias y eso ayuda a soltar su lengua.

Santos le resume lo de la muerte de sus ayudantes, el encargo de buscar el estandarte, lo de El Druida y la maldición. Le habla de Xián, de Lía y su ruptura. Y de lo de su abuelo: el haber faltado a su entierro le ha destrozado.

De esto hablan durante más de dos horas. Santos ya ha dejado de beber e incluso se ha hecho un par de cafés bien cargados. Poco a poco se empieza a recuperar de la borrachera.

–Eso fue lo peor: elegir entre sentirme culpable de por vida por faltar al entierro o morir en caso de ir.

–Difícil elección, sí.

–Esto es obra de esa tal Antígona. ¿Crees en Las Sombras? ¿En Las Piezas Negras y...? –dice Santos, pero se detiene al ver la sonrisa de Ángela–. ¿Crees en ellas?

–Por supuesto. Estas últimas semanas en internet se habla mucho de estos temas –responde Ángela–. Aunque aún no me has explicado porque no fuiste al entierro.

Santos le enseña su móvil a Ángela.

“Me han informado de varias sombras en los alrededores del lugar de entierro de tu abuelo. Ve con cuidado”. Arriba se ve el remitente: El Druida.

Ángela asiente seria y murmura: –El Druida. ¿Quién es?

–Un amigo.

–Bueno, la verdad me da igual –dice Ángela acariciando el pelo de Santos–. Tú no estás bien, eso es lo importante. Hasta tu intuición te está fallando. Y eso no me gusta.

–Es como ir en coche en un día de lluvia y el limpiaparabrisas te empieza a fallar. Al principio funciona un poco más despacio. Luego se para de vez en cuando. Y con lo de mi abuelo se detuvo del todo.

Ángela le escucha en silencio, muy cerca de él.

–Y lo que cae sobre el parabrisas es un aguacero de lluvia negra como el petróleo. Ahora soy incapaz intuir nada.

–¿Ni siquiera a mí?

–Cuando éramos... ya sabes... sentía venir de ti una mezcla de excitación y peligro. Ahora ya no están ninguna de las dos. La primera es porque no me puedo quitar a Lía de la cabeza. Lo segundo es porque mi intuición se ha ido.

–O porque yo he cambiado: ya no soy como antes.

–Puede ser. Pero mi intuición se ha acabado. Es un hecho. Estoy ciego. Y solo.

–No, yo estoy aquí, contigo –dice Ángela cogiéndole la mano a Santos–, no lo olvides.

Aunque Santos con quién quiere estar es con Lía. Le suelta la mano con delicadeza y se va al baño, en su habitación.

Una vez allí, le envía un Whatsapp a Lía: “te echo de menos”. Ella recibe el mensaje cuando ya ha llegado a su casa y se ha cambiado de ropa. Lo lee y no contesta.

Al salir del baño, Santos decide irse a su cama a dormir en vez de volver al salón, con Ángela.

Primero, porque está muerto de sueño. Y segundo, porque la borrachera está aflojando y, con ello, la incomodidad de tener a Ángela en su casa sin botas ni medias va en aumento. Por eso le parece la indirecta perfecta para que se vaya.

Una vez en su cama, a los diez segundos de apoyar la mejilla contra la almohada, Santos ya se ha dormido.

3

Ángela está ansiosa. Un capítulo de su vida se va a cerrar esta noche. Y en este momento glorioso para ella, mientras espera a que Santos regrese al salón, recuerda su camino hasta allí...

...Unos años antes, El Jugador, tras mucha lucha y esfuerzo, acaba de conseguir el poder absoluto en Corporatio y de crear Las Piezas Negras.

Ángela se presenta para una vacante para un puesto directivo en Corporatio. Y como suele hacer, antes de cada entrevista, El Jugador ha encargado una investigación a fondo sobre ella.

Ha llegado a directora nacional de una pequeña empresa: pisando, mintiendo, seduciendo, manipulando...

–Qué perfección –murmura El Jugador al leerlo.

Para él, la historia de Ángela Villalobos podría llamarse “Manual de cómo hacer bien las cosas”, o “Como conseguir tus metas haciendo lo que sea necesario”. No tiene escrúpulos. Y eso, según El Jugador, la hace 100% eficaz.

En vista de su perfil, El Jugador la sondea para un puesto directivo en Corporatio y para otro en la oscuridad, como miembro de Las Piezas Negras.

Pero Ángela también lo ha investigado a él...

Su nombre real es Klaus Bergman. Aunque ya ha dejado atrás los 50 años, se conserva en forma. Luce piel blanca, como de vampiro, una secuela de su odio a la luz del sol. Traje hecho a medida de 12.000 €, Rolex y gemelos de oro... Ha creado su aspecto para intimidar, para demostrar quién está por encima, recordar su lugar a sus subordinados e impresionar al resto del mundo.

Sus modales y gestos tienen cierto deje militar, acentuado por su pelo blanco cortado al 2.

Su cara está marcada por dos cicatrices, una en la frente y otra en una mejilla, recuerdos de

juventud, de sus años como mercenario. Y también de esa época se ha traído la idea de crear Las Sombras.

Lleva las gafas casi colgando en la punta de la nariz, con sus ojos azules siempre al acecho, preparados para amenazar a quien sea mirando por encima de ellas.

Pero lo peor es cuando deja de observarte y empieza a tamborilear en la mesa con los dedos. Si lo hace, es que está pensando en diversas formas de matarte.

Es conocida su afición por el juego. Es su gran pasión, le hace sentirse vivo. Aunque se le ha ido de las manos hasta el extremo de ver la vida como una gran partida, y a las personas como peones, fichas sin valor.

Pero su adicción real es a hacer trampas: no concibe su vida sin ellas, son su razón de vivir y respirar.

El Jugador cierra el dossier de Ángela, se quita las gafas y se inclina hacia adelante en la silla. –¿Por qué quieres irte si ya eres directora en tu actual empresa? –pregunta El Jugador mirándole a los ojos. Ángela sabe que, como en cualquier entrevista de alto nivel, él está leyendo su lenguaje corporal, buscando dudas, puntos débiles, incoherencias...

–Aquel ambiente hostil me hizo más astuta. Y fortaleció al máximo mi instinto de supervivencia. Soy la mejor allí, aunque ya no puedo llegar más arriba. Estoy estancada.

El Jugador asiente y contesta: –Te comprendo. Quieres ser la número 1, pasar por encima de quién sea, hacer lo necesario para vencer. Pero, ¿qué puedes ofrecerme?

–El futuro es como un papel en blanco –explica Ángela–. Puedo escribirlo y crearlo como yo quiera. Eso me da poder sobre las personas. Si me obedecen estarán bien. Si no, decido su castigo. Les enseño a respetarme a través de su miedo al futuro.

–Explícame cómo funciona y su efectividad, en porcentaje –dice El Jugador.

–Se necesita algún tipo de vínculo emocional con las personas. Y funciona el 90% de las veces.

El Jugador sonríe de medio lado y asiente: –Prosigue.

–Inserto una idea en la mente del objetivo. Se quedará allí, latente, hasta que la necesite. En su momento la activo a través de sus miedos. Pero no unos cualquiera, sino los más profundos y terroríficos. Y cuánto más secretos sean sus temores, mejor: esos raras veces fallan.

Sin mirarla, El Jugador le hace un gesto con la mano invitándola a irse. Ángela se levanta en silencio, sin saber si ha pasado la entrevista.

Al llegar a la puerta El Jugador le dice: –Bienvenida.

Ángela se gira y asiente, mostrando gratitud. Después sonríe y levanta la barbilla, con soberbia.

–Necesitarás un nombre nuevo. Ángela te sirve para Corporatio pero no para Las Piezas Negras.

Entonces, Ángela se vuelve y camina despacio hacia El Jugador.

–Antígona.

–¿Antígona? Tiene fuerza, misterio, tragedia. Me gusta... Y ya lo tenías pensado. Demuestras previsión. Bien, bien... –dice El Jugador sonriendo.

Antígona se apoya en la mesa de El Jugador, con ambas manos, para responderle: –Pero soy ambiciosa. Ser parte de Corporatio y Las Piezas Negras no basta para mí. Voy a llegar a la cúpula directiva de la empresa. Y lo haré pronto.

El Jugador se echa para atrás en su silla y le responde: –Veo que no me tienes miedo. Esto es lo que busco, sangre joven, atrevida–. Después sonríe, la señala con el dedo y le dice: –Ahora sal ahí fuera e impresioname.

Jamás podrá olvidar la euforia que sintió al salir hace años de aquel despacho. Y también como varios años antes de esta entrevista y de su entrada en Corporatio, buscó y encontró a Santos Luna...

En aquella época, Santos ayudó a detener a un conocido político que tenía asuntos turbios con la mafia. Fue bastante sonado y se habló de ello en los medios de comunicación no oficiales, en internet.

Y esa ha sido la primera y última vez que Santos Luna ha cometido el error de dejarse ver.

Pero una vez ha sido bastante para que Ángela se fije en él.

Desde siempre, Ángela ha estado obsesionada con lo paranormal, con ser especial y con tener solo lo mejor. Y Santos cumple con las tres premisas.

Ángela tiene por costumbre contratar los servicios de una agencia de detectives privados: en cuanto necesita obtener trapos sucios para destruir a un rival, les avisa.

Pero de vez en cuando, ella cree haber encontrado a alguien a su altura y hace investigar a la persona en cuestión, para después sufrir una decepción tras otra.

Y cuando ya ha perdido la esperanza de encontrar a alguien “especial” de verdad, la agencia le envía el dossier sobre Santos Luna.

Según empieza a leerlo, se le pone la piel de gallina de la emoción. Y en cuanto lo acaba de leer, vuelve al principio y lo relee. Y otra vez mas...

–Por fin –exclama Ángela–, alguien a mi altura.

Vuelve a releer el dossier: «Percepción de situaciones de peligro, discernimiento de sinceridad y visión espacial esférica cercana.

»Se despliega con éxito un dispositivo oculto de vigilancia y seguimiento, con resultados positivos, aunque el objetivo nos ha descubierto y hemos tenido que abortar la misión.

»Nuestra vigilancia ha determinado un desvío en los resultados provocado por emociones negativas, en especial, la culpabilidad».

Los detectives han hecho el trabajo a conciencia. Incluso han hablado con sus profesores de cuando era niño y compañeros de clase de su adolescencia.

Algunos conocían la visión de Santos, y que esta disminuía de forma temporal por el sentimiento de culpa.

En el informe se explica esto último con gráficos, fotos de Santos de niño y párrafos de palabras técnicas.

–Ya tengo tu punto débil –murmura Ángela.

A partir de los datos de este informe, localiza a Santos unos meses después. Pero lo encuentra casado con Eva.

Ángela se hace amiga de ella, sin que Santos lo sepa. Luego malmete y manipula hasta lograr su separación.

Y entonces, cuando Eva le cuenta a Ángela su decisión de arreglarlo con Santos, esta le paga a la anciana vidente que vivía en la misma calle que él para que le eche la maldición de las 3 balas a Santos. Y, por si acaso, encarga un accidente para Eva.

En ese momento, Ángela aprovecha que Santos está solo y con las defensas bajas para acercarse a él. Y con el tiempo, acaban siendo pareja.

Aunque Ángela no contaba con que Santos gana mucho de cerca: sus ojos verdes, la sonrisa, la forma de hablar... y empieza a sentir algo por él.

Unos meses más tarde, cuando Santos descubre como es Ángela en realidad, rompe la relación: es la primera vez que alguien la deja. Para ella es una humillación y jamás se lo perdonará a

Santos.

Tiempo después, ya como Antígona, cuando busca a alguien para investigar un asunto para la vicepresidenta de Corporatio y Reina de Las Piezas Negras, se acuerda de Santos. Aunque se comunica con él como Antígona, ocultando quién es en realidad.

Tras su éxito en el encargo de la mansión del bosque negro, Antígona comprende el peligro de Santos con respecto a su futuro proyecto: la maldición de Letheo.

Una vez más, se obsesiona y habla de él a todas horas. Por eso la secretaria le hace el encargo a Santos y no a otro: porque Antígona no para de hablar de él y la secretaria lo escucha varias veces.

Y una vez Antígona descubre que su ex secretaria ha hablado con Santos sobre el estandarte, planifica el ataque preventivo contra él, con ayuda de El Segador. Mauro y Adrián, sus ayudantes son eliminados. Aunque Santos sobrevive.

Tras este fracaso, Antígona decide cambiar de táctica, por si Las Sombras vuelven a fallar en eliminarle.

Como una araña, teje su tela. Con paciencia, traza su plan y espera su momento. Cuando se cruza con Santos tras salir este del hotel con Xián, este lo ve como una casualidad. Pero Ángela ha buscado y provocado el encuentro.

Santos solo ha sido consciente de haberse cruzado con Ángela, su ex: su doble identidad es perfecta para su juego.

Y tal como una astuta araña detecta cuando una distraída mosca ha caído atrapada en su red, el destino se pone de su lado: el abuelo de Santos, Honorio, muere por causas naturales.

Y entonces lo ve, lo sabe: la espera ha terminado, es el momento.

Da la orden de enviar a 10 sombras a dejarse ver antes, durante y después del entierro del abuelo de Santos, y este, avisado por El Druida, decide no asistir ni despedirse de su abuelo.

Antígona prevé el efecto negativo de este hecho en Santos y en su intuición, tanto por el contenido del dossier como por los meses de relación con él.

Al día siguiente del entierro, Antígona le hace vigilar y Santos no lo detecta. Eso lo confirma: su intuición ya no le avisa de posibles peligros.

También le informan de los excesos alcohólicos de Santos en los últimos días, siempre en el mismo pub.

Por eso, en vez de ordenar su muerte, insiste en hacerlo ella misma: quiere ese trofeo, ponerse esa medalla. Y de paso, eliminar al único a su altura. Su ego le domina y su soberbia le marca el camino a seguir.

Entonces, Antígona se planta en el pub donde está Santos, aliada con los 4 falsos borrachos ruidosos, 4 aspirantes a sombras en su primera misión...

...Y ahora está en el salón de la casa de Santos, disfrazada de Ángela, esperando por él y pensando en maneras de eliminarle...

Pero ante la tardanza de Santos, Ángela se acerca a la habitación. Y allí está él, dormido.

Vuelve despacio al salón. Envía un mensaje por el móvil. Después otro. Coge sus medias y las mete en su bolso. Se siente aliviada al quitarse el disfraz de Ángela y volver a ser Antígona de nuevo.

Y prosigue con su plan: matar a Santos. Con rapidez, se acerca a la cama donde duerme, saca una daga muy fina de su bolso y se la pone a un centímetro del cuello. Santos no reacciona y Antígona lo confirma: ha perdido su intuición. En otra época, este gesto le hubiese despertado y puesto en guardia.

La punta de la daga de Antígona está recubierta de un veneno rápido y mortífero: un simple rasguño y Santos morirá en segundos.

Ahora ella se siente como una gata: ha cazado a su ratón y aún está vivo, pero espera a darle el golpe de gracia, alargando su agonía, jugando con él. Se siente poderosa: ha vencido al mejor, a Santos Luna.

La punta de la daga ya casi entra en contacto con el cuello de Santos. Milímetro a milímetro, sin prisa, la va acercando a su piel.

En cuanto su afilada punta haga brotar la primera gota de sangre, en ese momento justo, el veneno hará su trabajo. Y Santos morirá. Aunque ya ha dejado de verle como una amenaza.

Entonces le asalta una duda. ¿Merece la pena matarle? Porque, de ser así, también habría que buscar y eliminar a los testigos: el taxista y el barman.

La soberbia, esa fiel compañera de Antígona, toma el control. Retira la daga del cuello de Santos y la guarda. Escribe una nota y la deja en su mesilla de noche, junto con sus medias. Se levanta y se va de la habitación, camino de la puerta de salida.

Pero el sentido común vuelve justo a tiempo para hacerla recapacitar.

—¿Y si recupera su intuición? —murmura Antígona.

Se queda de pie, con la mano apoyada sobre el pomo de la puerta de salida, durante cinco segundos.

—¿Para qué arriesgarme? —se dice a sí misma.

Da media vuelta. Saca la daga del bolso y cruza veloz el salón hacia la habitación, ahora ya sin ninguna duda: Santos Luna va a morir en los próximos 10 segundos.

Entonces suena el timbre. Antígona se queda quieta en mitad del salón. A los 5 segundos vuelven a llamar.

—Mierda, Santos se va a despertar —murmura Antígona yendo hacia la puerta. Decide esperar a ver si quién está timbrando se va para poder salir. Vuelven a llamar.

—Con tanto timbrado Santos ya se habrá despertado. Y en cuanto lea la nota que le dejé... —piensa Antígona. Y decide irse. Pero ya. Recoge sus botas del suelo y abre la puerta.

Al abrir la puerta, Antígona se encuentra de frente con una chica pelirroja, maquillada, con la minifalda granate y el jersey de cuello subido azul. Es Lía. Ni rastro del color negro en su ropa. Se ha arreglado por el mensaje de Santos, y este ha salvado su vida por haberlo enviado.

Aunque el daño colateral es enorme: un destrozo emocional masivo en Lía.

Su cara al ver a esta atractiva mujer saliendo de casa de Santos sin medias y con las botas en la mano, pasa del recelo al enfado, y luego a la tristeza.

Lía está entrenada para luchar con asesinos mercenarios armados y peligrosos. Sin embargo, carece de experiencia en estas situaciones...

Sus miradas se cruzan durante 2 segundos que a Lía le parecen milenios. Antígona admira la cara y el cuerpo de Lía, y esta le responde clavándole sus ojos como dagas de acero gris en los suyos.

Lía está inmóvil. Petrificada. Una lágrima se mueve en uno de sus ojos, intentando salir pero no lo consigue: su dignidad y orgullo la mantienen en su sitio, a la vez que observa en silencio como Ángela sale de casa de Santos.

—Entiendo porqué le gustas tanto —dice Antígona con altivez justo antes de bajar las escaleras.

Entonces Lía repara en algo: Santos debería estar despierto tras sus timbrados. Entra y va directa a la habitación. Y allí está Santos, durmiendo vestido.

—Si sigues con la misma ropa de ayer —susurra Lía—, hay muy pocas posibilidades de que haya habido sexo.

Esto la relaja un poco, aunque las medias sobre la mesita de noche la hacen dudar. Al acercarse para verlas de cerca, percibe un fuerte olor a alcohol.

–Por eso no te despertaste –dice Lía en voz alta, esperando ser oída.

Pero Santos no reacciona.

A continuación coge las medias. Reconoce la marca. Son unas medias muy caras. Hace ademán de lanzarlas al suelo con odio, aunque se las guarda en el bolsillo.

Va a salir de la habitación cuando por el rabillo del ojo ve una nota en la mesilla, justo debajo de donde estaban las medias. La lee y sus ojos cambian de la tristeza al asombro y después se entrecierran para ponerse en modo alerta total.

Luego saca su pistola y sale corriendo de la casa escaleras abajo. Llega a la calle. Está desierta. Mira hacia los lados, buscando. Maldice varias veces y llama a Xián.

En cuanto descuelga le dice: –Vente YA para casa de Santos.

Y cuelga la llamada sin esperar a oír la respuesta de Xián. Se queda en la calle justo delante del portal del piso de Santos, vigilando, observando con mirada felina.

Xián llega en taxi a los diez minutos. Ve a Lía en la calle. Suben juntos al piso de Santos. Este está sentado en el sillón del salón. Ya ha leído la nota. Está pálido como el papel que tiembla en sus manos. Con la mirada perdida le da la nota a Xián.

“He apagado tu intuición. Estás ciego. Yo gano. Tú pierdes. Antígona”.

–No entiendo –dice Xián.

–Ángela es Antígona –responde Santos.

–¿Ángela? –responde Xián–. ¿La morenaza que te saludó en la puerta del hotel? ¿Y ella es quién quiere matarnos?

Xián se queda en silencio 15 segundos, asimilando esta información.

–¿Por qué descubrirse con una nota? –pregunta Xián ya recuperado del susto

–La soberbia es su punto débil –contesta Santos–. Ahora me ve como alguien inofensivo, inferior a ella.

–¿Y qué hacía aquí? –pregunta Xián.

Santos y Lía se miran. Nadie contesta. Xián nota la tensión y decide suavizarla con otra pregunta: –¿Y tú, Lía, por qué estás aquí?

Ella le enseña a Xián el mensaje de Santos: “te echo de menos”, saca las medias de Ángela de su bolsillo y las deja en el sillón. Al ver a Lía con sus medias puestas, Xián se percata y pone cara de sorpresa.

–¿Son de ella? –dice Xián cogiendo las medias.

–Lía, mira... –intenta explicarse Santos. Pero la resaca ya ha empezado y le cuesta hablar.

–Me da igual –le interrumpe Lía–. Paso de explicaciones.

–Pues te veo dolida –dice Xián.

Lía niega y se mira la mano derecha: está temblando.

–Para nada. Y tú cállate –le dice Lía a Xián.

–¿Por qué haces eso de la mano? –pregunta Xián–, ya te lo he visto otras veces.

Lía ignora la pregunta y se dirige a Santos.

–¿Para qué me has enviado este mensaje? ¿Para qué me contratas como guardaespaldas si no me dejas hacer mi trabajo? ¿Y para qué me cuentas lo de tu abuelo si luego no me dejas acercarme a ti?

–Ya te lo dije, necesito protegerte. La maldición se...

–TÚ estás en peligro, NO YO –interrumpe Lía.

–Lía, ya te expliqué por qué necesito distanciarme de ti.

–Al menos podrías buscarte una excusa creíble –responde Lía.

–Pues a otras si las dejas acercarse a ti –murmura Xián admirando las medias de Antígona.

Lía sonrío dos segundos y Santos le echa una mirada asesina a Xián. Este pilla la indirecta y se calla.

–Me preocupo por ti –dice Santos.

–Si estoy en peligro es mi problema –contesta Lía–. Me pones de excusa lo de ser tu guardaespaldas. Pero si fuese cocinera me dirías: déjalo, puedes quemarte. El riesgo va en mi sueldo. Y así lo he elegido YO. Y por cierto, ¿cómo voy a distanciarme de ti y proteger al equipo a la vez?

–Ya te lo dije, la maldición es real, mi ex mujer murió por ella. Y ahora intento salvarte a ti.

–DEJA DE INTENTAR PROTEGERME.

Xián le hace el gesto de “calma” a Lía con las manos. Esta baja un poco el tono y prosigue.

–Me mandas un mensaje como si me echaras de menos. Y como soy idiota, porque lo soy, me arreglo y me encuentro con esto –dice Lía señalando las medias.

–A lo mejor si te buscas otro trabajo –dice Santos volviendo al tema anterior–, estarías a salvo y...

–Yo JAMÁS abandono una misión –interrumpe Lía.

–¿Ah sí? ¿Estás segura? –responde Santos.

Lía fulmina a Santos con la mirada y niega con la cabeza.

La ruptura de Santos y Lía ha sido por un malentendido. Y Santos lo sabe. Explicárselo a Lía en este momento mismo arreglaría las cosas. Pero callarse mantendrá a Lía a distancia segura... para ella.

Santos decide pagar el precio de la soledad para protegerla. Y baja la mirada en silencio.

Entonces Lía sale de la casa de Santos dando un portazo. Xián duda entre seguirla o quedarse.

–Vete con ella –le dice Santos.

4

–Insiste con una maldición y tres balas –le dice Lía a Xián en cuanto este le alcanza en la calle–. Me suena a excusa.

–Algunas maldiciones se cumplen –responde Xián–. Y en Némata todo es posible.

–¿Ahora le das la razón?

–Yo creo en ellas, ya lo sabes.

Lía mira a Xián negando con la cabeza.

–Aunque lo normal –prosigue Xián–, es decir “lo nuestro no funciona”, o “no eres tú soy yo”, o “hemos perdido la chispa”, o “no sé lo que quiero”, o “te mereces a alguien mejor”, o “no estoy preparado para una relación”, o “estoy demasiado ocupado para dedicarte el tiempo que mereces”...

–Eres como una enciclopedia de excusas.

–Pues sí. Pero la de “cariño, quiero dejarlo porque al ser mi guardaespaldas te pueden disparar por culpa de una maldición”. Eso está en otro nivel: me la apunto.

–Gracias por intentar hacerme reír –dice Lía algo más relajada.

–Estaba hablando en serio –protesta Xián.

En ese momento, Lía se mira la mano derecha, una vez más...

–¿Por qué haces eso? –pregunta Xián.

Lía deja de caminar y justo cuando va a empezar a contárselo a Xián, alguien les habla.

–Hombre Xián, vas muy bien acompañado, ¿no me la presentas? –dice el *Dandi*. Es un conocido

de Xián, de su mismo barrio. Un tipo como de casi dos metros de alto, músculos hinchados a base de anabolizantes y muchas horas de gimnasio.

Con tatuajes hasta en su afeitada cabeza, con un ego mayor incluso que sus músculos y actitud de gallito.

En cuanto escucha la voz de pito del Dandi, Lía sonríe por el contraste de un tipo tan grande con esa vocecilla aguda y ridícula. Y este confunde el gesto como un posible interés hacia él por parte de ella.

–Se llama... –dice Xián.

–Oye, preciosa –interrumpe el Dandi situándose entre ella y Xián–, no necesitas hacer de niñera de este idiota. Si quieres un hombre de verdad, aquí estoy yo.

La respuesta de Lía es hacerle el vacío. La prepotencia y falta de educación del Dandi le resultan muy molestas.

–En el barrio se habla mucho de la nueva amiga de Xián, pero tenía que verlo.

Lía y Xián permanecen en tenso silencio ignorándole. Aunque el Dandi es un poco corto a la hora de pillar indirectas...

–Venga Xián –prosigue el Dandi–, lárgate ya y deja solos a los mayores.

Al oír esto, Lía se mira la mano...

–¿Es siempre así? –le dice Lía a Xián.

–Y lo peor es que le suele funcionar –responde Xián.

–Pues me parece increíble –dice Lía.

–El porqué salta a la vista, pelirroja –contesta el Dandi–. Es algo que hasta una mujer puede entender. Y tú, payaso, ya estás tardando en irte.

Los ojos de Lía se cierran hasta quedar reducidos a dos finísimas líneas. Sus pulsaciones se han disparado. Aprieta su boca, su respiración se le acelera y las arterias de su cuello se le hinchan, mientras se gira hacia el Dandi mirándose la mano.

–Tienes tres segundos para salir de mí vista –le amenaza Lía.

Un escalofrío recorre la espalda de Xián por como Lía ha dicho esto.

El Dandi se ríe enseñando sus brackets y contesta con desprecio: –Anda, vete por ahí a fregar suelos y chupar...

Entonces se escuchan tres golpes secos seguidos por el ruido de un cuerpo pesado al desplomarse. Ahora el Dandi yace en el suelo sin sentido, y un charco rojo empieza a crecer debajo de su cara.

Lía tiene manchadas de sangre su cara y sus manos. Desenfunda su pistola. Se mira la mano y sonríe. Después le habla al *Dandi*.

–¿De–cí–as al–go? –pregunta Lía dándole una sonora patada con cada sílaba.

Xián se ha quedado en fuera de juego. La mirada de Lía le asusta, apenas la reconoce. Tarda cuatro patadas en reaccionar e interponerse entre ella y su víctima.

–¿Qué has hecho? ¡Te lo has cargado!

–Para matarlo bastaría con un solo golpe en el sitio adecuado. Y sin nada de sangre.

–Voy a llamar a una ambulancia. Lía, es mejor que te vayas. Y tranquila, te vas a librar de la denuncia: el *Dandi* jamás va a reconocer que esto se lo ha hecho una mujer. Cuando despierte le voy a decir cuatro cositas. Se va a enterar, lo voy a poner fino.

–Pues a ver cómo se lo dices, ¿eh?, porque has pasado de dar jabón a lo loco al extremo contrario –dice Lía.

–Una apuesta es una apuesta. Si me la das por ganada...

Pero Lía está absorta, mirando como su mano es otra vez normal.

–Xián, hace un minuto, ¿podías ver mi mano? –pregunta Lía.

–Sí.

–Pues yo la veía transparente, como el resto de mi cuerpo. Aunque ahora está normal. ¿Eso contesta a tú pregunta de antes?

–Cada vez que te miras la mano es porque la ves invisible.

–Sí.

–A ver...Te cabreas, tienes una paranoia o como se diga, crees que eres invisible, machacas a alguien y te pones bien, ¿es eso?

–Casi siempre es así –responde Lía asintiendo.

–¿Me estás diciendo que la violencia te vuelve “normal”?

Lía asiente en silencio.

–Sabes que eso solo está en tú imaginación, ¿verdad?

–Para mí es tan real como tú. Y me voy ya –dice Lía alejándose por la calle.

Un minuto después se cruza con una pareja mayor. Se asustan al verla por la sangre sobre su cara y su ropa. Hace el ademán de limpiarse y continúa su camino.

Lía siente como su parte más salvaje, largo tiempo aletargada, ha regresado, ocupando el espacio donde antes habitaba el control sobre sí misma.

5

Una hora y media más tarde Ángela llega a su casa.

–Hola cariño –dice al llegar.

Su marido y sus dos perros salen a saludarla.

–Llegas algo tarde –dice el marido.

–Es que he tenido un día de locos.

–Teníamos cena con Ana y Juan, ¿te habías olvidado?

–No, para nada. Es lo que tiene ser directiva de Corporatio. Lo siento mucho, mi amor.

–No te disculpes por tener el puesto que todos quisiéramos.

Tras analizar a varios candidatos de entre los trabajadores de Corporatio, Ángela lo eligió a él. Alguien sin poder, muy por debajo de ella en el rango.

Cuando empezaron a salir él pensó: “me ha tocado la lotería”.

Y Ángela pensaba: “es inocente, débil, su trabajo depende de mí y me quiere. Tengo el control total. Es perfecto”. Y por supuesto, desconoce su otra vida como Antígona.

Luego, a solas, bajo el agua de la ducha, piensa en que algún día Las Piezas Negras no necesitarán ocultarse ni ella tener un marido–tapadera.

Aunque eso solo ocurrirá cuando triunfen. Y ahora, tras la gran hazaña de apagarle a Santos su intuición, siente que ese momento está más cerca que nunca.

–Ya falta poco... –murmura Ángela.

Capítulo 9. La catedral negra

1

Santos conduce su todoterreno con Lía a su lado. Siguen a cierta distancia a otro coche conducido por dos supuestas sombras por una carretera estrecha entre los árboles de un bosque, a las afueras de Németa.

Tras el incidente de Antígona en casa de Santos, hace ya dos semanas, se han puesto las pilas con su misión de encontrar el estandarte. Apenas duermen y siguen cualquier pista, sin excepción: sus vidas dependen de ello.

–Acelera, venga, dale –dice Lía.

–¿Quieres conducir tú? –responde Santos.

Lía niega con la cabeza.

–¿Estás segura de esto?

–Pues claro –responde Lía–. Esos tipos del coche de delante son dos sombras. Llevaban días vigilándote.

–Lo digo porque...

–Eres un pesado –le interrumpe Lía–. Siempre dudando de mí.

–Tranquila, solo quería saber si estás 100% segura.

Este último comentario, unido a la insistencia de Santos y a los días sin dormir, irritan a Lía. Tras unos segundos lanza su dardo: –Tan seguro como que Ángela se hace llamar Antígona.

–Voy a llamar a Xián por el manos libres –dice Santos para tratar de cambiar de tema.

–Cuando dormiste con ella, ¿cómo la llamabas? ¿Ángela o Antígona?

–¿Ya estáis discutiendo otra vez? –dice Xián tras contestar la llamada–. No se os puede dejar solos.

–Hola, Xián –dice Santos.

–¿De qué hablabais? –pregunta Xián.

–De cómo me deslumbro con los coches deportivos –dice Lía con la mirada fija en Santos–. Línea estilizada, gran cilindrada, te hacen sentir viva, tus sentidos se aceleran. Y a la primera de cambio, te dejan tirada.

–Ya. Pero al menos podrás contarlo y fardar de haber tenido uno –contesta Xián sin pillar la indirecta.

–Durante un tiempo te sientes la reina del universo. Hasta que llegan las facturas, que son carísimas. Y por encima está prohibido pasar de 120, que te multan. No puedes llegar a disfrutarlo a fondo.

–Eso es verdad –dice Xián.

–Esa parte te la ocultan cuando te lo venden. Pero al final, por muy bonito que sea el coche, por muy buen motor que tenga, siempre acabo por olvidarlo. Sea cual sea el modelo –dice Lía señalando a Santos.

–Caray –dice Xián sin enterarse de nada–, no sabía que te gustasen tanto los coches.

–Algunos sí. Aunque se me pasa en unas pocas semanas. Ya falta poco.

–Pues me alegro.

–De hecho –miente Lía–, ya estoy viendo otros modelos. Menos bonitos, pero más fiables.

–Te equivocas –responde Santos–, esos son los que más fallan.

–Tengo un colega –dice Xián– que vende su coche de 2ª mano por 300 €. Es una ganga.

Entonces Lía corta la llamada con Xián y le dice a Santos: –Siete días más y me habré olvidado.

–Tranquila, yo tampoco quiero nada –miente Santos.

–No está hecha la miel para la boca del burro.

Santos pone expresión de sorpresa.

–¿Pero...? Lía, pasas demasiado tiempo con Xián –dice Santos intentando reprimir sin éxito una carcajada.

Ambos ríen juntos. Por un instante son ellos mismos, felices de nuevo, fuera de la vorágine de las últimas semanas. Aunque estos momentos duran poco.

–¿Esos 2 sabrán algo del estandarte? –pregunta Santos mirando al coche de delante.

–Pertenece a una colección privada. Pocas personas conocían su existencia. De hecho, yo lo desconocía y soy una *friki* de la historia. En especial de la militar y...

–Con decirme sí o no bastaba –le interrumpe Santos sin darse cuenta, a causa de su cansancio, de lo borde que ha sonado esto último.

El móvil está sonando desde hace unos segundos. Es Xián y Santos contesta por el manos libres.

–Se ha cortado. ¿Tenéis mala cobertura? –dice Xián.

–Vete a la mierda –dice Lía en contestación a la anterior frase de Santos y levantando su dedo medio hacia la cara de él.

–Vale, Lía. Yo también me alegro de oírte –contesta Xián.

–Tranquilo –dice Santos–, es por mí.

–¿Problemas en el paraíso?

–En el infierno querrás decir –contesta Lía.

–Venga, vamos a centrarnos en la misión –dice Santos.

–Ves, Lía, eso te pasa por liarte con tu jefe –intenta bromear Xián.

–Vete a la mierda tú también –responde Lía–. Da igual. Algún día la misión acabará y me va a encantar perderos de vista a los dos.

Luego Lía cruza los brazos, frunce el ceño y se gira hacia su ventanilla.

–El estandarte estaba en Lisboa –dice Santos–, en una colección privada, lo robaron hace ahora un mes, y hace tres semanas, empezó la maldición. Justo cuando pasó a estar al norte del río ¿cómo se llamaba?

–Rio Lethes –contesta Xián.

–Eso es, río Lethes. El río del olvido.

–He estado investigando los nombres de las víctimas que te envió El Druida –dice Xián.

–¿En serio? –dice Santos.

–Quiero quedarme en el equipo –interrumpe Xián–, y eso se consigue con iniciativa. Investigar es solo llamar a puertas y echarle mucho *morro*.

–Bien hecho –dicen Santos y Lía a la vez, sin mirarse. Santos sonríe y Lía se gira hacia su ventanilla para intentar ocultar una leve sonrisa.

–Gracias jefe. Siempre a tus órdenes y...

Pero Xián se detiene al recordar su apuesta con Lía y se abstiene de adular a Santos.

Lía niega con la cabeza y murmura: –Venga, Xián, dale un poquito más de jabón, venga...

–¿Alguna conclusión? –pregunta Santos centrado de nuevo la conversación en la misión.

–Para mí es la maldición del río Lethes –dice Xián–. Tras 2000 años desaparecida, está de vuelta.

–Te equivocas –dice Santos–, es tecnología.

–Ni de broma, ¿quién puede hacer algo así?

Lía interviene sin mirar a Santos: –Xián, por una vez Santos tiene razón. He visto cosas...mejor ni

os cuento. Se nos está ocultando una cantidad enorme de tecnología, tanto militar como civil. Me huele a algo así.

–Pues yo creo que es la maldición del olvido –insiste Xián.

–¿Qué has averiguado? –pregunta Lía evitando el contacto visual con Santos.

–Un hombre se fue conduciendo desde Madrid hasta Milán en vez de volver a su casa después del trabajo. Así, por las buenas. Otro olvida a su mujer y solo a su mujer, y sí recuerda al resto de personas.

–Como no... –murmura Lía mirando a Santos.

–El resto –prosigue Xián– pierden la capacidad de hablar, escribir, andar y otras funciones básicas. Y lo más curioso: de los 8 afectados, 6 son directivos de la misma empresa. Y sucedió a la misma hora del mismo día.

–Y eso sería justo en el momento en que el estandarte cruzó el río Lethes hacia el norte –dice Lía.

–Eso es– contesta Xián.

–Entonces –interviene Santos–, a cada persona le afecta de forma distinta aunque a la misma hora.

–Por eso es una maldición, porque les ha afectado por igual y al mismo tiempo.

–O a lo mejor lo hacen así para despistar –interviene Lía.

–¿Y los 8 afectados tienen antepasados romanos? –pregunta Santos.

–¿Cómo compruebo eso?

–Es imposible comprobar algo así –responde Lía.

–Buen trabajo, Xián –dice Santos.

–Gracias Jefe.

–¿Cómo lo has hecho?

–Pues he hablado por teléfono con algunos y con otros en persona. Y llevar conmigo a mi coleguita Leyenda ayuda mucho. Ya nos hemos reconciliado y...

–¿Leyenda? –le interrumpe Santos–. ¿Se llama así? Vale, retiro la pregunta.

Al ir hablando, Santos se olvida de mantener la distancia y se pegan de más al coche de delante, donde van las dos supuestas sombras.

Uno de ellos se da la vuelta y mira hacia atrás. Santos le reconoce: es uno de los 4 borrachos del bar del pub el día del incidente con Ángela. Pero la sombra gira rápido la cabeza hacia adelante, como si quisiese evitar ser reconocido.

–Mierda –dice Santos saliendo de la carretera con su todoterreno hasta un descampado al lado derecho de la misma.

A continuación sale corriendo del coche con el móvil en la mano, corta la llamada con Xián, va hasta la puerta del copiloto e intenta arrastrar fuera a Lía. Esta le aparta las manos con brusquedad y sale por sí misma.

–Aléjate del coche, Lía –le grita mientras se aleja.

A continuación, se aleja a unos 20 metros, y Xián vuelve a llamar a Lía: –¿Qué ha pasado, habéis tenido un accidente, o algo?

–Qué va, tu jefe, que está como una cabra. Se ha puesto a gritar, ha sacado el coche de la carretera y ha salido corriendo.

–La madre que... ¡vaya susto! –se queja Xián–. ¿Pero está bien? Porque necesito mi paga de este mes.

–Dios mío, con que gentuza me toca trabajar...– dice Lía negando con la cabeza entre enfadada y resignada.

–Vete a preguntarle –dice Xián.

–Paso.

–Pues pónmelo al teléfono... venga Lía por favor.

Santos se ha internado en el bosque unos metros y está apoyado en un roble centenario.

Lía se acerca a él muy tranquila y este le insiste: –Aléjate del coche.

–Está pálido y con cara de susto –le dice Lía a Xián por el móvil, a la vez que se coloca frente a Santos y le ofrece el móvil–. ¿Estás bien?

Santos niega con la cabeza y coge el teléfono: –Para nada. Han estado a punto de matarnos.

–¿Otra vez? –responde Xián–. ¿Es que no tienen nada mejor que hacer?

Santos pone el manos libres y se explica: –He reconocido al tipo del coche de delante. Es uno de los del pub del día del incidente con Antígona.

–¿Incidente? Sí, me gusta. Me lo apunto para...

–Xián, venga. Esto es serio –interrumpe Lía–. Santos, sigue.

–Yo me acordaba de él. Y ellos eran 4 y yo solo 1: esa sombra tendría que haberme reconocido.

–¿Y por eso sales del coche gritando como un loco? –protesta Xián.

–Finge no conocerme. Parece que les estamos siguiendo pero en realidad nos conducen a una trampa. Y tú, Lía, los detectaste con mucha facilidad. Demasiada. Es la “muerte bajo los árboles”.

–¿Cómo dices? –exclama Xián–. Lía, el jefe se ha vuelto loco. Lo hemos perdido para siempre. Ponte tú al mando y...

–Tienes razón. Bien visto, Santos. ¿Cómo se me pudo pasar? –interviene Lía.

–¿Por estar centrada en pincharme? –pregunta Santos.

–Santos: VETE A LA MIERDA.

–Que alguien me lo explique –pide Xián.

–Hay una bomba en nuestro coche –responde Lía.

–Estuve haciendo los deberes –dice Santos–. Conozco a un cazarrecompensas mexicano. Es de fiar y siempre está bien informado. Me habló de un par de blogs sobre Las Sombras y Las Piezas Negras.

–¿En serio? –se extraña Lía.

–Creados por ex sombras, aunque sus autores mantienen sus identidades ocultas.

–¡Bien hecho! –dice Lía.

–Allí leí sobre sus técnicas. Una es así: te ponen una bomba en el coche. Después se dejan ver. Si picas y les sigues, como nosotros, te llevan hasta las afueras de la ciudad. Y en un sitio desierto como este bosque, hacen explotar el coche contigo dentro.

–Así les es mucho más fácil limpiar sus huellas –dice Lía.

–Ah, casi se me olvida –interviene Xián–, los 6 directivos de la misma empresa afectados por la maldición son de Corporatio.

–Y ya sabemos donde trabaja Antígona –dice Santos.

–Eso es ilógico –dice Lía–. ¿Por qué atacar a los suyos?

–Para eliminar competidores. Si conociérais a Ángela como yo, sabríais que es capaz de eso y más.

–Ya sabemos que tú conoces a Antígona *muy bien* –interviene Lía.

–Eh, haya paz –interviene Xián.

Después le sigue un silencio tenso, roto por Lía unos segundos más tarde.

–Cuándo yo estaba en... –dice Lía omitiendo el lugar–... oí hablar de tests con nanotecnología y ondas. Es un poco técnico y lo tengo un poco borroso, pero había rumores de ensayos así.

–¿Quién te contó eso? –pregunta Xián.

–Una fuente fiable –responde Lía.

–¿Le conocemos?

–Soy yo –responde Lía.

–¿Y cómo sabes tú eso? –se extraña Xián.

–Y si desconoces los blogs sobre Las Sombras, ¿por qué te sabes sus tácticas? –pregunta Santos.

Lía mira a Santos a los ojos. Se quedan así 5 segundos. Después Lía desvía su mirada gris ceniza hacia un lado y guarda silencio....

–Lía, ¿en serio? –dice Santos.

Y tras unos segundos, Lía mira hacia Santos y asiente despacio.

En ese momento la onda expansiva de una enorme explosión los tira al suelo: a 20 metros de ellos, el coche de Santos ha estallado en llamas.

–¿QUÉ HA SIDO ESO? – vocifera Xián.

–Cuelgo –dice Santos muy alterado y sin apenas oírse por su pitido de oídos. Lía le indica por donde ir y se ocultan tras una roca.

–Te veo muy tranquila –dice Santos.

Lía saca su pistola, comprueba el cargador y contesta: –Porque este es mi terreno. Ahora se acercarán a limpiar la escena. Tú quédate aquí quieto. Tengo un plan.

–Ni de broma te voy a dejar ir sola.

–Si te llevo serás un lastre.

–Pues entonces nos quedamos los 2.

Entretanto, las 2 sombras han detenido su coche a 30 metros de donde está Santos escondido tras un árbol, en el interior del bosque.

Una vez se acercan al coche en llamas, echan en falta encontrar 2 cadáveres en su interior. Aunque sí ven 2 pares de huellas yendo hacia el bosque.

En ese momento informan por radio: –Los objetivos han sobrevivido a la explosión. Vamos a internarnos en el bosque tras ellos.

–Adelante –le responden–. Os enviamos refuerzos.

–Ok. Corto.

Las 2 sombras encuentran por donde han ido Lía y Santos: las huellas en el barro y las pisadas en la hierba les delatan.

Despacio, ambos se acercan al árbol en donde acaban las huellas, cada uno por un lado. Y justo cuando van a dar la vuelta al mismo, Santos sale de detrás y dice: –Eh, venga chicos, me rindo.

Las 2 sombras empiezan a mirar alrededor, nerviosos, inseguros.

–¿Dónde está ella? –le dice una de Las Sombras a Santos apuntándole con su pistola.

–Se ha ido por ahí–dice Santos señalando unas huellas en dirección al interior del bosque de robles.

Las Sombras se miran y asienten. Uno de ellos guarda su pistola para maniatar a Santos con una brida de plástico, mientras el otro le apunta.

Pero Santos se resiste y la otra sombra le amenaza: –O te estás quieto o te mato ahora mismo.

Y entonces Lía pasa a la acción. Se asoma desde detrás de unos matorrales espesos y ejecuta dos disparos de precisión. El primero le da en la mano a la sombra, haciendo salir despedida su pistola, y el segundo le impacta en el muslo.

La otra sombra tarda 2 segundos en reaccionar. Santos lo aprovecha para revolverse contra él, y Lía para acercarse y golpear con la culata de su pistola a la sombra herida, dejándola inconsciente. Después apunta a la otra, justo cuando va a sacar su pistola.

–De rodillas con las manos en la espalda –ordena Lía apuntándole a menos de 2 metros.

La seguridad y calma de Lía contrasta con la agitación de esta sombra. Esta saca su arma despacio y la arroja lejos. Y se da la vuelta sin resistirse.

Tras maniatarle con la misma brida destinada a él, Santos dice: –Los tenemos, Lía. Bien hecho.

–¿Lía?

–Si *novato* –responde Lía con un tono de voz seco, firme, casi militar.

–Me lo habían dicho y tenía que verlo con mis propios ojos –responde el novato con temor.

–Yo también me alegro de verte –le dice Lía.

–Traidora. Nos abandonaste.

–Porque estaba en el bando incorrecto, novato –responde Lía.

–El Segador os matará con sus propias manos. Para él ya es algo personal.

–Y para mí –contesta Lía.

Santos rebusca en su mochila y saca un rollo de cinta americana. Mientras corta un trozo para amordazarlo le dice: –Voy a ponerte eso en la boca, y así

evitamos escuchar más tonterías.

–Te voy a hacer un favor, novato. No te voy a entregar a la policía –dice Lía.

–¿Cómo dices? –protesta Santos.

–Las Sombras capturadas por la policía suelen ser ejecutadas después por Las Piezas Negras – explica Lía a Santos–. Y este me caía bien.

–Gracias –dice el novato mientras Lía le ata las manos a la espalda con otra brida.

–Y olvida que me has visto, ¿estamos?

El novato asiente, pero justo antes de ser amordazado por Santos con la cinta americana pregunta: –¿Qué ha sido de Castillo?

–Es difícil saberlo –responde Lía.

–Tú sitio está a este lado.

–O el tuyo fuera de Las Sombras –le contesta Lía señalándole.

De camino al coche en llamas, Santos y Lía van hablando en voz baja, en estado de alerta.

–¿Es seguro dejarlos aquí? –pregunta Santos–. Uno está herido.

–Dos rasguños, nada grave. Los suyos ya conocen su posición y ya estarán en camino. Y para nosotros, es más seguro ir hacia la carretera.

Santos entrecierra sus ojos hasta convertirlos en dos finas líneas verdes, cuyo brillo se apaga poco a poco como una estrella a punto de morir. La expresión de su cara se tensa: le cuesta hacer la siguiente pregunta pues ya conoce la respuesta...

–Eras una de ellos, ¿verdad? –pregunta al fin Santos.

–Te lo explico en otro momento. Ahora hay que conseguir ese estandarte.

–Contéstame...por favor.

Lía demora su respuesta hasta llegar a la carretera, en donde ya hay 3 coches parados. Algunos de sus ocupantes graban videos del todoterreno en llamas con sus móviles.

–Es cierto, fui una sombra. Pero en este momento estoy con vosotros al 100% –responde al fin Lía.

Tras salir del bosque, se paran uno al lado del otro, en el descampado al lado de la carretera, hipnotizados por las llamas del coche.

–¿Confías en mí? –pregunta Lía.

–Me pides un salto de fe al vacío y sin red... –contesta Santos

Después Lía le mira y Santos asiente en silencio, poniendo su mano en la espalda de ella...y la deja allí apoyada.

“Ojalá bajases un poco esa mano”, piensa Lía.

Entonces gira su cara, quedando sus bocas a 5 centímetros una de la otra.

Luego, poco a poco, esa distancia la van reduciendo entre los dos, hasta casi rozarse los labios y... alguien le toca a Santos en la espalda.

–¿Está usted bien? –le pregunta el ocupante de uno de los coches parados junto a la carretera.

Santos se separa de Lía y se gira molesto para decirle algo por romper su momento con Lía, cuando suena el móvil de ella: es Xián.

Con educación, ambos se apartan de este hombre para poder hablar por el manos libres con intimidad. Santos le resume a Xián lo de las 2 sombras en el bosque y el pasado de Lía.

–El Segador puede estar en 2 sitios a la vez –dice Xián–. Acabo de leerlo en internet.

–Ya lo había oído –responde Santos.

–¿Un hermano gemelo? –pregunta Xián.

–Yo pensaba igual –interviene Lía–. Aunque es imposible. En la academia de entrenamiento de Las Sombras solo era uno.

–Imposible ¿por? –dice Xián.

–El Segador es un fanático de cumplir las normas, de Las Piezas Negras y de Las Sombras, por este orden. Y lo más importante: El Jugador es su Dios particular. ¿Ocultarle algo así a él? ¿Traicionarle? Me parece casi imposible.

–Y dale –le contradice Xián–, como os gusta la palabra imposible. A lo mejor tiene un amigo ayudándole.

–Para tener amigos antes es necesario tener sentimientos, como la empatía –contesta Lía–. Es brutal. Y un psicópata. Su forma de vida se basa en hacer el máximo daño posible y en disfrutar con ello.

La idea de El Segador matando a Lía lleva tiempo instalada en la mente de Santos. Su insomnio está causado en gran parte por esto

–Y si tan peligroso es –dice Santos temiendo por Lía–, ¿por qué vas a por él?

–Se lo debo a alguien a quien quise.

–Yo hui de El Segador cuando aún tenía mi intuición –dice Santos–, y sobreviví de milagro. ¿Cómo tienes pensado acabar con la mejor sombra?

–Tiene puntos débiles. Solo es cuestión de aprovecharlos y vencerle.

–Y seguro que tú conoces a alguien que lo hizo –pregunta Xián.

–Sí, Castillo. Justo antes de esfumarse.

–Hablas de ese tal Castillo en pasado, ¿ha muerto? –vuelve a preguntar Xián.

–Eso creo –dice Lía.

–¿Con este también tienes cuentas pendientes? –pregunta Santos.

–Es... complicado.

–Si estuviese vivo a lo mejor podríamos ficharle nosotros –dice Xián.

–Castillo solo aceptaría servir en Las Sombras. Y entonces serían invencibles.

–Pareces conocerle muy bien –dice Santos.

Lía mira a Santos a los ojos en silencio, mientras las sirenas de la policía empiezan a escucharse a lo lejos.

–Bueno, déjame hablar a mí –dice Lía tras cortar la llamada con Xián–. Sé cómo tratar con ellos.

Pero el policía se acerca hasta donde están e ignora a Lía, yendo directo hacia Santos.

–Señor Luna, un placer volver a verle, ¿qué ha pasado esta vez? –pregunta el policía.

–Nada, un problemilla mecánico de poca importancia –dice Santos señalando su coche en llamas–. Y tranquilo, estamos bien. Gracias por preguntar.

–El comisario insiste en ponerte vigilancia.

–Ya estoy protegido –responde Santos.

–Salta a la vista –contesta el policía con sarcasmo señalando el coche en llamas.

Lía niega con la cabeza y se aleja de ellos.

El otro policía se acerca a Santos con un móvil en la mano: –Sr. Luna, el comisario está al teléfono. Quiere hablar con usted.

De mala gana y resoplando, Santos coge el móvil.

–Te debo una por el caso Emo –dice el comisario.

–Una muy gorda, diría yo –le recuerda Santos.

–Pero no te pases, Santitos. Primero lo de tus ayudantes, ahora tu coche explota. Y mejor no hablamos de tus excursiones nocturnas por las cornisas de Németa o de tus nuevas amistades.

¿Quieres contarme algo?

La conversación, más bien monólogo, prosigue siguiendo ese patrón: parrafadas repletas de indirectas del comisario salpicadas aquí y allá por “sí”, “no” y “no lo sé” de Santos.

Tras 3 minutos, Santos devuelve el móvil a uno de los policías.

El otro ha visto la cartuchera con la pistola de Lía y le pregunta en tono muy seco: –¿Permiso de armas, por favor?

Lía se lo enseña en silencio.

–¿Por qué razón va usted armada?

–Soy escolta personal.

–¿Escolta? Claro... –dice el policía mientras la mira de arriba abajo, esboza una sonrisa de medio lado y se aleja de ellos.

–Gracias por no contestarle mal –dice Santos.

–Era por ti.

–¿Cómo dices?

–Esa sonrisita era porque tú necesitas ser protegido por una mujer.

–Te equivocas.

El policía interviene: –¿Qué, pelea de enamorados?

–Ya le gustaría –contesta Lía.

–Ahora me dirás aquello de “no está hecha la miel para la boca del asno” –dice Santos.

–Y tú lo de “pasas demasiado tiempo con Xián” –contesta Lía.

–Habláis de Xián Raposo, ¿verdad? –pregunta el policía

–¿Por? –contesta Santos.

–Le detuvimos hace un par de meses con una bolsa llena de marihuana. Según él era orégano para las pizzas.

Lía se ríe negando con la cabeza.

–Comprendo... –responde Santos tras resoplar resignado–. En este momento está en mi equipo.

–Antes trabajabas con Adrián y Mauro –dice el policía–, 2 pedazo de profesionales, y ahora... uf, cómo has bajado el listón.

Al oír esto, Lía taladra al policía con su mirada gris acero y se aleja hacia el bosque, mirándose la mano.

–Oye, tranquila, solo bromeaba –se defiende el policía. Después le dice a Santos viendo a Lía alejarse–. Y por cierto, tienes muy buen gusto.

–Te equivocas. Solo es mi escolta personal.

–Claro que sí... –dice el policía sonriendo de medio lado.

Mientras tanto, Lía se ha adentrado en el bosque. Se mira la mano y decide sacar su pistola. La agarra con fuerza, pues su plan de reprimir la ira no está funcionando.

Puede escuchar el latido de su corazón en los oídos, pero su mano es casi ya invisible.

Y entonces toma una decisión. Y se la repite a sí misma en voz alta, para recordarla en el futuro: – No volveré a reprimirme...por nadie. Si mi ira necesita salir, pues adelante.

2

Ya en Németa, Lía observa el color verde brillante de hierba mojada sentada en un banco cubierto del parque, frente a la comisaría donde está Santos. Tras 2 horas de papeleo, sale de allí leyendo un mensaje en su móvil, se sienta al lado de Lía y se lo enseña:

«En su altar oculto bajo la pared, donde la montaña armada se encuentra con el océano del fin del mundo. La luz guía para las almas perdidas es la cruz del mapa».

–¿Qué se supone que es eso? –contesta Lía.

–Mientras estaba ahí dentro –se explica Santos–, me ha llamado El Druida. Esa es la localización exacta del estandarte del olvido.

–Pues vamos listos.

Santos sonrío y mira a Lía.

–Si me cuentas el chiste –dice Lía– nos reiremos los dos.

–Le dije lo mismo a El Druida. Con esas palabras exactas.

Lía mira a Santos y sonrío. Durante unos segundos conectan, se mantienen la mirada y se olvidan de la misión...y del resto del mundo. Entonces Santos echa mano de su móvil y Lía vuelve a la realidad.

–Cierto –dice Lía–, ahora toca llamada “interruptora” de Xián.

Santos asiente y le guiña el ojo a Lía.

–Santos... –empieza a decir Lía.

–¿Sí? – le contesta este mientras lee algo en su móvil.

–Da igual... a ver, me hablabas de la llamada de El Druida.

–La información, ¿de dónde la saca? ¿Y es fiable?

–Hay varios infiltrados en Corporatio y en Las Piezas Negras. La pista para encontrar el estandarte la han oído tal cual te lo he contado de boca de El Segador.

–Acertijos. Sí, eso es típico de él –responde Lía–. ¿Algo más?

–El Druida y yo hemos quedado en vernos en persona, a ver si antes lo desciframos.

Lía asiente, se queda mirando a Santos unos segundos y justo cuando va a hablar le suena el móvil: es Xián. Se lo muestra a Lía y contesta.

–¿Qué os hace tanta gracia? –pregunta Xián al escuchar las risas de Santos y Lía de fondo.

3

En el cuartel general de Las Piezas Negras en Németa ha empezado el “Cónclave de la gloria y el olvido”: una reunión celebrada cada 13 meses, donde hay una evaluación de ascenso en Las Piezas Negras.

Se decide en función de sus méritos “quién es elevado a los altares de la ambición y la gloria” y “quién defenestrado a la mediocridad y el olvido”.

Algunos miembros están en la misma sala con Antígona y El Jugador. Otros asisten por

videoconferencia. Se conocen entre ellos, pero en el Cónclave es obligatorio llevar las capuchas negras ceremoniales.

El Jugador preside la reunión y una mujer con acento extranjero interroga a Antígona desde alguna otra parte del mundo: –¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha detenido el síndrome?

–Es una maldición. A ver si hablamos con propiedad –responde Antígona.

–Vayamos por orden –interviene El Jugador–, primero la evaluación final.

En los siguientes 30 minutos, Antígona expone como ascendió en Corporatio, en su parte visible y en la otra oscura y oculta al mundo, Las Piezas Negras. Se deleita vendiéndose, le encanta mostrarse tal cual es.

Explica que ella ha dirigido al equipo encargado de diseñar la maldición de Letheo y como lo usó para eliminar rivales dentro y fuera de Corporatio.

Esa revelación horroriza a sus compañeros en Las Piezas Negras, pues ellos pueden ser los siguientes. Aunque El Jugador está encantado.

–Ahora sí –dice El Jugador–, explícanos tú maldición.

–Nosotros aspiramos a ser todopoderosos –expone Antígona.

Hay un murmullo de aprobación con varios miembros asintiendo

–Recordé su némesis, Letheo. La omnisciencia te da conocimiento sin límites y, con ello, poder ilimitado. Lo contrario te hace olvidar incluso quién eres.

–Esa maldición nunca existió –dice uno de los encapuchados.

–Eso dice la historia oficial. Pero yo he creado otra en función de nuestras necesidades. Y ya va camino de convertirse en *trending topic* en internet –dice Antígona.

–Explícate –le dice el encapuchado.

–La historia que yo he creado es esta: una mujer, una bruja en realidad, traicionó a los suyos y se alió con el general romano. Después, asoció la maldición a un estandarte y, siempre y cuando este se quedase al sur del río Lethes, la memoria de los legionarios romanos estaba a salvo. Así, ellos pudieron cruzar el río siendo inmunes a la maldición.

–Prosigue –dice El Jugador.

–Ahora, 2 milenios más tarde, se ha encontrado el estandarte y este ha cruzado el río Lethes hacia el norte. Y la maldición se ha reactivado, actuando sobre los descendientes de aquellos soldados romanos.

–Pero es casi imposible probar si alguien tiene antepasados romanos –dice uno de los encapuchados por videoconferencia.

–También lo es al contrario –responde Antígona.

–Es retorcido –dice otro de los encapuchados.

–Es brillante –murmura El Jugador sonriendo.

–¿Tú crees? –dice una mujer–. Cualquiera puede ser un objetivo. Incluso nosotros.

–¿Es eso cierto? ¿Lo has usado contra los nuestros? –pregunta otro encapuchado.

–Ha eliminado a nuestros compañeros para ascender en Corporatio y Las Piezas Negras –contesta otro de ellos.

–Eran mis enemigos –se defiende Antígona.

La desaprobación se extiende por la sala en forma de murmullos de censura.

–Debería haber ciertos límites –dice una mujer sentada justo al lado de Antígona–, la ambición sin control...

En ese momento, El Jugador levanta la mano y se hace el silencio.

Ahora tomará partido y decidirá como máxima autoridad. Tiene clara su postura, aunque decide

esperar a hablar y, con ello, crear expectación...

–Bien hecho, Antígona –le bendice El Jugador–. Selección natural: los fuertes prosperan, los débiles se extinguen. ¿Y por qué fundamos Las Piezas Negras? Para alcanzar el poder sin límites.

Tras esto, la reunión se centra en varios temas menores y finaliza. Después, Las Piezas Negras abandonan la sala.

Antígona sigue en su sitio. Es el momento de su triunfo y lo está disfrutando. Sonríe de medio lado, satisfecha de sí misma, con la barbilla levantada.

El Segador se acerca a Antígona, mientras El Jugador sigue sentado en el sillón más elevado de la sala, a modo de trono del reino. Ahora están los 3 solos.

–Yo hubiese mostrado su origen tecnológico –dice El Segador–, así nos temerían aún más.

–Soy una apasionada de las maldiciones, no puedo evitarlo –dice Antígona.

–Son tu obsesión, lo sé –dice El Segador–. Aunque esta maldición solo ha funcionado una hora y sobre 8 personas. Es un resultado algo pobre.

–Depende del punto de vista –responde Antígona.

–¿Por qué razón ha fallado? –pregunta El Segador.

–No lo sé.

–¿Lo estás investigando? –insiste El Segador.

–No.

–¿Y por qué no? –vuelve a insistir.

–Por orden mía –interviene El Jugador–. Quiero a Antígona centrada en la creación de la maldición de Letheo 2.0.

–Ya tendremos tiempo de investigar por qué falló la primera maldición –dice Antígona–. Pero tras nuestro éxito final, no ahora. Necesito a mi equipo centrado en Letheo 2.0. Esa no fallará.

–Eso espero, porque la necesitamos. Siempre hay alguien por encima de nosotros, vigilando –dice El Jugador–. Yo lucho contra eso. En menos de 6 meses nadie nos controlará, solo nosotros daremos las órdenes. Sin límites. Gracias al Letheo 2.0.

–No fallaremos –dice Antígona.

–Te has ganado un ascenso: serás Alfil de Las Piezas Negras.

–¿Qué? ¡No! Yo quiero ser la Reina, no Alfil –protesta Antígona.

–Eso son palabras mayores, hasta para ti. Ese puesto está vacante desde hace años por algo. Si lo quieres, deja de quejarte, sal ahí fuera y gánatelo –dice El Jugador yéndose de la sala.

La frente y la zona entre la nariz y el labio superior de Antígona han empezado a sudar y sus manos tiemblan por la rabia. En este momento su mirada helaría la sangre al mismísimo diablo.

–Alfil es un gran logro. Deberías agradecerlo en vez de protestar –dice El Segador.

–Alfiles hay varios, Reina solo una –dice Antígona–. ¿A ti no te importa ser solo Jinete?

–Jinete, Alfil, Torre o Reina... lo mismo da, el caso es triunfar –responde El Segador.

–No para mí. Y por cierto, tenemos otro problema: hay alguien llamado El Druida ayudando a nuestros enemigos. ¿Te suena?

–Son inofensivos: aconsejan pero no intervienen.

–¿Son? ¿Hay más de uno? ¿Y por qué no me habías hablado de ellos?

–Porque carece de importancia.

–Que tus sombras hayan vuelto a fracasar sí la tiene –le recuerda Antígona.

El Segador le dedica su peor mirada de lobo psicópata y, en respuesta, ella sonríe y añade: – Santos debe morir.

En su apartamento, Santos recibe un audio en su móvil con el nombre “Reunión Piezas Negras”. Se la ha enviado El Druida.

Santos le contesta por mensaje:

“¿Quién la ha grabado?”

El Druida:

“Un infiltrado. Escúchala. Quedamos dentro de 3 horas en la Catedral Negra”

Son las 11:15 de la noche, y ha dejado de llover. Por entre las nubes asoma de vez en cuando la luna casi llena.

Santos camina solo por las calles de piedra mojada de Németa. Sabe que un coche negro le va siguiendo.

Por si acaso, Santos acelera el paso al llegar a una zona cercana al puerto. Allí observa los esqueletos de las antaño pujantes fábricas conserveras, hoy deslocalizadas.

Luego gira hacia la izquierda, y se mete por una calle aún más desolada, con adoquines desgastados, ventanas con cristales rotos y aceras invadidas por la naturaleza en forma de hierbas y plantas, reclamando de nuevo su sitio al asfalto y a la ciudad.

Ahora, al mirar hacia atrás, ve que ningún coche le sigue ya. Tan solo el sonido del viento le hace compañía. Entonces alguien le apoya la mano en el hombro. Santos se sobresalta y después sonrío aliviado: es El Druida.

Han quedado frente a una catedral gótica. A Santos le parece demasiado grande comparada con otras. Su oscura silueta le impone.

El corazón de Németa es de piedra. Construida en granito en su mayoría, el gris y el marrón se alternan. Pero en medio emerge está catedral de piedra casi negra.

Y aunque esto Santos ya lo sabía, se sobrecoge al verla. Y por el recuerdo de las historias con origen en este famoso edificio.

Algunas gárgolas aún se recortan altivas contra el cielo iluminado por la luna y el reflejo de las luces de Németa. Otras se han rendido tras siglos de vigilancia y yacen en pedazos a los pies de Santos y El Druida.

Este se acerca a una puerta negra de madera de una cuarta y media de espesor con remaches de hierro. El Druida llama 3 veces y se escucha descorrer un cerrojo por dentro.

En cuanto la puerta se abre, ven a otro hombre y Santos le reconoce: es el acompañante de El Druida en su anterior encuentro. Ambos se internan en la penumbra hacia una pequeña zona iluminada al fondo.

Santos les sigue despacio. Siempre le ha fascinado el sonido y eco de sus pasos al caminar por el interior de las iglesias, aunque esto lo supera por mucho. El mayor tamaño de esta catedral los hace resonar como si fuesen los de un gigante.

Mezcla de curiosidad e inquietud, primero posa su mirada en los enormes arcos apuntados, después en las zonas oscuras, como buscando a los seres responsables de las terribles leyendas de este lugar.

El interior está en estado casi ruinoso. Las telarañas miden varios metros. Por varias goteras, el agua se cuele sin permiso y forma charcos en el suelo. Uno de ellos es tan grande como un estanque. Pero los bancos resisten. A diferencia de la madera habitual, estos se han construido en piedra.

Tras 5 minutos de camino, Santos llega a la zona iluminada. Hay 2 focos amarillos de obra en trípodes, junto a un tercer druida.

Al llegar, Santos ve como se han levantado varias baldosas del suelo, quedando al descubierto una piedra rectangular de color rojizo con las esquinas redondeadas: la única isla de color en un mar de piedra negra y oscuridad. Erosionada como si hubiese estado aire libre largo tiempo.

Sobre ella hay una inscripción en latín, aunque demasiado desgastada como para poder leerla.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Santos.

—Es un sitio perfecto para hablar —responde El Druida.

—Te creo —responde Santos—, aquí nadie se atreve a venir.

—La gente se asusta sin motivo: este es el sitio más seguro de Németa.

—¿Y las historias de incendios o accidentes? —responde Santos—. La desacralizaron hace 30 años, cuando ya nadie se atrevía a entrar. Tiene fama de ser un lugar maldito.

—Tu creencia en la maldición la hace real.

—Si tú lo dices...

—¿Sabes por qué esta ciudad se llama Németa? —pregunta El Druida.

Santos niega con la cabeza.

—Németa es ahora una urbe con millones de habitantes. De la ciudad medieval apenas queda nada. Solo permanece en su sitio esta catedral.

—Hay otra catedral en el centro.

—Pero es del siglo XVI. La única construida en la Edad Media es esta. Y la clave de la supuesta maldición de esta catedral está en el nombre de la ciudad: Németa.

—¿Por qué? —pregunta Santos sin ocultar su curiosidad.

—Porque justo aquí —responde El Druida dando golpecitos en el suelo con su pie— estaba el nemeton: un santuario circular en donde los nativos celebraban sus ritos y cultos.

—¿Y cómo de grande era ese círculo? —dice Santos mirando alrededor.

—En realidad eran tres.

—¿Cómo un crómlech? ¿Cómo Stonehenge?

—Exacto, pero más pequeño. Este fue arrasado en la edad media junto con el *nemus sacrum*, el bosque sagrado de alrededor. Y la catedral se construyó encima.

—¿Y por qué justo aquí?

—Nadie lo sabe con certeza, aunque en algunos textos antiguos se habla de Németa como una ciudad libre. Por si otras villas se decidían a seguir su camino, los nobles decidieron actuar. Tras invadir y arrasar la ciudad, construyeron la catedral justo aquí, como símbolo de su victoria.

—Y de su odio a la libertad —responde Santos. Después se queda en silencio, muy afectado por la historia. Se muerde el labio inferior hasta hacerse sangre. Unos segundos más tarde, El Druida prosigue.

—Hubo bastantes percances en su construcción —prosigue El Druida—, pero la catedral fue finalizada. Luego, a lo largo de los siglos, los rayos la golpearon y dañaron en varias ocasiones. Y otras tantas fue reconstruida.

—Lo de las tormentas se solucionó en cuanto se inventó el pararrayos. Y entonces empezaron los incendios y accidentes sin explicación —dice Santos.

El Druida asiente y prosigue.

—En una de esas reconstrucciones se encontró esta piedra. Era parte del crómlech original. Le grabaron una inscripción en latín y la dejaron aquí, escondida bajo el suelo. Y es a partir de ese momento cuando se habla de maldiciones y desgracias. Y también del cambio de color de la catedral al gris oscuro de ahora.

—La catedral se vistió de luto por la muerte de la libertad —murmura Santos—. ¿Qué pone la

inscripción en latín?

–«*Quedaré maldito siete veces quién en este edificio entre y sufrirán sus fatales consecuencias él y los suyos antes de siete noches*».

–¡Vale hombre! Como no me llegaba con lo mío...

El Druida sonrío y prosigue: –Las muertes y accidentes tienen una explicación lógica.

–¿Y lo del cambio de color?

El Druida se encoge de hombros y Santos duda entre si eso significa “quién sabe” o “ese tema me interesa poco”.

–Al estar al lado de esta piedra con la inscripción –prosigue El druida–, la supuesta maldición se activa. He visitado este lugar más de 10 veces, y aquí sigo.

–Pues yo espero que esta sea mi única visita.

–Sin embargo, yo la echaré de menos. A mi esta catedral sí me parece un lugar hermoso.

–¿En serio? ¿Con esta soledad y el abandono calándote hasta los huesos?

–Pocos lugares reflejan tan bien el efecto del paso del tiempo sobre los imperios. Con la gloria y el poder, llegan la soberbia, la división, la decadencia y las ruinas. Los imperios se creen invencibles, pero siempre decaen y se convierten en polvo. Nacen del ansia de poder y la violencia y esto mismo es su fin.

–Ahora estás hablando de Corporatio.

–Por ahí pueden caer –dice El Druida asintiendo–, por sus divisiones internas. Usa esta información como quieras pues eres tú quién arriesgas la vida.

–Mirar a la muerte a los ojos por defender mis creencias, cuando he perdido a casi todos los míos en esta tierra, es más fácil.

–Aún te queda mucho por lo que vivir, aunque tu miedo te impide aceptarlo.

Santos clava sus ojos verdes entrecerrados en los de El Druida. Su expresión se vuelve sombría, a juego con la catedral.

Después le hace un resumen de la maldición de las 3 balas a El Druida.

–Como ves –dice Santos–, la maldición de las 3 balas se ha cumplido en parte. Y ahora amenaza a Lía.

–Es real porque tú miedo la ha hecho real.

–Entonces lo es.

–Esa ha sido tu decisión. Pero puedes cambiarla.

Santos se queda pensativo, con la mirada perdida en Las Sombras más densas de la catedral y expresión escéptica.

–Ella debe elegir por sí misma, como tú –dice El Druida–. Al querer protegerla apartándola de su camino le estás negando su libre albedrío. El temor te hace actuar así.

–Y el sentirme perdido. Si tuviese...

–¿Tú intuición? –le acaba El Druida su frase.

Al recordar su carencia, Santos se siente como la mayoría de las gárgolas de la catedral negra: abandonado, inservible y roto. Le lleva un rato contestar. Cuando una gota de sangre brota de su labio inferior tras morderlo con fuerza, reacciona por el dolor y habla.

–Mi intuición sigue ausente. Será por la culpa, o por mi estúpida creencia en maldiciones.

–¿Cuál es tu apego más profundo? –pregunta El Druida.

–Tendría que pensarlo.

–Pues si lo encuentras a lo mejor tu intuición está al lado.

Santos asiente en silencio, muy serio y mirando al suelo.

–¿Seguirás adelante a pesar de estar sin tu intuición? –pregunta El Druida.

–Por supuesto. Como dice Lía: «en la guerra se trata de hacerlo lo mejor posible con los recursos del momento actual».

–Ya veo –dice El Druida con cierta sorpresa –. ¿Te preocupa más ella que el estandarte?

Ahora el sorprendido es Santos, por lo directo de la pregunta.

–Lo de Lía me parece más difícil de solucionar –contesta Santos.

–Pues centrémonos en el estandarte. Ya has escuchado la grabación de nuestro infiltrado en Las Piezas Negras confirmando que la maldición de Letheo se ha detenido. Si nos hacemos con él, podremos rastrear el origen de la señal y encontrar a El Jugador.

–El Segador, Antígona, El Jugador ¿Por qué se llaman así?

–Cuándo un nuevo miembro “renace” para servir en Las Piezas Negras le dan un nuevo nombre.

–Pues vamos a devolverlos al infierno –dice Santos con decisión–, de donde nunca debieron salir.

–Eso es: si hieres a una serpiente en su cuerpo, esta se revolverá y te morderá. Por eso hay que cortarle la cabeza. El objetivo es Klaus Bergman, El Jugador.

–Y entonces ascienden Antígona y El Segador, algo mucho peor. Son más bien como cerbero, con 3 cabezas. Y hace falta cortar las 3.

El Druida asiente y prosigue: – Te has vuelto dependiente de tu intuición y has olvidado de tu inteligencia y tenacidad. Tenlo en cuenta.

–Ha sido duro perderla.

–Sigue ahí dentro, en alguna parte. Se trata de encontrarla.

–¿Pero cómo?

–Depende de ti, ¿tú lo ves posible?

Santos niega con la cabeza: –Es como tener un enjambre de avispas en mi cabeza. Solo percibo ruido, agitación y niebla mental.

–Hace mucho tiempo conocí a alguien a quien le pasó algo parecido.

Esta respuesta anima a Santos: –¿Y cómo lo solucionó?

–Perdió su cordura –responde El Druida–, y nunca la recuperó.

–¡Vaya ánimos!

–Te estoy hablando de El Jugador. Antes era un hombre razonable.

–O fingía serlo.

–Era una persona diferente.

–¿Por qué le conoces tan bien?

–Porque nosotros estuvimos con ellos, ayudándoles en sus investigaciones. Nuestro objetivo consistía en crear y hacer avanzar las tecnologías para después hacerlas públicas y mejorar la vida de la gente. Aunque la idea de ellos era otra: ocultarlas y usarlas en beneficio propio.

–¿Y cuándo y cómo pasaron del beneficio propio y el ánimo de lucro a la maldición de Letheo?

–Porque mantener las tecnologías ocultas les evita responder ante nadie o rendir cuentas.

–Pero si liberasen esas tecnologías con las patentes ganarían miles de millones.

–Ansían el poder más que el beneficio económico. Y usando esas tecnologías ocultas contra otros, en vez de liberarlas para el resto del mundo, están intentando ser los titiriteros y manejar los acontecimientos, aunque manteniéndose ocultos. Y si los denuncias ante las autoridades, como “no existen”, te ignorarán.

–O te tachan de loco. O miran hacia otro lado. Lo sé porque me ha pasado con algunos de mis casos. Y es frustrante...

–Cierto. En esta batalla solo cuentas con tu equipo y contigo. Ahora mismo sois la última línea de

defensa contra Corporatio.

–Defensa, nunca mejor dicho, porque es difícil llevar la iniciativa contra un enemigo casi invisible. Aunque estamos en ello.

–Pues eso tampoco va a ser fácil porque ya os conocen. Y os temen. Les habéis vencido varias veces.

–Y aun así han eliminado a Mauro y Adrián –dice Santos asintiendo con gesto serio–. Ese es mi mayor temor: si morir luchando por la libertad es mi destino, lo acepto. Pero si a Xián y más aún, a Lía, le llegase a pasar algo...

Al decir esto Santos clava la mirada en el suelo y resopla, a la vez que su respiración se acelera.

–Arriesgas tu vida por la libertad –dice El Druida–, aunque le privas a ella de la suya. Le estás impidiendo elegir.

–Es por su bien.

–¿Estás seguro?

Santos se muerde el labio y escudriña la zona más oscura de la catedral, en silencio.

5

Mientras, en el exterior de la catedral, Lía vigila. Ha seguido a Santos por su cuenta, como suele hacer en estos casos.

Decide dar una vuelta alrededor del edificio y, al llegar a la parte trasera, Lía ve un coche aparcado: se parece al modelo usado por Las Sombras en sus misiones.

Se acerca despacio con la mano sobre su pistola y da una vuelta alrededor. El interior está vacío y el lugar desierto.

Mientras tanto, a 15 metros de distancia, detrás del pedestal de piedra de una enorme estatua de un hombre a caballo, El Segador vigila a Lía.

–Me lo habían contado, pero necesitaba verlo por mí mismo –murmura El Segador para sí.

Lía saca su pistola y le quita el seguro. Sus ojos ahora mismo son grises como el cielo de Németa en los días de tormenta: está buscando y puede descargar un rayo en cualquier momento.

Tras unos minutos cesa en su búsqueda, guarda su arma y se dirige a la entrada de la catedral, en el lado contrario.

Diez minutos después Lía vuelve a pasar por el mismo lugar y, tal y como se esperaba, el coche sospechoso se ha ido.

6

Mientras, en la catedral, El Druida y Santos caminan hacia la puerta, seguidos por los otros 2 druidas.

–Una última pregunta –dice Santos–. ¿Quién es Castillo?

El Druida deja de andar y se queda muy serio. Los otros dos druidas también lo hacen y murmuran entre ellos tras oír la pregunta.

–Si regresa será un gran problema –dice El Druida.

–Lía me ha hablado de Castillo, pero evita decirme quién es –contesta Santos.

–Pues entonces yo tampoco debo hacerlo.

–¿Qué ocurriría si Las Sombras consiguen encontrarle?

–Encontrarle es fácil. Lo difícil es convencerle. Aunque si ocurre serán invencibles. Castillo sabe organizar como nadie: era su mejor general. Y ya he hablado de más sobre este tema.

Pero Santos intenta tirarle de la lengua a El Druida.

–Castillo estuvo en Las Sombras.

–Y cuando se fue muchas le siguieron.

–Se le puede contactar. Podría ser un gran aliado.

–Háblalo con Lía.

–Ya lo he intentado... –responde Santos.

–El objetivo sigue siendo descabezar a la serpiente de 3 cabezas. Aunque si crean la maldición de Letheo 2.0 y recuperan a Castillo, lo tendréis casi imposible.

–Vaya ánimos.

–Mi función es transmitir información veraz, no mentiras fáciles de creer. Pero tú ahora olvídate de eso y céntrate en recuperar el estandarte.

–Pues sobre eso: la pista para su localización es confusa.

–Para nosotros también –responde El Druida.

Tras salir de la catedral, la niebla de Németa les recibe y les envuelve.

–Para la siguiente reunión elijo yo el sitio –dice Santos alegrándose de salir de este siniestro edificio.

–Esta ha sido la última vez –responde El Druida.

–Que trágico ha sonado eso –responde Santos muy serio.

El Druida sonrío: –Regreso a mi hogar.

–¿Tan lejos es?

–Bastante, sí.

–¿Y si te pregunto en dónde está?

Pero El Druida sonrío, guarda silencio y se mete en su coche. Unos 15 metros detrás del mismo, Lía está de pie al lado del todoterreno de Santos.

En ese momento, una pregunta cruza fugaz por la mente de Santos y la suelta tal como le viene.

–¿Puedo confiar en Lía?

–Eso depende de ti.

Tras alejarse el coche de El Druida, Santos se va acercando a ella y dándole vueltas a la respuesta.

Lía está apoyada en el coche con las manos en los bolsillos. Su sonrisa es tan leve que Santos duda si se la está imaginando.

Entonces, él mira hacia un lado, ve la Catedral Negra y recuerda las maldiciones y el pasado. Y enfrente tiene a Lía.

–El futuro es precioso –dice Santos mirándola.

–Me encanta cuándo te pones poético –responde ella con ironía–. Y más me gustaría aún si te entendiera...

Santos ha empezado a dejar atrás sus miedos y necesita aclararle algo.

–Lía, yo quería decirte... –comienza Santos justo cuando su móvil empieza a sonar.

–MIERDA –dice Santos intentando sacarlo del bolsillo para contestar.

–¿Eso querías decirme? –dice Lía sonriendo.

–Es Xián, como siempre –murmura Santos mirando la pantalla de su móvil.

Entonces Lía se lo quita de las manos y contesta.

–Xián, eres como una mosca cojonera –dice Lía riéndose tras poner el manos libres.

–Lía, se te está *yendo la olla* –responde Xián–. Pero mucho, mucho. ¿Tú estás bien? ¿Te pasa algo?

–Eso háblalo con tu jefe –responde Lía.

–Tienes el don de la oportunidad –dice Santos–. Y tú, Lía, ya hablas como él: con un solo Xián ya tengo bastante.

–Oye, ¿qué quieres decir con eso? –se queja Xián–. Bah, paso de vosotros. Al final, aquí el único currante soy yo. A ver, tengo la solución al acertijo. Ya sé dónde está escondido el estandarte.

Lía y Santos se miran extrañados.

–No me deis las gracias los dos a la vez, ¿eh? –protesta Xián ante la falta de felicitaciones.

–¿Es una de tus bromas? –pregunta Santos.

–¿Estás seguro o solo lo crees? –le apoya Lía.

Xián se queda un rato en silencio antes de contestar: –Pues ahora sí tengo algo que deciros: iros a la mierda.

–Eh, por fin te reconozco –dice Lía.

–Jefe –dice Xián–, te envío las coordenadas del lugar.

Santos las recibe y responde a Xián: –Nos vemos en mi casa en 15 minutos.

–Ya estoy aquí esperándoos. Nos vemos.

–¿Y cómo has entrado? –pregunta Santos. Pero Xián ya ha cortado la llamada.

–Yo le hice una copia de la llave –responde Lía.

–A ver... –intenta decir Santos antes de ser interrumpido por Lía.

–Él también es del equipo, se merece nuestra confianza.

Santos resopla y niega con la cabeza.

–¿Qué querías decirme antes? –pregunta Lía.

–Puede esperar. Ahora solo tenemos 10 minutos. Mejor en otro momento.

–Como quieras –responde Lía.

Y a continuación barre su decepción y demás sentimientos bajo la alfombra de su seriedad y aparente distancia...una vez más.

Capítulo 10. Tempestad en faro del fin del mundo

1

Santos conduce su coche con dificultad por una estrecha carretera perdida a 30 km al sur de Németa.

Las rachas de viento del temporal agitan el todoterreno, haciéndole perder estabilidad. La calzada discurre entre un mar enfurecido y una ladera de montaña escarpada, con matorral bajo y rocas grises sobresaliendo por toda ella, en especial en su parte más alta.

La ira desatada de los elementos por un lado contrasta con la quietud y majestad de la montaña por el otro. Y en medio, la carretera casi invisible y ahogada por la cantidad de agua que hoy le está cayendo encima.

Lía y Xián acompañan a Santos en el coche. El sitio habitado más cercano ha quedado atrás hace ya tiempo. Son las 5 de la tarde y, en esta época del año, se hace de noche sobre las 7.

Un destello de luz les ciega y deja una marca blanca rasgada en el cielo gris oscuro, cual arañazo eléctrico. Le sigue 2 segundos después su inseparable explosión de sonido. Eso les altera aún más: la tormenta se acerca.

Una ola rompe al lado de la carretera unos metros más abajo y el agua, rebotada por el impacto, cae a plomo sobre el coche, haciéndole perder el control del mismo a Santos. Este se desvía hacia una zona de tierra al lado de la carretera y se detiene.

Los 3 se quedan en silencio oyendo los golpes de mar: suenan como lejanos cañonazos.

–Xián ¿estás seguro de esto? –pregunta Lía.

–«En su altar oculto bajo la pared, donde la montaña armada se encuentra con el océano del fin del mundo. La luz guía para las almas perdidas es la cruz del mapa» –responde Xián–. Está clarísimo.

Xián mira a Santos, pero este se mantiene callado. Está hipnotizado por la tormenta. Una farola a 4 metros del coche hace visible la extraña realidad de una naturaleza donde la lluvia no sigue las órdenes de la gravedad y sí las del viento, moviéndose casi en horizontal.

A lo lejos, Santos aprecia la borrosa silueta de un islote, y un poco más allá apenas se distingue el perfil de un gran barco de carga de contenedores, difuminado entre la niebla, como un barco fantasma.

–Santos, ¿estás bien? –pregunta Lía poiéndole la mano en el hombro.

Santos niega con la cabeza y arranca el coche de nuevo. Al volver a la carretera, pasando una curva, aparecen los parapetos de 4 largos cañones, con alguno de ellos aún allí, resistiendo orgullosos.

–Puestos de artillería abandonados, contruidos para un enemigo que jamás apareció –dice Santos.

–Unidos por túneles donde esconder estandartes malditos –responde Xián.

–En una noche de tormenta desatada, como si hoy fuese el fin del mundo –dice Santos.

–A ver, poetas –interviene Lía–, centrémonos. Al llegar arriba, Xián se va a quedar en el coche por si tenemos compañía. Y nosotros 2 vamos a entrar en los pasadizos, si es que existen.

–Claro que existen –protesta Xián–, y están justo ahí, tras los cañones.

–Pues hablando de artillería... –le dice Lía a Xián mientras le da una pistola.

Pero al oírlo, Santos para el coche de forma brusca, justo en donde empieza el camino de subida hacia los cañones, en un mirador con un pequeño aparcamiento, al lado del faro.

–Me niego a que le des una pistola a Xián –dice Santos.

–Claro, es mejor que lo maten.

De pronto el ruido del viento sube de susurro a rugido y ni Lía ni Xián escuchan la respuesta de Santos. Entonces, justo cuando decide gritarle de nuevo para hacerse oír, el viento amaina: –NO LE VAS A DAR UN ARMA.

–A MI NO ME GRITES –exclama Lía agarrando a Santos por la cazadora.

–Perdona, es por el ruido del temporal.

Sin embargo Lía tampoco ha oído esto último por otro golpe de viento y lluvia sobre el coche.

Mientras, Xián ya ha cogido el arma y apunta con ella a Lía sin darse cuenta. Al verlo, Santos se lleva las manos a la cabeza.

–Esto va a acabar mal –dice Santos.

Después arranca el coche y empieza a subir por el empinado camino hasta el puesto militar abandonado y los cañones, dejando atrás el faro.

–Es la tormenta más fuerte que he visto en mi vida –dice Santos, aunque con el ruido de fuera ni Lía ni Xián le escuchan, en vista de lo cual sigue hablando solo en voz baja.

–Es una batalla perdida –murmura Santos–. Con cada golpe, el mar quiere romper las rocas en pedazos y, como siempre, estas resisten intactas. La ola muere a sus pies y otra hermana suya vuelve al ataque en su lugar. Las piedras se creen eternas, invencibles. Sin embargo, el tiempo y la tenacidad están con el mar. Le esperan millones de batallas perdidas aunque, al fin, ganará la guerra. En un futuro lejano estas rocas serán arena. Y el mar habrá vencido, como siempre. La victoria es para los que nunca se rinden.

Pero el ruido del temporal ha aflojado y Lía y Xián lo han oído.

Ella está con los ojos clavados en Santos, respira hondo, por todo lo que está sintiendo y reprimiendo en ese momento. Siente ganas de abrazar a Santos, aunque evita hacerlo por la total certeza de ser rechazada. Se mantiene en silencio, mirándole, dudando...

Santos se gira hacia ella justo cuando cae otro rayo, esta vez más cerca, y hace temblar el suelo. Lía ve sus ojos verdes como el mar en calma iluminados por la luz del relámpago. Xián se asusta, pero Lía y Santos ni se mueven, hasta que él aparta la vista y ahuyenta la magia.

Para ella ya es costumbre y ni se inmuta. Aunque Santos se rompe por dentro cada vez que aleja así a Lía.

Intenta consolarse pensando que lo hace para protegerla, mientras siente el destello del rayo y el estruendo del relámpago explotan en su pecho cada vez que pasa por este infierno suyo particular.

Lía lo nota y se queda más confundida aún si cabe. Y en ese momento, decide ser sincera.

–Me encanta cuando hablas así –susurra Lía.

–Eso es porque estás tú cerca –interviene Xián.

Este último comentario crea una situación incómoda. Santos no sabe qué decir ni Lía cómo ponerse.

–Vale, mejor me voy a ir callando –dice Xián al darse cuenta de su gazapo.

Lía observa a Santos. Posa en él sus ojos grises como la niebla de Némata. Después se acaricia el pelo, nerviosa, antes de hablar.

Pero cuando va a hacerlo, dos acontecimientos se lo impiden: el primero, el sonido del viento y la lluvia, que ha vuelto a aumentar. Y el segundo, el destello blanco de la luz del faro al encenderse.

Y su mente pasa del terreno resbaladizo de sus sentimientos a la seguridad de una misión de búsqueda en medio de una tormenta al lado de un faro en el fin del mundo.

–Vamos hacia arriba ya –dice Lía.

Ahora Santos ve diluirse a la Lía sensible de grandes ojos grises, mientras la guerrera fuerte,

segura y profesional va ocupando su lugar. Y echa a la primera de menos en cuanto aparece esta otra versión al arrancar el coche.

–«En su altar oculto bajo la pared, donde la montaña armada se encuentra con el océano del fin del mundo. La luz guía para las almas perdidas es la cruz del mapa» –dice Santos–, ¿me lo vuelves a explicar?

–Esta es la montaña armada, por los cañones –explica Xián–. El océano del fin del mundo era este en la antigüedad. Y la luz guía es la luz del faro.

–Falta lo del altar bajo la pared –dice Lía.

–Están ahí –dice Xián señalando hacia la montaña.

–¿Ahí donde? –pregunta Lía.

–Cuándo era chaval veníamos aquí a meternos en los pasadizos: ahí hay paredes de sobra. Y estos llevan a los cañones frente al mar, al lado del faro, bajo la luz de este. Elemental –replica Xián haciendo el gesto de la victoria con los dedos.

–Que El Segador tenga ese respeto hacia el estandarte ha sido como si nos tocase la lotería –afirma Lía.

–Cierto, porque alguien más normal lo hubiese ocultado en una caja fuerte o en un sótano –le da la razón Xián–, y no sería tan fácil recuperarlo.

–¿Fácil? –responde Santos–, ya veremos...

Según llegan a la parte alta de la carretera, Santos ve una zona de hierba justo al lado de la misma. Deja el todoterreno allí aparcado, junto a una caída de 20 metros de altura a medio kilómetro de distancia del mar.

–Xián –dice Lía–, cualquier indicio que veas, CUALQUIERA que se salga de lo normal, nos avisas ¿vale? Y si ves venir a alguien, sales del coche y te escondes ahí arriba, vigilas si se queda o se va y nos envías un mensaje.

Xián se estira, hace un saludo militar y asiente.

–Santos, tú conmigo, a los pasadizos. Coge esto –le dice Lía ofreciéndole un arma.

Santos niega con la cabeza.

–Tú mismo –responde ella de forma seria abriendo la puerta del coche. Luego se dirige al maletero y coge una gran bolsa negra con herramientas y linternas.

Al salir del coche los elementos les azotan sin piedad. El viento les empuja y la lluvia empapa su ropa, haciendo torpes sus movimientos mientras sienten como un intenso frío se va apoderando de ellos.

Bajan por la carretera y giran hacia la izquierda, tal como les ha indicado Xián. Allí el asfalto se convierte en tierra. A la derecha dejan dos construcciones. De una solo se ve el tejado. La otra está en estado ruinoso.

Después pasan al lado de 4 cubos de cemento de 50 centímetros de lado con la inscripción “Zona militar” casi borrada en ellos. Llegan a un imponente arco de piedra, coronado por un escudo con un águila sin cabeza, y pasan por debajo.

A continuación caminan por una zona con los restos de lo que fueron barracones de soldados y otras instalaciones militares, allá por los años 40 del siglo XX.

Al fondo ven las 4 entradas tapiadas a los túneles, de unos 5 metros de alto. Tiritando de frío y con sus dientes castañeando, buscan la entrada de la que les habló Xián en el arco más alejado de ellos.

–¿Quién iba a pensar que haría este tiempo? Vaya día... –protesta Santos.

–No vamos con la ropa adecuada, pero es lo que hay –responde Lía.

Al llegar al último de los 4 arcos, ven el hueco de entrada. Una mancha naranja en forma de

remiendo de ladrillos sobre el gris de alrededor.

–Era de esperar –dice Lía–, si guardas aquí algo valioso, haces un cierre.

Santos saca un pequeño pico de la bolsa de herramientas y se aproxima a la pared. La golpea y un ladrillo cae: el cemento aún está fresco.

–Esto hay que hacerlo así, con maña –murmura Santos.

Pero Lía le hace un gesto y este se aparta, Luego coge impulso y da un golpe seco con la planta del pie en la pared: el remiendo en el muro cede y cae. Esto resuena como una explosión, que se pierde en forma de eco por los pasadizos.

–Me encanta cuando usas tu lado sutil –dice Santos con alegría contenida.

Lía le sonrío y le invita a entrar.

Tras meterse por el hueco, tanto el frío como el ruido de la tormenta quedan atrás.

Ninguno de los 2 ha reparado en un diminuto aparato electrónico, un emisor camuflado entre los ladrillos. Ahora yace en el suelo junto a ellos. Lo han puesto ahí para detectar el más mínimo cambio en la posición de los mismos.

De manera silenciosa para ellos, envía su aviso: están profanando el “sagrado altar” del estandarte. El mensaje llega a su destino y alguien de casi 2 metros de alto y vestido de negro de pies a cabeza se pone en marcha hacia donde ellos están...

Lía y Santos caminan hacia el interior. Iluminan la oscuridad del túnel con sus linternas. Están en una estancia rectangular, con techo alto, con una escalera de eslabones de cemento medio rotos al fondo. Hacia allí se dirigen.

Suben las escaleras y llegan a un pasillo. Hacia la izquierda es cuesta arriba. Lo recorren en esa dirección y en 1 minuto llegan a su extremo. Allí acceden al antiguo parapeto de un cañón, donde aún se percibe el hueco, ahora tapiado, por donde apuntaba hacia el océano.

Buscan zonas huecas en la pared. La golpean por si algún cambio en el sonido les indica que debajo hay alguna cavidad, aunque sin éxito.

Tras esto, deciden ir por la otra rama del pasadizo. Esta es cuesta abajo. Apuntan con las linternas hacia la oscuridad sin ver el final del túnel. El eco es tan fuerte que varias veces se paran para comprobar si los sonidos de voces y pasos son suyos o hay alguien más allí.

Recorren varias estancias de la pared derecha del túnel, antes de meterse en su zona más profunda.

Entonces, Lía se asusta: –¿Has oído eso?

Santos niega con la cabeza en respuesta.

Lía es consciente de que, aunque están solos, al golpear hacen mucho ruido y si alguien decide acercarse a ellos les puede pillar por sorpresa, pues no le oirán. Pero ese alguien a ellos sí.

–Tú sigue buscando, yo me voy a vigilar ahí fuera –comenta Lía.

–Así tardaremos el doble –responde Santos.

Pero Lía ya se ha puesto en marcha. Saca de su mochila un dispositivo de visión nocturna, y observa la oscuridad. Y un minuto después, vuelve a escuchar un leve ruido.

–Seguro que es una rata –dice para sí.

Tras 1 hora, Santos y Lía ya han recorrido todo el complejo de túneles sin hallar rastro del estandarte.

Vuelven hacia la entrada, hablando en voz baja, como si alguien en la densa oscuridad a su alrededor les estuviese espiando, acechando...

–A lo mejor Xián se ha equivocado y el estandarte está en otro lugar–dice Santos.

Lía está silenciosa, observando su móvil.

–Voto por hacer otra búsqueda, pero más a fondo –dice Lía. Santos asiente–. Hazla tú y yo me voy

a buscar cobertura a la entrada, a ver si Xián me confirma que todo sigue en orden allá afuera.

Según caminan hacia arriba, de vuelta por los túneles, Santos va detrás de Lía, sin poder despegar los ojos de ella.

–Me encantas –piensa Santos, aunque lo dice en alto. Y se arrepiente al momento.

Sin darle tiempo a reaccionar, Lía le da un beso en los labios a Santos y se va por el túnel hablando: –Gracias, Santitos. Pero has elegido fatal el momento. Estamos en plena misión y estoy preocupada por Xián.

Pero Santos se ha quedado en silencio e inmóvil 5 segundos. Y de pronto exclama: –Eso es– corriendo túnel arriba, hacia la primera estancia donde han estado, la más cercana al faro.

–Santitos, estás fatal –murmura Lía con una leve sonrisa. Aunque se borra en cuanto recuerda la falta de noticias de Xián.

En el exterior, Xián sigue en el coche. Ya ha pasado 1 hora y está aburrido. Mientras el viento y la lluvia siguen a lo suyo, Xián también, y a pesar del estruendo de fuera, está medio dormido.

–Menuda tormenta, esto parece una mecedora –dice Xián.

Entonces, una racha de viento más fuerte que las anteriores le despierta y Xián se golpea la cabeza contra la ventanilla.

–¿Qué mecedora? Una batidora... –se queja Xián.

Pero aún en ese estado de sopor, en ningún momento ha dejado de vigilar la estrecha carretera de acceso, por si acaso. Aunque no lo hace por su escaso sentido del deber, sino por su miedo a Las Sombras.

Decide comer algo. Y mientras mastica a dos carrillos un bocadillo, repara en las luces de un coche subiendo por la carretera. Se asusta, se atraganta y la indicación de Lía de salir del coche en un caso así.

A duras penas, se esconde tras unas rocas al otro lado de la carretera. El conductor del todoterreno negro parece un conductor de rally por la rapidez en escalar la retorcida calzada de subida.

Tras sumergirse de nuevo en su hostil abrazo, Xián recuerda lo molestos que son el frío y la lluvia torrenciales y los azotes del viento.

Al ver el coche de Santos parado al lado de la carretera, el todoterreno negro se detiene en seco 10 metros antes de llegar a él y la puerta se abre.

Xián vigila tras las rocas y, al asomarse un poco, ve a un hombre alto, fuerte y vestido de negro de pies a cabeza: es El Segador.

Xián está casi seguro de su identidad por la descripción que de él le han dado Lía y Santos, y porque ha venido a proteger su estandarte en persona.

El Segador se acerca al coche de Santos y examina su interior por si hay alguien dentro, pistola en mano. Y en cuanto ve que está vacío, la guarda.

Después vuelve a su coche, lo arranca y se dirige al de Santos, pegando su morro al lateral de este, con intención de empujarlo por el desnivel y despeñarlo montaña abajo.

Xián lleva 2 minutos llamando por el móvil a Santos y Lía, sin obtener respuesta. A continuación, ya sin un solo centímetro de su cuerpo seco, les envía un mensaje de voz:

“El Segador está aquí, salid de ahí ya”.

En realidad envía bastantes más mensajes, pero todos son variaciones cada vez más histéricas de este primero.

El todoterreno negro ya ha empezado a empujar al coche de Santos. Poco a poco lo mueve y logra su objetivo: lo tira por el desnivel y luego se va dando vueltas de campana montaña abajo.

Una vez cumplido su objetivo, El Segador baja de su coche.

Y eso le genera un gran dilema a Xián: o hacer caso a su enorme terror y huir de este psicópata que camina bajo la lluvia y el viento hacia donde están Lía y Santos, o a su minúsculo sentido del valor y de hacer lo correcto.

Mientras esto revolotea por su mente, su cuerpo ya se ha empezado a mover con sigilo detrás de El Segador, con su mano agarrando con firmeza la pistola que Lía le ha dado.

–Ahora sois de los míos. No os fallaré –murmura una y otra vez para infundirse valor, aunque sus piernas tiemblan y sus dientes castañean por el miedo y el frío.

En ese momento, en el pasadizo, Santos lleva un rato golpeando la pared de la primera habitación. Está seguro: el estandarte está ahí, pero ¿dónde? Algo desanimado, se deja caer en el suelo. Y al instante se levanta y vuelve a empezar.

Mientras, en la entrada de los pasadizos, Lía busca cobertura con su móvil sin éxito.

Santos tampoco tiene suerte en su búsqueda tras varias revisiones de la habitación.

Lía se acerca a preguntarle: –¿Cómo vas?

–Está aquí, estoy seguro. La cruz la marca la luz del faro, en la superficie. Y esta estancia es la más al sur, justo debajo. Si superpones un mapa de estos túneles con el arco de luz del faro, se cruzan justo aquí y... ¿Lía, me estás escuchando?

–No, la verdad. Estoy preocupada por Xián. Me vuelvo a la entrada a buscar cobertura.

Santos asiente y ve a Lía irse la estancia. Y es en ese momento, al quedarse solo, cuando recuerda unas palabras de su abuelo Honorio: *«si la solución se te escapa, prueba a cambiar el punto de vista»*, a la vez que se tumba y apoya los pies en la pared.

A continuación da golpecitos con los nudillos en el suelo y mira sus pies sobre la pared... y de repente pega un salto.

–Claro, bajo la pared. Te refieres al suelo –dice Santos golpeando con el pie.

Por fin, Lía por fin coge cobertura al lado de la entrada de los túneles, bajo la tormenta. Y le llegan avisos de llamadas perdidas, mensajes de voz y Whatsapps: según Xián, El Segador está allí.

Lía siente erizarse los pelos de sus brazos al saber que la muerte camina hacia ellos envuelta en la tormenta.

–SANTOS –le llama Lía.

–Estoy aquí –le contesta poniéndole la mano en el hombro.

Lía se percata de que lleva algo bajo el brazo, protegido por un plástico transparente: es la tela del estandarte romano.

–Lo tengo, estaba en... –intenta explicarse Santos.

–Luego me lo cuentas, ahora vamos a movernos. El Segador está aquí mismo –dice Lía señalando hacia la tormenta por el hueco de la pared.

Al oírlo, Santos se mueve con rapidez hacia la puerta. Lía le detiene agarrándolo por la ropa.

–Espera –dice Lía–. El último mensaje de Xián dice que El Segador ya está aquí: solo podemos ir hacia adentro.

Y después se va con Santos hacia el interior de los pasadizos.

Unos 10 segundos después, El Segador entra por el agujero de la pared y se va directo por el ramal izquierdo del túnel, hacia la habitación donde debería estar el estandarte.

Al llegar allí, ve una baldosa levantada en el suelo mostrando el lugar vacío donde antes se escondía el estandarte.

Mientras, Santos y Lía esperan en la siguiente estancia hacia abajo por el ramal derecho del túnel. Ella apunta con su arma hacia su única entrada. Eso le da ventaja: si El Segador entra recibirá un

balazo sí o sí. Aunque ellos también pueden quedar heridos o algo peor...

El Segador se mueve despacio, observa la oscuridad del túnel. Luego camina hasta quedarse justo un metro antes de la entrada donde están Santos y Lía agazapados.

Por alguna razón, El Segador no está usando su cámara de visión nocturna y lleva su linterna encendida según se acerca a ellos.

Lía ve la luz acercarse y se prepara para disparar, tensando su cuerpo y sintiendo los latidos del corazón en su oído. Comienza a hiperventilar y marearse. Es incapaz de ver su mano por la oscuridad, aunque ya se la imagina transparente.

Santos pone su mano abierta sobre la sudada espalda de Lía, a la altura de los omóplatos. Esto la tranquiliza un poco: El Segador sigue ahí fuera, al acecho. A 3 metros la muerte les espera.

El Segador entrecierra sus ojos hasta que se quedan en dos líneas, gira la cabeza y escucha el silencio durante 1 minuto. Después se relaja, se estira, guarda la pistola y se va corriendo hacia la entrada del túnel, donde se para unos segundos, antes de perderse en la tempestad.

—¿Qué ha pasado? —susurra Santos al oírle irse.

Mientras, en el exterior, El Segador se ha subido a la parte superior de los enormes arcos, bajo los cuales está la salida del pasadizo.

Aprovecha para quitarse de su oreja derecha el amplificador de sonidos con el que ha oído las respiraciones de Lía y Santos en el interior de los túneles. Ahora solo necesita esperar a que salgan.

Duda si avisar y pedir refuerzos sentado bajo la lluvia y los relámpagos. Pero tras unos minutos, se decide y pide ayuda. A continuación, pone su móvil en modo grabación de audio, tal como indica el protocolo de Las Sombras en estos casos.

De vuelta a los pasadizos, Lía se muestra confundida: —El Segador que yo conocí jamás se iría sin luchar.

—Creerá que ya nos hemos ido.

—Sabe que estamos aquí. Lo de salir corriendo es para despistar y que nos confiemos. Ya estará pidiendo refuerzos. Vamos a salir.

—¿Qué sabes de Xián? —pregunta Santos según llegan a la entrada de los pasadizos.

Antes de contestar, Lía comprueba su móvil: vuelve a tener cobertura.

—Que ha dejado de mandar mensajes —responde Lía.

Santos se muerde el labio inferior y niega con la cabeza con gesto preocupado.

—El plan, ahora —dice Lía—, es correr a máxima velocidad por el camino, bajo el arco, hacia la segunda construcción a la izquierda.

Santos asiente y se preparan para salir.

Pero lo que ninguno sabe es que El Segador ha dejado un pequeño micrófono entre los escombros de la entrada y les está oyendo a la vez que prepara su rifle con mira telescópica.

Mientras tanto, Xián ha seguido a El Segador desde lejos y se ha escondido en un edificio en ruinas que parece haber sido un antiguo barracón de soldados. Desde allí, ve a El Segador salir de los pasadizos y situarse en la parte de arriba de los arcos, justo encima de la entrada del túnel.

Y cuando va a enviar un mensaje a Lía y Santos le es imposible: su móvil está empapado y no enciende.

—Te mueres en el momento más oportuno —le dice Xián a su móvil.

En ese momento, Santos y Lía salen a la carrera, aunque por detrás de otro edificio en ruinas; demasiado lejos para poder avisarles, incluso gritando.

Lía y Santos están en el punto de mira de El Segador. Este les apunta con su rifle, pero los golpes de viento le mueven, el agua emborriona la mirilla y la bruma le envuelve, restándole visibilidad.

Son 2 blancos en movimiento, difícil acertarles, y ha oído hacia dónde se dirigen. Es por eso que El Segador opta por mantener el elemento sorpresa y evita disparar.

Con rapidez, El Segador desmonta su rifle, lo guarda y se pierde en la cada vez más furiosa tormenta.

Mientras, Lía y Santos corren cegados por la lluvia y con el sentido del oído mermado por el estruendo de los elementos a su alrededor. Se detienen jadeando en el camino, en la entrada de la segunda construcción a la izquierda.

Hay una escalera estrecha con 8 escalones, girando luego hacia la derecha en un ángulo de 90 grados.

Santos va delante. Lía le sigue concentrada y alerta. Llegan a una zona donde las plantas hacen un túnel con sus tallos sobre el estrechísimo camino por el que corren.

Al llegar a la casa, comprueban su estado ruinoso. El tejado solo resiste en un par de zonas, en las esquinas del edificio. El resto hace mucho tiempo que ha abandonado su puesto, dejando vía libre a pájaros y elementos.

Sin embargo, en la entrada el porche mantiene intacto su tejado, sostenido por 4 columnas cilíndricas, bajo las cuales está el hueco de la antigua puerta de entrada, con grafitis de flores y símbolos de la paz en las paredes a ambos lados de la misma.

El porche está a metro y medio sobre el suelo, aunque de la escalera de subida al mismo nada queda ya.

–Podemos escapar por ahí –dice Santos señalando un camino de bajada hacia el bosque.

–No –responde Lía–, la idea es sorprenderle.

–¿Cómo dices? –contesta Santos alarmado.

–El Segador espera ese movimiento por nuestra parte –dice Lía–. Pero si nos escondemos en vez de huir, a lo mejor le despistamos. Vamos a buscar refugio ahí dentro.

Santos asiente y se pone en marcha, con la tela del estandarte protegida por su envoltura de plástico bajo el brazo. Lía le sigue.

Dan la vuelta para entrar por la parte trasera de la casa. Acceden a ella por la antigua cocina. Allí apenas queda techo aunque los azulejos blancos resisten en las zonas en donde aún hay paredes. Se sientan en el suelo, apoyados en una de ellas.

Por su gran tamaño, la estancia a sus espaldas les parece un antiguo comedor o salón. Y detrás está el porche con las 4 columnas.

Santos se queda mirando un grafiti rosa, un cerdo a dos patas pintado en la pared de al lado, que parece mirarles con ojos entrecerrados.

–Vamos a esperar –dice Lía–, a ver si hay suerte y El Segador pasa de largo. En cuanto se quita el pelo mojado de la cara y observa a Santos, se da cuenta de que, ahora mismo, los ojos de Santos, de tan oscuros que se ven, ni parecen verdes.

Lía le hace a Santos la señal de guardar silencio y desenfunda su pistola: entre la lluvia y el viento, le parece percibir una voz.

–Eh... –parece escucharse entre la tormenta.

Sentados en el suelo con sus espaldas apoyadas en la pared se sienten seguros. Ambos permanecen así durante 1 minuto, aunque solo oyen el ruido de la tormenta.

–Falsa alarma –dice Lía al fin.

–PONTE DE RODILLAS CON LAS MANOS DETRÁS DE LA NUCA O DISPARO.

Esto sí lo han escuchado Lía y Santos con claridad. Ambos se miran incrédulos: es la voz de Xián. Al oírlo, Lía saca su pistola y se mueve son sigilo. La voz surge justo a sus espaldas, tras la pared,

en dirección al porche de las 4 columnas.

Entonces Lía ve a Xián, apuntando con su arma hacia la pared donde estaban ambos apoyados hasta hace apenas un instante. Tiene encañonado a alguien, también apoyado en la misma, pero por el otro lado.

Lía se asoma y ve a Xián apuntando a El Segador: estaba escondido tras la misma pared que ellos, aunque por el lado contrario...

...El Segador sabía hacia donde se dirigían sus presas por el micrófono de la entrada. Y se fue directo allí, hasta la antigua cocina de la casa.

Después, se colocó en silencio tras la pared donde ya estaban Lía y Santos apoyados.

Tras unos segundos, sacó una granada de mano de su cinturón, con intención de arrojarla detrás del muro, hacia Lía y Santos. Aunque para evitar dañar el estandarte, la volvió a guardar.

Mientras tanto, Xián ha seguido a El Segador, venciendo a su miedo y a su instinto de supervivencia: cada paso detrás de él ha sido una batalla feroz contra sí mismo.

Y es al ver como casi envía una granada de mano hacia Santos y Lía, se decidió a intervenir para intentar protegerles.

Y ahora, Xián está en la puerta del porche, apuntando a El Segador desde 4 metros. Este sigue agachado contra la pared con su arma enfundada y con la mirada clavada en Lía.

Está incrédula por haber burlado a la muerte por tan poco gracias a Xián, y agradecida porque Santos también esté de una pieza.

Mientras, Santos echa de menos como nunca a su intuición: con ella jamás le hubiesen pillado por sorpresa.

–El Segador estaba centrado en perseguirnos –murmura Lía a Santos–. Por eso ha descuidado su retaguardia. Un error de principiante, impropio de él.

En ese momento, Lía decide entrar en acción. Pero justo 1 segundo antes de disparar, se queda mirando a su pistola.

–Me cago en... –susurra Lía crispando el gesto de su cara y cerrando su puño izquierdo con furia contenida.

–¿Qué pasa? –pregunta Santos en voz baja.

–Con el jaleo de la tormenta –murmura Lía–, y la discusión del coche, le he dado a Xián el arma cargada y yo me he quedado con la descargada. La idea era hacer lo contrario.

Santos sonrío un segundo: Lía no está tan loca como para darle una pistola cargada a Xián. Bien. Aunque la sonrisa se le borra en cuanto es consciente del peligro de la situación: solo Xián y El Segador están armados.

Lía apunta a El Segador con la pistola. Este la mira. Pero ella sigue sin disparar. Y El Segador lo deduce...

–Si no me has disparado aún es porque tu pistola esté descargada –le dice El Segador a Lía.

Entonces, El Segador empieza a levantarse con calma y mira a Xián a los ojos con su mirada de lobo a punto de despedazar a su presa.

–POR ÚLTIMA VEZ –exclama Xián–. PONTE DE RODILLAS CON LAS MANOS DETRÁS DE LA NUCA O DISPARO.

Xián está aterrorizado por quién tiene a unos metros delante de él. El viento le hace perder el equilibrio. Sus manos heladas por la gélida lluvia le hacen empuñar con temblor la pistola. Y apoyado en el gatillo, está su dedo índice, entumecido por completo.

El Segador ya se ha puesto en pie y echa mano a su arma. Al verlo, Xián se asusta y aplica demasiada fuerza con su insensible dedo índice sobre el gatillo y la pistola se dispara.

El pitido de oídos es inmediato. Tras unos segundos desaparece y vuelven a oírse la lluvia y el viento.

El disparo ha alcanzado a El Segador en la parte derecha de la frente. Está inmóvil, sentado sin vida con la espalda apoyada en la pared, manchada con su propia sangre, con sus ojos muertos mirando hacia el más allá.

–Xián, le has ejecutado –exclama Lía–. ¡Buen trabajo!

–No...nooo, ha sido un error, yo no quería disparar –balbucea Xián.

Santos se le acerca, le quita el arma y le coge por los hombros.

–Gracias, nos has salvado –le agradece Santos.

Xián está empezando a hiperventilar y cada vez tiembla más.

–Por cierto, El Segador ha tirado tu coche ladera abajo –dice Xián con la mirada perdida, las piernas temblándole y casi en estado de shock.

–Ven a sentarte –le dice Santos al darse cuenta, a la vez que le sostiene y ayuda a tumbarse en la única parte seca de la casa, bajo el porche de entrada.

Lía se acerca al cadáver para revisar sus bolsillos aunque el aguacero le impide hacerlo.

Decide entonces arrastrarlo a esa misma zona, al lado de Xián. Apoya el cadáver de El Segador contra la parte izquierda de la pared, justo debajo del grafiti de una flor y un símbolo de la paz multicolor.

Santos le pone como almohada a Xián el plástico con la tela del estandarte dentro y le ayuda a tumbarse.

Pero Xián al verlo se percata y se incorpora eufórico.

–LO TENEMOS –grita levantando los 2 pulgares hacia arriba–. Lo sabía, LO SABÍA ¿Veis como este era el sitio? Sí, sí, síí.

Esto último lo dice dándose golpes en el pecho, aunque se maree y se echa otra vez.

Mientras, Lía se acerca al cadáver y le quita el pasamontañas. La cara es idéntica a la de El Segador, pero sin cicatrices. Tampoco lleva barba ni está en forma: tiene como 15 kilos de más.

Entonces saca su cuchillo y le rasga la ropa para verle el hombro, pero solo encuentra piel en blanco.

Le falta la más valiosa de sus posesiones, el mayor orgullo de una sombra: el tatuaje escarlata ganado con esfuerzo y sufrimiento, el que indica que eres de ese 1% de elegidos que completan con éxito el entrenamiento.

Lía se lleva las manos a la cabeza, resopla y mira hacia el cielo.

–¿Qué ocurre? –le pregunta Santos.

–Este no es El Segador –dice Lía.

–Por eso podía estar en dos sitios a la vez –dice Santos.

–Y por eso hoy ha cometido varios errores –dice Lía–. Una sombra bien entrenada JAMÁS fallaría así. Y aún menos El Segador. Y si estás en mala forma, dejan de contar contigo para las misiones. El verdadero El Segador JAMÁS tendría un solo gramo de más.

–Tiene sentido –responde Santos–. Por eso ha sido tan fácil matarlo.

–Pero ¿estás segura? –pregunta Xián intentando levantarse.

–Al 100 % –insiste Lía.

–Parece que al final sí tenía un hermano gemelo –dice Santos.

–Y el auténtico Segador ya estará en camino hacia aquí –dice Lía.

–¡Pues ya estamos tardando en irnos! –interviene Xián–. Pero, ¿qué hacemos con el cuerpo? La policía puede encontrarlo y acusarme de...

–De nada –le interrumpe Lía–. Las Sombras siempre se encargan de los suyos. En eso son honorables.

–¿Puedes caminar? –le pregunta Santos a Xián.

–No me queda otra, una sombra al día es suficiente para mí, ¿sabéis que si me mojo me enfermo, verdad? –dice Xián–. Aunque desde otro punto de vista, sí he sobrevivido a El Segador, debo ser inmortal o algo así.

–Este no es El Segador, te lo aseguro. Nadie sobrevive en una pelea abierta con él. Excepto Santos, aún no sé cómo. Y Castillo en su mejor momento.

–Eran otros tiempos –responde Santos añorando su intuición perdida.

Xián comienza a andar detrás de Lía y Santos. Estos se detienen a esperarle al comienzo del camino de bajada a través del bosque.

En esa pequeña parada de apenas 10 segundos, Lía se acerca a Santos y este se separa de ella, una vez más. Lía se da cuenta y le mira, con la cara más pálida de lo normal por el frío y el pelo tapándole los ojos.

Santos está inmóvil, con el agua corriéndole por la cara. La mira sin pestañear con sus enormes ojos verdes oscuros, aunque de forma extraña.

Acto seguido empieza a caminar por el sendero de bajada, varios metros por delante de Lía y Xián, murmurando para sí: –La segunda bala perdida ha matado a quién yo más temía. O al menos, a una parte. La maldición se sigue cumpliendo.

Al estar cerca de Lía y notar como sus emociones se desbocan, siente como eso le separa de ella: debe alejarse para protegerla. Comprobar esto le sumerge en un pantano de soledad, tristeza y silencio.

Durante el camino de bajada, a pesar del mal tiempo, Lía y Xián cuentan chistes, hacen bromas y se ríen sin parar.

Pero Santos nota como el vacío se vuelve a apoderar de su alma, hasta sentirse de nuevo casi como un muerto en vida.

2

Una hora y media después, la noche ya es cerrada. La tormenta se ha calmado, el viento es suave y la lluvia ha cesado.

Un equipo de 8 hombres vestidos de negro y dirigidos por el verdadero Segador, registran la casa y alrededores, mientras él se acerca al cadáver de su hermano. El rastro de sangre muestra por donde han arrastrado el cuerpo hacia las flores y el símbolo de paz dibujados en la pared.

Intenta ocultar sus emociones antes sus hombres, aunque sus puños cerrados, su ceño fruncido y su temblor por la ira le delatan. Está sintiendo. Pero ni está acostumbrado, ni le gusta, ni tampoco sabe gestionarlo.

–Ojalá Dios me hubiese dado el poder de resucitar a los muertos –dice El Segador–, tal como me ha dado el de matarlos. Los asesinaría, luego los resucitaría y los mataría otra vez. Y así hasta 1.001 veces. A cada uno.

Varios años atrás, su hermano se despidió de él.

Caminó por una playa desierta de noche y con lluvia. Y se alejó hasta difuminarse entre la niebla y la penumbra, con las luces Németa al fondo, lejanas y tristes como nunca.

La otra vez, el destino les reunió de nuevo. Pero ahora la separación es definitiva, sin esperanza de reencuentro. Y el dolor de darse cuenta de ello le perfora el pecho como una lanza envenenada. Se

deja caer de rodillas, con los ojos muy abiertos, mirando el suelo.

Entonces, 2 de sus hombres cogen el cuerpo de su hermano para llevárselo. El Segador los mira, y su cara y cuerpo vuelven a su estado normal: inexpresivos.

Se pone sus guantes negros, sus ojos se entrecierran, recupera la compostura, y les grita: – Vosotros dos, venid aquí.

Ambos obedecen y dejan el cuerpo en el suelo, a los pies de El Segador.

Dirigiéndose al resto de sus hombres les dice en voz alta: –Acercaos.

Acto seguido se sitúa a la espalda de los que llevaban el cadáver de su hermano y les dice: –Y vosotros 2, quietos ahí.

En cuanto todos están en su campo visual, saca su pistola y, con un gesto, le pide otra a uno de sus hombres. Después les dispara a ambos en la nuca a la vez. Caen muertos al instante.

–NADIE TIENE PERMISO PARA TOCAR A MI HERMANO, ¡NADIEEEEE!

–Señor –le replica una de Las Sombras–, entiendo sus razones, pero eran 2 buenos soldados...

–Te equivocas –le interrumpe El Segador–, eran pésimos. No sabían obedecer órdenes, ni una tan simple como NO–TOCAR–A–MI–HERMANO.

Entonces El Segador suelta las pistolas, se acerca a él y le agarra por la ropa. Este siente peligrar su vida y cambia de tema con astucia.

–Señor, tenemos la grabación de audio del móvil de su hermano.

El Segador le suelta, y le dan el móvil y unos auriculares. Luego se sienta al lado de su hermano y escucha en silencio.

En cuanto finaliza, se levanta, señalando a los 2 hombres muertos y ordena: –Limpiad esto.

Tras unos segundos, el mismo se agacha, saca una venda, envuelve con cuidado la cabeza de su hermano y se lo lleva en brazos.

–Xián Raposo –murmura El Segador–. Has sido tú. Te mataré muy despacio, con mis manos, mientras te miro a los ojos...

Capítulo 11. Nada es lo que parece

1

–Quiero vengar a Octavio –dice El Segador. Tiene los puños cerrados apoyados sobre la mesa, tiembla por la rabia y sus ojos negros de lobo están inyectados en sangre, tras días casi sin dormir.

Enfrente, sentado en la mesa de su despacho, está El Jugador. Como siempre, lleva un traje de más de 10.000 € y gafas para poder amenazar mirando sobre ellas a su interlocutor.

–¿Tu hermano se llamaba Octavio? Curioso... – responde El Jugador con su leve acento extranjero.

–¿Por qué lo dices? –pregunta El Segador.

–Tú te llamas Julio César. Debería ser Octavio quién te enterrase a ti. Pero ha sido al revés.

–Es cierto. Y Octavio también se vengó de sus asesinos.

–En su momento podrás hacerlo. Ahora te necesito para otra tarea.

–Necesito hacerlo ya –insiste El Segador sin mirarle.

–Harás lo que YO te diga –ordena El Jugador.

–Exijo mi venganza.

–Has fallado. Y este es tu castigo: obedecer y esperar –sentencia El Jugador.

–Pídeme lo que sea ¡pero eso no! –protesta El Segador.

–No, yo no pido: ordeno. Y tú obedeces. No olvides cuál es tu sitio. Tu venganza va a esperar hasta tener lista la maldición de Letheo 2.0.

–Jamás te he pedido nada para mí, excepto esta vez. Y me lo niegas.

–Esto no es por el estandarte –le dice El Jugador mirándole por encima de sus gafas–. Es por mentirme.

–No lo he hecho.

–¿Y lo de tu hermano? –pregunta El Jugador.

–Eso no es mentir, es ocultar información.

–Es falta de sinceridad. Para mí es lo mismo. Ahora vete y haz pasar a Antígona.

El Segador le mantiene la mirada a El Jugador durante 5 segundos, aunque después se levanta y se va del despacho.

Al salir, ve a Antígona sentada en el sillón de la sala de espera frente al despacho de El Jugador. Le indica con un gesto de la cabeza “ya puedes pasar”.

Antígona siente el sabor del sudor en sus labios. Cuándo está bajo estrés apenas se le nota: es una experta en reprimir sus sentimientos. Pero la zona entre su labio superior y su nariz se llena de sudor cuando la presión le puede, como en este momento.

Lleva el pelo recogido, no se ha maquillado ni tampoco se ha molestado en ocultar sus ojeras.

–¿A esto le llamas tenerlo controlado? –le reprende El Jugador en cuanto la ve entrar.

–Yo... –intenta decir Antígona mientras se sienta.

–¿Te he dado permiso para hablar o para sentarte? –le interrumpe El Jugador.

Antígona niega con la cabeza y se pone de pie con las manos a la espalda.

–Necesito tener a El Segador centrado. Esa es una de tus principales tareas. Porque es mi mejor hombre, pero también el más imprevisible.

Antígona asiente en silencio.

–¿Sabías lo del hermano?

Antígona niega con la cabeza como respuesta.

–¿Puedes hacer funcionar la maldición de Letheo de nuevo?

Y ella vuelve a negar.

–¿Está finalizada la maldición de Letheo 2.0?

Y niega otra vez más.

–Pues entonces a lo mejor tú tampoco te merecías el último ascenso.

–Cierto, yo merezco ser Reina.

El Jugador niega con la cabeza y empieza a tamborilear con los dedos en la mesa: ahora sí está enfadado de verdad. Las venas del cuello se le hinchan. Sus ojos expulsan ira a borbotones y se empieza a poner de pie.

Antígona se seca el labio superior y acto seguido, como un último intento desesperado de supervivencia, dice: –Estuve ocupada localizando a Castillo.

El Jugador la mira en silencio, sonrío, asiente y se vuelve a sentar.

–Cómo me conoces. Dame a Castillo y tendrás lo que pides.

Antígona se va rápido y en silencio. Al salir del despacho, El Segador le espera. Como durante la reunión con El Jugador la puerta estaba abierta, les ha oído.

–¿Castillo? ¿Estás loca? –dice El Segador.

–Pensé que iba a matarme. O algo peor: quitarme el rango. Necesitaba improvisar.

Después, se acerca mucho a El Segador y le dice en voz más baja: –Ayúdame a localizarle.

Tras unos segundos, en cuanto Antígona tiene claro que El Segador no va a responder, le suplica casi al oído: –Por favor.

Tras mirarla durante unos segundos, El Segador contesta.

–Puedo hacerlo. Pero tú harás algo por mí.

–¿Qué quieres? –responde agarrando del brazo a El Segador, en la zona del bíceps. Este lo aprieta sin decir nada.

–Venganza.

Antígona asiente y se va a su despacho, en otra ala del edificio. Al llegar allí cierra la puerta por dentro y marca un número. No lo hace desde su teléfono móvil, sino desde otro adquirido para hacer esta única llamada y después ser destruido...

2

En ese momento, Santos está reunido en su casa con Lía y Xián cuando suena su móvil. No reconoce el número.

–¿Sí? –contesta Santos a la llamada.

–Sabes quién soy, ¿verdad? –dice Antígona.

–¿Ángela?

Lía mira a Santos y luego a Xián con las manos levantadas y con cara de sorpresa.

–Me acaban de amenazar por tu culpa –dice Antígona.

–¿Qué quieres? –pregunta Santos de forma seca.

–Maté a tus ayudantes, te privé de despedirte de tu abuelo y te dejé sin tu intuición. Hazte a un lado, Santos, o te mataré a ti y a tu nuevo equipo. Y eso la incluye a ella...

Tras unos segundos Santos contesta: –También mataste a Eva, ¿verdad?

–Ya sabes la respuesta: tú la mataste. Estás maldito. Y ahora ha muerto El Segador, al menos en parte. Tu mayor temor.

–Eva era inocente.

–Tus seres queridos mueren. La maldición avanza. Y ella es la siguiente. ¿Está ahí contigo, verdad? –pregunta Antígona.

–Ya no creo en maldiciones –miente Santos–, adiós Ángela.

–Cierto. Tú crees en estupideces como la libertad. Abandona y despídela como tu escolta personal o la matará la tercera bala maldita.

–Voy a colgar –dice Santos.

–La muerte es poco. Tengo pensado algo mucho peor para ti. Prepárate –dice Antígona sonriendo con malicia justo antes de que Santos corte la llamada.

Lía clava en Santos su mirada gris como el plomo mientras Xián da vueltas por la habitación, refunfuña y escribe mensajes en su móvil.

Tras resumirles su charla con Antígona, Santos dice: –Vamos bien. Si necesitan amenazarnos es porque les hemos hecho mucho daño.

–¿Por qué te llama Ángela? ¿Eres de fiar? ¿Juegas a dos bandas? – pregunta Lía. Su cara está roja de ira y el dedo con el que señala a Santos tiembla.

Este niega con la cabeza y se queda en silencio. La tensión deriva en una guerra fría entre ambos: ni se miran ni se hablan.

–Lía –dice Santos con suavidad–, necesito preguntarte algo...

–¿Por qué te dejé? –responde ella.

Santos fuerza la sonrisa y niega con la cabeza.

–¿Por qué dejaste Las Sombras? –pregunta Santos.

–«*Un soldado que ha empezado a pensar casi ha dejado de serlo*» –dice Lía.

–Conozco la frase –responde Santos.

–Pues justo así me sentía. Para los directivos de Corporatio el beneficio lo es todo. Hacer lo necesario con tal de ganar un euro más. En cambio, el personal militar es más de sacrificarse por el bien común. De actuar basándose en la ética y el honor, de ser ejemplar.

–¿Militar? –pregunta Xián.

–Así nos sentíamos. Las Sombras éramos como el ejército de Corporatio.

–Cierto: un directivo nunca arriesgará su vida por un compañero –dice Xián–, pero un soldado sí.

–Nosotros lo hacíamos a diario, como una familia. Éramos hermanos. La lucha codo con codo, las misiones, la presión extrema... eso sí te une a tus colegas...

Lía mira a Santos y Xián. Estos se dan por aludidos y sonríen.

–¿Los echas de menos? –pregunta Xián.

–A los compañeros sí, a veces. Nosotros éramos el freno de los directivos – prosigue Lía–. Aunque ya no. La maldición de Letheo es la prueba: están fuera de control. Al perder presencia, los militares han dejado de ser una fuerza de equilibrio.

–Pero debemos ser nosotros, los ciudadanos, quienes les vigilemos. Si no, nuestra libertad peligra.

–La libertad es una ficción –responde Lía molesta.

–Te equivocas. Yo tengo libre albedrío y poder de decisión.

–Lo sé. Suelas dar la espalda a los tuyos sin contar con su opinión –le ataca Lía.

Santos se pone de pie, mostrando su enfado. Y justo cuando va a contestar, le suena el móvil.

–¿Es Ángela otra vez? –dice Xián.

Santos frunce el ceño, coge la llamada y se va a otra habitación a hablar.

–Bien hecho –le dice Lía a Xián.

–Santos defiende a muerte la libertad. Tú el honor, la disciplina y la integridad. Y para mí lo único importante es ver felices a los míos. Por eso llevo tan mal veros pelear.

–Yo era como tú. Pero maduré a palos. Tras perder a alguien muy importante para mí cuando estuve en Las Sombras –se confiesa Lía.

–¿Castillo? –pregunta Xián.

Lía se ríe, niega con la cabeza y cambia de tema: –¿Has llevado el estandarte al sur del río Lethes?

–Pues sí. Y al final va a ser como tú decías y no hay maldición –dice Xián.

–Te lo dije –responde Lía.

–Yo mismo he llevado el estandarte al sur del río Lethes. Después he contactado con los afectados y siguen igual.

–Era obvio.

–Lía, hablando de obviedades, ¿te puedo preguntar algo?

–Depende –responde Lía.

–¿Qué sientes al volverte invisible?

Tras 1 minuto pensando la respuesta, Lía responde: –Si me quedo quieta, durante mucho tiempo, la gente me confundirá con un mueble. Si hablo, habrá indiferencia hacia lo que digo. Soy invisible, la gente me mira sin verme. Nadie llorará por mí cuando me vaya ido y el mundo será el mismo o incluso mejor. Y entonces ¿para qué estoy aquí?

–Para ser mi amiga, por ejemplo –dice Xián.

–Siempre he sido tímida. Veo a otras chicas con esa facilidad para caer bien y a mí me parece imposible. Me cuesta tanto encajar...

Después Lía se ríe y abraza a Xián.

–¿Lo ves? Soy irresistible... –dice Xián.

–Eres idiota –dice Lía empujándole–, pero me haces reír cuando más lo necesito.

–¿Por eso te metiste en Las Sombras, para encajar?

–En su momento pensé que mi sitio estaba en el ejército. Fue tras un episodio de invisibilidad cuando lo dejé. Entonces me teñí el pelo de negro. Ya no quería parecerme en nada a mi misma. Y decidí aceptar la propuesta de cierta organización para trabajar con ellos.

–¿Las Sombras?

Lía asiente: –Buscan a personas rotas, como yo entonces. Ese es su perfil. Aunque me engañaron.

–¿Por?

–Me hablaron de ayudar a otros, no de dañarles. Yo no tenía amigos ni familia y odiaba al mundo. Y por otro lado, pagan muy bien y te ofrecen un lugar junto a otros como tú. Incluso pensé en llegar a sanarme.

–Dicen que es casi imposible pasar las pruebas de entrada.

–Ahora ya no. Tras la desertión de Castillo, las mejores sombras también lo dejaron y han tenido que bajar el listón por falta de reclutas. Pero en mi época sí era duro entrar. Te dejaban un mes entero en un entorno hostil, para ver como salías adelante por ti misma. A mí me enviaron a África, a una zona donde había una guerra civil entre varios señores de la guerra.

–Ufff...

–Después, durante 3 años fui parte de Las Sombras. Aunque mis tareas no incluían llevar a cabo misiones, mis compañeros me contaban que sus objetivos eran mala gente, personas sin las cuales el mundo sería un sitio mejor: asesinos, mafiosos, violadores, corruptos...

–Pero eso es mentira.

–Ahora lo sé. Esa fue una de las 3 razones para irme: la mayoría de objetivos resultaron ser personas inocentes, justo a quienes yo quería defender. La segunda, mi enfado con el mundo había desaparecido.

–¿Y la tercera?

–La desaparición de Erika. Era mi... amiga... Mi único apoyo dentro de Las Sombras. Por eso resistí allí 3 años. Y aunque me alegro de haberme ido, una parte de mí echa de menos aquello. En Las Sombras era alguien y en este momento... no sé. A veces me siento perdida, fuera de lugar.

–Hablas como si lo echaras de menos.

–Son solo perros rabiosos de alquiler para corporaciones privadas. Así se lo hice ver –dice Lía aunque le cuesta hablar. El rojo de la ira incendia su cara manchada de rímel y sus ojos grises como el cemento se clavan con odio en la pared, como si quisiera perforarla con la mirada.

–No tienes por qué contármelo –dice Xián.

–Ahora que he empezado, necesito acabar.

–Te escucho.

–Cuando los jefes se enteraron de mi negativa a seguir con ellos, planearon mi eliminación. Se lo encargaron a un fanático de la violencia. Alardeaba de haber matado el mismo a su padre.

– ¿El Segador?

Lía asiente con aplomo y prosigue: – Pero me adelanté. Ya estaba alerta, pues un mes antes Erika había desaparecido. Y los rumores sobre el culpable apuntaban hacia El Segador. Desaparecí y a El Segador le humillaron por aquello, pues ya era una de las 3 mejores sombras y el fracaso no se tolera.

–¿El mejor no era él?

–No.

–Entonces, ¿quién?

–Castillo.

–¿Cuándo me vas a hablar de ese tal Castillo?

–Nunca –dice Lía negando con la cabeza y la mirada cargada de odio. Xián se percata: ha tocado un tema delicado.

Entonces Xián, para suavizar la situación, imita los gestos y actitud de Lía, aunque exagerándolos, en plan melodramático: –Nunca... jamás...

Y funciona: ambos se ríen cuando Santos vuelve con ellos al salón.

–Era el Druida –dice Santos–. A partir de la señal que emite el estandarte han localizado la ubicación exacta del laboratorio secreto de Las Piezas Negras.

–¡Bien! ¿Cuándo vamos a por ellos? –pregunta Lía mientras Xián aplaude y asiente.

Entonces Santos repara en el rímel de Lía. En vez de estar en su contorno de ojos aparece en forma de manchas por su cara.

–¿Has estado llorando? –pregunta Santos–. Oye, siento lo de antes.

–No es por ti, créido –responde Lía

–Eh, basta de trabajo por hoy –interviene Xián–. Hemos tenido unos cuantos éxitos como equipo y ya va tocando celebrarlo. ¿Y si nos tomamos unas cervecitas?

Santos y Lía se miran. A ambos les parece una buena idea, pero callan: les apetece pasar tiempo juntos, aunque ninguno quiere reconocerlo. No obstante, Xián es persuasivo...

Capítulo 12. La celebración de los cuchillos largos

1

Ya en el pub, Santos, Lía y Xián comparten mesa con Rosmary y Leyenda. Ya llevan unas cuantas rondas y la conversación fluye.

Rosmary va con su *look* habitual: pelo rubio platino con permanente, labios muy rojos y vestido demasiado corto. Y con muchas ganas de discutir, como es costumbre en ella.

Al su lado está Leyenda, con su melena negra engominada hacia atrás, patillas largas, gafas de sol sobre la cabeza, camisa abierta hasta la cintura, pelo en pecho y cadenas al cuello de todo tipo.

Sonríe de medio lado y le mira las piernas a Rosmary. Esta le guiña un ojo y se pasa la mano por el cuerpo.

Xián los ve y se hace el loco. Hoy viste con su clásico *look* pirata: pelo muy corto, perilla y pendientes de aro. Y esa mirada de “como te despistes te robo la cartera” tan propia de él.

Su ropa negra es lo único que toca el cuerpo de Lía desde hace semanas. El pelo ya ha vuelto a su tonalidad dorada natural y la piel de su cara está pálida y sin maquillar, como de costumbre.

El único detalle de la Lía presumida de antaño son sus labios pintados de rojo. Y los 10 minutos en el baño remarcándose el contorno de ojos de negro. Pero de su anterior caminar sensual y femenino no hay noticia.

Xián y Lía sí parecen cansados, a diferencia del resto. La tensión y el no dormir les afecta y el alcohol no ayuda.

Santos se ha cambiado de ropa. Desde la misión del estandarte es otra persona. Vuelve a vestir como antes del inicio de la misión: cazadora de cuero marrón y pantalones vaqueros, con sus zapatillas rojas y camiseta a juego.

Ahora camina erguido, con seguridad, y sonríe de nuevo. Ha empezado a dejar ir a sus muertos y ve alguna posibilidad más de vencer a Las Piezas Negras.

Lía está sentada enfrente de él en la mesa del pub y ambos se espían cuando el otro está despistado.

La mirada de Santos ha dejado de ser del color del agua estancada para ser de nuevo verde como el mar tranquilo. Tiene un plan. Le da vueltas, su mirada se ilumina y se siente vivo de nuevo.

—¿Tú también tienes una gata? —le dice Xián a Lía—, porque yo tengo un supergato. Podríamos juntarlos y...

—Va a ser que no —le interrumpe Lía con el ceño fruncido.

—Era mío —interviene Leyenda.

—Cuéntalo bien, era un gato callejero —dice Rosmary.

—Al principio sí —contesta Leyenda—. Pero un día entró en el invernadero y se comió mis plantas de marihuana recién nacidas: me las masacró sin piedad.

—Y como a mí el gato me cayó bien —dice Xián—, lo adopté. Y le puse de nombre Masacre.

—“Asqueroso” es como merece llamarse —protesta Leyenda.

—¿Mi gatita con un gato callejero come—marihuana llamado Masacre? JAMÁS.

—A las gatas consentidas les van los gatos canallas, puede funcionar —interviene Santos.

—O no. Porque mi gatita odia cuando la dejan plantada —dice Lía.

—A lo mejor el gato tenía sus razones —dice Santos.

—Eso es cierto, los gatos son muy suyos —dice Xián sin enterarse de nada, una vez más.

—¿Tres veces la misma semana? —interviene Rosmary a favor de Lía.

–A lo mejor el gato estaba luchando contra una plaga de ratas –dice Santos.

–Tu mejor no digas nada “cerbero” –contesta Rosmary.

–Pues sí. Tenemos un enemigo con 3 cabezas, como cerbero. ¿Ahora es malo saber algo de mitología? –dice Santos.

–Eres un friki –responde Xián riéndose–, me encanta.

–Y vosotros unos incultos –responde Santos también sonriendo.

–Perdona, ¿yo he dicho algo? ¿a qué no? Pues un respeto, ¿eh? – responde Lía de forma airada.

–No iba por ti –intenta disculparse Santos.

–A mi déjame en paz –dice Lía–. Pero mira, mejor pensado: pues sí, eres un friki.

–Lo de cerbero es cultura general –le defiende Leyenda chocando la mano con Santos.

–Ufff. Me voy al baño a ver si hay suerte y tenemos otro tema de conversación cuando vuelva – dice Lía.

–Espera –dice Rosmary–, te acompaño.

–Tienes buen gusto –le dice el barman a Santos en cuanto las chicas se van–. Primero, Ángela, la morenaza, y ahora esta rubita espectacular. ¿De dónde las sacas?

–¿Ángela? ¿La que yo conozco? –dice Xián sin poder reprimir su excitación.

–No va a ser Ángela, mi vecina del segundo –responde Santos.

–Me hubiese gustado estar aquí para verla –se lamenta Xián.

–Claro, hombre –dice Santos asintiendo con sarcasmo–. Ángela nos quiere matar pero, ¿eso qué más da?

–Sigue estando buena –responde Xián convencido–, son temas distintos.

–Es tal cual me lo describiste –le dice el barman a Santos mirando a Xián.

–Pues aprovecho para contarte mi último descubrimiento, Xián –dice Leyenda, que ya lleva unas cuantas copas de más–. Un trucazo con las tías, ahí va. Tienes una relación o un rollito, eso da igual, pero tú quieres sexo a lo loco. Puedes llevarla a cenar, hacerle regalos, decirle cosas bonitas. O tener una pelea épica con ella y en la reconciliación, ¡ñaca! Y te sale mucho más barato.

Santos se lleva las manos a la cabeza y resopla mientras el barman se va a la otra punta de la barra negando con la cabeza.

–¡Qué bueno! Me lo apunto. ¿Ves, jefe? –le dice Xián a Santos–, le llaman Leyenda por detalles como este.

Unos minutos más tarde, Rosmary y Leyenda están a lo suyo. Ella le habla al oído y él le acaricia el pelo. Después Rosmary le toca el trasero, con suavidad, se lo pellizca.

–Oye Xián... –dice Santos al verles.

–Sé lo que parece –le interrumpe Xián–, pero Rosmary y yo lo dejamos y ella está con Leyenda.

–Eso es demasiado moderno para mí –murmura Santos.

–Bien hecho, no hay que guardar luto por nadie –dice Lía mirando hacia Santos.

–¿Y no te molesta verlos juntos? –dice Santos.

–Qué va. Ahora me gusta otra y me da igual –confiesa Xián.

–Menudas relaciones extrañas tenéis –dice Santos, aunque lo hace mirando hacia Lía.

–¿Me estás queriendo decir algo, Santos? –responde Lía.

–Me refería a ellos –se defiende Santos.

–Hay relaciones mucho más raras –responde Lía–, y personas mucho más tóxicas, te lo aseguro.

Xián mira y señala a Santos, pero este pone cara de extrañado.

–Como cuando alguien maravilloso de pronto se transforma en un desconocido para ti –dice Lía clavándole la mirada a Santos.

–Para empezar –dice este a la defensiva–, hablaba con Xián y...

–Eso es, tú me prefieres calladita y sumisa –le interrumpe Lía subiendo el tono de voz.

–Lía tranquila –interviene Xián.

–Tú a callar, esto es entre él y yo –dice Lía.

A estas alturas, Leyenda, Rosmary, el barman y la mitad de clientes del pub están atentos al rifirrafe.

–Cálmate, por favor –le insiste Santos.

–Estoy MUY CALMADA –responde Lía.

–Si te he faltado al respeto te pido perdón. Aunque no sé por qué...

Aquí Lía explota: –¿En serio no sabes lo que me molesta de tí?

Hay dos imposibles contrarios: Santos quiere estar con Lía pero no debe estar con ella. Y eso la hace romperse poco a poco, atrapada en un yo–yo emocional.

Por eso ahora Santos decide ser sincero: –Te voy a contar la razón, es lo mínimo...

Sin embargo, para Lía la explicación llega varias semanas tarde. El demonio de la ira la ha ido poseyendo poco a poco y le impide escuchar.

–Porque tu abuelo te habló mal de mí –responde Lía.

Santos abre los ojos extrañado. Después frunce el ceño y niega con la cabeza.

–Si conoce a ese Druida, le habrá informado de mi pasado. Aunque eso te lo podía haber contado yo si me lo hubieses preguntado.

–Hablamos de ti, pero...

–Tu abuelo era un mentiroso y un liante –le dice Lía concentrando su rencor en su tono y su odio en la mirada.

Y así, en cuanto han salido a relucir los cuchillos largos del resentimiento, la celebración es descuartizada por ellos.

Desde el momento justo de acabar la frase, Lía sabe que se ha pasado 10 pueblos. Xián se echa las manos a la cabeza, Rosmary a la boca. Leyenda y el barman se escabullen.

Es de sobra conocida por ellos la relación entre Santos y su abuelo, la herida en su alma por haber faltado al funeral y su incapacidad de perdonarse a sí mismo.

Lía ha sacado la artillería pesada, ha disparado al punto débil de Santos, justo en su línea de flotación, y ha acertado de pleno. Y ahora él se hunde sin remedio frente a ella.

Santos está pálido, como un cadáver. Dos lágrimas recorren su camino en silencio desde sus ojos y caen al suelo.

Mientras, Lía se mira la mano. Quiere disculparse pero le es imposible: está al principio de una de sus crisis.

–Necesito estar solo –dice Santos al fin–. Si me necesitáis, estaré en mi casa.

Luego sale del pub caminando con las manos en los bolsillos, los hombros caídos y arrastrando los pies.

Xián resopla. Rosmary está seria, en silencio. Lía se mira la mano derecha. En realidad, ve a través de ella: es casi invisible.

–¿Estás bien? –le pregunta Xián.

–Eso es, tú encima preocúpate por ella –dice Rosmary.

Lía intenta mirarla con ojos furiosos, pero solo es capaz de hacerlo con tristeza. Mientras, Xián intenta poner paz situándose entre ambas.

–Estoy harta de llorar por él –se queja Lía luchando por contener las lágrimas.

–Ay, pobrecita, la víctima... Todo lo malo le pasa a ella. Si en el fondo te encanta sufrir. Eres de

lo peor –la ataca Rosmary con Xián haciéndole gestos para que se calle.

Lía se queda en fuera de juego por la reacción de Rosmary. Sus lágrimas de tristeza cesan y la ira comienza a regresar.

–En el fondo eres una niñata–dice Rosmary–. Eres atractiva incluso vestida así. Has recibido pocos noes. Y se nota. ¿Que Santos te deja? Pues sus razones tendrá. Pero claro, tú eres incapaz de aceptarlo. Y pataleas, lloriqueas y le acuchillas a traición donde más le duele.

Ahora Lía necesita salir de allí de forma urgente. Y Rosmary está en peligro.

–Insultar a los muertos es ir demasiado lejos hasta para ti –sentencia Rosmary–, niñata inmadura

La intención de Lía es agarrar a Rosemary por el cuello, aunque en el último momento se contiene por la cara de susto de Xián y porque Rosmary es su ex pareja.

–Venga, pégame, PÉGAME, si te atreves –le reta Rosmary.

Pero Lía se sube la cremallera de su cazadora, se da la vuelta y sale del pub.

–¿Por qué siempre haces lo mismo? –le dice Xián a Rosmary–, o discutes o revientas.

–¿Y tú por qué la defiendes?

Lía se preocupa por Xián: le ha ayudado a ser del equipo sin pedir nada a cambio, aunque Rosmary desconoce tanto esto como sus traumas.

–Este es el momento perfecto para ponerte al día –dice Xián siendo consciente de la posibilidad de llevarse una bofetada por haber esperado tanto para contárselo.

2

Lía, tras haber caminado durante más de una hora, está cerca de la casa de Santos, sentada sola en el banco de un parque bajo la suave lluvia de Németa.

El frío la hace tiritar, levantarse y buscar refugio. Pero la batalla campal de hace una hora en el pub sumado a la falta de horas de sueño de las últimas semanas, le pasan factura: en cuanto se sienta y apoya la cabeza en el mármol negro de un portal, se queda dormida.

Horas después alguien la despierta. Un tipo con pinta de pandillero se ha sentado a su lado y le está soplando en la cara. De pie, alrededor de ella, hay otros 3 más y sus alientos apestan a alcohol.

Uno de ellos empieza a hacer gestos obscenos. Lía mira alrededor: están en un sitio escondido, en un callejón poco transitado. Si quisieran atacar a alguien, este sería el sitio ideal. Lía se pone de pie, despacio, en medio de los 4 maleantes.

–Estás muy buena, rubita –dice uno de ellos.

–Y así, con todo el rímel corrido y los ojos claros, tiene pinta de siniestra. ¡Cómo me pone! –dice otro.

–Se dice gótica, gilipollas –contesta otro de ellos.

–Tu puta madre –le responde este haciéndole un corte de mangas.

–Este es el típico sitio donde puedes cometer un delito... –le amenaza otro de ellos.

–Y jamás nadie lo sabrá –le acaba la frase el cabecilla–. Porque estás en nuestro territorio. Y aquí nunca viene la policía.

–Chicos, os vais a hacer daño –responde Lía mirándose la mano.

–Mira, si la zorrilla sabe hablar.

–Venga, iros a casa a dormir la borrachera –les insiste. Ahora su mano ya es casi invisible, aunque tiene claro como corregirlo. Conoce de sobra a este tipo de hombres: suelen condenarse a sí mismos con sus palabras.

–Te voy a cerrar la boca de una hostia, zorrilla –le responde uno de ellos.

–Puedes gritar todo lo que quieras, aquí nadie te va a oír, ¿verdad chicos? –dice otro mirándola en plan baboso de arriba a abajo.

Entonces dos de ellos se ponen detrás de Lía, con intención de agarrarla.

–Eso te pasa por salir sola de casa.

Los 4 se ríen, pensando ya en cómo repartirse a su nueva presa.

Lía es una bomba atómica a punto de estallar. Y el detonante llega cuando uno de los borrachos, con aspiraciones de violador, la agarra por detrás y los otros la rodean.

–Gracias –susurra Lía.

Porque en cuanto la tocan durante una de sus crisis, explota de forma automática y su ira se desata sin control.

Los golpes secos y rápidos se suceden. En su día los aprendió para dañar e inmovilizar a mercenarios duros, entrenados y con sus sentidos alerta. Y descargados ahora por Lía con toda su furia y fuerza, derriban en segundos a 3 de ellos.

Mientras dos lloran pidiendo clemencia, otro permanece mudo, aterrado, y el otro yace boca abajo y mancha el suelo con su sangre.

Lía hace recuento: le ha roto la pierna a uno de ellos, a otro la nariz y un brazo al tercero. Y en cuanto al cuarto, ha dejado lo mejor para el final. Él fue quién la agarró y está acorralado contra la puerta del portal.

–Te voy a dar una lección –le dice Lía sacando su pistola y apuntándole con ella.

–No...no...

–Dadme vuestras carteras YA. Y también quiero la tuya –dice Lía señalando al del suelo en cuanto se incorpora un poco.

En menos de 5 segundos ya se las han dado. Ahora tienen miedo a morir y ninguno quiere ser el primero.

Lía saca de ellas varios DNI y carnets de conducir y se los guarda. Así, con la amenaza velada de “sé quienes sois y donde vivís”, evitarán la tentación de denunciarla. A continuación, pone la pistola en el cuello del cabecilla.

–¿Te gustan mis ojos? –le dice.

–Sí, sí...

–Me alegro. Porque serán tu última visión antes de morir. Y como “este es el típico sitio donde puedes cometer un delito. Y jamás nadie lo sabrá”... –repite Lía.

–No, por favor...

–Soy la muerte y he venido a buscarte. Despídete.

Según dice esto, Lía aprieta más la pistola contra el cuello del aprendiz de violador, dejándole casi sin respiración, y su mano se recupera: ya es casi visible.

–Venga, levanta las manos y cierra los ojos. Mejor, cerradlos los cuatro. Y calladitos. Eso es. Os voy a enseñar un juego. Se llama “a quién primero abra los ojos le pego un tiro”.

Y entonces le rompe la nariz de un puñetazo. El cabecilla se encoge por el dolor, pero con los ojos cerrados, por supuesto.

–¿Qué te romperé? ¿Un brazo? ¿Una pierna? –amenaza Lía.

–Perdona...

–¿Qué te dije sobre hablar? –le recuerda Lía. Al oírla, el tipo se calla y ella se va en silencio: ahora percibe su mano normal.

“Estos idiotas me han venido muy bien”, piensa.

Se siente mejor. Más animada. Aunque tanto la piel como la ropa están manchadas de sangre.

Al revisar sus Whatsapps ve uno de Santos: quiere arreglar lo suyo con ella y Lía sonríe al leerlo. Está cerca de su casa y hacia allí se dirige.

Mientras, la gente se asusta al cruzarse con ella por la cantidad de sangre en su cara y ropa.

Son las 7 de la mañana. Unas horas antes Santos ha enviado un mensaje de paz a Lía:

“Esto no puede seguir así. Necesito verte, hablar y si es posible arreglar lo nuestro. O al menos tener una tregua para poder trabajar juntos”

Seguido de otro:

“Te echo de menos”.

Lía le contesta:

“Estoy despierta y al lado de tu casa. Me paso ahora por ahí si te viene bien, pero estoy empapada”

Santos:

“Puedes ducharte aquí si quieres”.

Lía:

“¿Sigues sin tener secador para el pelo?”

Santos:

“Vente y hablamos”

Lía llega a casa de Santos en 10 minutos y llama al video portero. Él le abre y ella sube por las escaleras. Santos se asusta en cuanto la ve: está manchada de sangre, aunque sus ojos grises como la plata vieja transmiten calma.

Cuando Santos va a preguntar, Lía le tapa la boca: –Perdóname por lo de tú abuelo. Estaba enfadada y quería hacerte daño.

–Lía, tienes sangre...

–Estoy bien. Y por favor, déjame hablar, escúchame. Lo nuestro se acabó, no soy tu tipo, lo acepto, pero necesito seguir trabajando contigo en este caso. Quiero vengar a Erika y...

Santos la interrumpe: –¿Qué no eres mi tipo?

–Ya has visto como soy.

–Anda, pasa y deja ya de decir tonterías –le dice Santos sonriendo y cogiéndole la mano.

Una vez dentro del piso, a Lía los ojos verdes de Santos le parecen ahora mismo más brillantes de lo habitual.

Y entonces, Lía también se asusta: se ha topado con su propia imagen empapada y salpicada de sangre reflejada en el espejo de la entrada. Sin decir nada, le suelta la mano a Santos y se va directa a la ducha.

Allí se lo toma con calma, y tras media hora sale del baño envuelta en una toalla. Después, busca a Santos por la casa, aunque parece que Santos se ha ido.

Al principio Lía está tranquila. Pero, tras quedar con Santos, está sola otra vez. Y la paranoia, poco a poco, va volviendo.

–¿Me lo has vuelto a hacer? ¿Me has dejado plantada? –dice en voz alta.

Decide entonces vestirse de nuevo con su ropa manchada de sangre.

Tras 10 minutos de montarse películas mentales, ya está casi al límite. Y entonces oye a Santos abrir la puerta y hablar con una mujer.

Esta insiste en entrar en la casa pero Santos se lo impide. Ella insiste y él le dice en voz baja: –No puede ser, Ángela, hoy tengo visita.

Entonces Lía empieza a hiperventilar. Quiere irse, pero se siente bloqueada. Está agotada, mareada, sin comer, sin dormir y cada vez más adrenalina recorre su flujo sanguíneo.

Lía sigue oyendo la conversación de Santos y Ángela insiste en quedarse.

Evita mirar su mano. Prefiere no saber si puede verla o no. El corazón le late en los oídos. Las pulsaciones van subiendo y ya siente el sabor salado del sudor en sus labios.

Ya está cerca del estado de shock. Su forma de pensar cambia. Las heridas vuelven a abrirse, los traumas se fortalecen y su batalla interior está en su clímax.

Se siente ninguneada, como cuando los otros niños cambiaban de acera para evitar saludarla. Como cuando se acercaba a un grupo de compañeros de clase y estos se callaban en cuanto ella llegaba. Como cuando la ignoraban y hablaban de ella como si no estuviese allí, como si fuese invisible.

Pero esta humillación de Santos la siente con extrema dureza, porque con él se ha sentido en su hogar por primera vez en su vida.

–¿Quedas conmigo y te vas? –se dice Lía a sí misma–. ¿Te avergüenzas de mí?

En cuanto murmura esto, su ya delicado equilibrio se desmorona como un castillo de naipes mal construido. Su embalse emocional se rompe y sus sentimientos se desbordan como millones de toneladas de agua, sin control, arrasando, devastando...

La adrenalina ya está en niveles peligrosos, le falta el aire, y su corazón golpea con fuerza su caja torácica, como queriendo salir de ella.

Y ocurre lo de siempre: al mirar su mano es casi invisible. Ya solo piensa en sobrevivir. Se levanta y va hasta el pasillo, mareada, tropezando con los muebles, hacia donde está Santos.

–Hablamos en otro momento, Ángela –dice Santos justo antes de cerrar la puerta.

–¿Otra vez Ángela en tu casa? ¿En qué equipo juegas, Santos? –murmura Lía para sí misma, con la mano sobre su pistola.

En ese momento Santos, calmado y sonriente, entra en el salón con un secador en la mano, y se encuentra a Lía demacrada, en el máximo de su crisis de ansiedad. Al verla, Santos se transforma en una estatua, serio, sin pestañear.

–Lía, ¿qué sucede?

–¿Te estás riendo de mí? ¿Con quién hablabas hace un minuto? –responde Lía jadeando.

–Le he pedido este secador a mi vecina de arriba. Y como es un poco cotilla quería entrar a fisgonear y...

–Te he escuchado hablar con Ángela –le interrumpe Lía.

Santos se preocupa ante esta respuesta y él también se empieza a poner pálido. Con lentitud, deja el secador en el suelo y se mantiene en silencio.

–¿Cuándo te has pasado al otro bando? –pregunta Lía

–Si te calmas te lo explico.

–CÁLLATE –ordena Lía con una expresión mezcla de ira y terror y lágrimas de rabia fluyendo por su pálida cara hasta el suelo.

–Lía...

–QUE–TE–CALLES. No quiero oírte.

–Vale, ya te lo explicaré cuándo te relajes.

Ella tiene la mano sobre su arma para calmarse, aunque su respiración se sigue acelerando mientras Santos está tranquilo, sin intuir el peligro.

Pero en ese momento lo recuerda: ya no puede intuir nada. Ahora necesita leer el lenguaje corporal y facial de las personas para saber sus intenciones. Y cuando observa la expresión de Lía, con su mano en la pistola, siente que se le pone la piel de gallina.

Y entonces Santos comete el error de intentar calmarla poniendo su mano sobre su hombro. En

cuanto Lía siente el contacto, sus pupilas encogen hasta quedar del tamaño de dos alfileres negros rodeados de acero gris.

La mano sobre la pistola. La expresión ausente. El rímel corrido. La sangre seca en su ropa. Jadeando, a 120 pulsaciones por minuto. Y Santos le pone la mano en el hombro...

El instinto de supervivencia toma el control y la parte racional del cerebro de Lía se apaga. Saca la pistola y apunta a Santos a la cabeza.

Varias veces Santos se preguntó cómo serían los instantes previos a su muerte y ahora, que la tiene tan cerca, siente calma.

Pero tras un minuto, que a Lía le parece un año, su guerra civil interior finaliza: su mano es visible desde hace ya un rato.

En silencio y sin mirar a Santos, Lía guarda su arma y se va del piso.

Justo cuando Lía sale a la calle le llega un mensaje al móvil. Es Rosmary:

“Lo siento mucho. Me he pasado contigo”

Lía le responde:

“¿¿??”

Rosmary:

“Xián me ha estado hablando de ti. ¿Dónde estás?”

Lía:

“Tranquila, esto me pasa porque estoy fuera de lugar”

Rosmary:

“No es así”

Lía:

“Sí lo es. Antes mi vida era más fácil. Era alguien, me respetaban. Disculpas aceptadas. Hablamos en otro momento”

Según acaba de contestar, Lía se acuerda de las llaves de la casa de Santos: las lleva en el bolsillo y quiere devolverlas. Regresa al portal, abre la puerta, las deja en su buzón y sale de nuevo a la calle.

Pero justo antes de cerrarse la puerta vuelve a entrar, revisa los nombres en los buzones y lo ve:

“Ángela Martínez 2º Izquierda”

–Idiota, era su vecina –se dice a sí misma.

Se aguanta las lágrimas mientras la vergüenza se apodera de ella. Ahora se siente pequeña y tonta. Aunque su mano sigue visible, y eso sí le parece extraño.

Se sienta en las escaleras del portal para tomar aliento y se imagina su vida tal y como debería ser...

Entretanto, a 3 metros encima de ella, a Santos se le amontonan las preguntas en su mente, creadas por el ángulo muerto de información entre ellos.

–¿Por qué se ha puesto así en cuanto la he tocado? ¿De quién era la sangre que había en su ropa? ¿Quién es Lía en realidad? ¿Lo sabré algún día?

Y después se hace la pregunta fundamental: –¿Me puedo fiar de ella?

Fin de la segunda parte.

Capítulo 13. Solos en en infierno

1

–Estoy de acuerdo contigo –le dice Santos al técnico de laboratorio sentado a su lado–, es difícil mejorar la maldición de Letheo 1.0, pero se puede hacer.

–Por supuesto. Las Piezas Negras venceremos –responde Xián.

–Sois nuevos, ¿verdad? –dice la auxiliar de laboratorio sentada enfrente de Santos.

–Pues sí, ¿por qué lo dices? –responde Xián.

Santos y Xián están sentados en una mesa, dentro del laboratorio principal de Las Piezas Negras, justo debajo de su cuartel general. Están en el comedor comunitario y comparten mesa con un hombre de unos 50 años y una mujer de unos 35.

Los 4 llevan bata blanca. En la de la chica puede leerse “Técnico Clase 2. Investigación roja”. En la del hombre “Técnico superior. Investigación roja”. Y en las de Santos y Xián “Auxiliar. Investigación Negra”.

–Los de arriba tienen prohibido usar ese nombre en público, incluso a nosotros –dice la mujer señalando hacia el techo–. Si os escuchan, tendremos un problema.

–¿Qué nombre? –pregunta Xián.

–Piezas Negras –susurra la mujer.

–Menuda tontería –responde Xián.

–Si nos referimos así a nosotros mismos aquí dentro –dice el hombre–, se te puede escapar cuando estés en el exterior.

–Y eso jamás debe ocurrir –dice la mujer. Luego baja el tojo hasta susurrar–, porque el mundo cree que Las Piezas Negras no existen.

–Tiene sentido –dice Santos.

–Qué va –responde Xián.

–Oye, sois una mala influencia –dice la mujer–. En mis 5 años aquí jamás había roto la regla del nombre oculto, y ahora...

–Venga, vámonos a trabajar –le interrumpe el hombre con gesto serio. Después, él y la mujer se levantan de la mesa y se alejan sin despedirse.

Santos mira alrededor con recelo. Una vez está seguro de que nadie puede oírle, le dice a Xián: –¿Se habrán dado cuenta?

Xián le mira serio y en silencio durante unos segundos. A continuación se encoge de hombros y desvía la mirada, como buscando a alguien.

–El contacto llega ya 10 minutos tarde –dice Xián.

–Eso me preocupa. Cuanto más tiempo pasemos aquí, más llamaremos la atención –dice Santos fijando su vista en la bata de Xián: le queda pequeña y las mangas le llegan solo hasta la mitad del antebrazo.

Ambos se levantan y se acercan al buffet de la comida. Llenan sus bandejas y vigilan como gatos quién entra y sale del comedor.

Xián se ha quitado sus pendientes de aro y se ha afeitado, pero su forma de andar es desgarrada, dejada, distinta al andar estirado de las personas con quienes se cruzan por los pasillos. Y su ojo algo morado y el par de heridas en sus labios tampoco ayudan.

La mayoría se extrañan al cruzarse con él y ver sus heridas en la cara aunque, al poco, vuelven a lo suyo. Santos si pasa más desapercibido.

–Esas marcas en tu cara van a ser nuestra perdición –dice Santos.

–Me atacaron de camino a casa.

Santos niega con la cabeza con expresión de “no me creo nada”.

–Pues Lía me creyó.

–Imposible, nos dejó hace semanas –dice Santos.

–El día antes de irse vino por casa a despedirse y...

–Cuidado Xián –dice Santos al ver que el hombre con quién han compartido mesa unos minutos antes entra de nuevo en el comedor. Ahora lo acompaña un guardia de seguridad. Ambos conversan mirando hacia ellos.

Xián baja los ojos, pero Santos les mantiene la mirada y libera tensión apretando los puños. Luego el hombre se va, aunque el guardia de seguridad se queda y les escudriña con la mano derecha apoyada en la pistola de su cinturón unos segundos antes de irse.

–Eso estuvo cerca –dice Xián al ver como se aleja del comedor.

–Hazte a la idea: tenemos una posibilidad entre diez de escapar vivos de aquí –comenta Santos en voz baja, mientras corta un pedazo de manzana.

–Jefe, eres un fenómeno dando ánimos –refunfuña Xián mientras pela una naranja sentado justo enfrente de él, en la misma mesa del comedor.

–¿Qué ha ido mal para estar aquí metidos? –se pregunta Santos.

–O qué hemos hecho bien para habernos colado en el laboratorio principal de Las Piezas Negras, justo debajo de su cuartel general –responde Xián tratando de ser positivo–. Acabamos la misión y nos vamos. Fácil.

–Yo solo pienso en cumplir nuestros objetivos.

–Encargarnos de la maldición de Letheo, El Segador y El Jugador, lo sé... –responde Xián.

–Te olvidas de Antígona –dice Santos.

–Me da pena dañar algo tan bello.

–Xián, deja de pensar con la... shhh, se acerca alguien –susurra Santos.

Ambos guardan silencio y mastican cuando un hombre con bata blanca y la palabra “Auxiliar. Investigación Negra” escrita en ella, idéntica a las suyas, pasa por su lado y les saluda. Santos y Xián hacen lo mismo.

Los 2 están sentados en la mesa más apartada del enorme comedor rectangular, con capacidad para 200 personas, de paredes, techo y suelos blancos, sin una mancha.

–Esto es extraño. Fíjate en la iluminación –comenta Santos.

–Ya me había percatado. No hay focos ni bombillas. Parece como si la luz se crease en las propias paredes. Fíjate –dice Xián levantando una mano y estirándola en horizontal, 20 cm por encima de la mesa–, ni siquiera formamos sombras.

–No me hables de sombras –responde Santos.

–Si Lía estuviese aquí con nosotros...

–Incluso con ella, nadie nos podría salvar si El Segador nos encuentra aquí dentro –responde Santos cruzando los brazos–. Le pagué un dineral por protegernos y, en el momento de la verdad, nos ha dejado tirados.

–Típico de las mujeres –responde Xián.

–Y de los hombres –responde Santos clavándole la mirada.

–Cierto. Porque tampoco me habla nadie del barrio por tu fantástica idea de ser yo mismo.

–Se trata de dejar de hacer la pelota a la gente y de buscar un término medio. Ahora eres maleducado y agresivo.

–Y lo dice quién se ha peleado con Lía y ha conseguido que se vaya para siempre.

Xián culpabiliza a Santos de esto en cuanto tiene ocasión. E incluso comprende a Lía y su marcha.

Y así se lo hace saber a Santos, varias veces al día.

–Eso es un golpe bajo.

–Esa era la idea. Porque con Lía aquí yo sería mucho más feliz –insiste Xián.

–Yo también, pero se ha ido. Asúmelo –insiste Santos.

–Culpa tuya por tratarla mal –murmura Xián sin mirar a Santos a los ojos.

Este se hace el loco y cambia de tema: –Son las 2 y media de la tarde y nuestro contacto no aparece.

–Podemos agilizar yendo a buscarle y... –se impacienta Xián.

–Calma –interrumpe Santos–, él se pondrá en contacto con nosotros. Yo desconozco su aspecto, aunque él sí tiene mi descripción.

–Esto pinta mal...

–Oye Xián –cambia Santos de tema–, aquí la gente está en silencio. Fíjate.

–Yo también había notado cierto ambiente de biblioteca –corroboración Xián mirando con disimulo a su alrededor.

–¿Qué te parece si nos estamos calladitos un rato para disimular, mientras esperamos al dichoso contacto? –propone Santos.

Xián asiente y comienza a curiosear, a observar las sillas, mesas, luz, comidas de los demás, como se saludan...

Unos 15 segundos después Xián ya se ha cansado de guardar silencio y le pregunta a Santos: –Oye, ¿y tu intuición?

Santos niega con la cabeza.

–¿Nada de nada?

Santos sigue negando.

–¿Pero...?

–Vale –dice Santos sonriendo–, como es imposible que estés callado, mejor te lo cuento y acabamos antes. Sigo creyendo en maldiciones, sintiéndome culpable y temiendo por la muerte de Lía.

–Asúmelo. Lía se ha ido para no volver y está a salvo de la maldición de las 3 balas.

–Quién sabe... Y sobre mi intuición, a lo mejor bajo tensión extrema vuelve. Ya pasé por algo parecido hace unos años y me recuperé así.

–Pues estamos en el cuartel general de nuestros enemigos, a varios pisos bajo tierra. Más presión imposible.

–Es una misión sin posibilidades de éxito a menos que recupere mi intuición. Pero prefiero estar aquí a mirar hacia otro lado y ser cómplice de la muerte de nuestra libertad.

Y entonces ocurre el milagro: Xián, serio y afectado por las palabras de Santos, se queda en silencio mirando hacia una cámara en el techo, a la vez que el guarida de seguridad, desde la sala de vigilancia, les observa a través de ella.

En ese momento y en el mismo edificio, 4 niveles por encima de ellos, El Jugador ajusta cuentas con una de sus sombras.

–Verás, yo no creo en la justicia, a menos que sea yo quien la imparta –dice El Jugador.

–Cuando eras juez –le dice la sombra

–Eso duró poco, se me quedó pequeño. Te diría que este sistema es blando, decadente. Aunque tan solo es ineficaz.

–Oí que te despidieron.

–Es la segunda vez que me tuteas –dice El Jugador echándose para atrás en su sillón y mirándole por encima de sus gafas.

Luego se relaja y empieza a dar golpecitos con sus dedos, uno por uno, a la mesa.

–Disculpe –dice el trabajador mirando la mano de El Jugador.

–¿Disculpe y qué más?

–Disculpe, señor.

–Ten presente cuál es tú sitio en todo momento.

–Pensaré en ello.

–NO. Si empiezas a pensar ya no me sirves. Y es contagioso.

–Lo recordaré, señor.

–Estoy seguro de ello –murmura El Jugador entre dientes–. Ahora puedes marcharte.

En cuanto se da la vuelta, le dedica una mirada asesina, descuelga el teléfono de su mesa y llama a Antígona para encargarle su eliminación por ser sospechoso de ser un infiltrado. Y Antígona se lo encarga a El Segador, que acata la orden a regañadientes.

Aún dentro del cuartel general de Las Piezas Negras, da la orden a 4 de sus hombres. Le detienen, lo atan y amordazan. Después, una vez están los dos solos, habla con él.

–Bueno, hoy te ha tocado a morir. Te dejaría escoger la manera, es lo habitual en estos casos. Pero como eres idiota y te coges confianzas, como tutear al jefe, y eres un infiltrado...

El hombre atado y amordazado empieza a negar con la cabeza.

–Tengo orden de torturarte.

El presunto infiltrado empieza a patallar y El Segador le inyecta el contenido de una jeringuilla. A los 10 segundos se queda dormido. Tras un minuto, se le para el corazón y muere.

–Y órdenes como esas jamás volveré a cumplirlas. Eras un buen soldado.

El Segador le habla al cadáver del soldado sombra. Lo hace desde siempre. Le habla a su obra, como un escultor a su escultura. Después llama a Antígona.

Esta pisa con fuerza y sonrío con malicia pues su plan se cumple con la precisión de un reloj atómico.

–Esto es humillante –dice El Segador–, me envía a matar a los nuestros pero me prohíbe ir a por quienes asesinaron a Octavio.

–Tranquilo –responde Antígona.

–He matado para él, tanto a escoria como a dirigentes, millonarios, a gente poderosa. Solo obediencia ciega. Y cuando necesito mi justa venganza, me la niega.

–Cálmate.

–Es fácil para ti. No era tu hermano.

–Julio, voy a colgar. Hablar contigo de esto nos pone en peligro a ambos. Acata las órdenes. Se astuto. Y espera tu momento en silencio, tal como hago yo.

–La manipulación es tu estilo, el mío es ir de cara.

–Al menos espérame antes de hablar con El Jugador –dice Antígona.

Sin embargo El Segador ha cortado la llamada sin escuchar esto último. Antígona acelera el paso. Va hacia el despacho de presidencia. Al llegar, la conversación entre ellos ya ha comenzado.

–Los mataré a los tres, pero antes los haré sufrir –dice El Segador.

–Insisto, te contendrás. Y obedecerás –ordena El Jugador.

–No me pidas eso.

–Nos ocultaste lo de tu hermano. Ese será tu justo castigo.

El Segador está serio y quieto, aunque en su interior las ideas y sentimientos se aceleran cada vez más y el dolor de recuerdos afilados como cuchillos le hace fruncir el ceño.

Antígona interviene: –A mí me gustaría saber cómo lo hicisteis para engañarnos tan bien.

El Segador la mira con los ojos entrecerrados: ella ya conoce la historia. Él mismo se la contó en un momento íntimo entre ambos. No obstante, decide seguirle la corriente.

El Jugador mira a Antígona y asiente.

–A partir de los 12 años, mi padre nos llevaba con él de “cacería”. Los sin techo eran nuestro objetivo principal. Yo disfrutaba de aquello. Octavio lo odiaba. Éramos muy distintos. Él siempre vivió en la duda, yo para la acción. Para mí era como un servicio público de limpieza. Deberían pagarnos, el estado debería hacerlo.

–Pero ha sido Corporatio quién lo ha hecho –dice El Jugador.

El Segador inclina la cabeza en señal de respeto y prosigue: –Octavio nos ponía excusas para evitar ir. Y cuando venía, participaba poco. Los amigos de mi padre y sus hijos estaban allí. Era una forma fantástica de hacer amistades valientes y con gusto por la acción. Fueron buenos tiempos.

–¿Y qué pasó? –pregunta El Segador

–Que se metieron en política y lo estropearon. En cuanto empezó la guerra civil entre ellos, mi hermano y yo dejamos el “Grupo de acción y justicia social”. Yo nunca he hecho nada por ideales políticos. Yo hago esto porque me encanta.

El Segador disfruta de sus recuerdos: sonrío, tiene la mirada perdida y sus ojos oblicuos como los de un lobo están entrecerrados.

–La sensación de llegar a casa, limpiarte la sangre y... –prosigue El Segador.

–Esa parte ahórratela por favor –dice El Jugador levantando la mano.

–Como quieras –prosigue El Segador negando con la cabeza–. Mi padre se lo tomó fatal. Me quería de vuelta en el “Grupo de acción y justicia social”. Yo era la estrella allí, por hacer *lo necesario* sin dudas ni remordimientos.

–Como debe ser –interviene Antígona.

–Me negué a volver. Y mi hermano también. Eso cabreó mucho a mi padre y fue el fin de mi madre.

–Vaya –dice Antígona fingiendo estar afectada.

–Mi padre nos quería hacer daño a través de ella. El viejo cabrón la mató. Octavio la vio muerta y quedó roto. Entonces, entró en depresión y yo tuve la excusa para matar a mi padre. Así Octavio se alegraría, pensaba yo.

–Entonces los rumores eran ciertos –dice El Segador–. Mataste a tu padre.

–Fui rápido, le...

–Esa parte tampoco quiero saberla –le interrumpe El Jugador–. Sigue con lo de tu hermano.

–Octavio me echó en cara el haberle dejado huérfano. El muy idiota incluso quería a mi padre. Aunque hasta ese momento no me lo había dicho. Mi hermano se debatía entre el cariño hacia mí y su rechazo por mi estilo de vida.

El Segador hace una pausa y mira al suelo. Su cara refleja pena y deja caer un poco los hombros durante 2 segundos. Luego reprime sus sentimientos, se rearma y recupera su habitual aspecto amenazador.

–Y entonces Octavio se esfumó. De forma temporal, pensé. Pero pasaron las semanas, meses y

años. Ahora era yo el...

El Segador se detiene y mira a los ojos a El Jugador y después a Antígona: prefiere ocultarles su depresión en aquel momento. Es su punto débil y necesita mantenerlo oculto.

–Me busqué varios trabajos para estar ocupado –prosigue El Segador–, a cada cual más desastroso que el anterior.

–Te echaban, supongo –dice El Jugador.

–Más bien me peleaba con los jefes. Solían acabar en el hospital y yo denunciado. Y entonces fue cuando algo cambió. En una de mis noches de vagabundeo por internet, encontré un test de personalidad, uno distinto al resto.

–¿Diferente en qué? –pregunta Antígona.

–Algunas preguntas eran las típicas: ¿Eres sociable? ¿Tienes imaginación o algún don artístico? ¿Te gusta ayudar a otros? Pero había otras del estilo: ¿Eres agresivo? Sí ¿Te gusta pelear? Es lo que más me gusta ¿Ayudas a los necesitados? No, son unos vagos ¿Eres un líder? Sí, por supuesto, por las buenas o por las malas.

–Entiendo –dice Antígona.

–Una vez lo completé y envié el test, recibí un segundo cuestionario en mi email. Era más afinado. Parecía una radiografía de mí, aunque eso tú ya lo conoces.

–Claro, pero quiero oírlo de ti –contesta El Jugador.

–¿Cuándo has matado por última vez? Esa era la primera pregunta. Luego otras como si lo había disfrutado, si era de alguna ideología y si mataría por ella. Si había tenido remordimientos alguna vez en mi vida por dañar a otros, si era atlético... fueron 60 preguntas y 58 síes.

–Ese test lo pusimos ahí para encontrar a seres especiales, como tú –dice El Jugador con calma–. Hasta tenías el nombre perfecto: Julio César.

–Aunque mi hermano veía al Imperio Romano como una organización creada para la rapiña y depredación sin límites, nuestro padre admiraba su grandeza y gloria, como yo. Según él, Julio César y Octavio Augusto habían enseñado el camino para destruir a las repúblicas del mundo.

–Por eso tú eres Julio César –dice Antígona.

–Y mi hermano Octavio. Y por eso el estandarte es sagrado para mí.

–El estandarte es falso –dice El Jugador.

El Segador pone cara de sorpresa, mira hacia Antígona y dice: –Siempre manipulando.

–Era mejor que pensaras que era auténtico –se defiende Antígona.

–Prosigue, por favor –dice El Jugador.

–Para mí es incómodo hablar de mi hermano, así que voy a resumir. Tardé 8 años en encontrarle. Después, yo mismo le entrené como a una sombra, aunque al margen de ellas. Y tanto eso, como lo de mantenerle oculto, incluso para vosotros, lo hice porque él me lo pidió.

–¿Cómo le convenciste para volver contigo? –pregunta Antígona.

–Le dije que solo iríamos a por los que se lo mereciesen.

–Le mentiste –dice Antígona.

–No desde mi punto de vista.

–¿Quién es el manipulador ahora? –pregunta Antígona sonriendo de medio lado.

–Con Octavio a mi lado –dice El Segador ignorando el comentario de Antígona–, El Segador podía estar en 2 sitios a la vez.

–Yo pensaba en alguno de tus hombres haciéndose pasar por ti –dice Antígona.

El Segador le clava su mirada de lobo a punto de atacar y le responde: –Soy el mejor. Solo mi hermano estaba a la altura para hacerse pasar por mí.

–¿El mejor? Pues Castillo te venció –le ataca Antígona.

–Puedo matarla cuando quiera.

–Espera, ¿sabes dónde está Castillo? –pregunta El Jugador.

El Segador se tensa y se pone en pie. Se está imaginando cuatro formas, a cada cual más dolorosa, de ejecutar a Antígona.

Pero El Jugador se ha incorporado en su silla y ha dejado sus gafas en la mesa al oír esto.

–Contesta, por favor –insiste Antígona.

–Yo no recibo órdenes de ti –responde El Segador.

–Por ahora.

–Tiene razón, Antígona. Aquí mando y decido yo –sentencia El Jugador–. Y tú, Julio, ¿de verdad te venció Castillo?

–Pura suerte, para mí no cuenta –dice El Segador cerrando los puños con fuerza. Tiembla de pura ira, con las arterias del cuello hinchadas, la cara enrojecida y los ojos inyectados en sangre. El Jugador lo percibe e intenta tranquilizarle.

–Yo también he perdido alguna vez. Le puede pasar a cualquiera –dice El Jugador.

–Al vencerte, en teoría es Castillo quién debe llevar el título de El Segador –le espeta Antígona hurgando en esta herida infectada en el enorme ego de El Segador–, y no tú.

–Cuando abandonó dejó de existir para nosotros. Tú eres El Segador –le defiende El Jugador.

–Ha sido la única vez –miente El Segador recordando como Santos Luna escapó de él unos meses atrás.

Antígona, sabedora de esto, sonríe y levanta dos dedos.

“Dos veces”, vocaliza sin emitir ningún sonido.

Al estar situada de pie, al lado del sillón de El Jugador pero un paso hacia atrás, este no se percata.

–Cuando Castillo abandonó, creo un precedente negativo –dice El Jugador–, tras el cual casi la mitad de los soldados sombra desertaron. Si vuelve, ellos también regresarán.

–¿En qué nos convertiremos si traemos de vuelta a los traidores? –pregunta El Segador.

–¿Tú qué opinas? –dice El Jugador mirando a Antígona mientras esta se mantiene en silencio, retándole con la mirada.

Unos 5 segundos después El Jugador lanza su oferta: –Si Castillo regresa serás Reina.

Antígona intenta contener su alegría. Prefiere mantenerse en silencio y ocultar su excitación, aunque le cuesta.

–Y junto con la maldición de Letheo 2.0 seremos invencibles –sentencia El Jugador.

–Os estáis metiendo en terreno peligroso –dice El Segador.

–¿Puedes localizarle? –pregunta El Jugador. Antígona señala a El Segador y este le sostiene la mirada a El Jugador durante 10 segundos, creando tensión con su silencio.

–Vaya, vaya. Aprendes rápido, Julio. Está bien. Si Castillo regresa, tendrás tu venganza.

–Dame tu palabra.

–La tienes.

–Yo puedo localizarle, pero va a ser difícil convencerle para volver –dice El Segador.

–Esa parte déjamela a mí –responde Antígona.

El Segador asiente, sale del despacho presidencial y recuerda como Octavio se despidió de él años atrás...

...– *Tu camino de violencia es distinto al mío. Aquí nos separamos, hermano –dijo Octavio.*

–Me echarás de menos... –respondió Julio.

–Puede ser. Sin embargo ahora necesito caminar lejos de ti.

–Ten cuidado. Es Octavio quién debe enterrar a Julio César y no al revés.

Fue en la playa, una noche de invierno. Julio vio partir a su hermano Octavio, caminando hasta desaparecer entre la niebla.

Esa noche, bajo la suave lluvia de Némata, se sintió el hombre más solo de la tierra, con la única compañía de las lejanas sirenas de los barcos saliendo del puerto y de las luces borrosas de la ciudad, con sus edificios difusos como fantasmas al fondo.

–Volverás –se dijo ese día a sí mismo. Porque Octavio siempre regresaba...

Al recordar que ahora está muerto y que esta vez ya nunca regresará, Julio César deja de caminar, herido por el dolor de la pérdida desgarrándole el pecho como un cuchillo al rojo vivo. Se agarra la cabeza. La rabia le sube por el cuerpo. La libera con brutalidad, dándole una patada a la pared de hormigón.

Entonces, escucha un crujido en su rodilla derecha. Sus botas reforzadas con punta de acero le han protegido los dedos del pie. Pero ha pegado demasiado fuerte: la intensidad de su dolor le indica una lesión grave.

Se encoge, cierra los ojos y su respiración se entrecorta.

Dos de sus hombres le han visto desde unos 10 metros y se acercan a él con gesto preocupado. Al percatarse, El Segador se recompone en un segundo, aunque solo por fuera. Y otra vez más, reprime sus sentimientos.

Después echa a andar, intentando ocultar su dolor y cojera, y pasa al lado de ellos sin siquiera mirarlos.

–¿Has visto eso?

–Vaya sorpresa, El Segador también es humano.

3

Entretanto, El Jugador y Antígona se han quedado hablando en el despacho presidencial.

–Los sucesos más interesantes no son portada ni salen en los medios de comunicación de masas – comenta Antígona.

–Ya sabes la razón –contesta El Jugador.

–No están preparados para la verdad, como nosotros –responde Antígona–. Pero podríamos hacer una excepción.

–¿Y perder el control sobre ellos? Es mejor así. Su ignorancia aumenta nuestro poder –sentencia El Jugador

Antígona permanece callada, con la mirada en el suelo. El Jugador se percata. Se quita las gafas con calma, dándose tiempo para elaborar una respuesta al silencio de Antígona.

–Has hecho un gran trabajo. Y nosotros, los que importamos, lo sabemos –dice El Jugador echándose hacia atrás en su sillón

–La maldición de Letheo 2.0 superará a las de Tutankamón o el diamante Hope. Es mi gran obra y el mundo jamás lo sabrá.

–Es nuestra. De Corporatio.

Antígona asiente y calla, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

–Te propongo algo. Si llegas a impresionarme lo suficiente para obtener el puesto vacante de

Reina, podrás dar un pequeño discurso en tu investidura y contarle a unos pocos elegidos.

–Eso nunca se ha hecho antes –responde Antígona sonriendo.

–Si llegas a Reina te lo habrás ganado. Y yo decido las normas.

–¿Cuánta gente asistirá?

–Primero cumple tú parte –dice El Jugador–. Y ahora vete y ponte con ello.

Antígona camina hacia la puerta de salida, donde se para y se da la vuelta para decir: –Voy a ser Reina antes de un mes.

4

–Nuestro contacto se retrasa –dice Santos mirando hacia la entrada del comedor y mordiéndose el labio.

–Ya vendrá –dice Xián.

–Vamos a movernos –responde Santos.

–Aquí estamos bien.

–Esto es un comedor. Nadie se pasa aquí más de 20 minutos. Si nos quedamos más de 1 hora vamos a llamar la atención.

–Pues ya lo hemos hecho.

–¿Cómo dices?

Con disimulo, Xián le indica a Santos con la mirada que gire la cabeza hacia la puerta del comedor.

El guardia de seguridad está allí de nuevo, mirándoles. En ese momento Santos reacciona, como impulsado por un muelle. Se levanta de la mesa y camina con seguridad, como si fuese alguien del personal en camino hacia su puesto.

Xián le sigue, aunque con esa dejadez tan suya en sus andares. Van directos hacia la única puerta del comedor, la misma donde está apostado el guardia de seguridad.

Se acercan a él y pasan a su lado sin mirarle. Este se gira y, con gesto severo, les sigue con la mirada hasta doblar una esquina en el pasillo y perderles de vista.

–Entrar aquí ha sido un error –dice Santos.

–Y yo me dejé convencer.

–Pero si fuiste tú quién insistió.

–Eso, eso, la culpa siempre es de Xián –dice este fingiendo sentirse ofendido.

–A lo mejor ha sido precipitado meterme aquí con la esperanza de recuperar mi intuición. Podría haber luchado de mil maneras desde fuera tal como estoy,

–Pues a buenas horas te das cuenta.

–Desde aquí me es imposible proteger a Lía.

–Por supuesto –dice Xián asintiendo con gesto irónico–. Es Lía quién necesita protección y no tú.

Según dan vueltas por los pasillos, Santos recuerda como 10 días antes, El Druida le indicó la localización exacta del cuartel general de Las Piezas Negras y su laboratorio bajo él.

Les entregó tarjetas con doble función: identificativa y para pasar por los controles. Falsas, por supuesto, pero tan bien hechas como si fuesen originales.

La seguridad del laboratorio es mediocre. Los dirigentes de Las Piezas Negras son arrogantes y les parece improbable la simple posibilidad de un enemigo infiltrándose en su centro de mando: cuentan con que el miedo mantenga alejados a sus enemigos.

Fue un infiltrado quién le dio a El Druida, y este a Santos, las coordenadas con la localización

exacta de este laboratorio, las batas y las tarjetas de identidad falsas, aunque entraron por sus propios medios...

...Una semana antes de la entrada de Santos y Xián en el laboratorio de Las Piezas Negras, Lía aún formaba parte del equipo y hubo una reunión entre los 3 para decidir cómo proceder.

Ella había investigado una excavación arqueológica cercana al laboratorio, por si hubiese alguna manera de entrar por allí, aunque sin éxito.

Por su parte Xián, a quién esa misma semana le habían dado una paliza los de su barrio porque, según él, odiaban su recién adquirida sinceridad, decía haber encontrado un túnel para entrar en la misma excavación.

A Santos le encantó la idea. A Lía le horrorizó. Y el tono fue subiendo hasta la discusión, la pelea y los gritos.

–Estáis como cabras. Haciendo eso os van a pillar –dijo Lía.

–Es la única forma de entrar –respondió Santos.

–Os detectarán en cuanto entréis.

–¿Os detectarán?

–Es un suicidio, Santos. Es una estupidez meterse ahí.

–Eres una cobarde –dijo Santos señalándola con el dedo.

Y se abrió la caja de Pandora: insultos, gritos y Xián mediando a duras penas entre ellos. Tras lo cual, Lía desapareció e, incluso, dejó de contestar a las llamadas y mensajes.

Unos días después de marcharse Lía, Santos y Xián se prepararon para entrar en el túnel: un pasadizo de dos metros de alto por metro y medio de ancho, excavado parte en roca, parte en tierra.

Santos sintió como esta abertura en la roca le atraía, le quería absorber y hacerle desaparecer.

–Venga, vamos allá –dijo Xián interrumpiendo sus funestos pensamientos.

Al caminar por el pasadizo, Santos supo, por el suelo, que era de reciente construcción, ya que el cemento aún estaba fresco en algunas zonas y despedía un olor asfixiante.

–Te veo muy calmado –le susurró Santos a Xián.

–Ya me voy acostumbrando a este trabajo, lo llevo mucho mejor –respondió este.

–Aquí hay demasiadas luces –comentó Santos según caminaban.

–Es lo normal, Si haces un túnel lo iluminas para evitar tropezar y reventarte los dientes.

–Mmm, quién sabe...

–Eso es porque nunca has trabajado en la construcción, como yo. Lo he visto montones de veces. ¿Vas a dejar de protestar y...?

–Vale, ya me callo –le interrumpió Santos.

Después de un buen trecho cuesta arriba y con goteras, por fin llegaron a una puerta metálica en la pared.

–Ves. Como te dije le han puesto una cerradura “cutre”. Esta la reviento yo con mi ganzúa casera –dijo Xián sacándola de su mochila y poniéndose a ello.

–Es extraño. Pretenden evitar la entrada a los intrusos con esta cerradura roñosa.

–La han construido hace poco y el cierre aún es provisional –razonó Xián.

–Puede ser –respondió Santos.

–Y ya está: abierta –dijo Xián 30 segundos más tarde.

–Tienes práctica, eso está claro –dijo Santos según iba evitando las goteras y charcos. Y al llegar a la puerta, se detuvo.

–¿Qué pasa? –preguntó Xián.

–Si entramos nuestra vida dependerá del infiltrado. Si no contacta, estaremos solos en el infierno –duda Santos.

–Tranquilo, aparecerá –le respondió Xián con seguridad invitándole a entrar.

Una vez dentro, llegaron a un sótano con el suelo encharcado. Había restos de metal, cemento y arena, y Xián aprovechó para guardar la ganzúa bajo unos escombros.

Santos le miró extrañado, pero este le contestó: –Por si acaso.

Después se pusieron sus batas, escondieron la mochila de Xián en una taquilla oxidada del fondo del sótano, localizaron el comedor según las indicaciones dadas a El Druida por el infiltrado y este faltó a su cita con ellos.

Y ahora caminan sin rumbo por los pasillos del laboratorio bajo el cuartel general de Las Piezas Negras.

Santos va pensando en esto cuando llegan a un ascensor. Xián saca su tarjeta de seguridad para llamarlo.

–Mejor no cambiar de planta –dice Santos.

Apenas ha acabado de decir esto cuando un viejo conocido suyo, el guardia de seguridad, dobla la esquina hacia donde están ellos y el ascensor se abre. Dos hombres con bata blanca y guantes azules salen del mismo hablando en alto y casi discutiendo.

–No y no –dice uno de ellos–, el Letheo 2.0 no alterará la MLP.

–Discrepo, fijate en los ensayos.

–Nuestro nivel en nanotecnología no es tan avanzado como para saberlo.

–Yo creo que si.

Los dos hombres van a lo suyo, pero al salir del ascensor reparan en Santos y Xián.

–Espera –dice uno de los hombres–, ¿vosotros qué opináis?

Santos mira hacia el ascensor y después hacia el guardia de seguridad: está ya a 2 metros escasos de ellos.

–Eso –dice el otro técnico–, ¿vosotros pensáis que nuestra nanotecnología afecta a la memoria a largo plazo o no?

Santos y Xián al sentir la cercanía del guardia de seguridad se miran y contestan “sí” a la vez.

–¿Ves? –le dice uno de los hombres al otro.

El otro les mira y dice: –¿Y en que os basáis para estar tan seguros?

Xián y Santos se quedan en silencio. El guardia de seguridad los observa. Los dos hombres esperan la respuesta. Santos empieza a morderse el labio inferior. Los segundos pasan, intenta sonreír, aunque la tensión le atenaza y le sale una mueca extraña. Xián, en cambio, está tranquilo, como ausente.

Los dos hombres se miran ante la falta de respuesta y Santos decide arriesgarse.

–Pues yo creo...– empieza a decir cuando el guardia de seguridad le interrumpe levantando una mano y apoyando la otra en su pistola.

–Vosotros dos, venid conmigo –les dice el guardia a Santos y Xián.

–Pero... –intenta protestar Santos.

–Y en silencio –le interrumpe el guardia.

Al mirar hacia atrás, Santos ve a los dos hombres hablando en voz baja entre ellos y al guardia de seguridad señalando el ascensor.

A Santos se le pasa por la cabeza escapar, pero ¿a adonde? Lo ve imposible, decide obedecer al guardia de seguridad y entra en el ascensor junto a Xián. Después lo hace el guardia. Este pone su

dedo índice en un escáner de huellas y, al momento, empiezan a ascender.

–¿Con que derecho se nos detiene? –protesta Santos.

–¿Y a dónde nos llevas? –le apoya Xián.

–Aquí dentro vuestros derechos los decido yo –dice el guardia de seguridad mirando a Santos con el ceño fruncido y la mano apoyada en su arma. Y luego dice mirando a Xián–. Os llevo a la zona de arrestos, ya sabéis porqué, ¿verdad?

Tras dos minutos llegan a la sala de detenciones. Allí pasan por dos estancias donde otros 4 guardias de seguridad se fijan en ellos, antes de llegar a una pequeña habitación. El guardia de seguridad les hace pasar. Después los deja solos y cierra la puerta con llave.

La habitación es de 3 x 4 metros, de paredes, suelo y techo marrón claro. Al fondo, a modo de ventana, hay un poster con unos barrotes dibujados, bajo el cual un radiador viejo gotea agua con óxido sobre el piso, formando un pequeño charco. En el centro hay una mesa y 4 sillas metálicas.

–Bueno –dice Xián–, hasta aquí hemos llegado.

Pero Santos no le escucha: está absorto mirando la habitación. Eso lleva a Xián a fijarse también en ella.

–Los muebles, las paredes –dice Xián–. Una vez vi un documental donde se veían las salas de interrogatorio de la Stasi, en Alemania Oriental. Durante la guerra fría, ya sabes... Pues esta habitación es igual.

Santos le mira con gesto serio, en silencio.

Xián frunce el ceño, le da un codazo y pregunta: –¿Qué has visto? Porque te noto agobiado.

–Fíjate bien –contesta Santos.

Xián mira a su alrededor y después niega con la cabeza. Entonces, Santos le va señalando a Xián las 4 esquinas del techo.

–Faltan las cámaras de seguridad –dice Xián.

–Exacto. Sin embargo en las demás habitaciones de este sitio sí las hay.

Xián mira a Santos, encoge los hombros y pone cara de “¿y qué me quieres decir con eso?”.

–Si quieres torturar o matar a alguien sin testigos –le explica Santos–, necesitas una habitación como esta.

Durante las 2 siguientes horas, Santos y Xián proponen, discuten y descartan planes para salir de allí, pero siempre llegan a la misma conclusión: es casi imposible.

Tras otras 2 horas, la charla nerviosa entre ellos es desplazada por el silencio y sus ideas para escapar por la resignación...

5

El Segador y 3 sombras caminan hacia presidencia. Una vez allí, este entra solo.

–¿Por qué entras sin llamar? –se queja El Jugador mirando a El Segador avanzando con los puños apretados.

–Castillo ha vuelto –dice El Segador con su mirada de lobo fija en él.

–Me alegro de oírlo –dice El Jugador sonriendo–, buen trabajo.

–Dale las gracias a Antígona. Ella le ha convencido.

–Voy a verla ahora mismo.

Al salir de presidencia, El Jugador va en dirección al despacho de Antígona y El Segador en dirección contraria.

–¿Tú no vienes? –pregunta El Jugador

–En otro momento –responde El Segador.

–Te noto disgustado con su vuelta.

El Segador se para y piensa la respuesta unos segundos: –Quizás su regreso sea lo mejor.

El Jugador se sorprende por la respuesta y prosigue su camino. Entra en el despacho de Antígona sin llamar. Castillo está en pie y de espaldas. Con ropa negra de pies a cabeza. Antígona está a su lado, sonriendo.

–Castillo. Bienvenida a casa.

Castillo se gira y El Jugador se fija en su rostro pálido, su pelo color nuez y sus enormes ojos grises como el acero. La seguridad de su mirada impacta a El Jugador.

–Este es el lugar de donde nunca debí haber salido –dice Lía Cruz “Castillo”.

6

Unas 8 horas después y 2 pisos más abajo, la puerta de la habitación donde están detenidos Santos y Xián se abre y el guardia de seguridad vuelve a entrar, cerrando con llave la puerta tras de sí. Ahora, más de cerca, Santos y Xián se fijan mejor en sus rasgos.

Es un hombre de unos 45 años, con pelo blanco casi rapado al cero, complexión fuerte, típica de quién pasa muchas horas haciendo pesas en el gimnasio, nariz aguileña y mirada de ave rapaz a punto de saltar sobre su presa.

–¿Por qué estamos aquí? –pregunta Santos.

El guardia de seguridad sonríe unos segundos antes de responder: –¿Cuánto hace que os colasteis aquí? ¿Un día, dos?

–Me niego a contestar a ninguna pregunta. Y me da igual si me amenazas con matarme.

–Bueno, a mí no me da igual, ¿eh? Yo prefiero vivir –aclara Xián.

–Bien pensado –dice Santos–, traernos a una habitación sin cámaras para matarnos sin dejar rastro.

–Te equivocas. Para eso ya hay otra celda, justo aquí al lado –dice el guardia señalando con la mano derecha la pared a su espalda.

Al oír esto, Santos y Xián se miran como si hubiesen visto a la muerte.

–Pero vosotros no vais a acabar ahí –dice el guardia de seguridad.

–Ya, porque tenéis otras habitaciones aún peores.

–Las tenemos, si. Aunque tampoco son para vosotros. Os he traído aquí para poder hablar tranquilos.

Santos y Xián se miran extrañados.

–¿Cómo se os ocurre venir así, sin avisar? –les pregunta el guardia de seguridad.

–¿Cómo dices? –pregunta Santos.

–La idea era que entrarais por la puerta principal. Y avisando con antelación. Casi os pillan. Llamáis demasiado la atención, tú en especial –dice el guardia señalando a Xián.

–¡Eres el infiltrado! –dice Santos con la excitación de quien ha visto un milagro.

–Me gusta más el término 5ª columna. Cada uno lucha en esta guerra como puede.

Santos sonríe y suelta aire.

–Por fin. ¿Por qué has tardado tanto? –pregunta Santos.

–Porque sois un desastre como actores.

–Oye, un respeto, ¿eh?– dice Xián ofendido–, porque yo soy profesor de teatro y...

–Pues necesitas practicar más –le interrumpe el infiltrado señalando a Santos con el dedo–, porque

él si pasaba desapercibido.

–Bah, cuanta ignorancia –se queja Xián.

–Venga, vamos a centrarnos –dice Santos.

–Por cierto, ¿cómo entrasteis?

Santos y Xián le resumen su entrada por el túnel y el guardia de seguridad se queda muy serio al oírlo.

–Como ya os dije, esperábamos vuestra entrada por la puerta principal. Para eso os conseguimos las tarjetas de identificación –dice el infiltrado.

–Pero ahora estamos aquí, es lo importante –dice Xián.

–A mí nadie me informó de la construcción de ese túnel y eso me preocupa. Yo soy el encargado de seguridad de este complejo y debería saberlo. Aunque como aquí los jefes van por libre...

–¿Por qué te preocupa? –pregunta Santos.

–Porque quién haya ordenado construir el túnel os está esperando.

Santos asiente y dice: –Pues entonces, cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

–Os voy a dar toda la ayuda e información posibles –dice el infiltrado–, y luego estaréis solos. En cuanto hoy salga de aquí, se acabó.

–Te han descubierto –dice Santos.

–Por desgracia me han visto con vosotros y, en cuanto os hayáis ido, vendrán a interrogarme. Es algo imprevisto, pero hay que adaptarse y desaparecer. Y ese, al que tú llamas El Druida, me ayudará.

–¿Tienes algún plan? –pregunta Santos.

–Hay una habitación vacía dos plantas más abajo, sin cámaras. Y para escapar, olvidaos del túnel. Es mejor la salida sur. El vigilante es de los nuestros, os dejará pasar. Yo le aviso.

–¿Y las cámaras de seguridad?

–Ya me he encargado. Las cámaras funcionan las 24 horas del día. Aunque de noche solo hay una persona vigilándolas. Y esta semana, de 4 a 6 de la madrugada, le he encargado hacer tareas administrativas, fuera de la sala de control de las cámaras.

–Entendido, ¿algo más? –dice Santos.

–Os he dibujado un pequeño mapa. Y voy a cambiaros el disfraz: ahora seréis operarios de mantenimiento. Así evitaremos preguntas incómodas y pasareis más desapercibidos –dice mirando a Xián.

–No pienso darme por aludido –dice Xián levantando la nariz con gesto altivo. Después se queda rumiando sobre su “mayúsculo talento como actor” y sobre “su infinita paciencia para soportar a un público ignorante”.

–Y aquí –les dice el infiltrado mostrándoles una zona del mapa hecho por él marcada como “Presidencia” –encontrareis las pruebas, tanto de las tecnologías ocultas como de sus otras actividades. Os dejo anotadas las claves de entrada para la habitación segura de 2 pisos más abajo, el despacho presidencial y la red informática. Nos ha costado conseguirlas. Usadlas bien.

–Necesito un *pendrive* para sacar la información de aquí –dice Santos.

–Ok. Te lo dejo junto con los uniformes y las nuevas tarjetas de identificación, en la habitación segura.

–¿Y por qué no has sacado los datos de aquí tú mismo? –pregunta Xián.

–Para evitar ser descubierto y poder seguir infiltrado.

–Has hecho un buen trabajo –dice Santos.

–Aquí nos despedimos. Buena suerte. La vais a necesitar.

Santos asiente, serio. El infiltrado les da la mano, abre la puerta de la habitación donde estaban retenidos y les acompaña hasta la salida de la zona de detenciones y vigilancia.

Ahora son las 4:15 de la madrugada y, tal como les dijo el infiltrado, no ven a nadie en las 2 salas de vigilancia donde había 4 guardias cuando entraron.

La habitación segura es una estancia de 5 x 4 metros, con 4 camas, sin cámaras de vigilancia y un aseo comunitario con ducha. El blanco es el único color, tanto en paredes como en mobiliario.

Una vez llegan allí, Santos repite el plan una y otra vez. Xián mira sus mensajes sin contestar en el móvil y murmura: –Contéstame de una vez, Lía.

Capítulo 14. Castillo

1

Antígona entra con sigilo en presidencia y se queda en pie frente a la enorme pecera de El Jugador, de espaldas a él. Este mira absorto el monitor de su ordenador personal.

La pecera ocupa una pared entera, la contraria en la que El Jugador tiene su mesa. Contiene muchos de los peces más raros del mundo, y por el fondo hay esparcidas antigüedades auténticas. Antígona se fija en un ánfora romana con una inscripción en latín.

–Antígona, acércate, por favor –le dice El Jugador.

Esta se acerca caminando despacio, sonriente, con las manos en la espalda. Se pone al lado de El Jugador y en la pantalla de su ordenador se ve la señal de la cámara del gimnasio. El Jugador observa como entrena Castillo, golpeando un saco de arena una y otra vez.

–Tenemos a Castillo. Por fin –dice El Jugador.

Antígona sonríe y asiente despacio en respuesta.

–¿Cómo la encontraste?

–Era la escolta personal de Santos Luna –dice Antígona tras sentarse enfrente de El Jugador.

–Muy astuta –dice El Jugador–. Justo en donde nunca se me ocurriría mirar.

–Con su vuelta hemos debilitado a nuestros enemigos.

El Jugador se echa para atrás en su silla y empieza a aplaudir. Luego se pone de pie y dice con voz solemne: –Te lo has ganado: serás Reina.

Ahora, allí sentada se siente como en su trono, con el Rey, El Jugador, aplaudiendo. Apenas si puede contener la euforia. Tan solo un pequeño temblor en las manos y alguna gota de sudor en la cara la delatan.

–¿Cómo lo hiciste? –pregunta El Jugador.

Con gesto altivo, Antígona echa la cabeza hacia atrás y dibuja en su cara una sonrisa maliciosa.

–Castillo odia a Santos Luna.

–¿Más qué tú?

–Eso parece...

Antígona recuerda ahora el diálogo cuando, 24 horas antes negoció con Castillo su regreso a Las Piezas Negras...

...–Tengo peticiones. Y las quiero sí o sí –dice Lía “Castillo” con el ceño fruncido y señalando a Antígona con el dedo.

–La cabeza de Santos Luna, supongo –responde Antígona.

–Aún no. Primero lo veré destrozado, de rodillas. Será testigo de nuestro triunfo y de la destrucción de su forma de vida. La muerte es poco para él.

–Pudiste haberlo matado tú...

–No. Ya te lo dije. Primero lo veré sufrir, lo veré destruido, y disfrutaré con ello. Y entonces, y solo entonces, yo misma le ma-ta-ré –dice Castillo entre dientes, con sus ojos grises emanando odio y cerrando la mano, como si estuviese estrangulando a alguien.

Antígona siente como un escalofrío le recorre la espalda al recordarlo.

–Hasta a mí me dio miedo –le dice Antígona a El Jugador.

–¿Y sus cuentas pendientes con El Segador?

–Esa fue su otra petición: El Segador deberá de dejar de matar a inocentes. Pero esto lo incumpliremos.

El Jugador tarda 5 segundos en contestar: –Algún día vamos a tener que elegir entre los dos.

–Si se destrozan ente ellos, el mejor quedará en pie. Será selección natural.

–Será una lucha digna de ver.

–Va a ser un buen Alfil.

–Su puesto es Torre.

–Claro –dice Antígona asintiendo–, por eso lo de “Castillo”...

–Y nada de crearle una vida *blanca* ficticia, como al resto. La quiero solo en Las Sombras, al 200% para organizarlas.

–Solo tengo una duda. ¿Se negará a hacer misiones contra sus principios, como ya hizo en su momento? –pregunta Antígona.

–Con el Letheo 2.0 activado ya no estará a salvo en ningún lugar del mundo.

–Ya falta poco –dice Antígona sonriendo–, la maldición de Letheo 2.0 ya está casi lista. Y sin los fallos de la versión anterior.

El Jugador muestra los dientes, se ríe como una hiena y dice: –Ahora ya podemos hacer la convención. Empieza la segunda etapa, salir a la luz y ser los titiriteros del mundo. Es nuestro, por derecho natural.

–Solo necesitaremos *convencer* a los líderes políticos, religiosos y económicos. La elección será suya: obedecer o la maldición de Letheo 2.0.

–Eso es –dice El Jugador poniéndose en pie, con los puños cerrados. Su mirada destila odio, su cara está roja y sus venas del cuello parecen a punto de estallar. –Seremos sus amos. Y el mundo ni siquiera lo sabrá.

Antígona está en silencio, disfrutando del momento. Y pensando en lo de siempre: –Y entonces les dirás quién es la Reina.

–Tú misma lo harás. Como Napoleón, te coronarás a ti misma. Y yo lo aprobaré, te lo has ganado –dice El Jugador con euforia.

En ese momento, el monitor del PC de El Jugador muestra a Castillo saludando a unos hombres vestidos de negro. Está recibiendo la bienvenida de un grupo de 5 sombras.

–Fíjate –dice El Jugador–, su popularidad sigue intacta, como si nunca se hubiese ido.

Antígona y El Jugador miran en silencio la escena, como hipnotizados. En un momento dado, Castillo se despide de las 5 sombras. Entonces mira hacia la cámara por donde la están observando, para luego volver a lo suyo y seguir golpeando el saco.

–Oscura, letal. Casi perfecta –dice El Jugador. Y cierra la conversación–. ¿Algo más? Porque hay trabajo. Necesito para hoy una pequeña celebración por la vuelta de Castillo, a modo de bienvenida.

Antígona asiente y justo antes de girarse para irse dice: –Aún tengo otra sorpresa para ti, Klaus. La verás el día de mi nombramiento oficial como Reina. Corporatio y Las Piezas Negras lo verán a la vez.

–Antígona –le dice El Jugador con su voz más paternal y profunda–, has hecho un gran trabajo, estoy orgulloso de ti. Siempre has sido como una hija para mí. Y aún más después de esto.

Al oírlo asiente sonriente, altiva, triunfante...

–Pero eso tú ya lo sabes –dice El Jugador.

–Así es –responde Antígona–, aunque viene bien oírlo de vez en cuando. A continuación saluda inclinando la cabeza y se va. Sus ojos brillan y con cada uno de sus firmes pasos sobre el suelo le comunica al mundo “lo conseguí, soy la Reina”.

–Por fin. Ahora ya tengo un general a la altura de mi ejército –murmura El Jugador admirando a su nueva adquisición. Se pasa así un buen rato, observando a Castillo, hasta que repara en alguien al lado de él. Es El Segador, no le ha oído entrar.

–El rebaño nació para obedecer, y mi trabajo es recordárselo cuando es necesario. Pero ella –dice El Segador señalando a Castillo– piensa de modo diferente.

–Por eso es casi perfecta y no perfecta. Aunque tiene arreglo. Yo le enseñaré a obedecer a su nuevo padre –dice El Jugador en pleno desvarío por el exceso de euforia.

–Me niego a recibir órdenes de Castillo.

El Jugador nota la tensión en la expresión de la cara de El Segador y cambia de tema.

–Aún nos falta eliminar un fleco: Santos Luna.

El Segador asiente, serio.

–Me hubiese gustado tener un mano a mano contra él. Se habla de su legendario sexto sentido en el juego y en sus misiones –dice El Jugador señalando un dossier en su mesa con el texto “Investigación sobre Santos Luna. Misiones”.

–Lo de su intuición es pasado. Antígona se ha encargado.

–¿Cómo llevas lo de tu hermano? –dice El Jugador fingiendo preocupación–. Porque te necesito al 200% a ti también.

–Está superado –miente El Segador–. Además, me ha servido para ver la realidad tal como es.

–Me alegra oírlo.

En cuanto sale de presidencia, El Segador murmura para sí según camina al lado de dos de sus hombres: –Nadie, ni siquiera tú, podrás robarme el derecho a mi justa venganza.

–Perdón, señor, ¿decía algo? –le pregunta una de Las Sombras.

–Jamás confiéis en nadie, pues os decepcionará.

2

Unas horas más tarde, Xián zarandea a Santos. Ante la ausencia de respuesta vuelve a agitarle, pero con más energía. Ahora sí, Santos se despierta desorientado. Aunque al ver a Xián, los uniformes de mantenimiento, los bártulos de limpieza y las tarjetas de identificación sobre una de las otras camas vacías, se acuerda. Están en la habitación *segura*, proporcionada por el infiltrado.

–Por fin despiertas –dice Xián.

–Eh, que casi me arrancas un brazo –se queja Santos.

–Tengo una duda.

Santos bosteza como respuesta.

–¿Has perdonado a tu ex, Ángela?

–¿En serio? ¿Me despiertas para eso?

–Quién sabe si al acabar todo esto...

–Ya... estás bromeando –dice Santos asintiendo.

–Para nada. Yo haría lo que fuese por una chica así.

–Vale, Xián. Pero te estás olvidando de un pequeño detalle, otra vez. Insisto: Ángela QUIERE MATARNOS –dice Santos.

Xián se queda en silencio unos segundos. Entonces Santos cree entenderlo y señala a Xián.

–Casi me pillas –dice Santos–. Te estaba tomando en serio.

Xián se ríe y aplaude: –¿Ves cómo soy un actorazo?

–Necesitas salir de aquí y buscarte novia –dice Santos sonriendo.

–¿Tú le llamabas así a Lía? Porque es un pelín antiguo. Ahora se dice *amiga*.

–Vamos a ponernos en marcha –responde Santos de forma seca tras unos segundos, obviando la pregunta–, y centrarnos en nuestra misión. El turno de mantenimiento empieza a las 22:00 horas...

–...y entonces iremos a presidencia con nuestros disfraces, las claves y el *pendrive* para hacernos con las pruebas de las actividades –dice Xián con tono cansino–. De tantas veces que me lo has repetido ya debes de tener la lengua rota.

–Ok. Pues vamos allá –dice Santos.

Ahora Xián sí pasa desapercibido y quién desentona es Santos, andando, casi corriendo, por los pasillos del laboratorio de Corporatio. Xián se lo hace ver.

–Afloja, Santos –le susurra Xián–. Nadie va a trabajar con tantas ganas.

–Presidencia está al doblar esa esquina –responde Santos.

En su mente apenas hay espacio para las advertencias de Xián y sí mucha prisa por llegar a su objetivo.

–¿Por qué los llamarán operarios de mantenimiento cuando quieren decir chicos de la limpieza? –dice Xián mirando la escoba en su mano.

Entonces, al girar llegan a la puerta de presidencia. Allí otros 2 hombres vestidos con uniforme azul y gorra, como ellos, están a punto de entrar: son los de mantenimiento, pero los de verdad.

Santos piensa una respuesta. Xián improvisa.

–Buenas, compañeros –dice Xián dándoles intensas palmadas en la espalda a ambos. A uno de ellos se le cae la gorra al suelo por la efusividad del saludo.

–¿Qué hacéis aquí? –dice el otro hombre.

–Y quiénes sois, porque es la primera vez que os veo –dice el otro recogiendo su gorra del suelo.

–Somos nuevos –dice Santos tragando saliva–, aún estamos algo perdidos.

–Vale, eso me da igual –le interrumpe el hombre–. Yo te preguntaba a dónde vais, esta zona es nuestra. No deberíais estar aquí.

–Nos toca limpiar presidencia –responde Santos señalando hacia la puerta.

–A nosotros también –dice uno de los dos hombres mientras el otro asiente.

–Pues nada, será un malentendido –dice Xián–, ya nos vamos.

Santos y Xián se dan la vuelta y comienzan a caminar alejándose de presidencia.

–Un momento, quietos ahí –les grita uno de los hombres. Santos y Xián se giran y ven como los dos hombres hablan en voz baja entre ellos.

–Esto pinta mal –dice Santos–, creo que nos han descubierto

Entonces, uno de los dos hombres les hace el gesto de “acercaos” con la mano. Y durante un breve instante, Santos siente “no hay peligro”, como si su intuición hubiese vuelto. Aunque la sensación se desvanece en un par segundos.

–Limpiad vosotros presidencia, si queréis –dice uno de los hombres.

–Cuanto menos trabajo para nosotros, mejor –dice el otro–, porque vaya día de locura llevamos, uf...

–Ya... tenemos el día vago, ¿eh? –dice Xián, a lo que Santos pone cara de: “Xián ¿pero qué narices estás haciendo?”

–Oye, chaval. Justo aquí al lado acabamos de limpiar a fondo y preparar el salón de celebraciones –dice uno de los hombres señalando hacia su derecha.

–Tranquilos, a Xián le encanta bromear –intenta arreglarlo Santos–, ya nos encargamos nosotros.

–Pues se agradece, porque hoy los jefes están como locos –dice uno de los hombres.

–Es cierto, estamos a tope. Hoy querían sí o sí una celebración por lo de Castillo.

–Ni idea de quién es –dice Xián con desinterés.
–Porque eres nuevo –le responde el otro hombre.
–Es el antiguo comandante de Las Piezas Negras, ha regresado –vuelve a decir el primero.
–La antigua, querrás decir –responde el otro.
–Una mujer, vaya –dice Xián.
–Una chica más bien. Se llama Lía Cruz. “Castillo” es su nombre de guerra.

Santos permanece en silencio, pero Xián los mira como si le hubiesen hablado del diablo. Su cara se ha quedado tan pálida como la pared de detrás suyo, su mandíbula abierta le llega casi al pecho y deja caer la escoba al suelo.

–¿Reconoces el nombre? –le pregunta el de mantenimiento a Xián.

–Para nada –reacciona Santos contestando por él.

–Pues venga, nosotros nos vamos –dice el de mantenimiento.

Santos teclea la clave de seguridad de la puerta de presidencia y empuja a Xián hacia dentro.

3

Tras 20 minutos en el despacho presidencial, Xián sigue en estado de *shock*. Las palabras “traidora”, “malnacida” y “asquerosa”, comparten frase con el nombre de Lía en varias ocasiones en los siguientes 10 minutos.

–A ti parece como si te diera igual –le recrimina Xián a Santos.

Pero Santos está concentrado en buscar información en el ordenador personal de presidencia: –Estoy al 100% con la misión, ya habrá tiempo para hablar de eso.

Aunque en vista del estado cercano al desquicie total de Xián, decide cambiar de tema para calmarle: –¿Has visto la pecera?

–Peces encerrados y jarrones viejos –responde Xián mirando las ánforas romanas del acuario.

Mientras le escucha, Santos sigue a lo suyo, buscando en el ordenador personal de presidencia.

–¿Pero cómo ha podido hacernos esto? –repite Xián por décima o doceava vez.

–Lía Cruz, nuestra Lía ha desaparecido. Y esto era algo posible.

–¿De qué me estás hablando? –dice Xián con el ceño fruncido.

–Me esperaba algo así desde su desaparición –responde Santos mostrando su lado más pragmático–. Viniendo de Las Sombras, cabía la posibilidad de su regreso con ellos. Yo le calculaba un 50% de posibilidades de que esto ocurriese. Pero me la había recomendado El Druida y...

–Se acabó hablar de ella. Para mí ha muerto –dice Xián aguantándose las lágrimas.

–Ya tengo algo –murmura Santos–. Mira este informe.

Santos ha abierto un archivo en donde se detallan las tecnologías en poder de Corporatio y otros conglomerados multinacionales, aunque ocultas al público. Se habla de fuentes de energía limpias e inagotables, de avanzadas tecnologías médicas, de propulsión antigraavedad...

–Esto es... es... –intenta decir Santos, pero la emoción impide que salgan sus palabras.

Xián se acerca y comienza a leerlo.

–Vaya –dice Xián–. Si de verdad tienen estas tecnologías y las están ocultando, es un crimen contra la humanidad

–Esto ya casi está –dice Santos a la vez que copia un archivo llamado “Letheo 1.0”. Y es ese momento cuando al lado ve otro con el nombre “Letheo 2.0”. Tras copiarlo, Santos lo abre y lo lee por encima. Le llama la atención el apartado “Protección E”. Asiente, sonríe y desconecta el *pendrive*.

Una hora más tarde, la charla en la habitación segura fluye y ambos están más animados tras su reciente éxito.

–Ahora necesitamos salir –dice Santos–. Pero hasta dentro de unas horas no podemos. Propongo dormir para estar bien descansados. Aún faltan varias horas hasta las 4 de la madrugada.

–Vale, a ver si soy capaz –murmura Xián–, porque con el ruido de mis tripas por el hambre, hasta me cuesta oírte cuando hablas.

En ese momento, Xián se fija en Santos. Este está sentado en la cama con el ceño fruncido, mordiéndose el labio, perdido en su mundo interior.

–En qué piensas –pregunta Xián.

–El pasado me está robando el presente –dice Santos con desgana.

–Te equivocas. Es el miedo al futuro.

Santos pone cara de sorpresa y asiente ante la respuesta de Xián: –Para ti es fácil. Yo tengo que guerrear a diario con una maldición, ya sabes, la de las tres balas perdidas.

–¿Tanto te afecta?

–Me taladra la mente, apenas duermo y vivo en pánico.

–Prueba a cambiar el punto de vista.

–¿Y eso en que me ayudaría?

–Has perdido la conexión con el presente. Puedes manejar un evento de hoy, aunque no una posible catástrofe futura.

–Ya. Como el miedo a una pérdida –dice Santos.

–Eso es. Pero la vida sigue. ¿Qué vienen mal dadas? Pues saldremos adelante como siempre hemos hecho.

Santos observa en silencio, aunque su mirada transmite admiración sincera por estas palabras de Xián.

–¿Quién te ha explicado eso? –pregunta Santos.

–Leyenda. Y Rosmary. Son mi familia.

–Por eso me insistías en contratar a Leyenda sí o sí.

Xián asiente y su voz se rompe por la emoción: –No volveré a fallaros.

Al ver a Xián sufriendo así y con las marcas de golpes en su rostro aún visibles, en forma de ojo morado y heridas en los labios, Santos repara en la fragilidad.

–Ahora te entiendo, Xián –le dice Santos poniéndole la mano en hombro con firmeza y mirándole a los ojos.

–Ya, pero tú hasta comprendes a Lía por su traición.

–Lía está en su derecho de vivir su vida como quiera –dice Santos retirándole la mano del hombro. Y él es el primer sorprendido al oírse decir esto.

–¿Te quieres quedar conmigo? –se extraña Xián.

–Para nada. Ha elegido su camino y la dejo ir. Si ella muere, habrá sido su elección. Cuando intento controlar o manipular a los demás sin su permiso, ¿en qué me diferencio de Corporatio y Las Piezas Negras? –se explica Santos.

Y ese es el momento exacto: justo ahí la intuición de Santos comienza a regresar. Aunque él aún tardará varias horas en ser consciente de ello.

–¿Cómo puedes decir eso? –se queja Xián.

–Tenemos esto –dice Santos blandiendo el *pendrive* como si fuese una espada–. Castillo morirá

junto con Las Piezas Negras.

–Eso espero –dice Xián escuchando el ruido de sus tripas subir de volumen por momentos. Después dice muy convencido–. Y por cierto, si no me alimento en los próximos 5 minutos, moriré de hambre sin remedio.

Santos sonrío y niega con la cabeza.

–Me voy a pasar por el comedor a ver si aún dan de comer –dice Xián, disponiéndose a salir de la habitación.

Pero Xián está hablando solo: 1 minuto antes, al momento de apoyar la cabeza en la almohada, Santos se ha quedado dormido.

5

Dos plantas por encima de ellos, tiene lugar la pequeña celebración por la vuelta de Castillo. Sobre las paredes se proyectan imágenes de bosques, ríos y playas. Un detalle pensado por El Jugador para quienes se pasan semanas enteras trabajando allí, encerrados bajo tierra. Ilusión de naturaleza, de libertad.

Antígona pasea entre la gente en silencio y se imagina, una vez más, el momento de su “coronación”...

... “Yo soy la Reina” podré decir al fin. Cómo voy a disfrutarlo. Me pasearé hablando con los asistentes, de uno en uno o con varios a la vez.

La Reina caminando entre sus súbditos. Me darán muestras de respeto... y temor. Me ofrecerán trabajar con ellos: ideas, proyectos. Yo asentiré.

Después pediré disculpas y me iré hacia a otro grupo. Y luego a otro. Acercándome a donde quiero, poco a poco. Un paso, y otro más. No hay prisa.

El Jugador estará rodeado de gente. Adulación. Sonrisas. Adoración. Cualquier demanda es poca para nuestro líder. Relaciones sociales con ánimo de lucro. Estaré rodeada de gente. Me hablarán y yo les ignoraré.

Me moveré hacia El Jugador. Me alejaré de la gente dejándoles con la palabra en la boca. Me pararé a 3 metros de él. Sola. Feliz. Exitosa. Triunfante. Dos metros por encima de los demás.

El Jugador estará hablando con 3 segundones. En la cima solo hay sitio para 2, él y yo. Por eso El Jugador preferirá hablar conmigo. Con calma, es mi momento. Saborearé despacio el manjar tanto tiempo prohibido: ser la Reina. Será mío. Y nadie me lo quitará.

Es mi triunfo y la derrota de Santos completa. Total. Humillante. Le he quitado a Castillo, su mejor soldado, la mejor de entre Las Sombras.

Aunque Castillo no comparte el puesto de general de Las Sombras con nadie. Y eso me hace pensar ¿y si me estoy equivocando y en la cima solo hay sitio para uno? ¿Y si mi destino no es ser la Reina sino la única líder...?

–Lo has conseguido –dice El Jugador devolviendo a Antígona al presente y al mundo real, a la celebración por la vuelta de Castillo. Después hace una seña con la mano, y los que están alrededor de ellos se alejan, para dejarles hablar en la intimidad.

–Gracias a tu ayuda –le contesta Antígona fingiendo humildad. Entonces siente como la mirada de El Jugador le corta como un cristal roto y se adapta, cambiando su discurso.

–He mentado, dañado, matado, raptado, manipulado y maldecido. Y ha valido la pena. Soy la

Reina. Me lo he ganado.

–Por fin te reconozco –dice El Jugador.

Antígona asiente, altiva, soberbia. Siente el poder recorriendo su sistema nervioso. Se alimenta de él, adicta al control sobre otros desde niña.

–Tengo mi familia pública y oficial –continúa El Jugador–, porque nuestra puesta en escena necesita cuidar las apariencias. Pero mi verdadera familia está aquí, entre los que “hacen lo que sea necesario”.

–¿Ahora me explicarás cómo conseguiste ser el líder? –pregunta Antígona.

Escurridizo como una anguila, El Jugador rara vez contesta a preguntas personales. Mira a su alrededor buscando una salida educada.

Al fondo, Castillo está sentada sola. Viste ropa negra ajustada, el uniforme de Las Sombras para sus misiones. Inexpresiva. Ausente. Con su pelo color nuez algo alborotado. Y sus ojos grises como los de un gato, alerta, al acecho, vigilando el entorno.

–¿Quieres hablar de poder? –le cambia de tema El Jugador señalando a Castillo–. Pues ahí lo tienes. Con ella somos invencibles.

El Jugador le hace un gesto con la mano para que se acerque. Castillo se levanta y se aproxima con actitud militar.

–Cuando nos conocimos eras distinta –comenta Antígona.

–Antes era una mujer. Ahora soy un soldado –responde Castillo.

–¿Cuál es la diferencia, Lía? –pregunta El Jugador.

–Antes era femenina, ahora parece un recluta –responde Antígona.

–No necesito a nadie contestando por mí –dice Castillo mirando a Antígona–, y llámame Castillo, no Lía.

Antígona y El Jugador se miran y sonríen complacidos: les encanta su actitud.

–¿Necesitas algo? –le pregunta El Jugador a Castillo–, aparte de eliminar a Santos Luna, claro.

–Quiero que sufra. Primer golpe, me verá en el este bando. Segundo, contemplará el triunfo de Las Piezas Negras, nuestro triunfo. Tercero, hubiese disfrutado matando a su abuelo, pero el viejo tenía prisa en irse. Buscaré a sus otros familiares. Y cuando ya no le quede nada, lo mataré con mis propias manos.

Entonces Antígona toma la palabra: –Sigues sin explicar porqué nos necesitas.

Castillo señala a El Segador. Está de pie, rodeado de gente. Le adularían si no le temiesen tanto. Tal como le gusta: ellos tiemblan y él lo disfruta. Se alimenta de ello. Se crece con ello. Castillo le hace un gesto para que se acerque.

–¿Por qué necesito estar en Las Sombras? –le pregunta a El Segador.

–Sé quién eres Castillo. Te he visto en acción y disfrutabas con ello. Como yo. Te alimentas de dañar a otros. De verlos sufrir. Aquí puedes hacerlo sin rendir cuentas a nadie. Al contrario, te admirarán por hacerlo. Ahí fuera somos bichos raros. Psicópatas nos llaman por tener el valor de “hacer lo que sea necesario”. Pero aquí somos valorados, somos alguien.

–Este es mi sitio –interviene Castillo –. Aquí se me respeta. Estoy en casa. Aunque te equivocas en lo de disfrutar matando.

–Por supuesto, solo cumplías órdenes, como cuándo ayudaste a matar a mi hermano –dice El Segador clavándole su mirada de depredador y acercándose a medio metro de Castillo.

Antígona le pone la mano en el pecho y le detiene con suavidad, por si acaso. Entretanto, El Jugador disfruta con el mano a mano entre ellos.

–Fue Xián Raposo –dice Castillo con su mirada gris acero más amenazante dando un paso hacia El

Segador, retándole.

–Mira, Castillo, te admiro... y te odio. Pero mientras seas parte de Las Sombras estás a salvo. Eres intocable. Te protegeré con mi vida –dice El Segador con orgullo.

Castillo le responde avanzando un paso hacia él y dándole una ruidosa palmada en el hombro: –Pues me alegro, porque has estado a punto de matarme un par de veces en estos últimos meses.

Luego, los 4 comparten un incómodo silencio.

–Vale, ahora me voy para que podáis evaluar mi compromiso –dice al fin Castillo. Según se aleja, dos jóvenes vestidos como ella se le acercan a hablar.

–Traerla de vuelta ha sido impresionante. Un golpe de efecto para la moral y nuestra imagen. Pero, ¿es de fiar? –pregunta El Jugador mirando hacia El Segador, mientras este vigila a Castillo.

–Es nuestra al 100% –responde El Segador–. Y aunque solo ha vuelto para utilizarnos en su venganza, dudo mucho que vuelva a irse.

–¿Por qué estás tan seguro? –pregunta El Jugador.

–Porque ahí fuera no hay sitio para bichos raros como nosotros. El mundo se encarga de recordárnoslo a diario.

–Está aquí porque YO la convencí –interviene Antígona–. Yo siempre consigo lo que quiero. ¿Qué quiere irse? Pues la vuelvo a convencer.

–Yo no estoy tan seguro como vosotros. Mi instinto me dice...no sé... algo no está en su sitio. No obstante, necesito confiar en el criterio de mi mejor hombre y mi Reina.

–«Hacer lo que sea necesario» –murmura Antígona.

–«La hermandad lo es todo» –prosigue El Segador.

–«Que nadie nos ponga límites» –finaliza El Jugador.

–«Semper fidelis» –dice Antígona.

–Bien jugado –dice El Jugador.

Este ha captado la indirecta de Antígona. Acaban de recitar las 4 directrices de la Hermandad Oculta de Las Piezas Negras. Y dejar a un lado a los mejores, aunque sea por desconfianza, es una forma de limitarse.

El Jugador asiente y le hace una seña a Castillo para que se acerque.

–Mis dos hijos aquí presentes –dice El Jugador mirando a El Segador y Antígona por encima de sus gafas –confían en ti. Yo también lo haré.

–Bien. Pues lo primero es encargarse de Santos Luna y Xián Raposo –dice El Segador.

–Voy a hacer coincidir la ejecución de Santos con la activación de la marca de Letheo 2.0 –dice Antígona

–El Letheo 1.0 dejó de funcionar –dice El Jugador–, no volveré a tolerar un fallo como ese.

–El Letheo 1.0 fue activado cuando aún estaba en fase experimental. Con la maldición de Letheo 2.0 no habrá errores –explica Antígona.

–El Letheo no es asunto mío –responde El Segador–. Yo me encargo de eliminar a esos dos.

–O los elimino yo o me largo –responde Castillo. Luego, con mirada amenazante, le dice a El Jugador–. Para mí una persona vale lo que su palabra.

–Se lo acabo de prometer, son de ella –responde El Jugador.

El Segador se queda en silencio, imaginando 10 formas diferentes de arrancarle el corazón a El Jugador, tal y como él le está haciendo ahora.

Al darse cuenta de esto, El Jugador cierra la conversación: –Maldición de Letheo 2.0... Vamos a ser los titiriteros del mundo. Serán nuestros esclavos y ni siquiera lo sabrán. Prepáralo, Antígona.

Luego, El Jugador se aleja un poco con Castillo, y después se pierde entre los invitados.

–Parece que ya no eres el favorito del líder –comenta Antígona.

–Esto pasa por dejar las cosas a medias –se lamenta El Segador yéndose hacia donde están sus hombres de confianza.

En ese momento, un hombre vestido con el uniforme de mantenimiento se acerca a Antígona. Castillo observa. Le parece extraño, pues Antígona jamás se rebajaría a hablar con alguien así y decide acercarse.

–...eran dos. Según ellos eran nuevos, aunque he revisado los registros y no aparecen.

–Entraron ayer. Ya estaba informada, pero gracias por avisar –dice Antígona al de mantenimiento. Este saluda y se va.

–¿Tenemos intrusos? –dice Castillo sorprendiendo a Antígona.

–Más bien les hemos cazado: han caído en mi trampa. Por eso di la orden de crear un túnel y avisé a los de mantenimiento y al resto de la plebe sobre la posibilidad de intrusos en los próximos días. Cuantos más ojos mejor.

Al escuchar esto, Castillo asiente, se acerca a El Jugador y le dice algo al oído.

–¿Y quiénes dices que son los intrusos? –le pregunta El Jugador.

–Santos Luna y Xián Raposo –responde Castillo.

El Jugador llama a El Segador. Antígona también se acerca. El ambiente en la fiesta cambia, se percibe la tensión. Los grupitos han dejado de hablar entre ellos y miran hacia El Jugador.

–Santos y su equipo se han infiltrado –dice El Jugador.

–Yo me encargo –responde Castillo.

–No, tú te quedas a mi lado. Esa no es tarea para ti –ordena El Jugador.

–Cierto. Ese es mi trabajo –dice El Segador.

–Localízalos y tráemelos con vida. E insisto: no los mates. Es un orden –exige El Jugador.

El Segador asiente y sale corriendo. Sus hombres tratan de seguirle pero él les detiene con un gesto de su mano.

Antígona sabe que tiene que encontrar antes a Santos y Xián o la sombra les matará. Se acerca a una de Las Sombras y le dice: –Tenemos infiltrados. Pégate a El Segador y avísame si los encuentra. Pero a mí en persona, ¿eh?

6

En la habitación, Santos se despierta sobresaltado, con sudor frío en la espalda y la respiración entrecortada. Siente peligro. Se incorpora y mira alrededor: está solo. Aunque sigue intuyendo una presencia negativa.

–Como echo de menos la época en que mi intuición era fiable –murmura para sí.

Luego apoya de nuevo la cabeza en la almohada, de espaldas a la puerta de entrada. Ya está a punto de dormirse cuando escucha como entra Xián en la habitación y camina hasta su cama, quedándose de pie, a sus espaldas. Puede escuchar su respiración acelerada, como si hubiese estado corriendo.

Y entonces lo comprende: su intuición funciona de nuevo al 100%. Y no es Xián quién está a su espalda, de pie junto a su cama.

Al girarse ve al lado de su cama a un hombre de dos metros de altura, musculado, con mirada de lobo rabioso, las venas del cuello hinchadas de ira y los dientes apretados: es El Segador.

En cuanto Santos va a hablarle para intentar negociar, El Segador le agarra por el cuello, lo levanta y lo arroja con fuerza contra la pared. A pesar de estar aturdido por el impacto, Santos

intenta ponerse de pie.

–Aquí no hay bosque donde esconderse –dice El Segador enseñando sus colmillos y acercándose a él.

Santos va a contestar cuando un golpe seco en la boca del estómago le deja sin respiración y doblado de dolor.

–Te quedan 5 minutos de vida, Santos Luna –dice El Segador arrojándole de nuevo contra la pared.

En ese momento, 2 pisos por encima, en la celebración, una sombra avisa a Antígona:

–El Segador ha entrado en el dormitorio 4 de la segunda planta.

–¿Y eso qué significa? –pregunta Antígona mirándole a los ojos.

–Es el único dormitorio del complejo sin cámaras.

–Claro –comprende Antígona–, es el escondite perfecto.

–Y El Segador lo sabe: se conoce las instalaciones hasta el punto de estudiarse los planos.

–Llévame allí ahora mismo –ordena Antígona.

Mientras, 2 pisos más abajo, Santos está indefenso ante El Segador.

–Voy a ser compasivo contigo –dice El Segador–. Te mataré rápido. Pero tu compañero... ese sí va a sufrir.

–He entrado solo –miente Santos intentando proteger a Xián.

Entonces El Segador le coge por el cuello y empieza a apretar. Santos intenta hablar, aunque es incapaz. El Segador aprieta un poco más fuerte. Santos empieza a enrojecer. La desesperación aumenta. Le falta el aire. Empieza a marearse.

–En 2 minutos vas a morir –susurra El Segador acercando sus ojos de depredador inyectados en sangre a los de Santos–, y mi cara será tu último recuerdo en este mundo.

Santos patalea, intentando zafarse sin éxito. Después empieza a perder el sentido mientras El Segador sigue apretando y enseñando sus dientes de lobo. Unos segundos más tarde, Santos deja de moverse, pero El Segador sigue con su mano firme, ceñida al cuello de Santos, apretando cada vez más.

En ese momento la puerta de la habitación se abre: es Xián.

El Segador se gira y suelta a Santos al verle. El primer instinto de Xián es defenderle, pero al verle inmóvil en el suelo se asusta: –LE HAS MATADO.

–Y ahora te toca morir a ti –le dice El Segador yendo hacia él.

Xián, ya solo piensa en escapar, y en cuándo se gira para hacerlo, se da de bruces con 4 sombras, seguidas por Antígona. Esta sonrío un segundo al verle con vida, y después se enfada al ver a Santos inerte en el suelo.

–Tenías orden de no matarlos –le recrimina Antígona.

Cegado por el ansia de venganza, El Segador va directo hacia Xián. Pero Antígona se mete en medio de El Segador y Xián, detrás del cual están las otras 3 sombras impidiéndole escapar.

–Antígona, apártate –dice El Segador.

–Tienes órdenes. El Jugador los quiere vivos.

–Esa orden no la cumpliré. Y asumo las consecuencias.

–No me voy a apartar. Y a mí no puedes matarme –dice Antígona.

–No estés tan segura –dice El Segador poniendo la mano en el cuello de Antígona, aunque con suavidad. Aún sigue rojo de ira, pero algo menos.

Antígona aparta su mano y le susurra algo al oído mirando hacia Santos y señalando a Xián.

–Llevaos a estos 2 a la zona de detenciones –ordena después Antígona a las 4 sombras. Estás

obedecen. Esposan a Xián y se llevan el cuerpo inerte de Santos a rastras.

–Y no os emocionéis. El Jugador los quiere de una pieza –les advierte cuándo se están yendo.

El Segador aún jadea, aunque ya se ha tranquilizado.

–Estoy contigo, Julio. Tú debes matarlos. Pero no en este momento –dice Antígona. Después se acerca y le susurra–. Aún no es nuestro momento.

–¿Cómo sabías que no te mataría?

–Hubo una época donde me odiaste de verdad y no lo hiciste –responde Antígona cogiéndole la mano–, cuándo lo nuestro...

El Segador se separa, le hace el gesto de “silencio” con el dedo índice sobre la boca, y luego con su mirada y un movimiento de la cabeza le indica “apártate de la puerta y déjame pasar”. Antígona obedece, se echa a un lado y baja la mirada.

En cuanto El Segador se va, Antígona se dirige a la sala de detenciones. Una vez allí les pide a los guardias de seguridad ver a los prisioneros.

–Es vuestra ex guardaespaldas quién os ha delatado –le dice Antígona a Xián–. Ahora se hace llamar Castillo.

Pero Xián no puede contestarle pues lo han amordazado.

En ese momento, Antígona mira a Santos, inmóvil sobre el suelo. Y se ríe de él, negando con la cabeza, con pena y desprecio.

–Este hombre –le dice a Xián aunque mirando a Santos– pudo haber sido alguien a mi lado. Es una pena...

Después se relaja, sonríe y mira a Xián unos segundos: está intentando hablar, aunque con la mordaza es incapaz. A continuación, da permiso a uno de los vigilantes para acercarse a Santos.

–Respira y tiene pulso regular. Saldrá de esta –dice el vigilante.

–Llévalos a un dormitorio con cámaras y ponedle una clave nueva a la puerta –ordena Antígona.

Xián empieza a patalear e intentar hablar.

–Ah, sí. Y desatadlos. De allí no podrán escapar –dice Antígona mientras se aleja sonriendo de medio lado.

Xián intenta reanimar a Santos y, 5 minutos más tarde, este abre los ojos.

–Por fin despiertas –dice Xián–. ¿Cómo estás?

Este asiente, levanta el pulgar y Xián le ayuda a incorporarse.

Durante los siguientes 10 minutos, Santos se mantiene en silencio, recuperándose, pensando...

Luego tose y dice: –Prepárate, Xián. En unas horas estaremos fuera de aquí.

A la vez, en presidencia, El Jugador habla con Castillo sobre Las Sombras y Corporatio. En su anterior etapa en Las Piezas Negras nunca habían hablado en persona. El achaca la deserción de Castillo en parte a esto y ahora lo quiere corregir.

–No queremos su tiempo –dice El Jugador–, ya lo tenemos. Ni su esfuerzo. El botín es su alma y su felicidad. Es mejor un trabajador amargado, depresivo y resentido rindiendo al 50%, a otro feliz produciendo al 150%. Porque nos alimentamos de su sufrimiento.

Castillo asiente en silencio.

–No pueden hablar entre ellos –prosigue El Jugador–. Eso es fundamental. No deben relacionarse de forma sana los unos con los otros. Nada de conversaciones casuales: familia, hijos, hobbies, no, NO. Las máquinas no hablan. Ni se divierten. Su alegría es peligrosísima para nosotros.

–Porque las personas felices no tienen miedo –dice Castillo.

–Exacto. Y sin su temor, perdemos el control sobre ellos. No les podemos dar latigazos, pero si dejarles cicatrices igual de profundas en su alma. Y después comprarán nuestros medicamentos para curarse, nuestra telebasura para entretenerse, nuestra comida envenenada para alimentar a los suyos...

En ese momento, un guardia de seguridad llama y entra en presidencia.

–Señor, Santos Luna y Xián Raposo ya están bajo arresto. ¿Qué hacemos con ellos?

El Jugador mira a Castillo y esta asiente, rígida, robótica, sin mostrar ni un gramo de emoción o sentimiento.

–Yo misma me encargaré de su ejecución –dice Castillo–, mañana a estas horas habrán muerto.

8

Sobre la mesa del despacho de Antígona hay una botella de tequila mediada. Sus botas están sobre el suelo, junto a la puerta. Camina en círculos con un vaso vacío en una mano y el teléfono móvil en su oído.

–Ahora Castillo es el ojito derecho de El Jugador –dice Antígona por teléfono.

–Eso parece –responde El Segador.

–Hace una hora se encerró a hablar con ella y no me dejó asistir a esa reunión. ¿De qué me sirve ser Reina?

–De nada. Aquí decide El Jugador, el Reh. Y así como te ha hecho Reina te puede degradar a Peón.

–CÁLLATE –grita Antígona mientras unas gotas de sudor se deslizan por su labio superior–. ¿Dónde estás?

–En mi zona personal de descanso.

–¿Por qué no le llamas habitación como el resto? Da igual, voy hacia ahí.

Tras perderse un par de veces, Antígona llama y El Segador le abre la puerta.

–Hola, Julio –dice Antígona–. Me ha costado, pero aún me acuerdo del camino hasta aquí

–Dos años no es tanto tiempo, Antígona.

–Julio –dice Antígona con su voz más suave de Ángela y poniendo su mano sobre la de él– hoy prefiero Ángela, si no te importa.

Julio César, El Segador, asiente sorprendido. Después la invita a pasar. Y Ángela percibe su leve cojera.

–¿Qué te ha pasado?

–Un último recuerdo de Octavio.

Ángela pone cara de no entenderle.

–Un esguince en los ligamentos de la rodilla, nada grave –dice Julio César.

–Mentir no es lo tuyo –responde Ángela.

Le respuesta de él es sonreír. Y mirarla, de arriba abajo, despacio. Sin prisa...

Al darse cuenta, ella comienza a caminar por la habitación.

–Vaya, sigues siendo un enfermo del orden –dice Ángela observando la habitación–. No hay ni una mota de polvo en ninguna superficie, la cama hecha sin una sola arruga.

El suelo, paredes, techo y mobiliario, de color gris oscuro, brillan como si los acabaran de pulir. Ángela abre la puerta del armario. Y allí están, los 10 uniformes negros, idénticos, colocados en la misma posición al milímetro. Al verlos sonrío y saca la botella de tequila del bolso.

Esta visita, y en especial el tono de la misma, es una sorpresa agradable para él. E incluso se sirve

un tequila.

–¿Qué te trae por aquí, Ángela? –pregunta Julio César sonriendo, relajado, mientras ella se sienta sobre la cama, se quita las botas y se recuesta.

–Castillo. Es una molestia –dice Ángela–. Y tú aún le guardas rencor. Podríamos...

Julio César levanta la mano y Ángela se frena.

–Castillo tiene honor. No como El Jugador.

–Estás dolido con él.

–Yo lo tenía en un pedestal por encima de las demás personas. Era un Dios. El padre perfecto. Pero ahora le veo como es: un hombre con muchos defectos. Y con el peor: no tiene palabra. Para mí una persona así no vale nada.

–Te está sustituyendo por Castillo.

–No. Yo soy el mejor en acción, en las misiones y ella la mejor en estrategia. Es nuestro mejor general. Y la admiro por ello.

–Y la odias.

–También. Aunque al menos tiene palabra.

Ángela se levanta, camina muy despacio hacia la puerta, la cierra por dentro, le tapa la boca a Julio y se lo lleva de la mano hacia la cama...

Unas horas después, mientras se viste para irse, Ángela le recuerda: –Estoy contigo en lo de tu hermano, Julio. Pero te necesito a mi lado.

–Cuenta conmigo, yo tengo palabra. Y Ángela –le dice mirándole a los ojos–, puedes quedarte... si quieres...

–Vaya, ahora si me has sorprendido –contesta Ángela sonriendo.

–Siempre hay una primera vez –responde Julio.

Entonces Ángela lo mira, sonrío y vuelve a desvestirse...

9

En ese momento, en la sala de retenciones, Xián despotrica de Lía.

–Qué asquerosa –responde Xián–. Porque si le hubiesen amenazado con hacerle daño a ella o su familia, aún lo podría entender. Pero ella está sola.

–A lo mejor es por eso, porque necesita pertenecer a algún sitio.

–¿La estás defendiendo?

–Entiendo tu enfado, Xián. Pero ella ha tomado su decisión. Y llegado el momento, tendrá sus consecuencias –dice Santos con una leve sonrisa.

–Te noto contento –dice Xián con desgana.

–Mi intuición está volviendo, poco a poco, como las olas de un mar tranquilo rompiendo con suavidad al llegar a la arena. Y cada una avanza un poco más adentro...

–Vale, vale, te creo –interviene Xián–. Aunque aún me cuesta ver la relación entre eso y nosotros.

–Se trata de aceptar vuestra elección, sea cual sea el resultado y evitar caer en el control –dice Santos con brillo en los ojos.

Y según está diciendo esto, la cara de Santos se ilumina con una enorme sonrisa: puede ver como en la habitación de al lado, a 5 metros, los 2 guardias de seguridad abandonan la sala.

–Estoy de vuelta –dice Santos cerrando el puño y apretando los labios en señal de victoria.

–¿Qué pasa? –pregunta Xián al verle su gesto.

–Los guardias acaban de marcharse. Ya son casi las 4.

Xián es testigo de la metamorfosis. Santos está de pie, erguido. Sus ojos verdes como las hojas de un roble que ha dejado atrás el invierno, han recuperado su alegría. Vuelven a ser atentos, curiosos. La melancolía es ya un lejano recuerdo y su forma de caminar transmite seguridad.

Intenta contener la euforia, pero le cuesta. Va de un lado a otro de la celda, viendo una posibilidad de salir de allí. Intuye, planea, vuelve a sentirse vivo.

–Me alegro por ti –dice Xián al ver renacer a su amigo.

–Y ahora voy a salir de aquí –dice Santos señalando la puerta de la celda–. ¿Te vienes?

–¿Qué plan tienes?

–Hace años hubo una fuga de presos. Escaparon más de 100 a través de un túnel. A la mayoría los cogieron, los metieron en la misma cárcel y se volvieron a escapar... por el mismo túnel.

–Nadie se acordó de cerrarlo, típico. Aunque te verán salir por las cámaras –dice Xián señalando hacia una de ellas.

–Excepto de 4 a 6 de la madrugada.

–Cierto –dice Xián asintiendo.

–Son casi las 4. Vente conmigo, Xián.

–¿Y si han cerrado el túnel?

–Le calculo un 50% de posibilidades de seguir abierto. Restando el riesgo de ir hasta allí... hay un 30% de posibilidades de escapar por donde entramos.

–¿Y la entrada sur? Allí hay otro infiltrado y te puede ayudar a salir.

–Cierto, pero es necesario llegar hasta él, y a lo mejor ya le han descubierto. Y nos han quitado nuestros disfraces. A la opción de la puerta sur le doy un 10% de posibilidades. Me la voy a jugar yendo hacia el túnel. *Forest fortuna adiuvat*, Xián.

–¿Y eso qué quiere decir?

–“La fortuna sonrío a los valientes”.

–Pues yo prefiero quedarme.

–¿Tienes algo que decirme antes de despedirnos?

–Sí –dice Xián con pena–. Perdóname, Santos.

–Ya... Deséame suerte.

Santos le da la mano a Xián, y después un abrazo. A continuación, mete la clave maestra que en su momento le dio el infiltrado en el panel numérico de la puerta, y comienza su casi imposible intento de huida

Santos mira hacia la derecha, hacia la izquierda, luego cierra un poco los ojos. Se concentra. Despejado. Llega hasta la esquina. Puede intuir a alguien detrás de la pared. Se mueve. Permanece quieto. Apenas respira, como una estatua. Espera.

–Por cómo se mueve se irá por el ascensor –piensa Santos.

Ahora intuye a otra persona por el lado contrario. Va directa hacia él. Busca, escanea y lo encuentra: un ángulo muerto. Se mueve hasta allí y se queda inmóvil. Está justo en el punto donde nadie puede verle. Espera allí durante varios minutos hasta que deja de pasar gente.

Luego va hacia el ascensor. Está ante la puerta. Se concentra. Percibe. Alguien viene dentro. De vuelta al punto muerto. Espera. Tranquilidad. Seguridad. Experiencia. Su mente se lo recuerda: esto ya lo has hecho decenas de veces, saldrá bien. La persona sale del ascensor y se va.

Santos ve el ascensor vacío. Entra en él. Introduce la clave maestra en el panel. Este cambia a

color verde. Marca dos plantas más abajo. El ascensor se pone en marcha. Percibe un grupo de personas. Vienen por la derecha.

El ascensor se para. La puerta se abre. Santos sale corriendo de él. Ellos no pueden verle aún. Santos sí, tras la esquina, por la derecha. Están a punto de doblarla.

Se va por la izquierda aunque por ahí también viene gente. Están tan cerca que hasta puede escucharles hablar. Está atrapado. Piensa rápido, apoyado contra una puerta.

Y entonces lo ve: la estancia de detrás esta vacía. Es un baño de mujeres. Entra en uno de los servicios y se queda allí un rato largo, esperando el momento perfecto. Este llega 20 minutos después. Ahora sí lo percibe: tiene vía libre hasta la entrada del túnel. Puede por fin acercarse hasta allí.

Se ha arriesgado pero sigue tranquilo. Sus pulsaciones son normales. Su respiración calmada. Aunque está sorprendido porque su intuición jamás le había sido tan fiel, afinada como un violín antes de un concierto, precisa como un reloj atómico de cesio.

Santos entra en la estancia donde se encuentra la entrada del túnel. Si sigue abierto, tal y como él cree, saldrá sin mayor problema.

Pero si lo han cerrado, entonces su única posibilidad será desandar el camino e intentarlo por la entrada sur. Y a partir de las 6 habrá alguien de nuevo vigilando las cámaras y le será casi imposible. Necesitaría esperar otras 24 horas, hasta las 4 de la madrugada del día siguiente. Aunque en cuanto le echen en falta en la celda, a las 6 de la mañana, darán la alarma y empezarán a buscarle...

Santos aún tiene dejes de su época de jugador. La adrenalina de jugarse algo le hace sentirse vivo. Pero esta vez ha apostado muy fuerte. Su vida es el premio. Y también el precio a pagar.

Una vez dentro del sótano, va directo a buscar la ganzúa de Xián entre los escombros, justo al lado de las taquillas oxidadas. Sin embargo, el montón se ha esfumado.

Al acercarse a la puerta ve que la han pintado de negro. Ahora sus pulsaciones sí se disparan. Empuja, pero está cerrada. Lo hace con más fuerza y tampoco se abre. Se seca el sudor de la frente y su respiración se acelera.

Desesperado, le da una patada a la puerta y después otra más fuerte con idéntico resultado: sigue cerrada e intacta. Se sienta en el suelo y suspira. Aquí su intuición es inútil...

Un rato más tarde se levanta y empieza a inspeccionar de nuevo la puerta, buscando un punto débil. Se fija en las bisagras. Son de superficie. Esta puerta está pensada para ser segura solo si quieres entrar.

Y eso lleva a Santos de vuelta al dilema: buscar herramientas para salir por aquí, con pocas garantías de encontrarlas o volver atrás e intentar la salida por la puerta principal. Pero mientras decide, ya está buscando.

—Santitos —se dice a sí mismo—, ya es demasiado tarde para la puerta principal.

Empieza por unas taquillas oxidadas del fondo, una por una. Después de un cuarto de hora de búsqueda, sigue con las manos vacías y su mente demasiado acelerada.

Entonces repara en algo: cuando entraron había 4 montones de escombros, y ahora hay uno, aunque mucho más grande.

—¿Y si han juntado los 4 en uno solo? —murmura Santos. Luego busca en el montón de gravilla, arena y tierra con sus propias manos. Tras 15 minutos, cuando ya está sudando y casi ha acabado de revisar los escombros, toca algo. Lo saca, lo limpia y se pone a dar saltos.

—Te tengo —dice Santos con la ganzúa de Xián en la mano.

Y entonces sí, tras 2 minutos de forcejeo en la cerradura, la puerta se abre y se ven las luces del

túnel perdiéndose hasta donde alcanza su vista. Santos sonríe, cierra la puerta negra tras de sí y da su primer paso hacia su recién recuperada libertad.

Aunque su alegría dura poco: debe actuar rápido, pues sus enemigos son más fuertes que nunca y se le acaba el tiempo.

Capítulo 15. La tercera bala

1

Mensaje de texto de Santos al teléfono de Antígona 10 horas después de su huida:

“Hola. Ya sabes quién soy, ¿verdad? Esto es una ADVERTENCIA: si me hacéis daño a mí o a Xián Raposo, el contenido del *pendrive* con las pruebas de vuestras actividades será enviado de forma automática a las autoridades nacionales, extranjeras y medios de comunicación, tanto a los tradicionales como a los de internet.

Y si intentáis secuestrarme o dejo de dar señales de vida durante más de una hora el resultado será el mismo. En ese caso, un grupo de personas anónimas lo hará por mí.”

–No hubo respuesta –le dice Santos al barman del pub–. Pero hizo su función: ha pasado una semana y sigo vivo... aún.

–Aunque te vigilan –dice el barman señalando en silencio una de las mesas del pub con 4 hombres vestidos de negro de pies a cabeza y botas militares.

Miran a Santos con esa mirada oscura, tan típica entre Las Sombras, con sus arrogantes barbillas levantadas, sus venas del cuello y ojos incendiados de ira, sus puños cerrados para intimidar...

–Ahora Las Sombras se mantienen visibles. Y hacen honor a su nombre: van conmigo a todas partes.

–Son buenos clientes –bromea el barman–, consumen, pagan y guardan silencio.

Santos se ríe y brinda con él.

–Yo le llevaría el *pendrive* a la policía cuanto antes.

–Es un empate técnico –dice Santos negando con la cabeza.

–¿Cómo dices? –responde el barman.

–Estoy vivo porque tengo ese *pendrive*. Es mi seguro de vida. Pero también necesito hacerlo público para delatar a Corporatio y Las Piezas Negras. Aunque si lo hago, desaparecerá su razón para dejarme vivir, ¿verdad? –dice Santos en voz alta mirando hacia la mesa con las 4 presuntas sombras.

–Eso es –dice el barman sirviéndole otra cerveza a Santos–, porque te habrás quedado sin nada para negociar.

Entonces, las 4 sombras se acercan hasta donde está Santos y se colocan justo detrás de él, en completo silencio. Una de ellas vigila a los demás clientes del bar, otras dos observan con los brazos cruzados, desde tan cerca que Santos puede sentir su aliento, y la cuarta sombra mira al barman.

–Vete, necesitamos hablar con él –le dice una de Las Sombras al barman.

–Vale, ya me voy –dice el barman–, pero os voy a grabar con la cámara de mi móvil, por si acaso.

–Si quisieran atacarme lo habrían hecho en mi casa, sin testigos –dice Santos. Luego se gira en la silla y una de Las Sombras le ofrece un teléfono móvil.

–¿Con quién voy a hablar? –pregunta Santos.

Pero en cuanto Santos coge el teléfono, las 4 sombras abandonan el pub.

–A ver si adivino –dice Santos poniéndose al teléfono–, ¿El Jugador?

–Puedes llamarme Klaus, si lo prefieres –dice El Jugador con amabilidad–. Buenos tardes, Santos.

–Supongo que me llamas para que te cuente mis aventuras de cuando fui jugador –dice Santos medio en broma.

–Te ofrezco un trato –dice Klaus Bergman “El Jugador”–. Xián Raposo y tú sobrevivís. Me das el *pendrive* y lo quitas de la nube. Después te unes a nosotros, y prometemos no dañarte ni a ti ni a los

tuyos con la maldición de Letheo 2.0. Y ya de paso, si quieres, me cuentas la historia de cómo te hiciste rico en tu gran partida –responde El Jugador siguiéndole la broma.

–Yo prefiero este otro trato. Lo de unirme a vosotros olvídalo, pero ya. Aunque lo de poder vivir tranquilo, eso sí lo quiero. También deberéis restaurar los recuerdos de los afectados por la maldición de Letheo. Te ofrezco el *pendrive*, yo mismo te lo llevo en persona a donde quieras. Y tú a cambio me das a Xián Raposo, la información técnica completa del Letheo 2.0 para desactivarlo y...

–¿Información técnica? –le interrumpe El Jugador.

–Por supuesto, los borrados de memoria los habéis hecho con nanotecnología. Es muy avanzada, pero se podrá desactivar de alguna manera.

–Esa parte la lleva Antígona. Hablaré con ella. Un momento –dice El Jugador mientras debate con alguien al otro lado del teléfono. Tras unos 20 segundos prosigue: –No tenemos garantías. No con el contenido del *pendrive* en la nube.

–Y ahí se quedará –responde Santos–, por si reaparecéis en 2 o 3 meses con otra versión de la maldición de Letheo.

–Espera un momento –dice El Jugador. Santos escucha como habla con alguien otra vez–, ¿por qué me quieres dar el *pendrive* en persona?

–Por mi última condición: Castillo nunca dejará de perseguirme.

–No, porque yo le ordenaré...

–... e ignorará tu orden –interrumpe Santos–. La quiero muerta. Y ver como lo hacéis con mis propios ojos.

–Por eso quieres un encuentro en persona –dice El Jugador–. Pues por aquí alguien también quiere verte cara a cara.

–Ya –dice Santos–, Castillo, supongo.

–No. Antígona. Y ha insistido en ello.

–Antígona, claro... –murmura Santos antes de decir en voz alta–. Pues ya conoces mis condiciones.

–Bien, voy a pensarlo. Te volveré a llamar a este teléfono. Ah, y trae el estandarte romano. El Segador quiere recuperarlo –dice El Jugador antes de cortar la llamada.

–Pues ya sabes –le dice Santos al barman en cuanto El Jugador corta la llamada–, si desaparezco, me asesinan o tengo un accidente mortal...

–Tranquilo. Lo de hacer público el contenido del *pendrive* ya está automatizado.

–Por esos *hackers* colegas tuyos, lo sé. ¿Son de fiar?

–No. Pero es la única opción: si dejo de tener noticias tuyas, o me pasa algo a mí, solo ellos podrán hacer pública la información.

–Bueno –dice Santos resoplando–. Da igual. A estas alturas ya tendrán preparadas pruebas falsas para invalidar el contenido del *pendrive*.

–Es posible. Ellos son Corporatio, “la compañía multinacional de biotecnología con 100.000 millones de euros de capitalización bursátil”, tal como pone en su web. Tienen recursos de sobra para hacerlo.

–Nuestra mejor opción era cortar las 3 cabezas a la serpiente. Esa era la idea al infiltrarme en su cuartel general. Ahora mi plan es distinto. Y hablando de eso, ¿me lo has conseguido?

–Por supuesto –dice el barman señalando una pequeña maleta negra detrás de la barra, con ruedas y de plástico rígido.

–Por si esta es la última vez que nos vemos –le dice Santos al barman–, muchas gracias.

Este asiente, sonrío y cuando va a contestar, el teléfono móvil vuelve a sonar: El Jugador ya ha

Mensaje de voz 1:

«Soy Santos Luna. Si estás escuchando este mensaje es porque estoy muerto. Pero quiero dejar esta grabación como prueba contra quienes han sido mis asesinos.

»Según venía hacia aquí, me acaban de informar de la desaparición de los archivos con pruebas incriminatorias contra los dirigentes de Corporatio y Las Piezas Negras alojados en la nube. Los hackers se han cambiado de bando. Se han ido con quién más les paga. Por si esto ocurría, he hecho copias del contenido del pendrive y las he distribuido a personas de confianza.

»Pero mientras la cúpula de Corporatio y Las Piezas Negras sigan vivos o hasta que sean detenidos, jamás nos permitirán sacar las pruebas en su contra a la luz pública. Esa será tarea para quienes escuchéis esta grabación.

»Junto con este mensaje, envío las coordenadas de mi última posición conocida antes de desaparecer, en la antigua fábrica de ladrillos, a 30 kilómetros al sur de Németa, la de las apariciones fantasmales. Estoy seguro de que quedar aquí ha sido idea de Antígona, por su obsesión por las maldiciones y espectros.

»Mis asesinos son Klaus Bergman, más conocido por “El Jugador”, Ángela Villalobos “Antígona” y, como no, Julio César Fierro “El Segador”. Son las 12:34 horas. La hora del encuentro es a las 15:00 horas. Me he pasado antes para verificar el terreno.

»Estoy en una colina cercana, como a unos 200 metros de la fábrica, desde donde puedo vigilar. He dejado mi coche a 1 km de aquí. Sobre las 14:30 horas iré a buscarlo para acercarlo al punto de encuentro, en la fábrica.

»El Jugador se ha olvidado de decirme que vaya desarmado a este encuentro. Eso es porque se siente protegido y habrá traído consigo a un buen puñado de sombras. Eso me permitirá llevar conmigo el contenido de mi maleta negra sin ser registrado, aunque en una mochila a la espalda.

»Según mis cálculos, tengo un 20% de posibilidades de éxito».

Santos termina de grabar este mensaje y lo envía. Si tarda más de 24 horas en dar señales de vida, será reenviado a la policía, medios de comunicación y demás. Aunque será para nada, pues Las Sombras ocultarán las pruebas de su asesinato.

Tampoco habrá pruebas contra la cúpula de Corporatio, pero, al menos, estarán bajo sospecha.

–Bueno, Santitos –se dice a sí mismo para darse ánimos–, mensaje enviado. Vamos allá.

Alrededor del edificio principal, hay otros más pequeños aún con sus rótulos “Oficinas”, “Almacén”... Su estado de conservación indica varias décadas de abandono. La visión de estos edificios vacíos, junto con el recuerdo de la maldición de este sitio, le sobrecogen un poco.

Se detiene ante la puerta sur y deja su mochila y el estandarte romano maldito a sus pies. Se lo piensa un par de minutos: una vez dentro le será imposible escapar. Pero decide entrar. Recoge el estandarte y se vuelve a poner su mochila a la espalda, cuyo peso le hace inclinarse un poco hacia adelante al andar.

A las 14:59 Santos entra por la puerta sur de la fábrica. Es de planta rectangular, de unos 50 metros de ancho por 100 de largo, estando sus 2 entradas en sus caras más estrechas, una en la norte

y otra en la sur.

Las paredes están libres de graffitis y el suelo está limpio. Hay un charco poco profundo de agua verdosa, estancada y con musgo. Ocupa una estrecha franja 60 metros en la parte central y sur. El techo de uralita de poliéster translúcido está en buenas condiciones, aunque en alguna parte tiene una fisura invisible por donde ha entrado el agua.

Al fondo, cerca de la entrada norte, Santos percibe una estructura de cristal al caminar entre finas columnas dobles de hormigón armado que se van sucediendo cada 5 metros a cada lado. Llegan hasta el techo y sujetan una estructura metálica a modo de bóveda. A pesar de ser un día nublado, la luz se filtra por las ventanas y el techo, chocando contra el charco del suelo y rompiéndose después en destellos hacia arriba.

Las Sombras y El Segador han venido en 3 coches negros, Antígona en otro diferente con El Jugador. Estos 4 vehículos están aparcados en la parte norte del edificio y el de Santos en la parte sur, algo más cerca.

Este sitio es ideal para disparar o matar, pues está desierto en 10 kilómetros a la redonda. Santos ha investigado el lugar y cuando la fábrica cerró, condenó a las pequeñas villas de su alrededor a ser pueblos fantasmas. Sus habitantes emigraron y jamás volvieron. Y al estar cerca de un coto de caza, si alguien escucha disparos, creerán que son cazadores.

A Santos esta fábrica le recuerda a una catedral, por la forma y la enorme altura de la misma, unos 20 metros. Tiene la parte central es más alta y las dos laterales más bajas. Y la gran cantidad de ventanas de cristales rotos le recuerdan a las vidrieras de las iglesias.

–Y Las Sombras son las gárgolas –piensa Santos. Y así, riéndose de su ocurrencia, llega hasta la estructura de cristal.

–Vienes de buen humor –le dice El Jugador.

Este le habla desde dentro de una estructura de 4 x 4 metros con varias capas de cristal blindado, incluso en el techo. La puerta de la misma solo se abre mediante un sensor de huellas digitales.

–Os habéis protegido bien...–murmura Santos mordiéndose el labio.

El Jugador, Antígona y Castillo están dentro del escudo de cristal. A 4 metros frente a él está Santos. Alrededor suyo empiezan a posicionarse 9 sombras apuntándole con sus armas, mientras otras 2 retienen a Xián unos 5 metros más al norte.

–Habíamos quedado en un encuentro cara a cara –protesta Santos viendo a Antígona, Castillo y a El Jugador dentro del escudo de cristal.

–Antígona insistió –contesta El Jugador–. Y también en traernos a unas cuantas sombras. Por si acaso.

–Tu fama de tramposo es merecida: habíamos quedado solo tú, yo y Xián. Y os habéis construido un escudo de cristal. Por esto –dice Santos señalando el grueso cristal blindado– se te pasó decirme que viniese desarmado.

Según habla, a Santos le llega un mensaje a su móvil en forma de vibración. Es un aviso de la alarma de proximidad de su coche: alguien lo está manipulando. La alarma cesa justo cuando entra El Segador desde la puerta sur.

“¿Me has puesto una bomba en el coche?”, se pregunta Santos mientras deja a sus pies la tela de estandarte del olvido y su mochila.

–Cuidado, puede contener explosivos –dice una de Las Sombras señalando la mochila negra. Luego, en círculo, sin romper su perfecta formación alrededor de Santos, retroceden hasta unos 6 metros de distancia de él.

El Segador les rodea, pone su mano en el detector de huellas y entra en el escudo de cristal. Lleva

consigo una larga maleta negra. La deja en el suelo, a su lado, y se coloca justo detrás de Castillo, con El Jugador de pie a su izquierda.

Antígona está sentada justo al lado de Castillo, frente a una pequeña mesa con su ordenador personal portátil sobre ella. Está concentrada escribiendo en él, como ausente.

–Buena jugada –dice El Jugador–, eso invalida a mis sombras... por ahora.

–Lo primero –exige Santos–, suelta YA a Xián.

Al oír esto, Antígona reacciona y se pone de pie al lado de Castillo.

–Me has pedido restaurar las memorias de los afectados por la maldición de Letheo. Y también a Xián. Y eso es mucho pedir en tu situación –dice riéndose El Jugador.

–Tramposo hasta el final...–responde Santos.

–Vamos a jugar al juego de tú decides quien se salva y quién no. La memoria de 3 personas por la vida de él –dice El Jugador señalando a Xián.

–No –dice Santos.

–¿Y si te ofrezco 4?

Santos vuelve a rechazar la oferta negando con la cabeza.

Mientras, Antígona observa a Castillo desde hace un minuto. Necesita confirmar algo, allí, de pie, a su lado. Al fijarse en sus ojos, le parece percibir sus pupilas dilatarse cuando mira hacia Santos y como relaja su postura corporal, descruzando los brazos.

Incluso le parece ver una leve sonrisa durante un par de segundos una de las veces en que mira hacia él.

Entonces, despacio, vuelve a sentarse delante de su ordenador personal.

Cuando termina, mira a El Segador y asiente. Él hace lo mismo y desenfunda su arma.

–¿Y 6 personas? –ofrece El Jugador–, ¿te...?

En ese momento Klaus Bergman, El Jugador, se queda en silencio. Su cara carece de expresión. Y 3 segundos más tarde cae al suelo, boca arriba, como inconsciente, pero con los ojos abiertos. Castillo se gira un poco para mirar hacia él cuando recibe un golpe seco en la parte lateral de la cabeza. Pierde el equilibrio y se arrodilla.

El Segador vuelve a golpearla. Ahora está casi sin sentido y él lo aprovecha para atarle las manos a la espalda con una brida de plástico. Después se pone detrás de Castillo, apoyándole su pistola en la cabeza.

Antígona aplaude: –Gran jugada, esto no me lo esperaba.

–¿Qué le has hecho? –pregunta una de Las Sombras del exterior señalando a El Jugador.

–Acabáis de ser testigos de la activación oficial de la maldición de Letheo 2.0.

–Entonces, ya está operativo –dice Santos con el ceño fruncido.

–Desde hace meses. Solo esperaba el momento perfecto para usarlo.

–Y dar un golpe de estado –responde Santos echándole una mirada a El Jugador.

–No tengas pena por él, te hacía trampas. El Letheo 1.0 era imperfecto. Con el tiempo sus efectos desaparecían al 100%. En este momento, los 8 afectados ya han recuperado sus recuerdos. Y nunca dejó de funcionar. Lo detuve yo misma para acelerar la creación del Letheo 2.0.

–Lo has dejado como un vegetal.

–El Letheo 2.0 puede borrar una mente completa. Y puede ser permanente.

Luego se gira y murmura mirando hacia El Jugador: –Yo no quería ser tu hija, quería tu puesto.

–Ángela, vamos a negociar –dice Santos.

–No tienes nada para ofrecerme. Pero yo a ti sí: un espectáculo único –dice señalando a Castillo–. La verás morir ante ti.

El Segador le da una patada a Castillo tras escuchar a Antígona.

–¿Eso te ha dolido? –le dice El Segador a Santos–, porque a ella sí.

–Por mí, como si la matas. Es de los vuestros –dice Santos.

–Siempre se te dio mal mentir –responde Antígona. Después mira a El Segador. Este quita el seguro de la pistola: va a dispararle en la cabeza a Castillo... y Santos reacciona levantando la mano.

–Espera –dice Santos.

–Sus gestos le han delatado –dice Antígona–. Me has metido una rata en casa. Y ahora voy a usar a mi mejor exterminador para matarla.

–Bajad las armas. Y soltad a ese –dice entonces Antígona señalando a Xián. Pero esta situación ha pillado desprevenidas a Las Sombras: dudan a quién obedecer y permanecen quietas. Entonces El Segador interviene, asiente y obedecen, aunque a regañadientes. Bajan sus armas y liberan a Xián. Este va directo hacia Santos.

–¿Lía está con nosotros? –le pregunta Xián a Santos mirándole a los ojos. Este le devuelve la mirada y asiente despacio, con gesto serio.

–Esto está siendo mejor de lo esperado –dice Antígona mirando a Xián.

–Mírame –le dice El Segador a Lía agarrándola por la ropa–. QUE ME MIRES.

–Eh, alto –le detiene Antígona.

–Voy a matarla. Ese era nuestro trato.

–Espera. Vamos a hacerlo un poquito más interesante. Desde aquí manejo los nanobots de la maldición Letheo 2.0 –dice Antígona señalando su pc portátil–. Pero antes de borrarle, te regalo un último recuerdo: una pelea a muerte entre las dos mejores sombras, la tuya y la mía.

Santos mira a El Segador. Lo observa, busca, escanea... y encuentra: siente su preocupación, enfocada en su pierna derecha, en su rodilla. Puede tenerla entumecida, por la postura mantenida de apuntar a Lía con el arma, o dañada por alguna herida mal curada...

–Al menos libérala y dale un arma –protesta una de Las Sombras.

–Es nuestro general, merece respeto –dice otra.

–Eso no es una pelea, es una ejecución –añade una tercera sombra.

Entonces Antígona manipula su ordenador personal. Y se queda en silencio 3 minutos. Después, una de Las Sombras rebeldes cae al suelo, con la mirada perdida y su mente borrada. Las demás sombras se miran en silencio: les ha quedado claro quién manda.

–Y ahora, máatala –ordena Antígona a El Segador.

Este se ríe de medio lado, confiado, prepotente, con sus ojos casi cerrados en dos líneas oblicuas, con su actitud de hiena al acecho, hinchando su pecho al máximo y guardando su pistola. Entonces se lleva a Lía, medio aturdida y a rastras, hasta fuera del escudo de cristal, junto con su maleta alargada.

–Por fin –exclama El Segador tras años de espera.

A continuación abre la maleta: en su interior reposa una enorme espada curva japonesa con el mango rojo.

–Cuando el filo de mi katana ve la luz, es para mancharlo de sangre –dice El Segador al empuñarla.

Justo entonces, Lía deja de fingir aturdimiento y mira hacia Santos. Este asiente, mirándole a los ojos, luego fija su mirada en la rodilla derecha de El Segador, a la vez que este se gira hacia ella con la katana en alto y después la mira a los ojos de nuevo.

Lía asiente y nota como se le eriza el pelo al presentir la muerte acercarse por la espalda. Aunque se mantiene quieta unos segundos más. Ahora conoce su punto débil, su rodilla derecha. Y espera

mientras El Segador se está preparando para bajar la katana con la furia y el odio acumulados durante años.

Y entonces la escena cambia por completo: Lía ha conseguido liberar sus manos, rueda hacia un lado y se pone en pie.

–Pero, ¿cómo? –grita Antígona.

La respuesta de Lía es arrojar al suelo una pequeña cuchilla. Las Sombras se miran entre ellas, murmurando, admiradas, sorprendidas... Acaban de comprobar de primera mano porqué su general Castillo tiene fama de astuta. Y, por supuesto, se abstendrán de intervenir en el duelo entre ellos.

El punto fuerte de Lía es la rapidez, la de El Segador la fuerza bruta. Ella calcula. Piensa. Espera su momento. El Segador se gira hacia ella, con sus dientes de depredador brillando y su mirada clavada en de lobo Lía.

En ese preciso instante, Lía hace un amago rápido, hacia su izquierda, en zigzag. En un acto reflejo, El Segador carga su peso en la rodilla derecha. Lía puede ver la mueca de dolor dibujarse en la cara de El Segador y, a la vez, escucha un leve crujido seco. Lo reconoce: es la rotura parcial de algún tejido interno de la pierna derecha de él.

En cuanto lo oye, Lía reacciona en décimas de segundo. Pero no se aleja, como sería lógico para evitar la espada. Cuando El Segador se dispone a golpearla con la katana, empuñada con ambas manos, para seccionarla en dos, Lía pega su cuerpo al máximo al de él.

Ante esto, El Segador intenta corregir la forma de empuñar la espada, pues con una única pierna sana como punto de apoyo, es incapaz de darle un rodillazo o patada. Lía se lo esperaba y se ha adelantado. Y para cuando quiere herirla, con la espada empuñada con una sola mano, ella se desliza con agilidad felina hasta situarse detrás de él.

El Segador decide dar una estocada a la espalda, y elige el lado derecho, donde cree que está ella. Lía lo ve, lo esquiva pegándose a él, y le da un fortísimo golpe seco en la cabeza, en el lateral, el mismo tipo de golpe usado antes por El Segador para aturdirlo. Este queda noqueado unos segundos, y Lía le arrebató la katana.

Es entonces cuando El Segador se encuentra con la muerte. Cierra los ojos, aceptando su destino y susurra algo. Lía le escucha en silencio y le atraviesa la espalda con la katana. El Segador camina tres pasos hacia adelante, separándose de ella y Lía retira la hoja de acero de la herida.

El manantial de sangre ya ha comenzado a crear un creciente charco en el suelo. El Segador se queda de rodillas, cae hacia un lado y queda boca arriba a los pies de Lía, inerte. Luego ella camina hacia Santos, recoge el estandarte romano y lo usa para cubrir la cabeza y hombros del cadáver de Julio César Fierro, El Segador.

Lía ha planeado su muerte tantas veces, demasiadas como para contarlas. Y ahora que lo ha conseguido, donde debería haber satisfacción, hay vacío y tristeza. Entonces, las miradas de admiración de Las Sombras la hacen reaccionar.

–No puede usar el Letheo 2.0 contra todos nosotros a la vez, somos demasiados –dice Santos.

–Vámonos, Santos, ya la cogemos en otra ocasión –dice Lía.

Pero Santos les dice algo en voz baja a ella y a Xián.

–Retiraos –ordena entonces Lía a Las Sombras. Estas dudan unos segundos entre el miedo al Letheo 2.0 y la lealtad hacia su general. Eligen esto último y obedecen. Salen de la fábrica a la carrera, encienden sus 3 coches y se van.

–Aún queda trabajo por hacer –dice Lía limpiando la katana y volviendo a enfundarla.

–Demasiado rápido, demasiado fácil ¿Cómo sabía ella lo de su rodilla herida? –dice Antígona. Luego señala a Santos y manipula su ordenador–. Porque tú la has ayudado: has recuperado tu

intuición.

Mientras Antígona habla, Lía se acerca a la puerta del escudo de cristal y pone su mano en el lector de huellas digitales.

–Tarde. Ya he anulado tus permisos para entrar aquí –dice Antígona.

Lía golpea la puerta con el pie y fulmina a Antígona con la mirada.

–Os he marcado a los 3 con el Letheo 2.0. Si escapáis, acabareis como él –dice Antígona señalando a El Jugador.

–¿Qué quieres, Ángela? –pregunta Santos.

–Lo primero, llámame por mi nombre. Soy Antígona. Segundo. Uníos a mí. Ahora soy la líder. Con tu intuición –dice señalando a Santos y después a Lía – y contigo de general de Las Sombras, seremos invencibles.

–Y ser tu esclavo: jamás –responde Santos.

–Os daré las claves del Letheo 2.0. Estaréis a salvo –insiste Antígona.

–Y tú harás arder el mundo. No cuentes conmigo –responde Santos.

–Antes prefiero la muerte –contesta Lía con mirada desafiante.

–Eso tiene fácil solución. Pero Santos tiene preferencia. Sus *habilidades* le hacen el más peligroso de los 3.

Tras decir esto, Antígona se acerca a su ordenador personal y teclea durante unos segundos.

–Ahora, en 3 minutos, estarás como él –dice Antígona señalando a El Jugador–. ¿Unas palabras de despedida?

–Cómo nos has utilizado. Tanto a nosotros como a los tuyos. Eres la maestra de la manipulación y el engaño –le adula Santos para intentar tirarle de la lengua y sacarle la máxima información posible.

–Por fin lo entiendes, Santitos –responde Antígona con soberbia–. Yo insistí en construir esta estructura de cristal y negociar protegidos en ella. Porque el objetivo de esta reunión no solo era eliminaros, sino aprovechar también para convertirme en la líder.

»Vosotros 3 habéis sido mis mejores peones, eso sí, involuntarios, en mi camino por ser la número 1 en Corporatio y Las Piezas Negras.

»Y por cierto, Castillo, nunca confié del todo en ti. Pero aunque hubieses sido leal al 100%, te hubiese destruido igual. Eres demasiado peligrosa por tu influencia sobre Las Sombras.

»Por eso ideé esta estructura de cristal, blindada no para protegerme de vosotros, sino de Las Sombras tras la toma del poder por mi parte.

»Porque, como ya os dije antes, la maldición de Letheo 1.0 nunca dejó de funcionar: yo la detuve y, así, desvié recursos para la investigación del Letheo 2.0. Y sí, es nanotecnología. Y solo YO controlo los nanobots.

Santos asiente con calma.

–Te veo tranquilo, Santos –dice Antígona.

–¿Por qué elegiste esta fábrica? –pregunta Santos mirando a Antígona a los ojos.

–¿Es de eso de lo que quieres hablar en tu último minuto?

–Es un tema como cualquier otro.

–Este es el lugar perfecto. Mi ascenso y la activación de Letheo 2.0, justo aquí, en esta fábrica, también maldita. Ya sabes, la maldición de los 2 hermanos...

Santos niega con la cabeza.

–Fue aquí mismo –dice Antígona señalando hacia la parte norte de la fábrica–. El asesinato de un trabajador de la empresa por parte de su hermano celoso. Estaban enamorados de la misma mujer. “O mía o de nadie”, ya sabes... Aunque calculó mal, pues la mujer se suicidó, también aquí.

»Al principio, los dueños de la empresa y el pueblo entero decidieron encubrirlo, por si les cerraban la fábrica. Pero comenzaron las apariciones del fantasma de la mujer y las desapariciones de trabajadores. Entraban en la fábrica por la mañana y ya no salían por la noche, sin dejar rastro. Tal como os va a pasar a vosotros. Es hasta poético.

–Nunca cambiarás –dice Santos sonriendo.

–No se puede confiar en mí, ¿verdad, Santitos? –dice Antígona riéndose de medio lado–. Si hasta entraste en nuestro cuartel general por el túnel porque YO lo ordené construir. Como no conseguíamos matarte fuera pensé en atraerte y cazarte dentro, pero lograste escapar.

Antígona mira el reloj, ya queda menos de un minuto. El borrado de Santos ya está a punto de comenzar...

–Pudiste haber sido alguien grande a mi lado. Y mírate –dice Antígona levantando la cabeza con gesto altivo y con una mueca de desprecio en su boca.

Santos saca una de sus manos de los bolsillos para mirar su reloj: han pasado ya más de 4 minutos, casi 5.

–Lía Cruz, Xián Raposo, Ángela Villalobos. Ese de ahí era Klaus Bergman “El Jugador”. Este otro El Segador o Julio César Fierro, como prefieras, ¿sigo?

Lía aplaude.

Xián abre la boca sorprendido. Antígona frunce un poco el ceño y el sudor empieza a formarse en su labio superior.

–Pero, ¿CÓMO? –grita Antígona mirando a Santos. Y a Lía tecleando en su ordenador personal.

–A ella tampoco podrás borrarla –le dice Santos a Antígona comprendiendo sus intenciones. Después le susurra a Lía al oído: –Quédate a mi lado. Aquí estás a salvo.

Esta asiente. Xián también se pega un poco más a él, por si acaso...

Los siguientes 3 minutos son de tenso silencio. Santos está seguro de estar a salvo. Lía decide creer a Santos, aunque le cuesta confiar en él al 100%.

Xián se devora las uñas y mira a Lía y a Antígona, como en un partido de tenis. Y esta los taladra con la mirada.

Unos 4 minutos después Lía comienza a hablar: –Décimo Junio Bruto.

–¿Cómo dices? –pregunta Santos.

–Pobre, se está volviendo loca –dice Xián–, deben ser los primeros efectos del Letheo 2.0.

–Xián, estoy bien. Es el nombre de un general romano. Hace 2.000 años atravesó el río Lethe con su memoria intacta. Como yo ahora.

Antígona mira a El Jugador. Está a su lado, sentado en el suelo. Inmóvil, silencioso, con la mirada perdida en el techo de la fábrica. A continuación se fija en la sombra borrada por ella un rato antes.

–No lo entiendo. El Letheo 2.0 sí ha funcionado con ellos –murmura Antígona buscando una explicación.

Después se acerca hacia donde están ellos, hasta casi tocar con su nariz el escudo de cristal blindado.

Observa a Xián, intentando ocultar su temblor y mirándola de reojo. A Lía, con su mirada fija sobre ella, como la de un felino sobre su presa, sin pestañear. Y a Santos, confiado, sonriente.

Y como quien busca encuentra, Antígona lo comprende.

–Hijo de... –dice Antígona golpeando el cristal blindado y señalando la mochila a los pies de Santos–. Llevas un PEM ahí metido.

Lía sonrío mirando a los ojos a Antígona, a la vez que Xián pone cara de sorpresa.

–Bien pensado lo de tirarle de la lengua para escuchar su confesión –dice Lía–. La pena es no

tener con qué grabarla.

–¿Y con los móviles? –pregunta Xián.

–El PEM los ha dejado KO –dice Santos enseñándole la pantalla apagada del suyo.

–¿Me lo explicas? –le pregunta Xián a Santos. Pero contesta Antígona.

–Ha conseguido un PEM –dice Antígona–, un generador de pulso electromagnético de corto alcance. Ese aparato desactiva los nanobots, y sin ellos no hay ni nanotecnología ni Letheo 2.0.

–¿Cómo lo supiste? –pregunta Xián.

–Uno de los archivos del *pendrive* llamado “Protección E” lo explica –contesta Santos.

–Ese archivo no debería existir. Ordené borrarlo –dice Antígona golpeando el escudo de cristal.

–Pues El Jugador guardó una copia en su ordenador personal –dice Santos.

–A lo mejor desconfiaba de ti –remata Lía.

–Te felicito, Santos. Bien jugado, como diría este hombre cuando era El Jugador –dice Antígona señalándole.

–“Sí. Y tú has perdido –dice Santos dando un par de pasos hacia Antígona. Entonces percibe peligro a su espalda. Se gira sin conseguir concretarlo: allí solo están Lía y Xián. Luego empieza a buscar por la fábrica, pues la sensación va en aumento.

–¿Tú crees, Santitos? –dice Antígona sonriendo–. Porque es mi turno. Y aún no he jugado mi as de triunfos.

Santos se gira hacia Lía y Xián. Ahora lo entiende, pero ya es tarde...

–MÁTALOS –ordena Antígona.

Entonces Xián se aleja 3 metros de ellos, saca una pistola y apunta a Santos y Lía.

–¿Quién ha perdido, Santitos? –se regodea Antígona. Santos comienza a respirar más rápido y siente como su pulso se acelera.

–No os lo esperabais, ¿eh? –dice Antígona.

–Teníamos dudas sobre Xián desde antes de entrar por el túnel –dice Lía.

–Una gran trampa para ratones, hasta la ganzúa se la dimos nosotros –dice Antígona.

–Guarda esa pistola –dice Santos mirando a Xián.

–Pasarle información a Antígona es malo. Pero sacar un arma contra nosotros es ir demasiado lejos, Xián –murmura Lía entre dientes. Está roja de ira, con el ceño fruncido y los puños cerrados. Sus ojos entrecerrados destilan odio cuando se acerca a Xián.

–Mátala –le ordena Antígona a Xián.

Este mira a Antígona, con Lía avanzando hacia él. Xián empieza a bajar la pistola, incapaz de apuntar a su amiga. Sin embargo al ver su mirada asesina se sobresalta y la pistola se le vuelve a disparar, como cuando mató al hermano de El Segador.

La bala rebota en el suelo, le da a Lía en el pecho y el impacto la hace caer hacia atrás.

–Buen trabajo, Xián –dice Antígona–. Y ahora dispárale a él.

–No, NO, se me ha disparado sin querer.

La primera reacción de Santos es ir a socorrer a Lía, pero Xián le está apuntando a él. Tiembla, niega con la cabeza y es casi incapaz de hablar.

–Suelta esa pistola YA –le exige Santos señalándole con el dedo.

–Lía, perdóname, ha sido un accidente –dice Xián mirando primero a Lía tendida en el suelo y después a Santos–. TE LO JURO, SANTOS.

El instinto de protección de Santos le hace quedarse quieto para evitar poner más nervioso a Xián: con un disparo sin querer ya es bastante.

–Ahí lo tienes, Santitos. La tercera bala perdida –dice Antígona–. La maldición se lleva ahora a

Lía Cruz “Castillo”. Como hizo antes con Eva y Octavio.

Sonríe. Aplaude. Se acaricia el pelo. Es su momento de la victoria y lo está celebrando

–No, no, no... –repite Xián una y otra vez mientras un manantial salado brota de sus ojos.

A espaldas de Xián, Lía se ha incorporado hasta quedar sentada en el suelo.

–Xián, deja esa pistola en el suelo –dice Lía.

–No. REMÁTALA XIÁN –responde Antígona.

Xián se da la vuelta y, sin dudar ni un segundo, arroja la pistola a los pies de Lía.

–Llevas chaleco antibalas –dice Santos aplaudiendo y yendo hacia ella. Pero Lía le hace un gesto con la mano para que se quede donde está.

–Es obligatorio en las misiones de Las Sombras. Excepto él –dice Lía señalando el cadáver de El Segador–, que se negaba a ponérselo.

Después, Lía recoge la pistola y comprueba si está cargada.

–Date por muerto. Tú y los tuyos –dice Antígona con mirada de loca y golpeando el escudo de cristal.

–Tranquila, ya me encargo yo –dice Lía mientras se pone en pie con la pistola en la mano y camina hacia él.

Cada paso de Lía hacia Xián deja una huella roja de sangre en el suelo y le provoca una mueca de dolor.

–Estás herida. La bala ha atravesado el chaleco –dice Santos.

Lía quita el seguro de la pistola y empieza a andar hacia Xián. Este duda entre escapar o quedarse quieto.

–Ya estoy harto de tener miedo y esconderme. Si me vas a disparar, adelante. Me lo merezco.

Pero Santos actúa rápido y se pone en medio.

–Nosotros también le hemos utilizado –le dice Santos a Lía–. Sabíamos que estaba con ellos y se lo hemos ocultado.

–Pero no le hemos pegado un tiro, como él a mí –dice Lía levantando el arma y apuntando a Xián.

–El tiro se lo ha pegado al suelo y porque se le ha disparado la pistola –dice Santos–. Y mírate la mano.

Lía lo hace y su mano está tan opaca y pálida como si en vez de estar desangrándose y en el prelude de un ataque de pánico, estuviese paseando en un atardecer de verano por una playa tranquila.

Al confirmar que su invisibilidad ha desaparecido, Lía asiente, temblando.

–¿Por qué, Xián? Eras mi mejor amigo –dice Lía.

–Me obligaron. Ella –dice Xián señalando a Antígona– me prometió no haceros daño. A mí sí me lo hicieron. Me pegaron. Amenazaron a los míos y...

–¿Y YO QUÉ SOY? –exclama Lía mientras una lágrima de pura rabia se desliza por la mejilla derecha, seguida de dos más por la izquierda.

Santos pega su mano al cañón de la pistola y mirándole a los ojos le dice a Lía: –Para matar a Xián tienes que dispararme a mí primero.

–Apártate –responde Lía.

–Xián no me delató cuando escapé –le defiende Santos–. Y nunca quiso hacerte daño.

–Pero sacó la pistola contra nosotros.

–Ponte en su lugar, ¿tú qué hubieses hecho?

Al oír esto, Santos ve como Lía le pone el seguro a la pistola, aunque sin dejar de apuntar a Xián.

–Tranquilo, Xián. Solo quiere asustarte –dice Santos.

–Eso es fácil de decir, no te quiere matar a ti –contesta Xián.

–Ya te ha perdonado.

–¿Y tú cómo lo sabes? –dice Lía.

–Porque tu mano sigue visible.

–¿Cómo sabes eso? –susurra Lía justo antes de que sus piernas empiecen a fallarle por la pérdida de sangre.

Santos la abraza. Xián también. La sostienen y la ayudan a recostarse.

–Me ha encantado la escenita –dice Antígona aplaudiendo–, en especial porque vais a verla morir.

Aunque hay una solución.

–¿De qué estás hablando? –pregunta Xián.

–Si me dejáis ir ahora, ella se salva. Si no, morirá desangrada.

–Pero te irás con la maldición de Letheo y siendo la líder de Las Piezas Negras –dice Santos.

–Os prometo no haceros daño. Además, ya sabéis como desactivar el Letheo 2.0.

–¿Y vivir pegado a esta mochila de por vida? –contesta Santos–. Creo que paso.

–Puedo ir yo con Lía a un hospital y avisar a la policía y tú te quedas vigilándola –propone Xián.

–Y al salir del radio de protección del PEM, el Letheo 2.0 os borrará –le advierte Santos.

–Estamos tan atrapados como ella –comprende Xián.

–Eso es. Tic, tac, las gotas de sangre siguen cayendo. Su vida se está vaciando –dice Antígona.

Un rato antes, Lía se ha quitado el chaleco y se ha vendado la herida.

–La hemorragia ha cesado –dice Lía.

–Y yo he enviado un mensaje justo antes de entrar aquí a negociar. La policía estará al llegar –dice Santos.

–O no, pueden tardar horas. Y a ella no le queda tanto. Habladlo entre vosotros y luego me decís –dice Antígona arañando el escudo de cristal.

Lía y Xián bajan el tono para parlamentar. Mientras, Santos mira a Antígona a los ojos y ella le sostiene la mirada.

–Estoy bien, aguantaré –murmura Lía –, vamos a esperar.

–Yo quiero llevarte a un hospital. Pero YA –dice Xián.

–Porque me has disparado y te sientes culpable. Xián, si Antígona escapa estamos muertos.

–Siempre tenemos el aparato este –dice Xián señalando la mochila de Santos– para protegernos.

–La herida es pequeña, superficial y apenas sangro. Me ha costado demasiado llegar hasta aquí.

Insisto: nos quedamos –dice Lía.

–Es mejor dejarla ir. Tenemos pruebas en su contra y podemos ir a por ella después –dice Xián.

–Esto es un empate. Santos, decides tú –dice Lía.

–Esa herida, ¿cómo es de grave? –pregunta Santos.

–Es un arañazo –miente Lía.

–Vale, ¿cuántas posibilidades hay de que te desangres? –pregunta Santos.

–Pocas. Como un 5% –responde Lía.

–Pues estoy con Xián, vamos a dejarla ir.

–Santos, NO ME JODAS –protesta Lía.

–Aunque alguien viniese a ayudarnos, Antígona los borraría –explica Santos.

–Pero al desaparecer, vendrán otros –replica Lía.

–Y tú te habrás desangrando.

–Eso es casi imposible.

–Como si es un 0,001%. Tu vida sigue estando en peligro. Antígona se va y punto –dice Santos.

–De eso nada –protesta Lía encarándose con Santos y agarrándole por la ropa. Entonces este le susurra algo al oído y se produce el milagro: Lía le mira a los ojos 5 segundos, asiente y se echa a un lado.

–Ángela, tu ganas. Puedes irte –dice Santos sin dejar de mirar a Lía.

–Yo gano, como siempre –responde Antígona riéndose–. Deja la pistola al lado de la puerta, las llaves de tu coche y luego alejaos de la puerta. Castillo, tú en especial.

–Santos, si le das el arma nos podrá disparar con ella –dice Xián.

–A 30 metros estaremos a salvo –contesta Lía–. No está entrenada y a esa distancia carece de puntería.

Según hablan, los 3 se acercan a la puerta del escudo de cristal. Santos deja el arma y las llaves de su coche. Y después se alejan de nuevo.

–Xián, a ti sí te voy a echar de menos –dice Antígona–. Quién sabe, en otras circunstancias, a lo mejor...

Santos y Lía cruzan sus miradas con sorpresa al oír esto, mientras Xián mira hacia el suelo.

–Yo a ti no –dice Xián intentando ocultar su tristeza.

–Mientes –dice Antígona–. Pero tranquilo, Xián, tú y los tuyos estáis a salvo.

–¿Eso incluye a Lía y Santos? –pregunta Xián.

–Te está mintiendo –dice Lía.

Santos recoge la mochila y comienza a caminar. Cuando ha recorrido unos 20 metros hasta llegar a la pared oeste de la fábrica, Antígona sale del escudo de cristal. Santos se para y se gira para ver como Antígona recoge del suelo la pistola y las llaves de su coche.

–Ángela –dice Santos levantando un poco la voz por la distancia hasta ella–, si tienes pensado volver en mi coche, olvídalo. El Segador le ha puesto una bomba.

Al oír esto, Antígona se queda pensando unos segundos, tras los cuales sonrío y niega con la cabeza.

–Siempre supe cuando mentías –le responde Antígona también en voz alta.

–Te digo la verdad.

–Si hubiese una bomba en tu coche yo lo sabría. Porque yo no he dado esa orden –dice Antígona.

–Como quieras.

–Aunque Las Sombras son vengativas –dice Antígona–. Puede que al irse hayan dejado una bomba en el mío, como regalo de despedida. Y tú las habrás percibido con tu recién recuperada intuición.

–Si tan segura estás –dice Santos pinchándole en su punto débil, la soberbia–, ¿para que necesitas las llaves de tu coche?

Y acto seguido, Antígona arroja las llaves de su coche hacia Santos, riendo de medio lado, con desprecio: –Ahí las tienes, perdedor.

Al verlo, Santos asiente serio y cruza los brazos.

–Van a rodar muchas cabezas por esto –susurra Antígona en plena paranoia, al alejarse hacia la puerta sur apuntándoles con la pistola.

–¿Qué dices? –pregunta Santos–, habla un poco más alto.

–UN APRENDIZ DE MENTIROSO NO PUEDE CAMELAR A LA MAESTRA DEL ENGAÑO.

Gracias por el aviso –responde Antígona corriendo hacia el sur, hacia el coche de Santos.

Santos y Xián se dirigen hacia la llave del coche de Antígona. Lía se queda atrás a la vez que se le doblan las rodillas. La herida de bala es superficial, pero la sangre, aunque poca, sigue saliendo.

–Un 5% de posibilidades, ¿eh? –le reprende Xián.

Ambos la ayudan a caminar. Al llegar al coche de Antígona, Lía está al borde del desmayo. Xián

se sienta con ella en el asiento de atrás y Santos enciende el coche, mete primera y arranca derrapando.

En ese momento, una fuerte explosión provoca que Santos casi pierda el control del coche. Frena en seco, a la vez que la onda expansiva destroza los cristales de las ventanas de la fábrica.

Después se pone en marcha otra vez, rodea la fábrica hacia el sur, en dirección a la única carretera que hay para salir de allí y, a la izquierda, Santos puede ver su coche ardiendo, tras la explosión de la bomba adosada al mismo por El Segador.

–Tenías razón, Santos –dice Lía con un hilo de voz –, había una tercera opción.

Xián se ha quedado en silencio, mirando a Santos a los ojos por el espejo retrovisor. Tiene el ceño fruncido y los labios apretados. Y empieza a dar golpes contra el asiento del copiloto, conteniendo las lágrimas.

–Venga, suéltalo ya, Xián –le dice Santos.

–Lo de la bomba, ¿se lo dijiste para salvarla o para matarla?

Santos mira hacia la carretera y acelera hasta 140 km por hora, 150, 160...

–Dije la verdad... pero como si estuviese mintiendo.

–Jugador hasta el final –responde Xián.

–Xián, yo hubiese hecho lo mismo –interviene Lía cogiéndole la mano a Xián. Esto lo calma un poco.

–Tú aguanta 20 minutos hasta llegar al hospital –dice Santos. Pero Lía se ha desmayado.

–Solo tenemos 10 –responde Xián, a la vez que Santos pisa aún más a fondo.

Capítulo 16. La despedida

Unas 3 semanas más tarde, Santos permanece callado ante la tumba más reciente del cementerio. Lleva 15 minutos en silencio, serio, observándola, sentado ante ella.

Hace 5 minutos le ha llegado un mensaje de Xián al móvil. Por fin se decide y lo lee. Después se pone en pie y se va de allí, despacio, aunque sin mirar atrás.

Xián ha elegido su rinconcito preferido de Németa para este encuentro. Está en la terraza de un bar, al lado de un parque tranquilo. A unos metros de distancia del mar y al lado de una fuente con una estatua de la diosa Venus, un grafiti dibuja la frase *Ignis Amoris*.

El sonido del agua fluyendo con calma se mezcla con el sonido de los pájaros y el rumor de las olas.

–Me cuesta perdonarte –dice Lía.

–Es cuestión de tiempo... –responde Xián.

–Solo he quedado para despedirme, Xián. Mañana me voy.

–Castillo vuelve a esfumarse –dice Xián riéndose de medio lado.

–No me llames así –dice Lía de forma seca y mirando hacia el suelo.

El camarero se acerca y piden otras dos cervezas.

–El *pendrive* ya están en manos de las autoridades desde hace 3 semanas –dice Xián cambiando de tema–. Ahora mismo ya estarán con las detenciones y en breve saldrá en los medios de comunicación.

–Ojalá, pero tengo mis dudas. ¿Sabías que hay rumores de que El Segador ha sobrevivido? –dice Lía.

–¿Y tú que El Jugador se ha recuperado y está detenido?

–Necesito cerrar este capítulo de mi vida –dice Lía negando con calma.

–Sigues empeñada en irte.

–El Segador ya no es un peligro. Y esa era mi misión.

–Lo sé. Y siempre me pregunté por qué él y no El Jugador.

–Cuando esto empezó, –se explica Lía–, mi objetivo era El Segador. Y nadie más. Estuve mucho tiempo sin saber nada de él. Pero un día leí en un periódico una noticia sobre la desaparición de 2 personas.

–Mauro y Adrián, los ayudantes de Santos.

Lía asiente y prosigue: –Ese *modus operandi* llevaba la firma de El Segador para quien supiese leerla. Por fin, tras años de búsqueda, había un rastro a seguir. Me vine a Németa a investigar a Santos.

–Vaya, vaya, así que ya lo conocías de antes, pillina –le pincha Xián.

Lía se ruboriza un poco, se ríe y continúa con su explicación: –Santos había sobrevivido a El Segador. Eso me impresionó de verdad. Empecé a seguirle, y le vi hablar contigo. Te seguí a ti, y en cuanto descubrí tu faceta de profesor de teatro aficionado, me apunté a tus clases.

–De aficionado nada.

Lía se ríe sin contestarle.

–Como te gusta meterte conmigo –responde Xián sonriendo con un deje de resignación en su tono de voz.

–Tranquilo, en breve me vas a perder de vista.

–Eso ya lo veremos...

–Pues me inscribí en tus clases –dice Lía retomando el hilo anterior– y te informé de mis habilidades como guardaespaldas. Luego, tú me hablaste de Santos.

–Y te hiciste pasar por mi amiga.

–Al principio. Pero después te cogí cariño de verdad.

–Ya, como a una mascota.

–Más o menos –bromea Lía–. Y, como ya sabes, cuando hablé con Santos en el gimnasio la primera vez, ya le conocía por haberle investigado.

–Ya, y lo de vigilarlo te gustaba, ¿eh?

–Siempre pensando en lo mismo –dice Lía sonriendo y negando con la cabeza.

–Bueno, eso son asuntos vuestros...

–Claro, como tú eres poco cotilla... –dice Lía entrecerrando los ojos.

–Puede, aunque me interesa mucho más saber cómo descubriste lo mío con Corporatio –dice Xián.

Lía suspira y prosigue: –Tuve mucho tiempo para investigar el laboratorio secreto. Me pasé dos semanas allí, recorriendo el terreno, preguntando a la gente de la zona y de la excavación arqueológica. Me la enseñaron, y no había ningún túnel conectado con el sótano del edificio.

–Antígona me habló de una nueva salida de emergencia recién construida: el túnel por donde entramos.

–Su plan era inteligente: “ya que no os puedo eliminar fuera, pues os atraigo hacia el interior del cuartel de Las Piezas Negras”. Ella aceleró la construcción del pasadizo.

–Y nosotros solitos nos metimos en la trampa.

–Por eso, en cuanto empezaste a insistir en la idea de entrar por allí, me acerqué de nuevo a la zona. Y ahora sí estaba el pasadizo, recién excavado. Pero tu descripción de la zona y el túnel eran poco exactas, como si nunca hubieses estado allí. Y para rematarlo, estaban las marcas de golpes en tu cara.

–Y cuerpo.

–¿También?

–Sí, sí. Mira... –afirma Xián, mientras se pone de pie y empieza a bajarse el pantalón, sin importarle la expresión de sorpresa de los clientes en las mesas de al lado.

–¿Pero qué haces? –dice Lía agarrando a Xián. Tras unos segundos de forcejeo, se sienta y Lía sigue hablando: –Desde ese momento, mi única prioridad fue salvar a Santos –dice Lía.

Xián se ríe y hace gestos con sus manos, imitando el latido de un corazón.

–Pero qué tonto eres. Soy una profesional, tenía una misión y...

–Claro, claro –dice Xián asintiendo, riendo de medio lado y guiñando un ojo.

–Bah, paso de ti –dice Lía haciéndole a Xián un gesto con la mano–. Pues me fui de nuevo a la excavación, y como te dije antes, allí estaba el túnel, recién construido. Era extraño, porque dos días antes, cuando yo había estado allí, no existía. Y ese mismo día hablaste del túnel: tuve claro que lo sabías porque te lo contó quien ordenó construirlo.

Xián asiente en silencio, bajando la mirada.

–Me resultó raro ver la excavación arqueológica vacía –prosigue Lía-. Después cancelaron los permisos y los trabajadores se fueron a sus casas: nos estaban dejando vía libre para entrar en esa ratonera.

–El plan era de Antígona.

–Me lo imagino. Porque fue ella quien me hizo la oferta para cambiarme de bando. Aunque era El Jugador el que estaba impresionado conmigo. Ella me odiaba. No soportaba a nadie haciéndole sombra. Así me lo transmitió desde un principio, a pesar de quererme en su equipo.

–Antígona odiaba al mundo entero –dice Xián.

–Lo sé. Pues me fui hasta Németa, les llamé y Castillo volvió con Las Sombras.

–¿Pero cómo lo supo Santos?

–Santos y yo no teníamos ninguna posibilidad como pareja. Sin embargo, en lo profesional somos... fuimos un gran equipo –dice Lía.

Después se queda un rato en silencio recordando el incidente ocurrido entre ella, Santos y su pistola en casa de este...

...Tras casi dispararle a Santos en su casa, él salió detrás de Lía. Y se la encontró sentada en su portal. Sin decir nada, solo con las miradas, la pelea terminó.

Pasaron días descansando, hablando y reconciliándose, aunque solo desde el punto de vista profesional. Y planeando. Porque la idea de Lía de irse al final de la misión era firme e impedía cualquier intención de transformar aquello en algo más.

Charlaron y discutieron de maldiciones, de ex parejas, del amor por la libertad de Santos, de la pasión por el orden y el honor de Lía, de la devoción de Xián por los suyos, del Letheo 2.0.

También de la dichosa frase de Honorio a Santos sobre Lía: “jamás te había visto tan feliz con nadie. Os deseo mucha suerte, Santitos”.

Y, por supuesto, de Castillo. Y de nada más, pues Lía se negó a escuchar cualquier explicación de Santos o a hablar de temas personales: ahí Lía se mantuvo firme como una montaña.

Entonces, cuando esperaban el momento para actuar, Lía descubrió el cambio de bando de Xián. Y ambos llegaron a la misma conclusión: al estar condenados a muerte por sus enemigos, la única posibilidad era hacer algo por sorpresa, como la incursión de Santos y el falso regreso de Castillo con Las Sombras. Un viaje con muchas posibilidades de ser solo de ida...

Pero antes de eso, algo había cambiado en Lía. Cuando Santos apoya su mano en ella tiene el efecto contrario de cuando lo hicieron los 4 matones, pues sus ganas de perdonarle vencen a su ira y la visibilidad vuelve. Lía había salido de casa de Santos con la fórmula para su sanación sin saberlo. Aunque Santos lo supo. Y se lo guardó para sí...

–Fue un error ceder al chantaje de Antígona –dice Xián tras apurar su cerveza.

–Cierto. Aunque el plan funcionó también gracias a ti, Xián. Al final volviste con nosotros y Santos te utilizó para entrar en el laboratorio.

Xián asiente y sonríe: –Lo sé. Y eso me tranquiliza.

–Sin embargo la escapada de Santos me pilló por sorpresa. Se salía del plan y eso me obligó a improvisar. A saber cómo consiguió salir de allí.

–Santos tiene algún tipo de visión o intuición. Y por eso también sabía lo de la lesión de rodilla de El Segador.

–¿Eso te lo dijo él?

–¿Tú qué crees? –dice Xián–. Aunque él es más de hablar de su equivocación al haberte ocultado lo de las tres balas. El Druida se lo dijo, pero él lo comprendió más tarde, cuando estaba conmigo dentro del laboratorio. La decisión de arriesgar tu vida era tuya, y tú, y nadie más, eras responsable de esa decisión.

–Pasas mucho tiempo con Santos, ya hablas como él.

–Por eso te gusto tanto, ¿eh? –le pincha Xián.

–Qué idiota eres –dice Lía riéndose.

–¿A qué te referías cuando dijiste que la huida de Santos te obligó a improvisar? –dice Xián

retomando el hilo.

–Tras su huida, me pidieron asistir a la reunión de El Jugador y compañía con Santos en la fábrica abandonada. Eso para mí era un problema, pues me era imposible protegerle.

–¿Y yo qué? Porque también iba a estar allí.

–Eras uno de ellos: mi idea era matarte yo misma –dice pasándose un dedo por el cuello haciendo el gesto de cortarlo con un tono de voz que le pone los pelos de punta a Xián.

Xián asiente y le dice a Lía: –Gracias por no hacerlo.

–Prefiero irme y perderte de vista.

–Lo dices a cada rato, como si tuvieses dudas.

–Es por vuestra seguridad.

–¿Aún sigues con eso? –dice Xián con tono cansino y golpeando su cabeza con los nudillos–. ¿A dónde habéis llegado Santos y tú por su manía idiota de protegerte? Y ahora tú caes en lo mismo.

–El Segador está fuera de juego. Objetivo cumplido. Hora de irse. Punto final.

Lía sonrío 3 segundos. Y justo después se queda seria: –Y él hizo desaparecer a Erika.

–¿La mató?

–Erika nunca se iría de Las Sombras sin avisarme. Éramos inseparables –explica Lía–. El Segador competía conmigo y con todos en todo. El menú diario se componía de guerra fría, violencia y soledad. Excepto por Erika. Me la quitó para hacerme más débil.

–Por eso le buscabas, por venganza.

–Al principio sí. Y también por mí: al haberle vencido yo era la primera en su lista negra. Y luego, también por vosotros, para protegeros. A pesar de que tú no te lo merecías –dice Lía sonriendo con malicia.

A unos metros de distancia, Lía y Xián, Santos observa como charlan Lía y Xián. Ya lleva un rato allí.

Lía quiere y no quiere verle. Esto lo sabe por Xián, pues ella ni le coge el teléfono ni le contesta a los mensajes, aunque Santos tampoco ha insistido mucho, para evitar agobiarla.

–A lo mejor te enfadas, pero me da igual –dice Xián.

–¿De qué hablas? –pregunta Lía.

–Le he contado a Santos donde habíamos quedado y tu plan de irte mañana. Se va a pasar a despedirse.

Entonces, Xián saluda a Santos cuando este se acerca. Lía clava su mirada en Xián y niega con la cabeza.

Al acercarse a ellos, Santos observa como el pelo de Lía vuelve a ser de color nuez. Sus hombros muestran de nuevo ese movimiento delicado pero fuerte, tan propio de ella. Lleva dos pulseras, minifalda y una camiseta veraniega roja.

Santos se ha puesto sus vaqueros rotos, camiseta ajustada y cazadora de cuero. Cuando estaban juntos Lía le insistía en ir así vestido: le encantaba esa ropa. Aunque después, al quedarse a solas, ella tardaba muy poco en quitársela...

Santos nota a Lía muy cambiada: su sonrisa es limpia, sus gestos relajados y su expresión segura. Y sonrío sin parar.

–Eres una mala influencia, Santos –le dice Lía al verle–. Quiero alejarme de ti.

–¿Qué tal estás? ¿Te sigue doliendo la herida? –pregunta Santos.

–¿Cuál de ellas? –responde Lía.

–La de la bala –contesta Santos.

–A veces, cuando me río a carcajadas, me molesta un poco –responde Lía–. Nada grave. Gracias

por preguntar.

–Oye –dice Xián–, ¿y qué nos querías contar sobre el laboratorio?

–Hubo una explosión accidental –explica Santos–. El laboratorio ya es historia, junto con las pruebas que había en él.

–Os lo dije, nunca dejan huellas –dice Lía–. Y los archivos con tecnologías médicas, anti gravedad y de energía libre ocultadas por Corporatio, ¿siguen en la nube?

–Allí siguen –contesta Santos–. En espera de noticias por parte de las autoridades. A ver si se deciden ya a empezar con los arrestos.

–Lo de eliminar el laboratorio es parte de los protocolos de Las Sombras –dice Lía. Pero lo hace con el tono de voz grave y castrense de Castillo. A ambos les hace sentir incómodos. Santos se echa hacia atrás y cruza los brazos, y Xián mira hacia el suelo.

–¿Por qué nos delataste dentro del cuartel general enemigo? –pregunta Santos.

–Antígona ya conocía vuestra incursión, ¿verdad Xián? –dice Lía.

–Ella sabía donde estábamos Santos y yo en cada momento –contesta Xián–. Yo mismo se lo decía, aunque Antígona se lo ocultó a los suyos. Su idea era dejarnos hacer, usarnos para debilitar a Las Piezas Negras para después dar su golpe de estado y tomar el poder.

Santos asiente dando la explicación por buena.

Entonces Xián repara en dos hombres vestidos de negro, al estilo de Las Sombras. Están sentados en un banco, como a 20 metros de ellos. En cuanto este les señala, se levantan y se van.

–¿Eh, habéis visto eso? –dice Xián alarmado.

–Calma, Xián, son de los nuestros –responde Lía

–¿Cómo de los nuestros? –pregunta Xián.

–Castillo es un general –dice Santos mirando a Lía–, y como tal, necesita su ejército. Son ex miembros de Las Sombras, ¿verdad?

–Primero, para vosotros soy Lía. Segundo, ellos necesitan un líder, seguir a alguien.

–Tu misma. Pero ve con cuidado –le dice Santos.

–Uf, que mal rollo. Yo casi me voy yendo –dice Xián.

–Tú con tal de escaparte a la hora de pagar las cervezas –le responde Lía.

–Por supuesto: para eso te gané la apuesta –responde Xián.

–Bueno, eso habría que discutirlo –responde Lía.

–La de tonterías diarias que hacemos para encajar –dice Xián pensativo–. Aunque eso se acabó. Me debes estas cervezas y muchas más, guapa. Me voy ya y os deseo suerte. Y llamadme si me necesitáis.

Santos asiente mientras Lía dice: -No te lo mereces.

Lía asiente y se despide de Xián. Este le guiña un ojo a Santos y se va silbando.

–No te preocupes, Santos –dice Lía en cuanto Xián se ha alejado de ellos–. En cuanto me vaya también los dejaré a ellos atrás. Castillo y la Lía violenta han muerto en aquella fábrica. No volveré a matar a nadie en mi vida. Excepto en defensa propia, claro.

–Esta misión ha sido dura –dice Santos–, ya habrá otras más tranquilas.

–No, Santitos, no. Necesito irme.

–Esta mañana pensabas de forma distinta –dice Santos–. Tu ropa me lo dice.

Lía frunce el ceño y cruza los brazos.

–Vas vestida como en nuestra primera cita –se explica Santos, pero Lía se coge el pelo castaño oscuro y no pelirrojo, como aquella vez, y niega con la cabeza.

Luego, Santos se levanta hacia el interior del bar para pedir algo y Lía lo observa.

La luz del final de la tarde se le enreda en el pelo a Lía. El cielo está libre de nubes y la calle de gente. Y allí está ella, acompañada por el rumor del mar y el sonido del agua de la fuente, hipnotizada por la luz rojiza del horizonte.

Tarda unos segundos en reaccionar cuando Santos vuelve y se sienta enfrente de ella.

–No me mires así –le dice Lía.

Pero Santos deja posada su mirada más profunda sobre ella.

–¿Aún te gusta el mezcal? –pregunta Santos con pillería.

–Mucho. Y si me quedase contigo, aún más.

–Pues yo estoy más enganchado al café que nunca.

Lía sonrío con picardía 2 segundos antes de quedarse seria y contestar: –Soy un peligro. Y estoy muy dolida contigo, Santitos. Más que por distanciarte, por ocultarme tus razones.

–Ya te he perdido perdón varias veces –dice Santos–. Y si te vas, ¿quién te protegerá?

Lía entiende la ironía y se ríe. Pero tras unos segundos, la risa se extingue y vuelven a quedarse parados uno frente al otro, mirándose a los ojos, en silencio, saboreando el momento, bajo el cielo de Némata libre de nubes.

–Lo sé. Te di la espalda. Por eso necesito explicarme.

–No, no, es igual – dice Lía–. No quiero saberlo.

–Necesito contártelo.

Lía lo mira, sonrío y asiente.

–Mi cambio de actitud vino cuando mi abuelo me dijo: “esta novia tuya te gusta de verdad, Santitos. Nunca te había visto así”. Y por eso me alejé, porque la maldición apuntaba hacia ti.

–Eso ya me lo has contado como 10 veces. Y por cierto, ¿novia? Pero si tú y yo nunca hemos tenido una relación.

–Por ahora –responde Santos medio en broma.

–Serás creído –contesta Lía sonriendo y negando con la cabeza.

–Lo hice con buena intención.

–Santos, NO. Es mejor no volver a vernos.

–En serio, nadie me habló de tu problemilla con la invisibilidad.

–¿Problemilla? Ya lo estás minimizando.

–Lo siento, una vez más. Además Xián me ha dicho...

–Ni me lo menciones. Si lo vuelvo a ver le atizo por hacer de celestino.

–Cómo te gusta ir de chica dura.

–¿Cómo supiste lo de la pierna de El Segador? –dice Lía cambiando de tema sin disimulo.

–Tuve suerte.

–¿Lo ves? Sigues sin contestar a mis preguntas, no puedo confiar en ti –dice Lía.

–Si te quedas, te lo cuento.

Pero Lía se mantiene callada.

–Aunque nunca me creerías –dice Santos.

Lía duda y Santos se percata, pero la disipa rápido y Santos decide tentarla de otras maneras.

–¿Te apetece otra misión? Tengo 2 en espera. En cuanto complete de nuevo el equipo –dice Santos.

–Solo me quieres para eso –bromea Lía.

–Para eso y para otras ideas que se me están ocurriendo –dice Santos con sonrisa pícara–. Vente a mi casa y te lo explico.

Lía niega con la cabeza, pero sonriendo: le encanta este Santos pillo. Después se queda callada un

buen rato. Y Santos la acompaña en su silencio. Ambos miran hacia el horizonte y comparten la tranquilidad del momento.

–Soy un peligro, Santos. No estás seguro a mi lado.

Tiene decidido irse, su decisión es firme. Sin embargo también le encanta Santos. Por eso lo mira con delicadeza pero con intención.

Santos decide, como buen jugador, subir la apuesta y le acaricia el brazo. Lía siente un escalofrío en la espalda y su respiración cambia.

–Estaría bien alguna compensación por tanto sufrimiento. Uy, ¿he dicho eso en voz alta? –pregunta Lía y Santos asiente.

La perspectiva de una última noche juntos le atrae. Santos la coge de la mano y, en silencio, pasean por el parque hasta su coche.

Ella va jugando, moviendo el pelo, le muestra la punta de la lengua, luego se adelanta, le suelta la mano y se esconde. Juega. Miradas pícaras de reojo. Felicidad con la brisa del anochecer haciéndoles compañía.

En ese preciso instante, Némata parece haber quedado desierta. Los coches, personas y hasta los pájaros parecen haberse ido. El universo les está regalando un momento perfecto.

Un rato después, ya en el coche de Santos, Lía apoya la cabeza sobre el hombro de él, y recuerda el incidente con la vecina la última vez que estuvo en casa de Santos.

–Santitos, lo de hoy da igual. Mañana me voy a ir –insiste Lía.

Su intención es firme, Santos puede sentir eso con claridad. Porque ya no necesita estar en peligro para leer las intenciones de las personas. Es como si su intuición y él hubiesen vuelto juntos a su mejor momento.

Santos abre la puerta de su casa y Lía entra despacio. Se siente extraña al estar de nuevo allí. Pasea hasta el salón y se sienta en un sofá.

Va a decir algo pero Santos se adelanta: –Ahora vuelvo – dice Santos, y desaparece por la puerta del salón.

Al rato, Santos vuelve con su vecina Ángela.

–Santos, ¿a qué viene esto? –protesta Lía muy seria, levantándose del sofá.

Pero Santos la interrumpe cogiéndola por la cintura y besándola. Y durante los siguientes 10 minutos, la vecina les da la lata de 1.001 maneras...

–...porque lo que hay es mucho desvergonzado por ahí suelto –les sermonea la vecina–. Ya la otra vez que os vi juntos aquí le dije a Santos que no estaba bien, porque yo sé que no estáis casados. Y eso está mal, porque es pecado. Aunque eso a vosotros seguro que os da igual. Y claro, cuando quise entrar a conocerte, él no me quiso dejar pasar. Y aún sigo enfadada con él, porque aún no me ha devuelto las toallas ni el secador. Santos no me dejó entrar a verte. Y mira que yo le insistí e insistí. Pero nada. Eso no se hace. Yo soy una buena vecina. Y no soy nada pero que nada cotilla. Pero quería conocerte. Y él erre que erre, que no me dejaba entrar. Pero bueno, menos mal, hoy vino a buscarme a mi casa y ya te conozco. Por cierto, hacéis muy buena pareja. Y tú eres muy guapa, aunque estás un poco flaca. ¿Comes bien?...

Ante este monólogo interminable, Lía se ha sentado en el regazo de Santos y le susurra al oído: –¿Aún queda gente así en el mundo? Es más pesada que una vaca en brazos.

–Pues imagínate si la llevo a dejar entrar la otra vez y te ve manchada de sangre...

–Uffff... –resopla Lía arqueando las cejas.

Entretanto, Ángela sigue a lo suyo: –...porque mi marido, en paz descansa, era un hombre respetable, con honor...

–Casi prefiero ser invisible –bromea Lía.

–Pues esto acaba de empezar.

–¿Me puedo esconder detrás de un armario? –dice Lía. Y después ambos se echan a reír.

–...es que ya no hay educación, ni valores ni nada. ¿Os estáis riendo de mí?, es que esta juventud no tiene vergüenza...

–Qué va, Ángela –le responde Santos–, Lía se ha reído porque le he hecho cosquillas.

–¿Cosquillas? Eso, eso, a perder el tiempo con tonterías. Yo a vuestra edad ya tenía cuatro hijos, y vosotros, nada de nada. Pero eso sí, seguro que estáis todo el día ahí, dale que te pego, que lo sé yo, que se os nota, ¿eh?, que se os notaaa. Que os tengo muy oídos, que las paredes de este edificio son finas como el papel. Ni siquiera hace falta pegar la oreja a la pared para escuchar a los vecinos. Y claro, así va el país, la gente no está a lo que tiene que estar y...

Santos mete su mano por debajo de la camiseta de Lía y le hace cosquillas, ignorando a la vecina.

Después suspira, respira profundo y suelta el aire muy despacio–. Vale, me quedo. Y apaga el móvil, que seguro que llama Xián para interrumpir, como siempre.

Ángela, la vecina, sigue hablando por detrás, como cuando la radio suena de fondo pero nadie le hace caso. Va subiendo cada vez más el tono de voz, y ya ni siquiera está mirándolos.

Su discurso la tiene embobada: divaga sobre su mundo de personas rectas y castas, de familias cuyas únicas funciones eran trabajar, obedecer, procrear y meterse en las vidas ajenas.

Santos se ríe, se rasca la cabeza y exagera su expresión de duda.

–¿Pero te quedas de quedarte o solo hasta mañana? –pregunta Santos, emocionado por el inesperado cambio de opinión de Lía.

–Nada dura para siempre, Santitos –responde Lía-, aunque a veces...

–¿Eso es un sí o un no?

–Pregúntamelo mañana. Y echa a tú vecina. Ahora mismo te quiero solo para mí –le susurra Lía. Luego le dedica su mejor mirada felina, entrecerrando los ojos, y metiendo la mano por debajo de su camiseta.

–Sí, sí, échala tú si te atreves –susurra Santos.

Lía niega con la cabeza, riéndose y con cara de “ni de broma”.

–Tratar con fieras se te da bastante mejor a ti –responde Santos.

–Ay, ay, Santitos, no me hagas reír que me duele –dice Lía conteniendo la risa, mientras se lleva la mano a la herida ya casi cicatrizada de la última de las tres balas.

Fin

Agradecimientos

Gracias por leer **Sombras de Németa**. Es por gente como tú que merece la pena escribir.

Si te ha gustado **Sombras de Németa**, **no dudes en recomendarlo** a quien creas que le pueda interesar.

Y sobre todo, **te agradecería muchísimo una reseña positiva en Amazon**. Y si, además, me cuentas que te ha parecido, lo que más te ha gustado o aquello que te apetezca compartir conmigo, pues aún mejor.

Un abrazo

Amanda Edevane